

1. **PEREGRIN PEREZ GALARZA**

Capitán de la 4ª Compañía.

Condecorado con la Orden de la Bandera Roja. Muerto en España.

2. **RUBEN RUIZ IBARRURI**

Teniente Mayor de la Guardia. Héroe de la Unión Soviética y dos veces laureado de la Bandera Roja. Muerto en la defensa de Stalingrado.

3. **JOSE PASCUAL SANTAMARIA**

Teniente de la 102ª División de Caza de la Guardia. Condecorado con la Orden de Lenin. Muerto en la defensa de Stalingrado.

4. **LEONARDO GARCIA CAMARA**

Jefe de guerrilleros. Condecorado con la Orden de la Bandera Roja. Muerto en los bosques de Briansk.

5. **MARIA PARDINA RAMOS**

Enfermera de la División de Voluntarios de Leningrado. Condecorada con la Orden de la Bandera Roja. Muerta en la defensa de Leningrado.

6. **JUSTO RODRIGUEZ SUANA**

Jefe guerrillero. Condecorado con la Orden de la Estrella Roja. Muerto en la defensa del Cáucaso.

7. **FRANCISCO GULLON MAYOR**

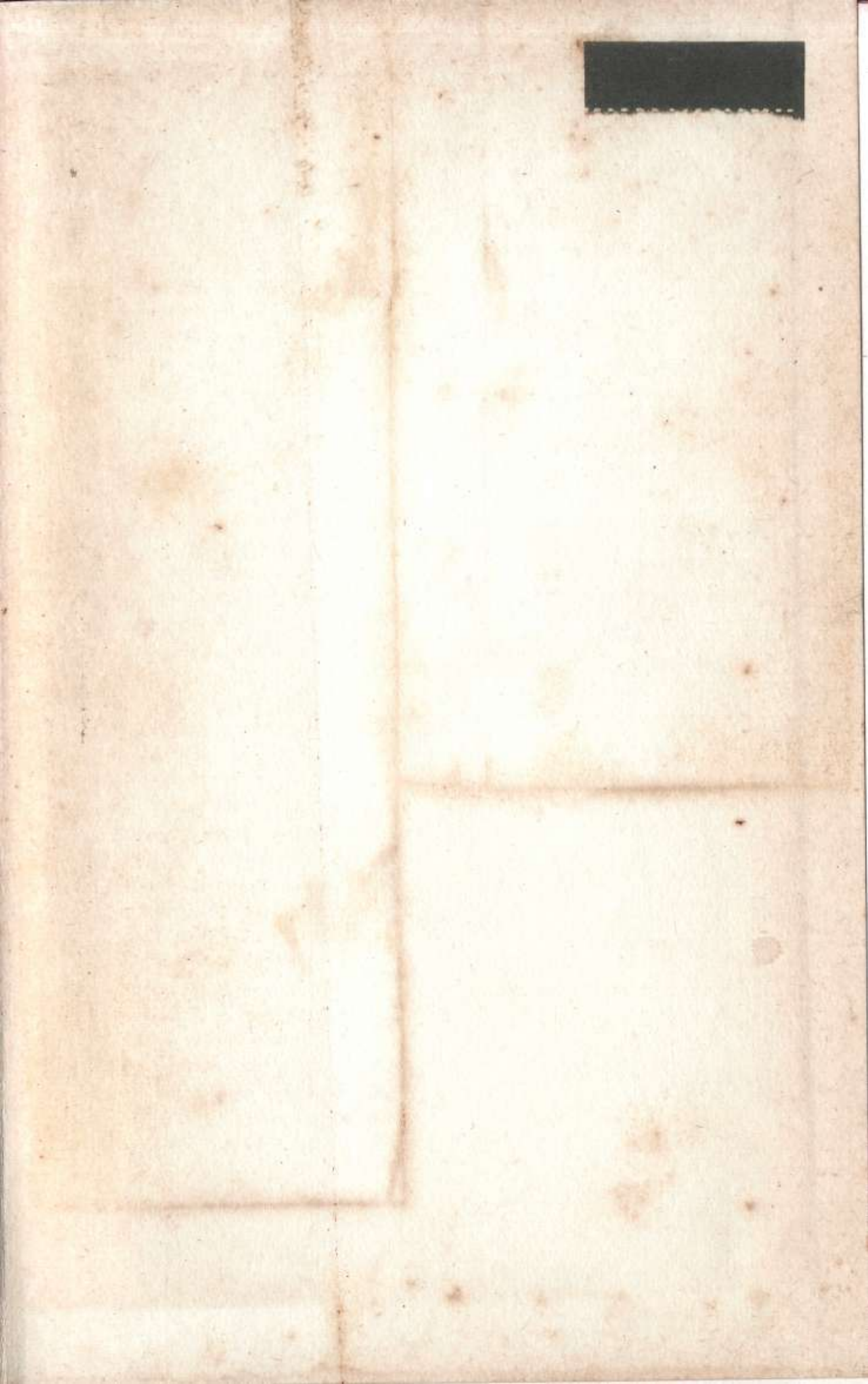
Capitán de guerrilleros. Condecorado con la Orden de Lenin. Muerto a consecuencia de las heridas recibidas en el frente de Leningrado.

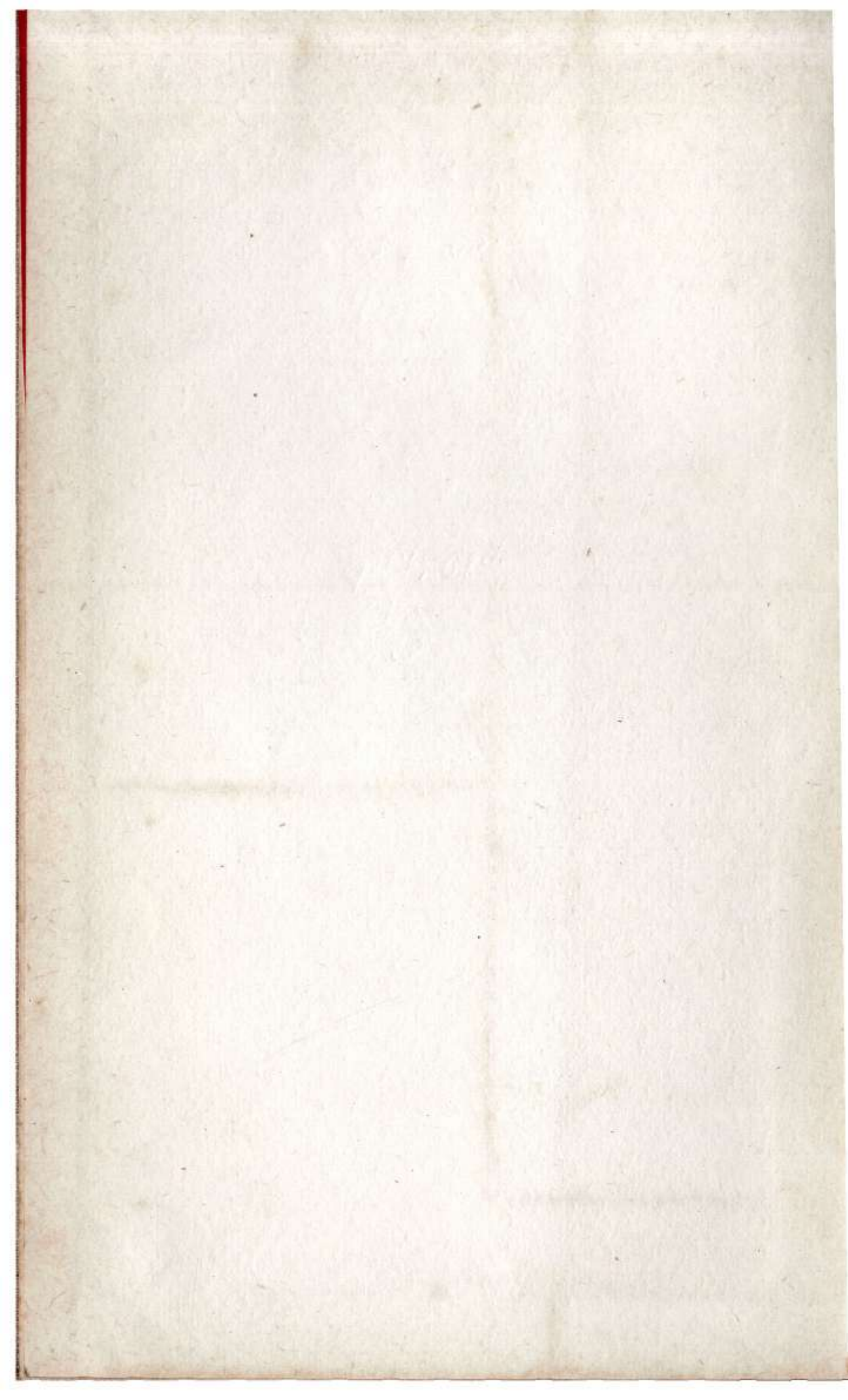
Estas páginas pretenden resumir lo que fue la colaboración de cientos de voluntarios españoles en las batallas decisivas de la guerra contra el fascismo: en la Gran Guerra Patria del pueblo soviético.

El libro que el lector tiene en sus manos no es un tratado de historia, aunque en la historia figuren los nombres de los caídos y de los vencedores. No es una novela, aunque de la peripecia novelesca tenga mucho la generosa aventura de estos españoles. Es, o quisiéramos que fuese, un recordatorio para los que no vivieron aquellos días, y quizá también para los que los vivieron, de que los hijos del pueblo español no faltaron a la cita de la historia cuando se decidía el destino de la humanidad.

No están aquí, ni podían estar, todos los hechos ni todos los que en ellos participaron. Pero sí son todos los que están. Unos, con sus nombres verdaderos; otros, con los que ha habido que inventarles porque volvieron a España o porque no pueden volver todavía.

Estas páginas, esta crónica retrospectiva, no tienen otro valor, si tienen alguno, que el de ofrecerse como fuente de conocimiento para los que quieran asomarse a ese heroico capítulo de los anales del triunfo sobre el fascismo internacional.





El SOL SALE DE NOCHE

■

La presencia española en la Gran Guerra Patria del pueblo soviético contra el nazi-fascismo. Narrada por

Eusebio Cimorra, Isidro R. Mendieta y Enrique Zafra



Editorial PROGRESO
Moscú, 1970

Los autores quieren expresar su gratitud a todos los que con sus relatos, memorias, documentos y testimonios hicieron posible que este libro se escribiera.

Э. Симорра,
И. Мендиета, Э. Сафра

СОЛНЦЕ ВСХОДИТ НОЧЬЮ

На испанском языке

LOS NUNCA OLVIDADOS...

(*De un artículo de* DOLORES IBARRURI)

Fue hace 23 años. La lucha contra los agresores hitlerianos se desarrollaba a todo lo ancho de la tierra soviética, desgarrada por mil heridas, empapada de sangre, cubierta de ruinas y de cenizas, de ciudades y aldeas destruidas por los malhechores nazis.

Los españoles que en la Unión Soviética hallaron una segunda patria después de la derrota de la República, quisieron desde los primeros días de la agresión hitleriana participar como voluntarios en la lucha junto al pueblo soviético.

Las autoridades de la URSS se resistían. Agradeciendo el ofrecimiento y la disposición a la lucha de los que ya en España habían mostrado su hombría y su coraje en una guerra tremendamente desigual contra la reacción española, que, apoyada por Hitler y Mussolini, se sublevó contra la República, declinaron el ofrecimiento de los antifascistas españoles, considerando que, precisamente por su experiencia, el pueblo español los había de necesitar en su lucha por la democracia.

No se resignaron nuestros camaradas a ser testigos impasibles de un combate en el que se decidía la libertad o la esclavitud de los pueblos, el desarrollo democrático de los países o su estancamiento bajo el yugo hitleriano, mil veces peor que la misma muerte.

Y con el mismo entusiasmo con que en julio de 1936 empuñaron las armas para defender la República, ante la agresión fascista, al no poder hacerlo en el Ejército Regular, decidieron participar en la lucha guerrillera, difícil y peligrosa para ellos, hombres del Sur que no estaban preparados para soportar el

duro clima ruso, que no conocían el terreno, que apenas entendían el idioma.

Y se fueron... Algunos grupos, como el de José Sandoval, o el de Justo López, llegaron –en una marcha difícil y penosa, venciendo dificultades naturales y pérfidas emboscadas arteramente preparadas por el enemigo– hasta muy lejos de las fronteras soviéticas, luchando hasta el final de la guerra en los destacamentos guerrilleros.

Unos conocieron el legendario Danubio a su paso por Hungría. Otros se bañaron en el Spree berlinés o llegaron hasta la dorada Praga liberada de los criminales hitlerianos.

Muchos no volvieron. Ni Francisco Gullón, ni Leonardo García Cámara, ni Justo Rodríguez, conocido deportista y dirigente de la Juventud Socialista Unificada; ni Joaquín Feijó, ni Vicente Blas, ni Ambrosio Alcorta, ni Alejo Vela, ni Armando Sandoval, ni María Pardina, ni José Peral, ni Miguel Boixó, ni José Fusimaña, ni José Luis Vara, ni Pedro Panchamé, ni Juan Armenteros, ni Juan Pons. No volvieron tampoco Francisco Villalón, José Crespillo, José López, Joaquín Cuesta, Francisco Purroy, Juan Iglesias, Abdón Martínez, Juan Martínez. ¡Cuántos cayeron!

Tampoco regresaron un grupo de jóvenes que después de un curso en escuelas militares, se incorporaron a las fuerzas soviéticas. Entre ellos Uribe Galdeano, Santiago Paúl Nelken, los hermanos Héctor y Armando Viadiú, y mi Rubén...

Cayeron en la defensa heroica o en el avanzar impetuoso. De unos, conocíamos sus tumbas. De otros, no. Y siempre surgía la interrogación: ¿Fue en los bosques de Briansk? ¿En la Ucrania Subcarpática? ¿En Crimea? ¿En los caminos polacos o en las montañas eslovacas?...

¿Dónde desapareció el grupo de Boixó, el camarada catalán combatiente de nuestra guerra y glorioso guerrillero en la entrañable tierra soviética?

Hoy comienzan a desvanecerse las sombras. Y como en una pantalla de luz vivísima y destacados perfiles, reaparecen, en toda su grandeza heroica, los nunca olvidados camaradas y amigos.

En marzo de 1943 un grupo de guerrilleros, la mayor parte catalanes y españoles, fue cercado en la aldea de Shúbino (Crimea). Ellos eran pocos. El enemigo numeroso.

Aquel grupo de héroes había hecho volar varios trenes hitlerianos con material de guerra o con el botín robado por los

salteadores hitlerianos a la población de las ciudades invadidas o en los ricos museos soviéticos.

Contra aquel puñado de combatientes que tantos hechos de guerra tenían en su haber, el enemigo movilizó varias unidades militares con la misión de arrasar los lugares donde suponía se ocultaban los guerrilleros.

La retirada para éstos era imposible. Y decidieron luchar hasta el fin.

Acosados, rodeados de un cerco de muerte, se defendieron al estilo numantino, al estilo soviético, al estilo español.

Del heroísmo con que lucharon hablan los campesinos de Shúbino y los documentos hallados en los archivos de la policía hitleriana.

¿Quiénes eran estos hombres, muchos de los cuales hablaban un idioma que los habitantes de Shúbino no entendían?

Eran catalanes, eran españoles, eran soviéticos. Era el grupo mandado por Miguel Boixó, en el que junto a los combatientes soviéticos Kunaskin, Kubáshov, estaban José Fusimaña, Pedro Panchamé, Juan Pons, Juan Armenteros, José Peral y José Luis Vara Rodríguez.

Eran los descendientes del Tambor del Bruch y del Empecinado. Eran comunistas de España. Eran soldados republicanos de la defensa de Madrid, del paso del Ebro, de Sierra Pandols. Eran soldados españoles enfrentándose con las hordas hitlerianas, en continuidad heroica de nuestra guerra nacional revolucionaria. Tres días resistieron las brutales embestidas. Tres días, en los cuales, cada uno de aquellos hombres se superaba en heroísmo, en abnegación... Resistieron heridos; resistieron hasta la muerte...

En aquel combate desigual entre el héroe y la bestia nazi, venció la bestia, superior en fuerzas y superior en armas de destrucción, como venció en Guernica, como venció en Nules, como venció en Oradour-sur-Glannes, como venció en Lídice.

Los viejos campesinos de Shúbino y las madres, cuyos hijos marcharon un día a defender la patria en peligro, recogieron como a los suyos propios a nuestros muertos y los enterraron con dolor y con amor.

Sobre la tumba fraterna, que unía en eterno sueño a los que la común decisión había hermanado en el heroísmo y en el espíritu de sacrificio, en la decisión de defender la tierra soviética como defendieron España, como defendieron Cataluña, un sencillo monumento a los combatientes desconocidos levantaron las

manos piadosas de los campesinos de Shúbino y de las mujeres de Shúbino, acostumbradas al duro trabajar y a la caricia maternal.

Y cada año, coronas y ramos de flores silvestres, colocados por la devoción y el afecto, han adornado la tumba de los héroes de la resistencia soviética, héroes de España.

Queridas amigas, madres, esposas, hijas y hermanas de nuestros combatientes caídos en España; caídos en la Unión Soviética y en la resistencia francesa; caídos en todos los lugares donde se luchaba por la libertad y la dignidad del hombre:

En la victoria de la democracia sobre el hitlerismo, que hoy celebra toda la humanidad progresiva, no estaba ausente nuestro pueblo. Lo representaban nuestros combatientes. Ellos sabían que en la lucha en la que ellos participaban y en la que se decidía el destino de la humanidad por largos años, les acompañaba la voluntad combativa y la confianza de nuestro pueblo amordazado. Supieron ser dignos de esa confianza. Cayeron invencibles en la lucha. Ellos sobreviven al tiempo y a la muerte. Y en el mañana de la construcción de una nueva vida, ellos estarán junto a nosotros. Y su presencia viva en nuestro cariño, en nuestra devoción y en la estimación de nuestro pueblo, será para las jóvenes generaciones el gran estímulo en la trascendente tarea de hacer de España la patria libre y digna de todos los españoles.

...SIN UNA TUMBA ESPAÑOLA

En mayo en Crimea hace ya calor. Incluso empiezan a llegar las primeras tandas de veraneantes. Este día de mayo de 1965, los autobuses que salían de Simferópol a primeras horas de la mañana no llevaban precisamente excursionistas. Quizá los ramos de flores dieran una engañosa impresión de fiesta. Aunque también, en cierto modo, era una fiesta. Hasta una gran fiesta: el Día de la Victoria. A esta misma hora, en Moscú, en Stalingrado, en Leningrado, en Minsk, en Odesa, en Járkov, allí cerca, en Sebastopol, millones de soviéticos acudían a diversos actos. Grandes, solemnes, íntimos, sencillos... Todos entrañados de la misma emoción del recuerdo y ninguno más ni menos importante que este al que acudían esos autocares de Simferópol y otros puntos cercanos.

Shúbino. Un puntito en el mapa. Un puntito también en los planos de los Estados Mayores de la guerra de ayer y en los programas de las obras de hoy. Este 9 de mayo amaneció arrebolado de banderas.

Es un pueblecito. Aquí está el koljós *Ucrania*. Toda la aldea camina hacia el mismo sitio, en donde se han detenido los autobuses. Aunque es día de fiesta, todo el mundo va en silencio, llenando, desbordando la plaza en la que hay una especie de templete, faldeado por una tela roja. Es la tribuna del mitin.

– ... Yo era entonces un chico y lo vi todo desde el tejado de mi casa. Vi cómo disparaban con fusiles, con ametralladoras, cómo se defendían aquellos pocos valientes contra tantos cobardes que los atacaban....

El que habla es un hombre ya maduro. Se llama Alejandro Kuzmenko. Ha dicho que lo vio todo. ¿Y qué es lo que vio este hombre hace veintitantos años?

– Cayeron luchando valerosamente aquí contra los invasores alemanes. Fuimos reuniendo los datos que se necesitaban y com-

probamos que se trataba de un grupo de paracaidistas españoles que mandaban el comandante Boixó y Fusimaña, antiguos combatientes de la guerra de España, y que con ellos estaban tres camaradas soviéticos. Abrimos una suscripción voluntaria entre los habitantes de Shúbino y del distrito de Kírov para levantarles un monumento, el monumento que descubrimos hoy, en el día del XX aniversario de la gran victoria. . .

Todos miran hacia el monumento. Es un sencillo obelisco con una estrella de cinco puntas. (Toda esa montaña de flores había sido levantada unos minutos antes. Todos –hombres, mujeres, niños, soldados– las habían dejado allí. Una mujer había salido corriendo y se la vio abrazarse a un hombre que acababa de llegar. La mujer lloraba y el hombre parpadeaba demasiado de prisa. "Es la viuda de uno de ellos". Sí, era la viuda de Juan Armenteros, uno de aquellos nombres que aparecían grabados en el obelisco. "¿Sabes, Antonio? Me enteré por *Izvestia*, el 15 de abril, de que habían encontrado la tumba de Juan y de sus camaradas. Y vine aquí para ponerles una corona, pero no sabía nada de este monumento ni de este acto tan emocionante".)

En la tribuna está un hombre que lee una carta. Es un español. . . "José Fusimaña, Juan Armenteros, José Luis Vara Rodríguez, José Peral, Pedro Panchamé, Juan Pons y Boixó, que junto a los combatientes soviéticos Mijaíl Bobrov, Igor Kunaskin, Alexéi Kubáshov y Vadim Tarnovski, combatieron y murieron como héroes en los límites de la aldea de Shúbino, en Crimea, cayendo en la lucha contra los invasores hitlerianos, hermanados con los combatientes soviéticos en el heroísmo y en la muerte. . . De unos y de otros, de todos los que cayeron en la lucha, de los que ya conocemos su muerte gloriosa y de los que todavía desconocemos sus tumbas, nos enorgullece su espíritu de sacrificio y su heroísmo, que les hace inmortales, pues prefirieron la muerte en la lucha a la esclavitud hitleriana".

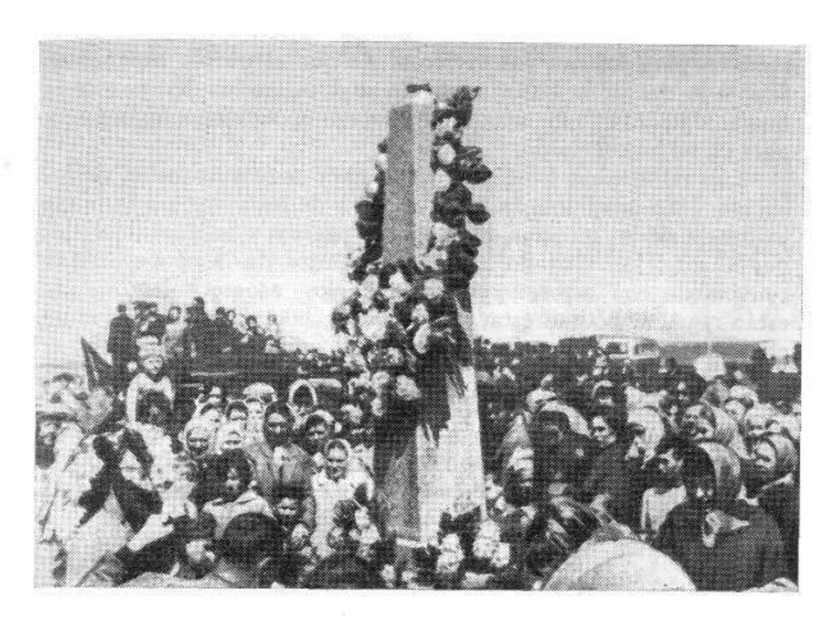
El hombre leyó aún otro párrafo y la firma: Dolores Ibárruri.

Cuando bajó de la tribuna, la gente le abrazaba. El conocía bien a esta gente. Y conocía bien esta tierra. Porque él anduvo por ella hace más de veinte años, cuando no había fiestas ni banderas. Alguien le llamó:

– ¿Te acuerdas, Antonio, cuando nos dijiste cómo debíamos tirarnos del avión?

El viejo Antonio Prieto sonrió. Con la sonrisa del joven guerrillero Antonio Prieto.

*



El 9 de mayo de 1965, en el Día de la Victoria, fue descubierto este obelisco en la aldea de Shúbino (Crimea), que perpetúa la memoria de Fusimaña, Boixó y otros guerrilleros españoles caídos allí mismo en la lucha contra los invasores nazis.

No es la de Shúbino la única tumba española en tierra extraña. Están dispersas por toda la geografía de la guerra mundial contra el fascismo: desde Leningrado hasta el Cáucaso, desde los bosques de Briansk hasta los arenales del Norte de Africa, desde los fiordos noruegos hasta el maquí francés. En los campos de la batalla de los pueblos contra el fascismo tampoco hay un puñado de tierra sin una tumba española.

Esta crónica ha rastreado la huella de sangre y de gloria que dejó en la tierra soviética la presencia de cientos de combatientes españoles. Es una evocación que tiene la fidelidad del documento, del testimonio y del relato de muchos de los que fueron protagonistas. No es una novela, aunque de la peripecia novelesca tenga mucho la generosa aventura que estos compatriotas vivieron en la más grande y la más justa de las guerras. No es una referencia histórica, aunque en ella figuren los nombres de los caídos y de los vencedores. Es –o quisiéramos que fuese– un recordatorio para los que no vivieron aquellos días, y quizá

también para los que los vivieron, de que el pueblo español no faltó a la cita de la historia cuando se decidían los destinos de la humanidad. Más aún: acudió el primero a esa cita, que todavía, para él, no ha concluido.

Los autores han buscado mucho para la reconstitución de los hechos. Han acudido a la memoria viva de los vivos y a la muda exigencia de los muertos. Han ojeado páginas y páginas de viejos periódicos. Han visitado algunos escenarios de la epopeya. Han conversado con actores y testigos de los acontecimientos. No están aquí, ni podían estar, todos los hechos ni todos los que en ellos participaron. Pero sí son todos los que están. Unos, con sus nombres verdaderos. Otros, con los que ha habido que inventarles por razones obvias.

Estas páginas, esta crónica retrospectiva, no tienen otro valor, si tienen alguno, que el de ofrecerse como fuente de conocimiento para los que quieran asomarse a uno de los capítulos más hermosos de los anales de la victoria sobre el fascismo internacional.

PRIMERA PARTE

EL PUESTO DEL HOMBRE

EL MISMO DIA

El muchacho escribió la fecha: Járkov, 22.6.41.

"La guerra ha comenzado. La lucha final, decisiva, entre el fascismo y el País del Socialismo.

¿Cuál es mi tarea? Quiero luchar. Quiero recordar mis tiempos de lucha, luchando con más fuerza y más valor que antes. . ."

(¡A ellos, que no se escapen!

El mozalbete de la gabardina se agachó y la piedra fue a dar en el escaparate de la pastelería. Aquella pastelería que estaba enfrente del Instituto del Cardenal Cisneros.

– ¡Pero estos granujas me van a convertir en un merengue toda la tienda! –gritó el pastelero, saliendo a la puerta.

Un grupo de muchachos ya mayores bajaba de la calle de San Bernardo, gritando: "*¡Fe!* Ha salido *¡Fe!* ¡Contra los marxistas y los masones!"

– ¡Los periódicos se los van a comer!

– *¡Aquí, Paco, ponte aquí!*

Pero Paco no hizo caso. Avanzaba hacia el grupo y al primero de ellos le arrancó de un manotazo el periódico.

La bronca. La bronca de todas las mañanas y de casi todas las tardes en el Madrid abrileño de 1936. Esta vez con puños, con dientes, con pies, pero sin pistolas. Los tiros estallaban más bien cuando ya anochecía y en la sombra era más fácil escapar.

También en la sombra se ocultaba aquel auto, como un puesto de ojeo en mitad de la calle. . .

Juanita Rico traía en el pelo el olor resinoso de los pinos de la Puerta de Hierro. Andaba ligera, como si le quedasen

en los talones las diminutas alas que la llevaban corriendo por las cuestas del juego deliciosamente infantil. No se sabe si sonreía o es que le volvían a los labios las canciones, que unas veces cantaban chicas y chicos en corro, convirtiendo el campo en una plazuela, y otras tenían resonancia y solemnidad de himno en la tarde inverosímilmente azul. El Paseo de Francisco Silvela, por donde ella iba, también tenía una fragancia de campo en el olor de las acacias. ¡Qué bonita es la vida cuando se tiene menos de veinte años! ¡Qué bonito es un domingo con las amigas, con los chicos, con los sueños, con el amor! Mañana habrá que ir al trabajo, y por la tarde, a una reunión de la Juventud Socialista. Juanita Rico no prestó atención al ruido del motor en marcha del auto parado al borde de la acera. Ni oyó el disparo –los disparos que matan no se oyen nunca–, que la tronchó en la tarde vencida del domingo, en la última luz del domingo, en la muerte de todos los domingos del mundo. Los periódicos comunistas y socialistas citaron al día siguiente el nombre del asesino: el aristócrata Merry del Val. Con él se hallaba una mujer, Pilar Primo de Rivera. Una mujer que se dedicaba a cazar muchachas obreras. Pero nadie detuvo a los asesinos. La dialéctica de las pistolas tenía cómplices bien situados. La dialéctica de las pistolas asesinó a Joaquín de Grado, un joven comunista. Paco Gullón fue al entierro con la inmensa multitud que llenaba la calle de Alcalá, que desbordaba la carretera hacia el Cementerio del Este. El gritó, con la garganta enronquecida de miles y miles de voces, el UHP de la unidad. El llevaba una bandera roja –una de las decenas de banderas rojas– en la que estaba escrito: FUE.

Un día, Francisco Gullón Mayor, que era todo el nombre completo de Paco, tuvo un lío más gordo. Esto fue ya en el verano, cuando guardaban la calle madrileña las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (las MAOC). El encuentro fue con la flor, o quizá mejor, con la maleza de la Falange de Madrid. Con el mismo jefe de las Milicias Universitarias del fascismo español. Francisco Gullón tuvo tiempo de asir en el aire la pistola. De quitársela al que la empuñaba y de romperle la cabeza.)

El muchacho seguía escribiendo:
"La vida no tiene ningún valor cuando no sirve para ofre-

cerla, para arriesgarla por lo que se ama. Quiero luchar y lucharé por que me dejen luchar".

"Quiero luchar" es lo que ese 22 de junio de 1941 dijeron en Járkov los españoles que estaban allí. Se lo dijeron unos a otros, buscándose en la calle, en las plazas, donde acababa de sonar aquella noticia que rompió toda la luz del domingo.

Unos cuantos se reunieron, por fin, en la residencia de la Fábrica de Tractores.

Enrique proponía:

– Hay que ir al Comisariado. Aunque allí creo que hay ya una cola tremenda para apuntarse...

– Del Comisariado vengo yo –gritó Gullón– y no quieren saber nada de nosotros. Como si no fuéramos hombres...

– Y, además, comunistas –puntualizó Belda.

– Eso es lo que yo le dije al comisario –explicó Gullón–. No sé lo que pensaréis vosotros, pero yo no lo dejo así. Yo no me quedo en Járkov con los niños y los viejos. Hay que remover Roma con Santiago hasta que nos manden al frente.

– Lo que hay que hacer es remover en Moscú –se le ocurrió a Castellanos, al que siempre se le ocurrían cosas muy atinadas.

Pero en Moscú...

*

La calle de Gorki, en el mismo centro de Moscú, fue durante varios años, desde mayo de 1939, lugar preferido de cita a la que nadie convocaba, de paseo fisgón al que nadie invitaba, para muchos españoles que vivían en la capital o en sus aledaños. Los españoles solían encontrarse allí las mañanas de los domingos y los atardeceres de casi todos los días únicamente en el trozo que iba –y que va– desde Ojotni Riad (hoy Avenida de Carlos Marx) hasta la Plaza de Pushkin. Había sitios, esquinas, rincones preferidos para detenerse a ver pasar las chicas, que despertaban en la atención celtíbera un caracoleo de piropos. No faltaba algún "ortodoxo" que pontificaba:

– Camarada, que estás en Moscú.

– Pues que retiren esos monumentos que pasean por las calles –contestaba cualquier donjuán incorregible.

La verdad es que las chicas moscovitas no hacían mucho caso de aquel ojeo murmurador de los españoles. Y lo más que, quizá, pensase alguna es que la leyenda de lo "temperamental" no era tal leyenda.

Otras veces, las más de las veces, el jaleo era político. Que si lo del Jarama no fue así, que qué me vas a decir a mí de la Sierra cuando allí me salió la barba, que qué sabes tú de lo de Asturias si tú estabas en Málaga. . .

Uno de los puntos donde acostumbraban a coincidir más españoles, y precisamente los domingos, era la Librería Internacional, frontera al Cine Central y ya hoy desaparecida. Allí buscaban libros franceses, alguna vieja edición en español, un diccionario y el manual de Nina Potápova, que fue el biberón de ruso para cientos de españoles.

Aquel día –también era domingo– y también en aquella esquina, empezaron a confluir jóvenes españoles que traían en la cara no el gesto risueño de la vacación dominical, sino una interrogante que de pronto había robado todas las sonrisas de la luminosa calle de Gorki, de todas las calles de Moscú.

Los tres –Fusimaña, Peregrín y Leoncio Velasco– llegaron juntos. Allí se encontraron con Pedro el "Murciano" y otros compañeros que trabajaban en la Fábrica de Automóviles.

La radio repetía por toda la calle:

"¡Nuestra causa es justa, la victoria será nuestra!"

Peregrín dijo:

– Tendremos que luchar de firme.

Este "tendremos" tradujo de repente lo que estaban pensando aquellos hombres, que se encontraban de nuevo en la encrucijada, mejor dicho, en el vértice, de la lucha antifascista.

Del segundo piso de la librería bajó Ramiro Menéndez, al que en seguida rodearon todos:

– ¿Qué noticias hay?

– Sé lo mismo que vosotros. Que se ha armado la gorda. Y que aquí, parados, no hacemos nada.

– Hay que ponerse en contacto con los camaradas de la dirección –resolvió Peregrín.

– Pero es que hoy es domingo y no va a ser tan fácil encontrarlos –observó Leoncio.

– ¿Quién te ha dicho a ti que hoy es domingo? Se acabaron los domingos para mucho tiempo. A estas horas, los camaradas estarán en su lugar de trabajo.

– ¿Y qué les vamos a decir a los camaradas?

La pregunta de Pedro el "Murciano" les desconcertó un momento. ¿Qué qué iban a decir? Que querían incorporarse inmediatamente al ejército. Que el que más y el que menos tenía ese deber y ese derecho.

– A ver si es que después de lo que hemos peleado en España no vamos a tener nada que hacer aquí –se encalabrinó Leoncio Velasco.

Ramiro movía la cabeza:

– No sé, no sé si va a ser tan fácil como te parece. Eso no depende de nuestros camaradas. Eso depende del Gobierno soviético.

– Pues por eso mismo –dijo otro español que se había acercado al grupo–, lo que hay que hacer es presentarse voluntarios en cualquiera de los puntos de reclutamiento.

Fusimaña decidió:

– Vosotros hacer lo que os parezca. Yo voy a tomar el trolebús para ir a consultar con los camaradas.

Muchos españoles de Moscú tomaron ese trolebús esa mañana. Muchos fueron a pedirle al Partido que les concediera el privilegio de volver a la trinchera de la esperanza.

El trolebús iba casi vacío y en silencio, al revés que otros domingos, que llevaba a la gente –padres con sus chicos, parejas de novios, grupos de escolares, campesinos forasteros– a la Exposición Agrícola. Una mujer se quedó mirando a Fusimaña y a sus amigos. Quizá desaprobaba los gestos y las voces en un idioma que no entendía. Quizá le recordaban a un hijo de la misma edad que ellos. Un hijo que en aquellos momentos no iría tan descuidado en un trolebús a ver la exposición. Fusimaña se dio cuenta:

– Fíjate cómo nos mira. Somos jóvenes. Y esa mujer cree que no debíamos estar aquí, aparentemente tan tranquilos, sino donde están, o a donde van ahora mismo, miles de jóvenes moscovitas.

– Pero nosotros vamos a pedir que nos manden a ese sitio. Hoy no es más que el primer día de la guerra.

Fusimaña seguía dándole vueltas a sus pensamientos:

– Sí, el primer día. Pero si nos tenemos que pasar así muchos, yo no podré resistir las miradas de la gente.

Peregrín protestó:

– Eso son tonterías. A mí lo que piense la gente no me importa. Me importa lo que pueda pensar yo de mí mismo. Y por mí os juzgo a los demás. Y estoy seguro de que aquí, como en España, haremos lo que se deba hacer.

Cuando unas horas después volvían en otro trolebús, ya sabían lo que debían hacer. Algo que estaba en contra de su corazón y que difícilmente aceptaba la cabeza: esperar.

*

A la misma hora, por una calle de Kolomna, no lejos de Moscú, iba Manuel Alberdi, o el "Chato", como le llamaban –ellos sabrán por qué– algunos compañeros.

– Es que tienes una nariz –le decía alguien– que no se la salta una tribu de gitanos.

– Pues ten cuidado con las tuyas. . .

Ya se había armado la tremolina en aquel barrio de Cuatro Caminos, donde Manolo despotricaba de toros, de fútbol y de política. Tres aficiones que en España pueden darse por separado, pero que muchas veces se dan juntas. En toros, Manolo era de Domingo Ortega; en fútbol, del Atlétic de Madrid, y en política, del Frente Popular.

¿Por qué Manolo se acuerda ahora de todo esto, precisamente ahora, cuando por dentro y por fuera se ha puesto tan serio? ¡Con lo alegre que él es! Esa alegría que él deslizaba en los oídos de las chavalillas cuatrocamineras, la alegría con que se fue a pegar tiros en el Batallón Condés contra los que venían a matar la alegría de España.

Se acordaba porque aquí, en Kolomna, en esta antigua ciudad rusa en la que él trabaja desde hace un par de años, ha sentido el mismo golpetazo en el corazón que sintió el 18 de julio de 1936 en su Madrid. Y esta era "su" Kolomna, su pequeña ciudad de su inmensa Unión Soviética, su trabajo, su alegre paz. Y porque "los otros" también eran los mismos. Más fuertes, más terribles todavía, pero los mismos.

(Por el sector que defendía la unidad de Alberdi en el frente del Ebro aquella tarde no pasaron. El comandante Alberdi estaba comunicándolo por el teléfono de campaña desde el Estado Mayor de la 3ª División: "El ataque ha sido rechazado. Se han dejado mucha carne y no poco hierro. Nuestras bajas no son muchas. . . ¿Cómo? . . . Gracias, gracias. Felicitaré a la gente". El comandante Alberdi le dijo al comisario de la división: "Ahora estaría bien tomarse una caña".)

– No, ahora sí que no pasan –se decía Alberdi.

– ¡Manolo! ¿A dónde vas?

– A la fábrica. Yo trabajo hoy, Joaquín, ¿y tú?

Joaquín le miraba un poco extrañado:

– Bueno, pero, ¿es que no te has enterado?

– ¿Enterado de qué?
– No te entiendo. ¿De qué va a ser? Te advierto que en la casa de los solteros hemos tenido ya una reunión y hemos decidido presentarnos voluntarios.
– Todo eso está muy bien, pero me parece que no será tan fácil. Yo ahora voy a mi trabajo, que también habrá que trabajar de firme. Y a donde haya que ir, iré como todos los demás.
"Iré. Iré sin falta", pensaba Alberdi mientras se dirigía a la Fábrica de Locomotoras. Se cruzó en el camino con jóvenes compañeros que le saludaron con la mirada. En la esquina se detuvo. Le cerraba el paso una multitud de muchachas y muchachos. En seguida se explicó la razón: allí estaba el Comité del Komsomol de Kolomna.
El viejo contramaestre le tiró de la manga y le dijo:
– Manuel, esto te recordará a tu España.
Manolo sonrió.
– Sí, Mijaíl Petróvich. Ahora que aquí vamos a luchar más que en España y a zumbarles de una vez.
En la puerta de la fábrica estaban Reino, Cuevas y Melones.
– ¿Sabes, Manolo? ¡No hay nada que hacer! En el Comisariado no nos han dado más que buenas palabras.
Manolo no se extrañó. Era hombre que se extrañaba de pocas cosas, que sabía buscar las raíces y esperar la solución de cualquier problema. Una manera de ser. Y de hacer. Lo dijo en voz alta:
– Ahora, al torno, y cuando sea, al fusil.
Las máquinas llenaban, como siempre, de ruido el taller. Todos estaban en la faena. En el torno de al lado, un obrero que ya no cumpliría los cincuenta años estaba diciendo a una muchacha:
– Yo ya combatí en el 18. Y entonces eran catorce países contra nosotros. Y ya ves, Tania, aquí estoy, aquí estamos. Para darles en los morros otra vez.
Pareció que las sirenas de la fábrica sonaban ya con aullidos de alarma. Era el turno de Manuel Alberdi.

*

El comisario daba vueltas y vueltas entre los dedos al pasaporte: "González Rico, Antonio. *Ispaniets*... "Sin ciudadanía"...
– Ya le he dicho, camarada, que yo no puedo decidir. Comprendo sus deseos, los comprendo muy bien. Pero usted es español...

Eso es lo que más le sacaba de quicio a Antonio. Pues claro que era español; pero ¿no era ésa, precisamente, una de las razones para exigir un sitio –eso, exigir– en la lucha del pueblo soviético contra el fascismo agresor, acaso no era ésa la lucha de todos los pueblos? Antonio, que incluso cuando reflexionaba lo hacía un poco en estilo de editorial, pensaba decírselo así al comisario, pero, en vez de eso, casi le gritó:

– ¿Qué? ¿Es que no se fían ustedes de los españoles?

El comisario, un hombre ya maduro, con una Orden de la Bandera Roja en la escueta guerrera caqui, se quedó mirando a Antonio.

– No, camarada, no es eso, y usted lo sabe bien. Los españoles son, quizá esto no sea un término muy militar, pero sí muy sincero, nuestra debilidad. Un escritor soviético ha dicho que para él España era su último amor. No, no me interrumpa. Quiero decirle aún que si yo no conozco a España personalmente, es porque entonces tampoco me dejaron ir a pelear allá. Una vieja herida de los combates contra Kolchak...

– Pero yo no he estado herido...

– No se trata de heridas. Mire, ¿quiere que le diga lo que yo pienso? España ha caído bajo el fascismo sin ella quererlo y después de haber hecho todo lo posible y lo imposible para demostrar que no lo quería. Estoy seguro de que ésta es la última batalla contra el fascismo, que aquí le partiremos el espinazo. España, como usted sabe muy bien, no ha terminado su lucha. Ustedes le harán falta a España. A la lucha se puede ayudar en muchos sitios aunque no sea en el frente.

Antonio recogió el pasaporte y dijo al comisario:

– A mí no me ha convencido usted. Recurriremos a donde haga falta.

El comisario no dijo nada, pero estrechó fuerte, muy fuerte, la mano del camarada español.

Cuando Antonio volvió a la habitación, donde le esperaban Villalón y otros compañeros de la Fábrica de Automóviles de Gorki, no tuvo nada que decir. Todos adivinaron lo sucedido en el comisariado.

– Un tío formidable, pero como si no.

Y Antonio tiró la chaqueta con rabia sobre la cama.

En la radio del cuarto –en los altavoces de las fábricas, de las casas koljosianas, de los cuarteles, de los parques, en la intimidad de los hogares, en todas las esquinas del inmenso país– seguía sonando el llamamiento del Partido y del Gobierno:

"Nuestra causa es justa, la victoria será nuestra".

Alfredo Fernández Villalón descargó un puñetazo sobre la mesa:

– ¡Y nuestra, leñe! ¡Y nuestra!

*

Seis días después, el 28 de junio de 1941, Alfredo Fernández Villalón escribía la siguiente solicitud:

"Al Comité del Partido de la Fábrica de Automóviles de Gorki.

El abajo firmante, Alfredo Fernández Villalón, emigrado político español, miembro del Partido Comunista de España, deseando tomar parte en la lucha resuelta de la Unión Soviética contra el fascismo, ruego que se me inscriba voluntario en las filas del Ejército Rojo y se me envíe al frente como piloto.

Soy teniente de la aviación española. El 29 de noviembre de 1937 terminé un cursillo en la Escuela de Aviación de Kirovobad (URSS), donde volé en aparatos. "U-2", "UT-4" e "I-16". En diciembre de 1937 regresé a España y fui incorporado a una escuadrilla de cazas, en la que volé en un aparato "I-16". Tengo cerca de 300 horas de vuelo de combate y he participado en 73 combates aéreos. He sido jefe de escuadrilla.

En la actualidad trabajo en la sección de utillaje y mi dirección es la siguiente: Amerikanski posiólok, número 19.

... Pido al PC(b) de la URSS y al Gobierno soviético que me permitan servir a la causa de la revolución y defender la Patria Soviética".

Esta era, escrita o no, la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles, jóvenes y no tan jóvenes, y no pocos niños, que se encontraban en la Unión Soviética en junio de 1941.

DEL 5º REGIMIENTO A LA 4ª COMPAÑIA

El cuartel de la 4ª Compañía Especial, en las afueras de Moscú, hacía recordar el cuartel del 5° Regimiento en Madrid. Y no sólo porque campamentos y cuarteles se parezcan siempre. Es que la inmensa mayoría de los hombres del cuartel moscovita habían pasado por el patio del caserón madrileño de Francos Rodríguez. Si el 5° Regimiento fue la armazón del Ejército

Republicano español, la 4ª Compañía sería la cantera de donde saldrían muchos de los españoles que lucharon contra la invasión hitleriana en el frente y en la retaguardia del enemigo, bajo el cielo y sobre la tierra de los caminos de Europa.

La 4ª Compañía era el primer triunfo de la voluntad española de combatir. Serna, jefe de una de las tres secciones en que estaba dividida la compañía, se lo estaba diciendo a sus compañeros:

– Lo que hace falta es que los entrenamientos terminen pronto y nos manden al frente cuanto antes.

Estos entrenamientos de que hablaba Serna habían comenzado el 8 de julio de 1941. Cuando en el recinto del estadio Dinamo, de Moscú, se oía a los médicos decir:

– Util.

– Util.

– Inútil total.

El "inútil" daba un salto y se ponía a gritar:

– ¿Cómo inútil? Si estuve en Somosierra, si estuve en Guadalajara, si estuve en Teruel, donde me hirieron en el pecho...

El médico explicaba pacientemente:

– Pues quizá por eso, amigo. La herida del pecho le ha fastidiado a usted...

– ¡Pero si yo me encuentro perfectamente!...

– No insista, camarada, en el ejército hay que ser disciplinado. En fin, le mandaremos a una segunda revisión... El siguiente.

Y en el silencio anhelante de los que esperaban seguía oyéndose:

– Util.

– Util.

– Util...

Nadie sabe aún por qué se la llamaba 4ª Compañía. Como tampoco está muy claro por qué al 5° Regimiento se le denominó así. Lo que sí se sabía es que esa unidad, formada exclusivamente por españoles y perteneciente al 1er Regimiento de la División Especial Motorizada del Ministerio del Interior, era una fuerza seleccionada, destinada a misiones de la más alta responsabilidad. Era una unidad a la que no podía pertenecer cualquiera, a la que pertenecían con todo derecho los hombres que tenían a sus espaldas tres años de combate en las primeras trincheras de la segunda guerra mundial.

A la sección de Serna se acercó Peregrín. Era el jefe de la compañía.

– Ya sé qué os recuerda esto hoy –les dijo.

Sí, a todos les recordaba lo mismo. Para que la evocación fuera más intensa, allí estaba, junto a la bandera roja de la Unión Soviética, la bandera de la República Española. Allí estaban los lienzos recordando en sus consignas que era el 18 de julio.

(Todo se hizo grito. De los partidos obreros, de los sindicatos, de las juventudes revolucionarias salía un clamor unánime: ¡Armas! Primero, los grupos enardecidos las tomaron en las armerías. Alguien dijo que las repartían en el cuartel de Atocha. Allá bajaban columnas enteras de obreros, estudiantes, oficinistas. Los hombres y las mujeres. Subían luego en camiones –nadie supo nunca de dónde salieron las camiones– hacia el centro de Madrid, hacia la Casa del Pueblo, hacia los locales de los sindicatos y de los partidos. En algunas calles, las milicias socialistas y comunistas se disputaban el enseñar y aprender el manejo de los fusiles y las ametralladoras.

Un Madrid, el Madrid del barrio de Salamanca, el Madrid del Paseo de la Castellana, el Madrid de los bancos y los cabarets, se metió en sus casas. O se subió a los tejados en ojeo de caza, de emboscada y acecho. Otro Madrid, el Madrid de Cuatro Caminos y Vallecas, el Madrid de los talleres y de la Universidad, estaba en la calle. La calle que no tardaría en convertirse en trinchera, la calle destinada a ser parapeto de la libertad de España y de la paz del mundo frente al asalto fascista. Porque aquel 18 de julio de 1936 empezó todo.)

¿Y este 18 de julio de 1941? ¿No era que todo continuaba? ¿No terminaría todo al revés, a pesar de que el enemigo había ocupado gran parte de Bielorrusia y Ucrania, había tomado Pskov, estaba cerca de Leningrado, amenazaba Kíev, reptaba, desangrándose, hacia Moscú?

Una voz gritó:

– ¡A formar!

Los ciento veintitantos hombres de la 4ª Compañía se alinean en el patio. El solazo de julio se cuece en los cobres de la banda de música. Zurea por la unidad un susurro:

– ¡Ahí está!

Dolores y otros dirigentes del Partido han bajado de un viejo auto, ya con la pintura del camuflaje. El pecho de los hombres no puede aguantar más y se rompe en un viva:

– ¡Viva Pasionaria!

(Era en la Dehesa de la Villa. Acababan de formarse las *Compañías de Acero, las que iban cantando a la muerte, como* dice su canción. Acero del mejor acero proletario y comunista de Madrid. Los que debían ser –y lo fueron– eso que en el lenguaje militar se llama la fuerza de choque, la coraza y el ariete. Dolores estaba allí viéndoles desfilar, y al hacerlo, los hombres extremaban su gallardía, hubieran querido ofrecerle aquel rojo clavel de su valor. Luego, Dolores les habló. Ya sabéis, cuando Dolores habla es como cuando el viento azota una bandera, como cuando el bronce y el cristal se hacen campana. Salen de las raíces de la tierra sus palabras y se enroscan a las raíces del corazón de la gente. "Los pueblos del mundo os contemplan porque en la herida tierra de España estáis defendiendo la libertad del hombre".)

¿Quiénes de este centenar de hombres de la 4ª Compañía estaba allí, en la Dehesa de la Villa, en el verano de 1936? ¿No parecen los abedules blancos que rodean el campamento y el teatro de verano los pinos de las afueras madrileñas? Ahora, soldados soviéticos y soldados españoles –mejor, todos *combatientes soviéticos–, los comandantes, los comisarios* de la unidad, las mujeres y las muchachas del pueblecito aledaño de Moscú llenan los bancos del teatro de verano. Hay quien ha dicho, un poco enfáticamente, a su vecino de asiento:

– Es un acto de confraternidad de armas hispano-soviética.

Dolores se ha adelantado hacia la tribuna. Como siempre, tardan en dejarla hablar. La gente se pone a aplaudir y a aplaudir, en pie, las manos adelantadas, como sujetas palomas que quisieran echar a volar. Pero ¿acaso la gente aplaude a Dolores sólo con las manos? ¿Acaso aplaude sólo a Dolores? Ella espera sonriendo apenas, una sonrisa que se borra en seguida, cuando por los ojos pasa un brillo mineral.

– Camaradas: Os traigo el saludo de José Díaz, nuestro Secretario General, el saludo del Par...

La tarde vuelve a hacerse un clamor de vítores, y todos los corazones viriles un solo corazón.

"Hoy, como ayer, os encontráis con las armas en la mano contra el fascismo. Hoy, como ayer, nos sentimos orgullosos

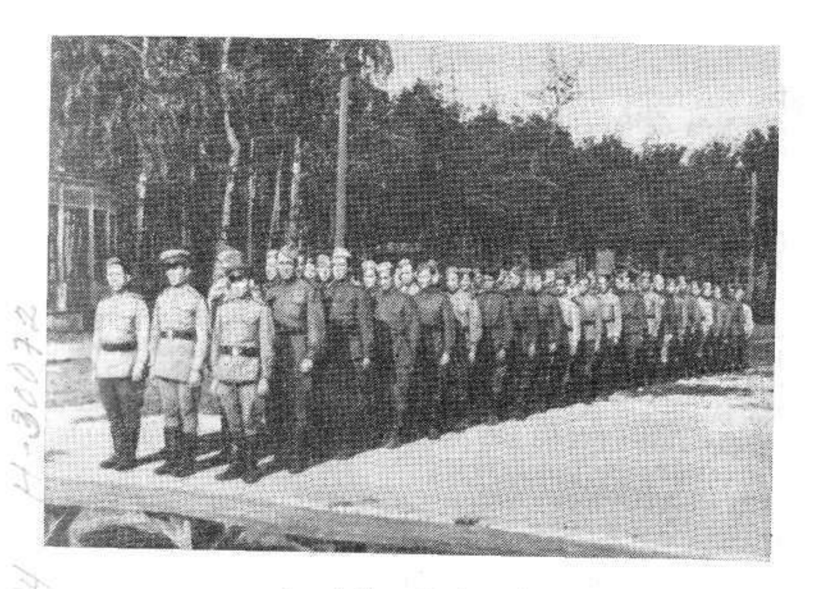
al ver a los voluntarios de nuestro pueblo frente a la tiranía fascista. Y estoy segura de que sabréis batiros con el ardor que lo hicisteis entonces a pesar de la falta de armas frente a un enemigo armado hasta los dientes por Italia y Alemania".

La tarde, toda, íntima y ancha allí, se ha puesto a escuchar. El aire se ha quedado quieto en las ramas de los árboles. Las caras están serias. Dolores las ve en un paisaje de ceños apretados y ojos brillantes, de ojos por los que pasa la sombra del recuerdo y la luz de la esperanza.

"...Son tiempos de lucha y nosotros sabemos que no la teméis. Y la lucha junto al pueblo soviético, que defiende su libertad y su independencia, la lucha contra los hitlerianos, es a la vez batirse por nuestro pueblo, por la independencia de España".

La palabra España despierta de pronto vivos, visibles, los recuerdos anclados para siempre allá: la parva del trigo, el mineral, los soportales de la Plaza Mayor, la partida de dominó en la taberna, la camisa, oliendo a limpio, planchada por la madre...

Suenan los vítores, que resumen en un grito esta frater-



La 4ª Compañía formada

nidad de los hombres hermanados por una causa que es la causa de todos los hombres del mundo.

Los cientos de voces que cantan *La Internacional* levantan el estremecido corazón de la tarde. El aire quiere ahora agitar las banderas, y el bosque, en la lejanía, presenta armas. Alguien ha puesto en brazos de Pasionaria un manojo de flores. (A lo mejor se han abierto, de pronto, todos los claveles de España, a lo mejor se han disfrazado de abedules todos los pinos del Alto de los Leones, a lo mejor se han llenado de sol todas las celdas de Burgos.)

Una voz dice al oído de Peregrín:

– Después de esto, ¡que le echen a uno fascistas!

El fascismo, todo el hierro y el plomo del fascismo, desatado por los caminos de la guerra. El viejo grito del 18 de julio resurge con una dramática decisión, con una certidumbre ciega, o mejor, de ojos bien abiertos y sagaces.

– ¡Ahora, Dolores, sí que no pasarán!

LAS ESTRELLAS DEL KREMLIN NO BRILLABAN

Había estado medio lloviendo medio nevando todo el día. Por esas fechas –15 de octubre–, en Moscú ya está el cielo como una hoja de latón sobre la cabeza. Ya a las cinco de la tarde hay que encender la luz. En alguna casa siempre hay quien dice: "Katia, ve preparándome el abrigo de invierno".

Katia está mirando desde la ventana la calle de Kírov. Las tiendas de enfrente tienen una barrera de sacos de arena. Katia no se acostumbra a ver los escaparates aspados con esas tiras de papel que ahora resaltan en la oscuridad. ¡Qué solitaria está la calle! ¿Dónde irá tan tarde esa viejecita? No se ve una luz. Katia recuerda que a las doce tendrá que subir al tejado. Instintivamente ha mirado el reloj que hay en la cómoda del cuarto. No puede ser esa hora: las ocho menos diez. Debe haberse parado. Parece que se han parado todos los relojes de la ciudad. Parece que se ha parado la vida. Suenan casi como un tren, en el atroz silencio, los camiones que pasan, uno tras otro –Katia cuenta hasta doce–, con el toldo de lona completamente cerrado. Si abriera la ventana y se asomase, Katia vería la estación del Metro de la Plaza de Dzerzhinski. "Seguro que estará llena de gente dispuesta a pasar allí la noche", piensa la muchacha.

(En ese Metro es en el que iba ella muchos domingos al parque de Sokólniki con Andréi. La última vez parecía ya muy lejana y había sido hacía sólo cuatro meses. ¿Dónde estaría ahora Andréi? Se marchó el 25 de junio con los primeros voluntarios, cuando todavía le sonaba raro a ella presentarle a sus conocidos diciendo: "Mi esposo".)

– ¡Katia!... ¡Katia!... ¿Dónde estás?

Nina Ivánovna, sin acordarse, iba a dar la luz. Pero Katia ya se había vuelto y se acercaba a ella.

– Estoy aquí, Nina Ivánovna.

– ¿Y qué haces ahí? ¿A qué esperas? Nosotros nos marchamos, hija. Venía a despedirme.

Katia miró a la vecina. Le pareció que tenía el pelo más blanco y más cansados los ojos. Incluso creyó que le vacilaba un poco la voz.

– No, yo no me voy. Yo me quedo en Moscú. Ya lo he dicho en la fábrica. Si todos nos vamos de Moscú...

No, ella no quería ofender a Nina Ivánovna. Sabía que sí, que alguien tenía que marcharse, que el Partido y el Gobierno habían hablado de evacuación. El marido de la vecina era delineante. La verdad es que Katia no sabía si los delineantes hacían falta en Moscú. Pero tampoco creía que los moscovitas fueran imprescindibles en Siberia. Porque ella había oído ya que Nina Ivánovna y su marido se iban a Novosibirsk.

Nina Ivánovna se la quedó mirando y movió la cabeza con aquel gesto suyo con que disculpaba las travesuras de sus nietos.

– ¿Sabes, Katia? Se va nuestra fábrica. Y nosotros nos vamos con ella. A lo mejor cuesta más trabajo irse que quedarse en Moscú.

Katia sintió calor en la cara. Y sin decir una palabra, se echó en brazos de Nina Ivánovna, y entonces no pudo ya contener el llanto.

La ventana se iluminó de pronto. El haz de un reflector giró un instante, rastrillando el cielo. Las dos mujeres salieron juntas del cuarto. Katia se secó los ojos y se echó un pañuelo a la cabeza. Era su hora de guardia en el tejado.

Desde arriba –y no muy arriba, pues la casa sólo tenía cuatro pisos–, la calle se veía más clara. En el tejado estaban ya sus compañeros "antiaéreos", como ella los llamaba: el viejo contable Pável Nikíforovich y Olga Alexéievna, una actriz retirada, que en los momentos de tranquilidad le contaba a Katia sus

remotos e hipotéticos triunfos escénicos. Aunque si en el teatro se daba tanta maña como en el tejado para apagar bombas incendiarias, Olga Alexéievna debía haber sido una Sara Bernhardt.

Y fue ella la primera que se dio cuenta.

– Mira, Katiusha, más tropas que van para el frente.

Katia se asomó. Por la calle de Kírov bajaba una columna de soldados rojos. En el silencio de esa hora y de esa noche podía oírse el rítmico chasquear de los capotes sobre el cuero de las botas.

– Cualquiera diría que van a desfilar por la Plaza Roja –dijo la actriz.

Katia los miraba pasar en impecable formación, el capitán y el comisario al frente, las cabezas altas y el sonar acompasado de las botas sobre el asfalto. Katia y sus compañeros sabían que aquellos hombres no iban a ningún desfile. Y si iban al frente así, formados, a pie, el frente debía estar muy cerca, el frente debía estar casi en el mismo Moscú.

La columna seguía avanzando hacia la Plaza de Dzerzhinski. Al desembocar en ella se detuvo. Una larga hilera de tanques atravesaba la plaza. Tardó varios minutos en pasar. Vicente Blas, que disimuladamente golpeaba los pies contra el suelo para calentarse, quiso contarlos, pero perdió la cuenta. Vicente Blas era de Jaén y, a pesar del grueso capote, el frío del otoño moscovita le hacía tiritar.

Tras los tanques, la artillería. El ruido de las piezas parecía más débil, sobre todo después del fragor de los tanques. Los cañones, enfundados, agujereaban la noche, desgarrándola en una oscura inquietud. Se veía a los artilleros, rigidos en sus asientos. "Artillería motorizada –pensó Vicente–. ¡Qué cañones! En un momento han pasado lo menos treinta. Y eso nada más que en esta plaza. . ."

Sí, era artillería motorizada, eran cañones de todos los calibres, quizá hubieran pasado incluso más de treinta. Pero Vicente no sabía que entre la fuerza material con que Moscú se disponía a defenderse y la que el enemigo contaba para atacarle había una diferencia enorme y no en favor de Moscú.

– ¡De frente! ¡March. . .!

La orden, dada en español, podría parecer extraña en aquella plaza moscovita, tan lejos de Madrid, tan diferente, bajo el primer mantillo de la nieve derretida, de los campos andaluces, donde en octubre todavía calienta el sol.

Desde el tejado de la calle de Kírov, Katia no podía ya verles. Katia no podía imaginarse entonces que aquellos soldados que había visto pasar eran españoles; que Vicente Blas, este campesino de Jaén, y Santiago Medina, un metalúrgico de Madrid, y los hermanos Banqué, tejedores de Tarragona, y el estudiante Carlos Aguirre, estaban allí para recobrar los domingos del Parque de Sokólniki; para devolver sus ingenuas ilusiones artísticas a la vieja actriz Olga Alexéievna, para guardar la risueña vejez del contable Pável Nikíforovich, para defender la fábrica que el marido de Nina Ivánovna iba a montar en Siberia.

La 4ª Compañía avanzaba por la calle del 25 de Octubre. Las primeras filas veían ya las murallas del Kremlin. Todos los ojos se dirigían allí. ¿Y no parecía que el corazón se había puesto a latir al ritmo de los pasos, que cada vez eran más firmes, más recios, más decididos? La columna empezó a entrar en la Plaza Roja, en el increíble silencio de la Plaza Roja, en la inusitada oscuridad de la Plaza Roja. Vicente musitó a su compañero:

– Fíjate, no brillan las estrellas del Kremlin.

Las estrellas de rubíes estaban enfundadas, como perdidas en el pavón de la noche. ¿Sería posible que no alumbrasen las estrellas del Kremlin?

La columna volvió a detenerse. Esta vez en posición de descanso.

(Cuando Vicente vio por vez primera la Plaza Roja, en mayo de 1939, le pareció más pequeña que cuando la había visto en una película que echaron en Jaén. A él le parecía extraño que la gente pasase por ella como si tal cosa, que fuera posible no tocar cada una de aquellas piedras, no quedarse embobado mirando la bandera con la hoz y el martillo sobre la cúpula que se alza detrás de las murallas. La verdad es que no prestaba mucha atención al camarada que traducía las explicaciones del guía. "Al principio el Kremlin fue de madera... Lo destruyó un incendio... En 1812, cuando la Guerra Patria contra Napoleón...

En 1918 se instaló en el Kremlin el Gobierno soviético... Desde la Plaza Roja, Lenin...")

Vicente sintió que alguien le daba con el codo en el brazo:

– Eh, tú, ¿te has dormido?

– ¡Pues sí que está la cosa como para dormirse! Estaba pensando, Gabriel. Estaba pensando por qué no estaría yo

una de las direcciones principales y avanza hacia Moscú. Moscú se dispone a resistir, pertrechado con todos los elementos de que dispone.

("¿No había dicho él –pensaba Mariano– casi estas mismas palabras, cuando era comisario, a los milicianos que defendían el barrio de Usera? ¿Qué había pasado en el mundo para que él, Mariano, estuviese escuchando aquí, en Moscú, en la Plaza Roja, esas palabras, esas casi idénticas palabras? El, en Moscú, estaba estudiando lo que no había podido estudiar en toda su vida. El estaba viviendo lo que alguna vez había soñado. Y le habían arrancado de sus libros y le habían roto sus sueños. Era la guerra. La palabra guerra puede significar muchas cosas. Puede ser la guerra para que los jóvenes como Mariano no sacien nunca su hambre de pan y de saber. Puede ser la guerra, como aquella de Madrid, como ésta de Moscú, para ganar o defender el derecho al libro y al pan. Por eso había estado él en el barrio de Usera en octubre de 1936 y por eso estaba él en la Plaza Roja en octubre de 1941".)

El comisario hizo una breve pausa, carraspeó un poco y siguió:

– Nuestra compañía ha sido designada con otras unidades para vencer o morir en la defensa de Moscú. El enemigo no pisará jamás esta plaza, donde está el Mausoleo de Lenin.

Los hombres de la 4ª Compañía hicieron un ligerísimo movimiento. Les parecía que los golpes del corazón les daban en los brazos, en las muñecas, y si hubieran querido decir algo, no habrían podido, porque en la garganta se les estaba enroscando una cinta caliente que no les dejaba casi respirar.

Vicente parpadeó y no para sacudirse la nieve de las pestañas. Nieve deshelada pudieran ser esos dos surcos que bajaban por las mejillas de Abad.

El comisario volvió a aclararse la voz –¿no carraspeaba demasiado el comisario?– y continuó:

– Hemos contestado que, por nuestra parte, sabremos ser dignos de ese honor y de esa confianza. Que esa tarea sagrada vale mucho más que nuestras vidas.

¿Por qué no se podría gritar, por qué no se podría jurar con la voz más alta y más ancha que allí no pisaría jamás ningún hitleriano? Pero los soldados no pueden hablar, no deben hablar, cuando escuchan las órdenes del jefe. Los soldados de la 4ª Com-

pañia sabrían hacer lo que el jefe les ordenaba porque mucho antes se lo había mandado su conciencia revolucionaria.

El comisario no había terminado:

– Le hemos dicho al Mando que a vosotros se os puede hablar claro por ser hombres forjados durante largos años de lucha, por ser hombres curados de espanto. La composición política y social de nuestra unidad no es corriente: es un conjunto de combatientes del Ejército Republicano español, nacido en el fuego de la primera batalla contra el fascismo.

No, no era una unidad militar corriente. En ella estaban Américo Brizuela, jefe de brigada en España; Luis Rodriguez Menor, comandante de tanques; Ramón, comisario de Cuerpo de Ejército; Justo López de la Fuente, jefe de brigada; Antonio Blanco, jefe de servicios del Ejército del Ebro; Rivas, teniente de aviación; Enrique Escudero, jefe de brigada; Diego, jefe de división; Juan Guerrero, comisario de tanques... En ella estaban miembros de comités provinciales y comarcales del Partido Comunista de España, dirigentes de la Juventud Socialista Unificada, líderes sindicales... Como había dicho el comisario, eran "hombres forjados durante largos años de lucha": desde las reivindicaciones obreras hasta las reivindicaciones patrióticas, desde los choques con la Guardia Civil hasta los combates contra el cuerpo expedicionario de Mussolini y los tanques de Hitler.

Celestino Alonso terminó diciendo:

– Es cierto que nos encontramos ante un enemigo muy fuerte, pero nada es tan firme como nuestra voluntad. Como veis, camaradas, disponemos de armas suficientes para que, unidas a nuestra moral, sepamos levantar una barrera de hierro en la que sabremos morir, pero cerraremos el paso al enemigo. Esto es todo lo que teníamos que deciros nuestro jefe y yo.

Seguía llegando el eco de explosiones lejanas. Lo apagó el trepidar de las orugas sobre los adoquines de la Plaza Roja. Era toda una columna de tanques pesados del Ejército Rojo. Dejaban un ancho surco negro en la nieve que forraba de increíble blancura la plaza.

Se alejaban por la parte del Museo de Historia para embocar la calle de Gorki hacia el Oeste, hacia allí donde de cuando en cuando el cielo gris se teñía de rojo.

– ¡De frente, cabeza doble variación izquierda, march!...

La compañía echó a andar. Bordeó el Museo de Lenin y al llegar frente al Hotel Moscú hizo alto. Otras unidades habían



El 7 de noviembre de 1941, desde el desfile tradicional de la Plaza Roja, los combatientes soviéticos se dirigían al frente para cerrar el paso al fascismo

tomado posiciones en la Plaza de Ojotni Riad, junto al Hotel Nacional y la Casa del Gobierno.

Las ventanas, las puertas, los balcones, las azoteas y los sótanos, a ras de la acera, en toda aquella área habían sido convertidos en fortines. Desde donde estaban los españoles se divisaba la Central de Telégrafos, en la calle de Gorki. El reloj marcaba las tres de la madrugada.

Terminaba la noche del 15 de octubre, esa noche que los españoles de la 4ª Compañía no iban a poder olvidar nunca.

– Parece que esta noche ya no pasará nada –dijo Pastor.

– Eso parece. Y no estaría mal que pudiéramos descansar un rato. Porque, o mucho me equivoco, o nos esperan días muy serios –opinó Mariano.

Se quiera o no se quiera, el sueño se pone a tirar de los párpados, la espalda se queja del peso de tantos kilos que viene

soportando tantas horas y los nervios quieren relajarse de una emoción que ha estado tensándolos y tensándolos todo el día y toda la noche.

El frío del amanecer buscaba las rendijas de las orejeras de los gorros, de los cuellos del capote, subidos, y alfilereaba los pómulos y la nariz.

Por detrás de la Plaza Roja, más allá del río, subía una franja malva. Comenzó a notarse movimiento en las fuerzas que ocupaban toda la zona. La 4ª Compañía recibió orden de retirarse a descansar.

Vicente volvió un instante la cabeza.

Entre la nieve, las torres del Kremlin parecían desvanecerse en un paisaje cándido e irreal. Las estrellas, en lo alto, seguían apagadas dentro de sus fundas.

"ONI ISPANTSI"

La oficina de Goebbels había dado orden a la prensa de Berlín de reservar espacio el 12 de octubre para un "parte extraordinario": la toma de la capital bolchevique por el ejército alemán. El intendente general de las fuerzas armadas hitlerianas tenía marcados ya en el plano de Moscú los cuarteles y edificios en que deberían alojarse las tropas victoriosas. Incluso había un plan, expuesto por el mismo führer en una reunión del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos "Centro", de cerco de Moscú. Estaban a punto todos los preparativos para la inundación de la ciudad. "Donde se encuentra hoy Moscú –dijo Hitler en aquella reunión– debe surgir un inmenso mar que oculte para siempre al mundo civilizado la capital del pueblo ruso"*.

Hitler basaba estos cálculos en la superioridad material de fuerzas de que disponía. Era el rasero típicamente fascista, con el que había venido midiendo su marcha arrolladora a través de toda Europa. Esta superioridad de fuerzas era cierta y desmesurada. En la dirección Occidental de la ofensiva nazi sobre Moscú, la proporción era de 1.700 tanques alemanes contra 770 soviéticos, 19.450 piezas de artillería frente a 9.150. En el aire, la diferencia no era menor: 950 aviones de la cruz gamada contra 364 de la estrella roja. En hombres, las tropas hitlerianas

---

* Citado por G. Deborin en *La segunda guerra mundial.* Editorial Progreso, Moscú, ed. en español.

atacantes superaban a los defensores de los accesos de Moscú en el 50%*.

En vano reservaron espacio los periódicos berlineses el 12, el 13, el 14, el 15 y el 16 de octubre para el "parte extraordinario" prometido por Goebbels, el parte que nunca se habría de escribir.

El 16 de octubre amaneció Moscú inundado de sol. Si no hubiera sido por los edificios bloqueados de sacos terreros, por los globos cautivos sobre la ciudad y por los caballos de frisa de acera a acera en los barrios extremos de Moscú, se hubiera creído que era uno de esos días del avanzado otoño moscovita en que el cielo, extrañamente azul, y el sol engañoso invitan a la gente a salir a la calle. Diríase que era un domingo, en el que familias enteras se disponían a pasarlo fuera de la ciudad. Pero no era domingo. Era jueves. No era un día de fiesta. Era un día de apretada angustia. Mucha gente, sí, iba a las estaciones. Pero no a un viaje de recreo, sino a un viaje largo, penoso e incierto. El Gobierno soviético había dado la orden de evacuar a la población civil de Moscú.

Sin embargo, los trenes suburbanos iban llenos. Y ninguno de los viajeros tenía aspecto de excursionista. Eran viejos, adolescentes, mujeres. Esas caras pálidas de los hombres que se pasan ocho horas diarias en las oficinas. Esas pequeñas manos, siempre con alguna huella de tinta, de los escolares. Esos dedos de las muchachitas, en los que aún quedaba un rastro de la manicura, enfundados en las toscas manoplas de paño. Eran los fortificadores de Moscú. En algún lugar, les esperaban las palas, los picos, las barras, la tierra, la dura tierra de Moscú, la querida tierra de Moscú, la tierra que ellos debían convertir en tumba del invasor.

Los camiones, los tranvías, los autobuses llevaban también a este ejército silencioso, sin uniforme de soldado, para el que muchas veces no había bastantes palas ni picos. Medio millón de moscovitas –el 75% eran mujeres– participó en la obra de amurallar Moscú.

La 4ª Compañía no volvió la noche del 15 de octubre a su cuartel. La alojaron en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos. Su misión seguía siendo la misma.

---

* *La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. Historia abreviada.* Editorial Militar del Ministerio de Defensa de la URSS, Moscú, 1965, pág. 113, ed. en ruso.

Habían dormido con el uniforme puesto y el macuto por almohada en la misma sala donde hacía muchos años tuvieron su cuartel destacamentos de la Guardia Roja moscovita.

– La última vez que estuvimos aquí –recordó uno de los españoles– fue hace cosa de un mes, en el mitin en que habló Rubén. . .

(Era el 28 de septiembre de 1941. La blanca Sala de las Columnas estaba abarrotada de un público que no era el habitual de los actos y fiestas de hacía unos meses. Las muchachas no vestían el traje que solían ponerse para ir al teatro. Muchas habían venido con la ropa de trabajo. Otras vestían la guerrera militar. Soldados, oficiales, comisarios, jóvenes que el 22 de junio habían dejado el torno, el aula, el laboratorio, estaban allí para llamar a la juventud del mundo a luchar contra su peor enemigo: el fascismo. Era el primer mitin antifascista de la juventud soviética. En el escenario, rígidos, los soldados daban guardia a las banderas de combate. Obreros de las fábricas de Moscú, estudiantes de la universidad, capitanes –desde allí volverían al frente– desfilaban por la tribuna, que era como un parapeto desde el que las palabras tenían el destello de las bayonetas.

Un joven moreno, delgado, el pelo negrísimo, los ojos febriles, con un brazo en cabestrillo, avanzaba hacia la tribuna. En la guerrera de oficial, la Orden de la Bandera Roja. Una ovación delirante estremeció la sala. Todos en pie, aclamaban al joven soldado.

– ¡Es el hijo de Pasionaria! –comentaba la gente.

Rubén Ruiz Ibárruri tenía ya tres meses de combate en las filas del Ejército Rojo. Un año antes había terminado la Escuela Militar *Soviet Supremo de la Federación Rusa* con el grado de oficial. El 22 de junio, avanzada la mañana, Rubén dormía todavía en casa de la madre. La víspera había vuelto, cansado, de unas maniobras. Fue la madre quien le despertó para darle la terrible noticia: la Alemania hitleriana había agredido a la Unión Soviética. La herida la recibió en las primeras semanas de la guerra, a principios de julio de 1941, cuando al frente de su compañía de ametralladoras estuvo seis horas cerrando el paso al enemigo junto a la ciudad de Borísov, en los campos de Bielorrusia. Un tanque soviético recogió el cuerpo herido del joven teniente español.

– ¡Juventud de Europa y América! –resonó la voz de Rubén–. Desde el frente de la gigantesca lucha por la libertad, me dirijo a vosotros. Aquí, sobre la tierra soviética, se decide hoy la suerte de la juventud de la URSS; se decide la suerte de la joven generación de todo el mundo. No es tiempo de meditar y vacilar. Millones de víctimas caídas bajo los golpes de los asesinos fascistas nos llaman a la acción y a la venganza. . .

Escuchaba la sala. Escuchaban los jóvenes de la Varsovia incendiada, del Belgrado destruido, de las aldeas griegas saqueadas. Escuchaban también las madres de Guernica, las primeras que vieron a sus hijos perecer entre los escombros bajo las bombas nazis. Escuchaba el corazón pisoteado de la Europa ocupada. Escuchaba el corazón angustiado de los pueblos de América.

– Yo, que combatí en las filas del Ejército Republicano español –se exaltaba vibrante la voz de Rubén–, no podía dejar de encontrarme entre los combatientes de la libertad, porque mi sangre y mi vida no me pertenecen. Mi sangre y mi vida pertenecen a mi pueblo, a mi patria. . .

¡Con qué valor la defendió Rubén, cuando no tenía aún dieciocho años, en la batalla del Ebro, en los desesperados combates de Cataluña por no perder la patria!

– ¡Alzaos con nosotros todos los que queráis conquistar la felicidad y la libertad! –llamaba el joven teniente español Rubén Ruiz Ibárruri, desde aquella tribuna de la juventud soviética, a la juventud del mundo.

Su brazo herido, su condecoración, le daban derecho a hacer ese llamamiento.)

Las patrullas que esa mañana del 16 de octubre hacían guardia alrededor de la Casa de los Sindicatos veían el ir y venir del gentío apresurado. Era un sitio muy céntrico. La Casa de los Sindicatos está en el comienzo mismo de la calle de Pushkin, muy cerca del Teatro Bolshói, a dos pasos de la Plaza Roja. Los soldados de estas patrullas hablaban entre sí, y siempre alguien que les oía al pasar volvía la cabeza extrañado. "Esos no son rusos. Por la cara, parecen georgianos. . ." "Juraría que hablan italiano". Hasta que una chica se paró a la misma puerta de la Casa de los Sindicatos y exclamó:

– *Oní ispantsi!*

La palabra "españoles" detuvo en seguida a alguna gente. Julio Cifrián le dijo a su compañero de pareja:

– Yo no sé si está permitido que se pare aquí la gente...

Pero permitido o no, un corro de moscovitas se entendía, medio por señas, medio por el incipiente ruso de los españoles, con los muchachos de la 4ª Compañía.

– Fernández diría que estamos confraternizando con la población civil –bromeó Pastor.

Claro que aquel diálogo no era ninguna broma. Hasta hubo una mujer con el pelo cano que empezó a besar al pequeño Antonio y a decirle:

– *Molodiets, sinóchek!*

Sonaba con una entrañable ternura, con una sutilísima emoción, la palabra "hijito" en labios de la madre rusa.

Fue en aquellos momentos cuando en la esquina de la calle de Pushkin y Ojotni Riad empezaron a oírse no una ni dos, sino muchas voces en español.

– ¡Joaquín, Antonio! No nos habían engañado al decirnos que estabais aquí.

Era un grupo de españoles que, enterado de la presencia de sus compatriotas en la Casa de los Sindicatos, habían venido a verles. Pero no solamente a verles. Allí mismo les plantearon a los de la guardia que ellos querían incorporarse también a su unidad.

No era cosa que pudiera resolver ninguno de los de la guardia. Y uno entró a comunicarlo.

– Como ése tarde mucho, entramos nosotros mismos sin permiso.

El enlace no tardó, y llevó a Francisco y a Pablo San José a presencia de los jefes de la compañía.

Los dos tenían el encargo de pedir, en nombre de sus camaradas, que se les incorporase a la compañía. Estos españoles habían recibido la orden de marchar con su fábrica a los Urales, pero ellos habían resuelto otra cosa: quedarse en Moscú, defender Moscú.

Peregrín consultaba con la mirada al comisario. Y el comisario miraba a Peregrín.

– Sí, claro, os comprendemos. Pero la cosa no es tan fácil. Ingresar en una unidad ya formada, en estos momentos, temo que lleve muchos trámites.

El comisario advirtió:

– Y, además, la orden de evacuar Moscú es una orden militar.

– Mira, lo militar y lo español y lo comunista es ponerse un uniforme como el que tú llevas –dijo uno.

– De aquí no nos vamos como no nos echen los alemanes. Y como los alemanes no nos van a echar. . .

No tuvieron que marcharse. Aquella misma noche, Francisco, San José y los demás que llegaron con ellos vistieron el uniforme del Ejército Rojo.

No tuvo tanta suerte el grupo de chicos españoles, el mayor de los cuales no habría cumplido los dieciséis años, y que al atardecer de ese mismo día se presentó en la Casa de los Sindicatos con las mismas pretensiones. Habían venido de la única casa de niños españoles que en Moscú quedaba sin evacuar.

Inda, el "Eibarreta", gritaba más que nadie. Inda insistía, y sus compañeros le hacían coro, en que las escuelas estaban bien para los niños, pero que ellos tenían ya. . . (¡y mentían inocentemente en los años!) la edad de pelear como los hombres. Por lo visto, Inda creía –y, a lo mejor, no iba muy descaminado– que la edad de los hombres se cuenta por los arrestos del corazón.

Celestino, el comisario, contaba luego a los compañeros el trabajo que había costado convencer a aquellos chavales de que siguiesen estudiando. La verdad es que Celestino no estaba muy seguro de haberles convencido.

– Me daban ganas de comerme a besos a aquel morenito que me plantaba cara y me gritaba: "A mi padre lo mataron los fascistas, y yo quiero vengar a mi padre. Pero ¿es que usted no lo comprende?" –recordaba el comisario. Y explicaba que para calmar al chico, le dijo: "A tu padre, muchacho, lo vengaremos nosotros. ¡Nos van a pagar caro todo lo que han hecho y están haciendo sufrir a nuestro pueblo!"

De noche ya, la compañía formó para ir a cenar. El comedor no estaba lejos. La unidad de españoles iba en cabeza de los demás destacamentos que habían salido de la Casa de los Sindicatos. Pasaron por la Plaza de Sverdlov, ante el Teatro Bolshói. Vicente recordó entonces el día en que, por vez primera en su vida, había estado en aquel teatro, sentado en una butaca de terciopelo rojo, y había visto un ballet.

Fue Gil el primero que empezó a cantar.

El Ejército del Ebro. . .

Más de cien voces españolas resonaron en la noche moscovita:

Rumba, la rumba, la rumbambá...

Más alta la voz solitaria de Gil, el "Burgalés":

Una noche el río pasó...

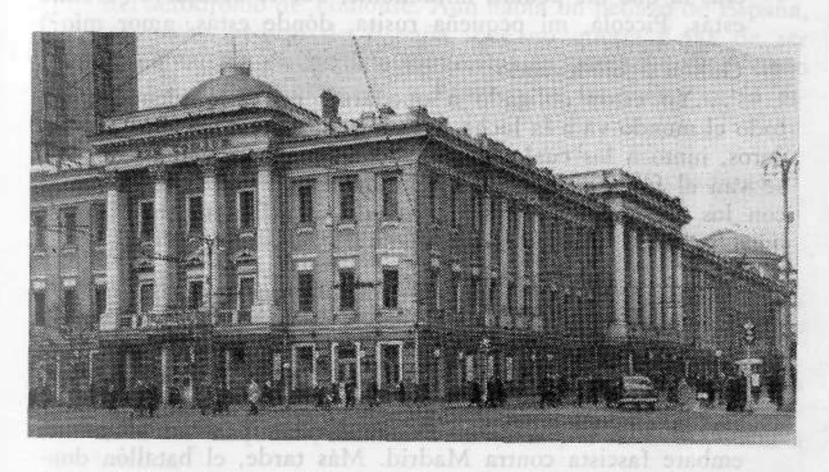
Y todos:

¡Ay, Carmela, ay, Carmela!...

La gente se paraba, recordando que esas voces las habían escuchado alguna vez, que esa canción la habían oído hacía algunos años, aquellos años en que por la radio el locutor anunciaba: "Las tropas republicanas han rechazado otro ataque de los fascistas en la zona de..."

Una canción soviética, lenta, solemne, una canción de guerra, de la guerra sagrada, de la Guerra Patria del pueblo soviético, se fundió a las notas españolas. Ahora españoles y rusos la cantaban juntos, llenando la calle con su clamor, golpeando en los muros, en las ventanas, en el pecho de los moscovitas...

Por enésima vez tronaron los antiaéreos y las explosiones. Los hombres de la 4ª Compañía y de los otros destacamentos seguían cantando...



Esta es la Casa de los Sindicatos, donde en otoño de 1941 tenían su cuartel los voluntarios españoles de la 4ª Compañía

A principios de octubre, el enemigo se acercaba a Járkov, la segunda ciudad de Ucrania.

La noche del día 5, Francisco Gullón había vuelto a su casa de una reunión con otros españoles. Estaba rabioso, desesperado. Tanto, que cuando sacó las páginas del diario que empezó el primer día de la guerra, estuvo a punto de romperlas. "Yo no estoy aquí para escribir tonterías, para decir que trabajo en un koljós, ni tampoco para levantar fortificaciones contra los alemanes. Yo quiero luchar contra los alemanes. Pero ¿por qué hostias no me dejan luchar?"

Gullón no rompió el cuaderno. Se puso a ojearlo distraídamente. Fechas recientes y ya tan lejanas...

"Járkov, 23.VI.41.

Todos se van al frente. Píccola, vas con ellos. Quieres cumplir con tu deber como es debido".

(Píccola, como la llamaba él; Píccola, siempre riendo cuando te decía aquellas cosas increíbles... Píccola, mi pequeña Shura, esperándome a la puerta del instituto porque tú terminabas antes el trabajo. No te dejabas besar, pero luego tú eras la que me pedías, mirándome, que te besase... ¿Dónde estás, Piccola, mi pequeña rusita, dónde estás, amor mío?)

Gullón siguió leyendo:

"...Yo estoy obligado a quedarme en casa, viendo cómo todo el mundo va a la lucha, viendo cómo todos nuestros compañeros, junto a los cuales he pasado las horas tranquilas de paz, se van al frente. Hoy tengo veintiún años y me quedo en casa con los niños y los viejos, y cuando tenía solamente dieciséis años combatía en el frente de capitán".

(Ese frente estaba en España. Al principio no se le podía llamar frente. Al principio fueron los asaltos a los cuarteles de Madrid en julio de 1936. El frente empezó a serlo para Gullón en Navalperal, adonde marchó con la Columna Mangada. El frente eran los pinares y las carreteras de la Sierra, donde los milicianos como Gullón pararon el primer embate fascista contra Madrid. Más tarde, el batallón donde Gullón combatía tenía un nombre legendario: *Octubre*. En ese batallón, los soldados le llamaban ya "Camarada

teniente". El frente se hizo Frente de Madrid en el otoño de 1936 . En el Estado Mayor de la 30ª Brigada Mixta se encuentra Francisco Gullón. Siempre le había interesado conocer el movimiento del enemigo, adivinar sus intenciones, escrutar su retaguardia. No realiza sólo esa labor como jefe de la sección de Información de la 30ª Brigada Mixta, primero, y de la 3ª División, después. Con las fuerzas de escolta del Estado Mayor da frecuentes golpes de mano –San Rafael, El Espinar– en la retaguardia del enemigo, se trae al puesto de mando varios prisioneros y durante cerca de un mes tiene intervenida la línea telefónica de los fascistas. Cuando, por la noche, los demás descansan, él escribe folletos con instrucciones y todo un manual del oficial de Información. En agosto de 1937, el capitán Gullón es nombrado jefe de Información del 1er Cuerpo de Ejército. . .

Más tarde pasa, como segundo jefe de Información, al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la zona Centro-Sur. . . Frente de Aragón, Frente de Levante, Frente de Extremadura. . . Paso del Ebro. Y ya, en febrero de 1939, la batalla de Cataluña, la batalla con la línea de la frontera detrás. Tuvo que pasarla el capitán Gullón con otros capitanes y soldados de la República. Pero la pasó para volver. El tenía que volver. Y volvió de polizón en un avión que salió del aeródromo de Toulouse. Aún había un pedazo de España, un ancho pedazo de España, que no quería dejar de ser española. En él combate Gullón hasta que ese último trozo de España es entregado a Franco con un puñal en la espalda.)

Gullón se sentó y empezó una nueva hoja del cuaderno:

"Járkov 5.X.41.

Me encuentro en Járkov y espero que me envíen al frente, pero hasta ahora no hay nada. Estoy aquí con los camaradas que han querido quedarse para incorporarse al ejército".

Ya se había dado la orden de evacuación de la ciudad. La carretera estaba batida por la artillería fascista. Pero era necesario sacar las máquinas, sacar a las mujeres y a los niños, sacar a los heridos.

– Si me dan un camión, yo estoy dispuesto a ayudar a la evacuación.

El comandante levantó la vista del plano y la fijó en aquel hombre joven, con la cara de no haber dormido en muchos días –¿pero quién dormía entonces en Járkov?–, que le estaba mirando, a su vez.

– Muchas gracias, camarada Montenegro, pero la salida por la carretera es casi imposible. Usted sabe que el enemigo ha volado el puente. . .

Montenegro se adelantó:

– Usted lo ha dicho, camarada comandante, es casi imposible, pero no imposible. Todo es cuestión de meter el acelerador. Hay que aprovechar la noche y hacer en ella varios viajes.

Esa misma noche, Montenegro, que trabajaba en una de las fábricas de Járkov, empezó su disputa entre el acelerador del camión y el colimador de los cañones alemanes. ¿Cuánta gente sacó de Járkov el camión del español? Nadie ha llevado esa cuenta. Tampoco él. En el último viaje, Montenegro sacó a su mujer y a su hija. Las despidió junto al puente destruido. Desde la barcaza, en la que la gente se apretaba silenciosa, la pequeña le decía adiós abriendo y cerrando la mano.

Cuando al día siguiente fue a ver al comandante, éste se sorprendió:

– Pero ¿todavía está usted aquí, camarada Montenegro? ¿No se ha marchado con su fábrica?

Montenegro le enseñó un papel.

– La dirección de la fábrica me ha autorizado a quedarme. Lea usted.

El comandante tomó el documento, pero no estimó necesario leerlo, y siguió mirando fijamente al español:

– ¿Y para qué quiere usted quedarse?

– He combatido en España y creo que puedo combatir aquí. Por lo menos, camarada comandante, me parece que no sobrarán los chóferes militares. . .

El comandante comprendió que aquel hombre, que había pasado tantas veces con su camión bajo el fuego enemigo, sería un magnífico chófer de la división. Y el comandante no se equivocó. . .

No se han conservado las páginas del diario en que Gullón anotó el día en que fue a verle Manuel Belda para comunicarle una gran noticia. O quizá esas páginas no se escribieran nunca. La gran noticia era que en la fábrica de tractores de Járkov se habían presentado el coronel Stárinov y el coronel Petrov, jefes de zapadores minadores. El coronel Stárinov lo ha contado así:

"En octubre de 1941, era yo jefe de un grupo de tropas de ingenieros encargado de las fortificaciones en la zona de Járkov. La gran ciudad industrial vivía horas dramáticas... En sus puertas se libraban tenaces combates. Yo sabía que en la fábrica de tractores trabajaban algunos españoles, a los que conocía bien por haber luchado juntos contra los fascistas en 1936 y 1937. Fui a la fábrica y allí encontré con dificultad a mis amigos. Fue para mí una gran alegría abrazar allí a un ex teniente coronel que había mandado una brigada especial del Ejército Republicano. Con él pasé cerca de un año en España combatiendo al enemigo común. Me presentó a otros españoles. Eran hombres decididos, que habían luchado contra las bandas fascistas de Franco y que ahora no tenían más deseo que pelear contra las hordas hitlerianas. Pero este deseo no era tan fácil de satisfacer. Los españoles no estaban registrados en ningún Comisariado de Guerra. Los jefes de las unidades y los comisarios a los que se habían dirigido no estaban facultados para atender tan noble afán de los españoles. Mientras tanto, las hordas fascistas alemanas se acercaban ya a Járkov. La ciudad estaba siendo evacuada. Y aquellos españoles seguían sin poder conseguir que se les autorizara a combatir en las filas de nuestro ejército"...*

Esto, al fin, lo logró el coronel. El 12 de octubre, un grupo formado por 22 obreros y estudiantes españoles de Járkov quedó incluido en uno de los batallones de ingenieros a sus órdenes.

Lo que no podía imaginarse el capitán que fue designado para instruir al grupo de españoles era que éstos poco tenían que aprender. Los últimos secretos que pudiera tener para ellos la colocación de minas y otros explosivos dejaron de serlo en unas horas.

– Tengo que felicitarles, camaradas –les dijo el capitán instructor–. Me parece que como minadores ya pueden ustedes enseñar.

Esto fue en el examen de la mina química, uno de los explosivos más temibles y eficaces.

Al día siguiente, el grupo de españoles cumplió su primera tarea: la voladura de unos puentes para dificultar el avance enemigo.

En la noche del 25 al 26 de octubre, los tanques alemanes en-

---

* I. G. Stárinov. *Los españoles en la retaguardia del enemigo*, véase la recopilación *Bajo la misma bandera*. Editorial de Literatura Política, Moscú, 1963, pág. 270, ed. en ruso.

traron en las calles de la ciudad. Resonó una explosión, que no era de una bomba ni de un proyectil de artillería. Era la última voladura que realizaba el grupo de minadores al que pertenecían los veintidós españoles.

Ya no quedaba ninguna salida de la ciudad. Los españoles estaban cortados de las fuerzas propias.

– Hay que morir matando –dijo Estrela.

Gullón, menos numantino, replicó:

– Hay que salir de Járkov para seguir luchando. Y hay que salir esta misma noche, aprovechando la confusión y la oscuridad.

– Eso de salir se dice muy fácilmente. . .

– Sí, claro, hacerlo es mucho más difícil. Pero lo haremos –aseguró Gullón. Y no sin cierta ufanía juvenil, añadió:

– Desde este momento, camaradas, empezamos la vida de guerrilleros.

Alguien hizo notar que el desconocimiento del ruso, o, por lo menos, el indisimulable acento extranjero, sería un obstáculo para inspirar confianza a la población soviética de la retaguardia enemiga. Los camaradas soviéticos que habían quedado con el grupo de españoles se ofrecieron para ser ellos los que se entendiesen con sus compatriotas.

El grupo se había refugiado en las ruinas de una casa desde la que se veía bien la carretera. Empezó a discutirse la forma de salir de Járkov y buscar a los guerrilleros. Unos eran partidarios de marchar hacia el Este, hacia donde se retiraba el Ejército Rojo. Otros argüían que sería menos peligroso hacerlo en la dirección contraria, hacia el Oeste, hacia la retaguardia de los alemanes.

Ya se había hecho de día. Un día en que a aquellas decenas de hombres les parecía estar solos en el mundo. El ruido de la batalla se había alejado. Casi la única señal de vida –quizá mejor de muerte– era el humo de los incendios que salía de las piedras de Járkov.

– A mí me parece –dijo Manuel Belda– que habrá que esperar a la noche para intentar la salida. No es fácil que nadie preste atención a este montón de escombros.

Sí, eso era lo mejor. Lo peor era otra cosa.

– Lo de salir está más o menos claro –dijo Mariano Chico–. Lo que está ya más oscuro es que muchos de nosotros no tenemos más armas que bombas de mano, algunas cargas de trilita y los cuchillos.

– Con las bombas de mano –dijo Gullón– podremos defendernos, por ahora.

Gullón distribuyó a los hombres de modo que la defensa de las ruinas quedase más o menos asegurada. Ahora no había más que esperar. Esperar a que llegase la noche para intentar salir del cepo.

Belda repartió entre la gente el pan y las conservas que llevaban. Se establecieron los turnos de guardia para que todos pudiesen descansar algún rato.

La verdad es que eso de que las horas parecen siglos era para José María algo indiscutible. Las horas del 27 de octubre de 1941 entre aquellas paredes derruidas parecían detenidas, como si la Tierra se hubiese olvidado de girar.

– ¿Sabes lo que estoy pensando?

El compañero que estaba de guardia con José María siguió afilando un cuchillo, sin que le preocupase mucho lo que podía pensar su pareja.

– Pues estoy pensando –prosiguió José María, que tenía unas ganas irresistibles de hablar– en que hay quien está peor todavía que nosotros.

El otro levantó la cabeza y se le quedó mirando.

– Están peor nuestros compañeros en las cárceles de España –añadió José María, ahora perfectamente serio–. Están peor los que se quedaron en los campos de concentración de Francia y de Africa. . .

(En España era ya el segundo año de la represión insaciable. Ahora, con la euforia del avance hitleriano, la venganza debía ensañarse con mayor crueldad. Una borrachera de tinta en la prensa franquista eructaba de júbilo: "Los alemanes a las puertas de Moscú. . . Las tropas del führer aprisionan Leningrado. . . Nuestra gloriosa División Azul compartirá los laureles de la victoria sobre el comunismo. . . El 26 de octubre, la importante ciudad de Járkov ha sido tomada por las fuerzas del Tercer Reich". Una borrachera de sangre vomitaba su odio en los patios de las cárceles, en las cunetas de los caminos, en los descampados de cualquier amanecer. . .)

– Pues yo lo que os digo –terció Lucas, que se había acercado al escuchar la conversación– es que casi me alegro de lo que le ha pasado a Francia.

– ¡Hombre, no seas burro!

– ¡Ni burro ni nada! Francia no hizo más que hacernos la puñeta durante la guerra. Y luego, meternos en campos de concentración. . .

– Bueno, Lucas, pero también en nuestra guerra lucharon antifascistas franceses. . .

– Yo recuerdo –dijo José María– cuando estábamos todavía en el *Stambroock,* en el puerto de Orán, cómo se acercaban al barco, a pesar de los gendarmes, las lanchas con obreros franceses y argelinos, que nos tiraban desde el agua paquetes de comida y barras de pan. Yo recuerdo. . .

(Unos cientos de hombres con restos de uniformes, chaquetas, cazadoras de cuero, pasaban ante una doble fila de soldados con casco de acero y subfusil. Por detrás de los soldados empezaron a asomar uno, dos, tres, docenas de puños en alto. Un hombre –¿no era aquél uniforme de ferroviario?– rompió el cordón de la tropa y se acercó a la columna de españoles. *Salut, camarade, salut!* El español sintió que aquel hombre le apretaba la mano y le ponía algo en ella. Luego vio que era un paquete de cigarrillos, un humilde, un maravilloso paquete de "caporales". La columna, flanqueada de soldados coloniales, siguió avanzando hacia la estación de Orán. La gente se paraba en las calles a verlos pasar y también los miraba desde los balcones. La intimidad de los hogares, que la tarde de abril dejaba al descubierto –una lámpara de comedor, unos retratos desvaídos al fondo, aquella muchacha morena que estaba peinándose y se levantó para asomarse al balcón–, arañaba dolorosamente en el recuerdo de los hombres sin patria, sin familia, sin hogar. Algunos iban cojeando, pero no querían apoyarse en el compañero. Se esforzaban por mantenerse erguidos, aunque doliese una herida todavía reciente. Bajo las boinas asomaban, a veces, las vendas. Los hombres conservaban una indomable arrogancia militar. No querían parecer vencidos, y no lo parecían. A lo mejor no lo eran. En la estación, las precauciones policíacas eran extraordinarias, increíblemente extraordinarias, para conducir a unos cientos de hombres inermes a los campos de concentración de Boghar y Boghari, al pie del Atlas.)

– Yo salí por Francia –empezó a contar Lucas– y también recuerdo. Yo sé muy poco francés, pero hay una palabra francesa que no olvidaré nunca: *Allez!* . . .

(Allez, allez!, arreaban los gendarmes y los oficiales franceses a los republicanos españoles en la estación fronteriza de Cerbere... *Allez, allez!)*, los acosaban, empujándolos a los campos de concentración de Saint-Cyprien, de Argelès, de Barcarés... *Allez, allez!*, silbaban las porras sobre los hombros de los que no podían estrecharse más en la arena desnuda de los campos... *Allez, allez!*, gritaba la Francia de la "No-Intervención" y de Munich, la Francia del Comité des Forges y de Petain.)

Dormíamos sobre la escarcha –seguía contando Lucas–. No teníamos para abrigarnos más que la ropa que llevábamos puesta. Del hambre ya no quiero hablar. A veces se pasaban días enteros sin probar bocado. Lo peor eran los niños. A más de una madre se le murió el chico en los brazos...

– Pero tú te escapaste del campo, ¿no?

– Sí, otros cuantos y yo nos escapamos con ayuda de un ferroviario francés...

– Para que veas que no todos los franceses son iguales...

– Eso ya lo sé yo. Gracias a ese camarada, logramos llegar a Perpiñán. Allí, en la Casa Española, donde no cabía un alfiler y estaba rodeada de policía, estuvimos dos días. La cosa era salir de allí para no volver al campo de concentración. Pero en Perpiñán ya estaba organizada la caza de españoles. Aprovechamos un momento en el relevo de la guardia para escapar. Nos habíamos dividido en dos grupos y dado cita en un lugar donde reunirnos después.

(*–Le papier, s'il vous plait* –pidió el prefecto.

– Ahí están, sobre la mesa –respondió uno de los españoles cazados en las calles de Perpiñán.

El prefecto, sin decir nada, empezó a mirar los documentos: una cartilla militar –"Asesor Jurídico del Ministerio de Defensa Nacional", leyó en ella–, un carnet...

El prefecto les fulminó con la mirada. Volvió a fijarse en la hoz y el martillo del carnet y violentamente lo lanzó a la cara de los detenidos.

– ¡Quieto! –oyó Lucas que le decían en voz baja.

Pero los gendarmes se habían adelantado ya a sujetarle, y uno de ellos se puso a registrar una cartera de mano, en la que no encontró más que unos inofensivos botes de conservas y un tampoco nada guerrero salchichón.)

– ¡Con el cariño con que nos había dado los botes y el salchichón una familia de Perpiñán! –se lamentó Lucas, al recordarlo–. ¡Y con el hambre que teníamos! ¡Y la que pasamos después! Pero eso no era lo peor. Lo peor era. . .

Lucas, exaltándose, casi gritó:

– Yo he visto cómo los gendarmes pegaban a dos viejos coroneles de nuestro ejército, dos hombres con más riñones que todos ellos juntos. Y he tenido que morderme los puños para que luego no dijeran que me había dejado arrastrar por la provocación. . .

– Bueno, cálmate, no des esas voces –le aconsejó José María.

– Oye, y por fin, ¿cómo saliste del campo de concentración?

– A mí me sacó la Unión Soviética –contestó Lucas.

– Y a mí.

– Y a mí.

Cuando se puso el sol, Gullón reunió al grupo:

– Hay que prepararse para salir. Vosotros, de descubierta. Estos, detrás para, si es necesario, cubrir la retirada.

Los designados para la descubierta se adelantaron a ver si se podía cruzar la carretera. No sería fácil, pues a cierta distancia había un puesto de guardia alemán. Se decidió que había que atravesarla a toda costa, burlando la vigilancia del enemigo. La noche era oscura, pero de cuando en cuando, entre las nubes, asomaba la luna.

De uno en uno, empezaron a arrastrarse, aprovechando los momentos de oscuridad completa. Esto, naturalmente, exigía mucho tiempo. Y, además, corrían el riesgo de que a las nubes se les ocurriese alejarse de la luna en el momento de atravesar algunos la carretera.

– Hay que esperar un momento de oscuridad y pasar todos a la vez –dijo Gullón.

Así se hizo. Las veintitantas sombras se deslizaron sigilosamente hasta el otro lado del camino. La pequeña tropa marchaba en dirección Norte. Todo alrededor era ya campo enemigo. Los alemanes podían salirles al encuentro al pasar aquellos árboles, al doblar aquel recodo, al alejarse. O al acercarse. Porque no sabían si se alejaban o se aproximaban a las unidades del Ejército Rojo que estarían procurando guardar, procurando no ceder, la tierra patria.

– Alto –ordenó Belda en voz baja.

Los muchachos se detuvieron. Palmoteándose los costados para entrar en calor, un soldado alemán iba y venía por el borde de la carretera. "La patrulla debe estar cerca. Veintitantos hombres podemos hacerle frente. Pero el tiroteo alarmaría, quizá, a fuerzas más numerosas que a lo mejor no andan lejos. Hay que pasar sin ser vistos. No será difícil. El frío les tiene un poco atontados y si rodeamos algo por el bosque, no nos verán. Y aunque nos viesen, al bosque le tienen verdadero pánico". Ya en voz alta, Gullón le dijo a Belda:

– Sin perderles de vista y de árbol en árbol.

Lo peor fue bien poco después. En dirección contraria venían no una, sino varias patrullas alemanas. "Debemos estar cerca de algún caserío, quizá de una aldea. Claro, una aldea en poder de los alemanes. Estos se alojarán en ella, y seguramente no sólo éstos".

A la izquierda pasaba un río. Relinchó un caballo. Negreaban los tejados de paja de las casuchas campesinas. Tumbados como estaban, creyeron poder burlar la vigilancia. Ya no eran patrullas. Era todo un destacamento, que venía hacia ellos, disparando alocadamente las metralletas. El bosque empezó a chisporrotear. Los guerrilleros –Gullón pensaba que aquello era su bautismo de fuego guerrillero– aprendieron en aquel momento lo que era la complicidad de la tierra y la amistad de los árboles.

Hora y media después, el grupo hacía alto sin ninguna baja.

– Como veis –dijo Gullón– sólo será posible caminar de noche hasta encontrar alguna aldea a la que podamos acercarnos.

– Bueno, pero llegar de noche a una aldea en la retaguardia de estos bandidos, llamar a una puerta y que te abran...

– Y lo más probable es que no te abran...

– Y si te abren, peor. Porque cuando empecemos a hablar con nuestro ruso, una de dos: o nos toman por alemanes, y los campesinos no querrán darnos ni las buenas noches, o en la casa hay alemanes y nos metemos en la boca del lobo.

– Lo de llamar podrían hacerlo Serguéiev o Guchenko. Pero no es ése el caso. Lo que hace falta es conseguir víveres. ¿Cuándo hemos comido la última vez?

El tiempo, esa cosa tan relativa, empezaba a serlo cada vez menos para el exhausto estómago de los muchachos. Este segundo enemigo, el hambre, no era el menos temible. A éste es al que primero había que vencer.

– No sabemos las noches que aún nos quedan por caminar. Tampoco sabemos seguramente las que hemos caminado ya. Lo

que está claro es que si queremos no quedarnos aquí a criar malvas, hay que actuar –dijo Gullón a sus compañeros, que le escuchaban como se escucha a un jefe.

Cierto que ni a él ni a Belda nadie les había elegido ni nombrado jefes. No se sabe por qué –o mejor, sí se sabía por qué–, aquel muchacho de veintiún años daba esa sensación de seguridad, esa confianza, ese aliento para afrontar cualquier cosa, ese optimismo sin riberas. No es que Francisco Gullón hubiera nacido jefe. Se había hecho jefe en largos años, a pesar de los pocos suyos, de afrontar con rara inteligencia e irresistible autoridad las tareas más difíciles del riesgo.

– Aquí de lo que se trata, como ha dicho Gullón, es del manduquen –empezó a razonar Herrera, un madrileño que parecía sacado de un sainete–. De noche, todos los gatos son pardos. Y me parece que si nos achantamos como es debido, no será difícil que le demos el susto a alguno de los camiones que pasan por aquí. Porque eso de los camiones sólo es cuestión de. . .

Herrera no tuvo tiempo de concretar el consonante, pues su proposición fue aprobada en el acto. Dicho y hecho. Porque esa misma noche se trazó el plan para asaltar el primer transporte enemigo.

Debía venir rodando desde muy lejos aquel trepidar de motores. Los hombres, que esperaban tendidos entre unas matas al borde de un camino vecinal, aguzaron el oído. Incluso alguien susurró:

– ¡Preparados!. . .

Unos se tanteaban ya el cinturón, buscando las bombas de mano; otros, los pocos que las tenían, aprestaban las metralletas o desenfundaban la pistola, e incluso alguno sacó el cuchillo.

El convoy estaba ya encima. Desde su escondite, los guerrilleros podían divisar los sacos y las cajas. Era, sin duda, un tren de intendencia. Todos y cada uno esperaban la orden del asalto. Pero nadie la dio. Los camiones seguían pasando y pasando, fuertemente custodiados. Ahora volvía a oírse lejano el ruido de los motores. No era posible continuar allí más tiempo agazapados, expuestos a ser descubiertos en cualquier momento. Porque el camino estaba vigilado. Por lo visto, era una vía muy transitada por el enemigo.

Cuando Herrera echó una mirada al reloj, vio que eran cerca de las cinco. No tardaría en amanecer. Y con las claras del día, ya no sería fácil intentar el golpe. Iban a levantarse ya cuando el ruido de otro motor les obligó a tumbarse de nuevo.

Era una camioneta cargada hasta rebosar. Encima, cuatro o cinco soldados.

– ¡Fuego! –gritó Belda.

Una descarga corta y cerrada acribilló la camioneta. Se la vio derrapar y estrellarse contra un poste. Tres de los soldados cayeron como peleles sobre los sacos. Otros dos echaron a correr, volviéndose de vez en cuando para disparar.

– ¡Esto es una tienda de ultramarinos! –comentó Herrera, mientras que con sus compañeros arramblaba con el pan y los botes de conservas–. Y ahora, ¡pies para qué os quiero!

Pero no solamente se llevaron pan y conservas: se llevaron también las armas del chófer, de su ayudante y de los tres soldados fascistas.

Era de día cuando, en la espesura del bosque, los guerrilleros empezaron a disfrutar del botín.

¿Dónde se encontraban? Ni un plano ni una brújula que hubiera podido orientarles. A veces, pasaba alguna mujer, pasaba algún campesino... Cerca debía haber algún poblado. Pero ¿en poder de quién?

– Hay que atrapar a alguno de esos campesinos y enterarse de dónde estamos –decidió Belda.

– De eso me encargo yo –dijo Gullón.

– Vamos juntos –propuso De la Torre.

Al ser detenido, el campesino se asustó mucho y explicó que a unos tres kilómetros de allí estaba el pueblo de Chugúev.

– Allí están los nuestros –aclaró el campesino a Gullón y De la Torre.

– ¿Y quién son para ti los nuestros? –desconfió De la Torre.

El campesino se escamó a su vez.

– Bueno, quiero decir que allí... no hay alemanes.

Gullón y De la Torre cambiaron una mirada. Llamaron a Serguéiev y se fijaron en que, al verle, el campesino sonreía. Serguéiev precisó:

– Por lo visto, ese pueblo está en nuestro poder.

– De todas maneras, hay que guardar a este hombre y detener a alguien más para ver si lo que dicen coincide –dispuso Gullón.

La campesina que detuvieron Colmenar y Nogués fue más expeditiva:

– ¿A cuánto está ese pueblo de Járkov? –preguntó Nogués.

– Más o menos, cuarenta kilómetros.

Nogués hubiera jurado que habían andado cuatrocientos.

Juan Royo, Gullón, José Cañas y los dos compañeros soviéticos Serguéiev y Guchenko fueron delante.

– *Nashi!, nashi!* –exclamó Serguéiev, al reconocer los uniformes de los centinelas.

– Son los nuestros –confirmó en español Cañas.

Sí, eran soldados del Ejército Rojo. . .

Los guerrilleros dormían aún, después del abrazo de uno de los jefes, después de la sopa caliente, cuando les despertó un oficial para decirles que el coronel Stárinov preguntaba por los españoles.

Ese mismo día quedaron constituidos oficialmente dos destacamentos de españoles y soviéticos al mando de Manuel Belda y de Francisco Gullón. Ya no tenían sólo bombas de mano, explosivos y alguna metralleta. El mando les dotó de armamento, de víveres y hasta de camiones.

La primera operación no tardó en presentarse. Entre los designados para minar los caminos que conducían a Chugúev figuraban los nombres de Belda y de Gullón.

Otra vez la retirada. Otra vez sin más salida que el bosque. Pero ahora no era sólo un puñado de hombres el que tenía que salir. Eran los camiones, los carros, el armamento. . . Y eso no podía pasar por el bosque. Hubo que abrir un camino de cuatro kilómetros derribando los árboles mientras el enemigo se acercaba a las puertas del pueblo. Era la batalla contra el barro, en el que patinaban las ruedas, hundiéndose hasta los ejes. También se hundían los pies de los hombres, en el esfuerzo para sacar los coches atascados. Reparar un camión al que se le ha fundido una biela y roto el cambio de velocidades no es nada del otro mundo. Pero buscar las piezas en otros camiones aprisionados por el fango, cuando el frío comienza a hacer de cristal los enormes charcos y las piernas se han hundido en ellos y se han quedado insensibles; hurgar en el motor sin más luz que la de una linterna protegida por el capote y estar acuciado por el temor de que se eche encima el enemigo, es ya algo que nadie exagerará al llamarlo heroico.

El camión ya podía marchar. Pero Juan Otero, que lo había reparado, no.

– Me parece que se me ha helado este pie. No lo puedo sacar.

– A ver, a ver –se inquietó Vania, el chófer soviético que le había estado ayudando–. Se te ha hinchado la pierna y habrá que rajar la bota.

– ¿Y cómo voy a ir sin bota con este frío?

– Te pondrás una mía.

– Pero ¿y tú? ¡Ni hablar de eso!

Sin hacer caso a Juan, el chófer sacó de un maletín del coronel otro par de botas.

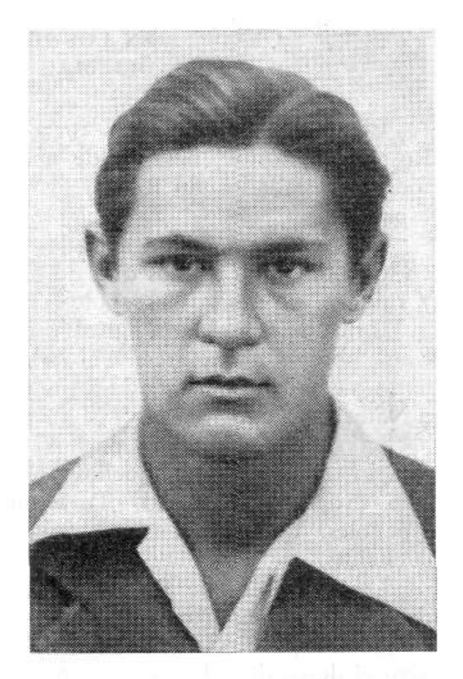
– Me están un poco grandes, pero no va a pedir uno que se las hagan aquí a la medida.

Vania palpaba la pierna hinchada de su compañero.

– ¿Podrás andar?

– Con un esfuercillo, creo que sí. El que tiene que andar es el camión.

El camión andaba. Unas veces, llevando a los hombres, y otras veces, llevándole los hombres a él. Porque había que sacarlo de los frecuentes atascos en el lodazal. Hasta que, en una de esas paradas, Vania dijo:



El capitán Francisco Gullón, condecorado con la Orden de Lenin

– Nos hemos quedado sin gasolina.

– No hace falta que nos quedemos todos aquí –dijo Juan–. Que unos vayan en busca de gasolina y otros les esperaremos guardando el camión.

El tiempo, en circunstancias como éstas, siempre se calcula mal. Dos días tardaron en volver con la gasolina los que habían ido por ella.

– Estamos a catorce kilómetros de un pueblo que se llama Valuiki –anunció el pelirrojo Sasha, alargándole a Vania un bidón.

Como si se hubiera dado cuenta de que el pueblo estaba cerca, el camión brincaba alegremente.

También sonaba alegre en los oídos de los hombres de Belda y de Gullón el traqueteo del tren que les llevaba de Valuiki a Riazán.

EN LOS HIELOS DEL MAR DE AZOV

El 29 de noviembre de 1941, el Ejército Rojo reconquistó Rostov. A Rostov, después de unos cursillos de entrenamiento, fueron trasladados de Riazán los destacamentos integrados por españoles.

La vieja ciudad rusa a orillas del Don fue una de las que, en los todavía no lejanos días de paz, conoció la presencia, jovial y ruidosa, de muchos españoles. Trabajaban, en su mayoría, en la fábrica de maquinaria agrícola. Más de una vez fueron citados como obreros ejemplares. Allí se anudaron no pocas amistades entre soviéticos y españoles. Allí juntó el amor a Nina y José, a Natasha y Pedro, a Vera y Miguel. . .

La guerra separó a muchos de estos amigos. La guerra rompió muchos de aquellos hogares juveniles. La guerra hizo evacuar la ciudad. Tuvieron que dejarla también los españoles, que no consiguieron ser admitidos en las tropas soviéticas.

Los españoles de Rostov y los de otros lugares no habían desistido de empuñar las armas. La noticia de la llegada de soldados españoles del Ejército Rojo a la ciudad del Don reavivó el deseo de pelear en Stalingrado, en Cheliábinsk, en Kírov, en Gorki, en Ufá, en Alma-Atá, en Samarcanda, en Kokand, donde los españoles, viejos y jóvenes, fundían el acero para el blindaje de los tanques, ayudaban a montar con cincuenta grados bajo cero las fábricas evacuadas a Siberia y los Urales, trabajaban con los koljosianos del Asia Central. . . ¿No habían compartido con el pueblo soviético las horas tranquilas de la paz? ¿No estaban poniendo toda su alma en el tesón del trabajo para ganar la guerra? ¿Por qué se les negaba un puesto en el combate? Los españoles no querían sólo construir tanques y aviones: querían tripularlos. Los españoles no querían limitarse a fabricar proyectiles: querían dispararlos contra el fascismo.

– Mire lo que escriben estos camaradas de Stalingrado –le dijo Gullón al coronel.

El coronel leyó: "...No queremos ser menos que nuestros camaradas de Rostov y de Moscú. ¿Por qué no nos dejan pelear?"

El coronel se sabía de memoria todas las razones en contra: los españoles deberán volver a su patria. . . unos centenares de españoles no son imprescindibles para la victoria de la Unión

Soviética, pero serán muy necesarios para el futuro de España... Pero también conocía todas las razones a favor: el temple de estos hombres, fogueados en las trincheras de España; su firmeza ideológica, educada por el Partido Comunista; su odio al fascismo, que les había quitado la patria, fusilado al padre o asesinado a los hijos. Y el amor a la Unión Soviética, la tierra de promisión para los sin tierra, la patria del socialismo para los sin patria, el hogar, la escuela, el taller: la vida. Esa vida es la que los españoles, como los soviéticos, querían defender hasta la muerte.

El coronel le devolvió la carta a Gullón:

– Si uno pudiera decidir por su cuenta...

El que no comprendía más que las razones a favor era Gullón. En Rostov, su destacamento y el de Belda estaban instruyendo a otras unidades. Eran los primeros días de enero de 1942. Una estepa de hielo –el golfo de Taganrog– les separaba de la ciudad del mismo nombre, donde estaban los alemanes. De las bases en la costa meridional tenían que partir las expediciones encargadas de desorganizar el transporte y las comunicaciones del enemigo en la costa septentrional y minar sus posibles vías de penetración hacia Rostov e, incluso, hacia el Kubán.

El plan de operaciones fue presentado por el coronel Stárinov al teniente general Rodión Malinovski, jefe del Frente Sur, el 10 de enero de 1942.

Malinovski –lo ha contado más tarde el propio coronel Stárinov– estaba ya enterado de que entre las fuerzas encargadas de la "operación de los hielos" figuraban antiguos combatientes del Ejército Republicano español.

– ¿Y cómo aguantan estas heladas los españoles? Porque el invierno ruso no puede ni compararse con los días más fríos de la Sierra de Guadarrama ni con el enero de Teruel...

– Muy bien. Lo que ya aguantan menos es tener que esperar tanto el comienzo de las operaciones.

– Pues ya no tendrán que esperar mucho –dijo Malinovski sonriendo–. Por cierto, no deja de ser curioso que los alemanes echen la culpa de sus derrotas en nuestra tierra al general Invierno; en cambio, los españoles, gente de un país cálido, no se quejan del frío. Por lo visto, no se trata de las heladas, sino del Ejército Rojo.

El teniente general Malinovski quedó pensativo unos momentos y añadió:

– De todos modos, tenga usted en cuenta que operar en

los hielos y, además con los terribles vientos que soplan por allí, no es lo mismo que batirse en los olivares. . .

Cuando el coronel Stárinov regresó del Estado Mayor del frente, se aceleraron los preparativos para la "operación de los hielos" en el mar de Azov.

*

"Nos hallamos en Eisk, ciudad situada en la costa del Azov, a cien kilómetros de Rostov –escribió Francisco Gullón en su diario el 3 de febrero de 1942–. Estoy con un solo camarada español, Alberca. Los demás camaradas están en Shabélskoie, no lejos de aquí. Hemos empezado a "trabajar" hace algunos días. Un grupo ha desaparecido. No sé cuántos camaradas españoles habría en ese grupo. Termino de escribir a Píccola. Hace mucho tiempo que no sé nada de ella. ¡Quisiera tanto saber algo! Puede ser que mañana vayamos "allá abajo". Quiero ir en seguida y dejar muy alta la bandera de combate de nuestro grupo".

Hacia "allá abajo" salían por la noche los trineos con los hombres envueltos en batas blancas. Casi invisibles sobre el mar helado y entre la tempestad de nieve. Había que llegar casi hasta las posiciones enemigas, abandonar los trineos, dejarlos ocultos entre los montículos como icebergs y recorrer a pie cinco kilómetros, con los látigos del viento enredándose en las piernas. Había que colocar las minas –las puntas de los cuchillos se rompían en la costra helada–, había que desandar los cinco interminables kilómetros y buscar los trineos cuando la nevasca había borrado todas las huellas y confundido el paisaje, como el viento del desierto hace con las arenas. Pero éste era el viento del invierno ruso, éste era el desierto del hielo, éstas eran las arenas de nieve.

Aquella noche fue terrible. Seguramente la más terrible de las que los hombres del 522° Batallón habían conocido hasta entonces.

Con Manuel Belda iban Enrique, Gaspar, García Puerta, Ruiz de Haro, Mariano Chico y otros. Desde las cinco de la tarde caminaban con todos los cuchillos del viento en la cara. Mala noche para llegar a la costa enemiga y explorarla. Las rachas del viento volcaban los trineos. El vaho de los caballos se quedaba quieto en el aire, como chorros de cristal.

Belda iba delante, encorvándose, volviéndose de espaldas a la ventisca para ofrecerle el pecho después.

– Hay que llegar por encima de todo –dijo Belda al compañero que caminaba a su lado. Porque ya habían tenido que dejar los trineos y procuraban marchar unos cerca de otros. Caía la niebla, difuminándolo todo en una irrealidad lunar.

– Debemos estar a unos dos kilómetros de la costa –calculó Belda por el tiempo que llevaban andando.

El grupo hizo un alto para esperar a Mariano Chico, que se había adelantado a explorar.

Sí, un esfuerzo más y llegarían a la costa. Llegaron. Pero lo más difícil era volver. La tempestad parecía empeñada en que estos hombres no regresaran y les hizo detenerse entre los hielos un día más de lo previsto. Ya no podían utilizar el trineo. A uno de los caballos se le había roto una pata, y el otro había muerto helado. Era imposible comunicar con la base porque no llevaban radio.

Los dos días seguidos de temporal habían levantado pirámides de nieve. Manuel Belda avanzaba penosamente. El bisturí del hielo había hurgado en la vieja herida del pie derecho, la herida del frente de Teruel. Le ayudaban a caminar el comisario y Enrique.

– Animo, ya estamos cerca de casa –decía el comisario.

La "casa", o mejor dicho, la entrada a la casa, era una abrupta pendiente casi vertical, una lámina de hielo por la que era imposible trepar. El comisario y algunos guerrilleros lo intentaron en vano varias veces.

– Hay que buscar una salida a toda prisa –ordenó Manuel Belda–. Yo os espero aquí.

Ninguno quería dejarle. Pero Belda no podía más. Parecía mentira que una pierna pudiera doler tanto.

– Hay que hacer lo que yo mando. No me gustan los sentimentalismos. Para que pueda salvarme yo, tenéis que salvaros vosotros antes. Luego vendréis por mí y por éste.

Era un camarada ruso al que la fiebre no le dejaba dar un paso.

– No te muevas de ahí –recomendó Enrique–. No te dejes rendir por el cansancio. En tus condiciones, el frío es peor que todos los alemanes juntos.

Cuando volvieron, después de haber abierto una brecha en la costa, Belda y su compañero habían desaparecido. La ventisca había borrado todas las huellas. No sabían dónde buscarlos.

– ¡Belda!... ¡Valeri!... ¡Beldaaa!... ¡Valeriii!

El viento se llevaba los nombres, pero no traía respuesta.

– A lo mejor –dijo Enrique– no han querido esperar más por temor a helarse y han encontrado alguna salida. Ya veréis cómo ahora, cuando volvamos, están allí.

Ni Belda ni Valeri estaban allí. Ni los encontraron el comisario, Enrique y otros cuatro que salieron nuevamente a buscarlos. En cuanto amaneció, los hombres de Belda reanudaron las búsquedas, que continuaron todo el día. Al siguiente, Ruiz de Haro halló el cadáver de un hombre casi cubierto por el sudario de la nieve. La mano inerte de Manuel Belda estrujaba, crispada, un puñado de nieve. Valeri, aquel valiente muchacho soviético, no apareció.

Toda la unidad, con sus jefes, fue al entierro de Manuel Belda. El viento traía y llevaba las palabras de Manuel Estrela... "Joven comunista español"... "Héroe de España y de la Unión Soviética"...

(Tenía diecinueve años el estudiante Manuel Belda cuando salió con la columna Rixea-Uribes. Valencia, su Valencia, reventaba de sol y de añil en aquellos días de julio. La guerra estaba lejos de Valencia. Pero Manuel Belda fue a buscarla. Cambió el fusil por el tanque. Fue jefe de Estado Mayor del 1er Batallón de Fuerzas Blindadas y jefe de la 2ª Brigada de Tanques.)

"Se cubrió de gloria en los frentes de Andalucía como comandante de división"...

El viento arrastraba por los hielos del mar de Azov la caliente palabra Andalucía.

"Tus compañeros no te olvidarán nunca"... "Nos pagarán cara tu muerte, camarada Belda"... "¡Juramos vengarte!"

Guerrilleros y soldados dispararon al aire las pistolas, las metralletas, los fusiles... El viento debió llevar el eco de las salvas al otro lado del mar...

*

A los pocos días llegó Gullón con su grupo después de haber minado la carretera de Taganrog.

La base de operaciones iba engrosando con nuevos combatientes españoles. Los "veteranos" instruían a sus camaradas. El entusiasmo por enseñar y el entusiasmo por aprender hicieron milagros. Podría citarse –un ejemplo entre muchos– al grupo llegado de Stalingrado. El Mando soviético había nombrado

oficiales a gran número de españoles. La base del mar de Azov tenía ya inquieto al Mando alemán de aquel frente. Aquellas sombras, inaprehensibles como fantasmas, que penetraban hasta la misma costa, desorganizaban sus comunicaciones. Era cada vez más frecuente el estruendo de las explosiones que rompían el silencio blanco. Saltaban los camiones. Nadie oía el grito, si es que les daba tiempo a gritar, de las guardias eliminadas por los guerrilleros.

Todos los atardeceres partían seis u ocho grupos hacia el otro lado del mar de Azov. Las incursiones se hacían más y más difíciles. El enemigo había trasladado a aquel sector fuerzas importantes.

La noche empezaba a dejar de ser aliada de los guerrilleros: la transformaban en día los reflectores desde la orilla ocupada por los alemanes. A veces, el fuego huracanado les cerraba el paso, obligándoles a tumbarse sobre los hielos. Esperaban así hasta que la vivísima luz se apagaba y volvían a caminar sigilosos. Era muy leve, pero a ellos les parecía demasiado ruidoso el crujir de la nieve bajo las botas. El tictac de la mina de relojería –¿o sería el latir del corazón?– bajo la zamarra contaba los minutos del difícil deber.

Los guerrilleros no operaban ya en pequeños grupos. Varios de ellos –cinco o seis– salían con breves intervalos para actuar juntos.

Ese día –o esa noche, porque serían las tres de la madrugada– los hombres que mandaba Gullón divisaron unos puntos blancos que venían hacia ellos.

– ¡Cuerpo a tierra! –ordenó Gullón.

Los puntos avanzaban, creciendo, alargándose... Era toda una columna. Las metralletas guerrilleras tumbaron las primeras filas. Los demás alemanes echaron a correr. Pero no por mucho tiempo. Repuestos de la sorpresa, contestaron con fuego de ametralladora y de mortero.

Gullón inició con sus hombres un movimiento envolvente. El enemigo se vio rodeado y prefirió huir, dejándose en la nieve muertos y heridos. Los trineos de la guerrilla corrían tras los alemanes. Pero la costa que éstos ocupaban estaba cerca y los hombres de Gullón no lograron darles alcance.

– La cosa no ha estado mal, pero podía haber estado mejor –comentó Gullón– si ellos no tuvieran tan cerca la costa y si nuestros caballos no estuviesen tan cansados.

Despojados de sus armas, quedaron sobre la nieve varios


Mariano Chico en sus años de guerrillero

cadáveres enemigos. Los guerrilleros se llevaron prisioneros a cuatro alemanes heridos.

Ya de regreso en su base, se vio que las heridas de Alberca y García Puertas no eran graves. Tampoco lo eran las que sufrieron en aquel combate otros cinco guerrilleros.

Aquella misma noche, un grupo en el que iban Lucas y Mariano Chico hizo una incursión por otra parte de la costa. Cuando estaban minando la carretera a la entrada de una aldea, Mariano notó la ausencia de Iván:

– ¿Dónde se habrá metido ese despistado?

– Es que la niebla despista a cualquiera –dijo Castellanos.

(La niebla era, a la vez, amiga y enemiga del guerrillero. Protegía sus pasos, ocultaba sus movimientos, pero también embozaba a los alemanes. Por aquel laberinto de gasa sucia, los hombres andaban indecisos, sin saber dónde iban a salir ni cómo saldrían. Pocas veces habría sido más exacta la expresión "la boca del lobo". Al lobo fascista iban a hostigar en su madriguera los guerrilleros. Eso fue lo que le ocurrió –que por poco se mete en la boca del lobo– al grupo de Juan Otero y José Estrela. Unos pasos más, y les hubiera visto el puesto enemigo. Los guerrilleros no dieron esos pasos, sino que esperaron el tiempo imprescindible para minar el sendero inmediato. Cuando se alejaban, retumbó una explosión. "Ya ha caído el primero", se alegró Juan. Sonaron otras explosiones. Por lo visto, seguían cayendo más. La

niebla continuaba siendo amiga del guerrillero y arropándole para que pudiera desaparecer.)

– A ése le encuentro yo –dijo, muy decidido, Mariano.

Y con la mayor tranquilidad del mundo se acercó a las primeras casas de la aldea. Vio moverse una sombra y Mariano se alertó. "Así debía ser el fantasma de Cuenca. Claro que antes de que él me dé el susto, se lo daré yo". Pero no hubo susto. La sombra era Iván, que, efectivamente, se había extraviado. Y como no era cosa de volverse de vacío, los dos decidieron que podían descargarse un poco de impedimenta dejando algunos "regalos" a los hitlerianos a la salida de la aldea.

Todo esto demoró la retirada del grupo. Cuando regresó, era ya de día. Descubiertos por los alemanes, tuvieron que ganar rápidamente los trineos, que aguardaban no lejos de la costa, y escapar bajo el fuego enemigo. El grupo no tuvo ni una sola baja.

El Mando del frente ordenó la exploración del dispositivo enemigo a todo lo largo del litoral. Gullón se ofreció con sus hombres para cumplir esta misión. Raro era el día en que el joven capitán no marchara a algún servicio, acompañado siempre de Angel Alberca. Una de esas veces partieron los dos amigos con otros camaradas hacia Mariúpol. Gullón sabía que para el guerrillero no hay enemigo pequeño ni objetivo desdeñable. Que un centinela suprimido, que una casa volada, que un cable telefónico cortado son minúsculos, pero importantes elementos del combate. Por eso, cuando divisó una casita de ladrillo, ordenó detenerse.

– Voy a ver qué hay allí –decidió.

Un alemán iba y venía a rápidos pasos por delante de la casa. Gullón se detenía, avanzaba, volvía a detenerse, volvía a avanzar, teniendo cuidado para que el ruido de la nieve bajo su cuerpo tendido no alarmase al centinela. Como si le hubieran roto un resorte, el hitleriano dio una pirueta, desplomándose. El fusil silencioso de Gullón casi siempre era certero.

Siguió observando la casita unos momentos y resolvió entrar en ella. En seguida descubrió a un hombre inclinado sobre unos papeles. El fusil silencioso de Gullón estaba ese día de suerte. Una ojeada rápida le convenció de que allí no había nadie más. Recogió los papeles, por si acaso, y se fijó en el teléfono. "El que hable por aquí va a comunicar directamente con San Pedro o con Satanás", se dijo Gullón mientras colocaba una mina de sorpresa en el aparato.

Iba riéndose cuando se reincorporó a su grupo.

Gullón y Alberca hicieron luego el reconocimiento del sitio indicado. Mientras ellos descubrían los puntos de fuego del enemigo, el resto del grupo vigilaba.

Al cabo de unos días, un destacamento pudo operar sobre seguro en el sitio explorado por Gullón y Alberca.

El enemigo había trasladado toda una división a aquella zona costera fortificada. A pesar de que el frío estaba cediendo y la coraza del mar empezaba a resquebrajarse, la operación de los hielos proseguía. Eran combates como aquel en el que, con los guerrilleros, actuaron los marinos de la flota del mar de Azov. Eran encuentros en los que un grupo de españoles y soviéticos ponía en fuga a fuerzas enemigas dos veces superiores. Eran las voladuras de cada día, los transportes aniquilados, el dispositivo enemigo deshecho. . .

A principios de abril de 1942 se esperaba un ataque del enemigo en aquella zona. El Mando soviético necesitaba los datos más precisos. De conseguirlos se encargó el grupo de Gullón. Nadie como su capitán para pasar la línea enemiga. Nadie como él en la sorpresa y la emboscada. Nadie tampoco a la hora de retirarse con la misión cumplida. En uno de los golpes, Gullón desminó personalmente un campo y se llevó las minas consigo. Fueron esas minas las que utilizó para hacer saltar un fortín de los alemanes.

Otro de los golpes fue más difícil y uno de los más importantes. Volar un puente vital para el enemigo en el río Mius, por el que pasaba la línea del frente. El paso sobre unos troncos a la orilla opuesta. . . Los centinelas alemanes acuchillados. . . La estratagema de engañar al enemigo, sustituyendo con dos guerrilleros a la guardia aniquilada. . . La entrada. . . La entrada, casi pegados a la tierra, de los demás componentes del grupo. . . Las explosiones que el viento acallaba cuando volaron dos fortines ya al otro lado del puente. El manojo de bombas lanzado por Gullón para detener y destrozar a los alemanes que intentaban salir de otro fortín. . . Y bajo una lluvia de balas, la vuelta, a través del puente, el puente ya con su carga de muerte en las entrañas. . . Las bengalas rasgando la noche. . . Las siluetas de Gullón y Alberca cortadas por ráfagas de luz. . . La espera tras un pequeño desnivel del terreno. Los cohetes, desgranándose en el cielo, impedían salir de su escondrijo a Gullón y a su ayudante.

– ¡Pero cuándo se va a acabar esta verbena!

Aunque Gullón lo dijo con tono irritado, Alberca se rió:

— ¡Sólo falta la traca!

La traca estalló. Con el trueno final, la voladura del puente, los guerrilleros echaron a correr hacia sus líneas.

*

Con la primavera, el mar se rompía en grandes bloques, que quedaban flotando a la deriva. Ya no era posible pasar por allí. Desde su base, los guerrilleros contemplaban con pena el deshielo. Con pena y con satisfacción. Porque no había sido en balde su difícil actuación allí. Porque cada uno tenía en su haber de combate varias cuentas ajustadas al enemigo. Porque les esperaban nuevas operaciones, nuevas batallas, nuevas victorias...



Manuel Belda, muerto en la batalla de los hielos en el mar de Azov

MOSCU, VERANO DE 1942

"Hace ya todo un largo año que no te veo, mi querida Píccola, pero te recuerdo y te amo más que nunca"... "Yo te he escrito no sé cuántas veces, no sé cuántas cartas, pero tú no me contestas. ¿Dónde estás? ¿Me has olvidado? Yo no sé, pero creo que no es posible. ¡Nos queríamos tanto, nos comprendíamos tan bien! Y yo te quiero hoy tanto como soy capaz de amar. Estoy seguro de que tú me sigues queriendo también. ¿Qué haría sin ti?..."

El capitán Gullón dejó el lápiz y se puso a mirar por la ventana del cuartel. Estaban en Moscú. En cierto modo, era magnífico estar en Moscú. Sin embargo, ¿qué hacían tanto tiempo allí? Reorganizarse, descansar, todo eso está muy bien. Pero

la guerra sigue. Y hay que estar en la guerra. ¿No dice el coronel. . . ?

Gullón volvió a su diario:

"El coronel dice de nosotros que somos buenos combatientes. Algunos hemos recibido ya condecoraciones, pero en Moscú no hacemos nada. . ."

Claro que el inquieto capitán exageraba. No es que los hombres trasladados del mar de Azov no hiciesen nada en Moscú. Por orden del Mando, la unidad a que pertenecían Gullón y sus compañeros debía actuar en la retaguardia del enemigo en el Frente de Kalinin.

Hacía un siglo que Gullón no había estado en Moscú –todo lo que era antes de la guerra parecía ya un siglo– y la capital no le dio la impresión de estar muy cambiada. Bueno, sí, todavía se veían algunos edificios vallados por sacos terreros; de esas casas de la calle de Gorki sólo quedaban las paredes. ("Por poco la bomba da en Telégrafos", pensó Gullón.) En el césped del bulevar donde se alzaba la estatua de Pushkin, los globos dormían como dóciles elefantes tumbados. Una de las chicas que los guardaban –estaba muy bonita con la guerrera ceñida, la melena rubia derramada sobre los hombros, el gorrillo militar en la mano, las botas brillantes hasta media pierna– se quedó mirando al joven capitán.

"Se parece a Shura". (Aunque, quizá, no se parecía nada. Pero a Gullón todas las muchachas le recordaban a Shura.) "A lo mejor me la encuentro en la calle. Cosas así ocurren en el cine y en las novelas. También ocurren en la vida. Shura debe estar en Moscú, me han asegurado que está en Moscú. Y si está en Moscú, andará buscándome. Pero ¿sabrá ella que yo estoy en Moscú?"

– ¡*Shura*! ¡*Shu*. . .!

No era Shura.

"Ella tenía unos parientes que vivían cerca del Metro de Sokólniki. Si, como me han dicho, está en Moscú, allí sabrán de ella".

Todas las tardes, cuando quedaba libre, Gullón se iba a la puerta de la estación del Metro de Sokólniki. Esperaba, esperaba mirando ansiosamente a la gente que entraba y salía.

– ¡Es imposible! –se dijo Gullón–. ¡No la encontraré! Está visto que esas casualidades no suceden más que en las novelas.

En Moscú, Gullón encontró a muchos conocidos. La mujer de Antonio Blanco le dijo que su marido estaba con otros españoles en la retaguardia enemiga. Por lo visto, los españoles seguían incorporándose a la lucha. ¿Y ellos? ¿Cuándo volverían a combatir otra vez? Porque la guerra continuaba y no cedía en su dureza. Cierto que la ofensiva de invierno del Ejército Rojo, que había expulsado a los alemanes lejos de Moscú, había sido una gran victoria. "En la batalla de Moscú se ha disipado el mito de la invencibilidad del ejército alemán", había leído Gullón en *Pravda*. Cierto que el invierno de 1941 a 1942 y el comienzo de la primavera habían reportado otros éxitos al Ejército Rojo, cuyas fuerzas se multiplicaban y cuya moral crecía. Pero el enemigo seguía siendo poderoso. Gran parte del territorio soviético continuaba ocupado. Era previsible que, con la llegada del verano, los alemanes desencadenasen una nueva ofensiva. Se hablaba de que sería la dirección del Volga el sitio elegido por el Mando hitleriano para asestar un golpe mortal a las tropas soviéticas. Gullón sabía que el enemigo había creado una seria amenaza en la zona del Frente de Kalinin. Allí, en la retaguardia enemiga de aquel frente, era donde Gullón y sus hombres deberían actuar.

Todos los días, a las dos de la tarde, el destacamento salía para comer. Pasaban formados por el centro de Moscú.

Ese día, como de costumbre, los españoles marchaban cantando. Fue Alberca el que oyó aquella voz que salía de entre la gente detenida en la acera.

– ¡Francisco! ¡Francisco!...

Alberca tocó con el hombro a Gullón.

Shura hizo un movimiento para echar a correr. Entonces se encontró con la mirada de Gullón. Sólo la mirada. Porque el capitán no podía abandonar la formación. "¡Es increíble! ¡Cuando menos podía imaginármelo! Estas cosas ocurren cuando menos se piensan".

La muchacha, abriéndose paso entre la gente, pugnaba por seguir a los soldados, que se alejaban. Todos habían dejado de cantar. Habían visto la cara vuelta un instante y la sonrisa de su capitán. Les pareció más larga que de costumbre la distancia hasta el comedor. Y comprendieron por qué Gullón, ese día, dio unos metros antes de la llegada la orden de romper filas.

Gullón la vio, todavía de lejos, venir hacia él corriendo por mitad de la calle.

– ¡Shura, Píccola mía!

La besaba la boca, los ojos, la naricilla, el pelo. . .

– Pero Píccola, ¿por qué lloras? . . ¡Tonta, si estamos juntos! . . .

La muchacha, que no llegaba al hombro del capitán, seguía abrazada a él, como si fuera a perderle o le hubiera encontrado para siempre.

Las mujeres que aguardaban en la cola de una tienda les miraban moviendo la cabeza. . .

*

Nunca había estado Moscú tan maravilloso. ¿Verdad, Shura, que no? Y Shura se apretaba a su capitán, que la llevaba cogida de la mano. Las yemas de los árboles empezaban a reventar. Nunca había sido tan tiernamente verde el parque de Sokólniki. ¿Verdad, Gullón? Paseaban por los viejos lugares de los días de paz. En la estación del Metro, él la decía:

– ¡Cuántas tardes te he esperado aquí!

Ella conocía ya todos los azares de su valiente capitán. Y él conocía todas las peripecias que Shura había pasado.

– Mira, mimosas.

La mujer ofreció a Shura unas ramas de esa flor amarillenta casi desnuda, que fue siempre y será siempre para los moscovitas el primer mensaje que la primavera les manda del Sur.

Gullón se las compró. Porque quién sabe si aquella humilde flor habría sido cortada precisamente para la novia del capitán.

Ella vivía, en efecto, en la casa de los parientes que tenía en Moscú. ¿Cuánto durarían esos días de increíble felicidad? Shura no se atrevía a preguntarle: "¿Cuándo?" Los dos sabían que la guerra volvería a separarles.

*

El 2 de junio, Gullón escribió en su diario:

"Gavrílovo, región de Smolensk.

De nuevo estoy en el frente. Estoy aquí con dos camaradas españoles, Alberca y Uztarro, en un regimiento de guerrilleros rojos. Comemos bastante bien y trabajamos mucho. Dentro de dos días estaremos en campo enemigo. . . Shura es todavía un recuerdo muy fuerte. . ."

Y al mes siguiente, el día 24:

"Termino de vivir una de las aventuras más bonitas de mi vida. He estado con algunos camaradas cercado por el enemigo.

Hemos salido del cerco porque nosotros somos nosotros. En el presente soy capitán del Ejército Rojo. Me han dicho que muy pronto me darán un batallón. Es necesario luchar, luchar como nunca. Se dice que estamos viviendo la situación más crítica de toda la guerra. Hoy quiero escribir lo que pienso sobre ella para leer todas mis notas cuando la guerra haya terminado. Yo lucho y lucharé hasta que no quede un solo alemán sobre la tierra soviética. ¿Por qué hablo así? No es una declaración para la prensa o algo por el estilo. Yo comprendo perfectamente que no podría vivir si los alemanes ocuparan la URSS. Y yo quiero vivir. Tengo veintidós años y siento ardientes deseos de vivir. Por eso prefiero morir hoy luchando que vivir mañana bajo la bota alemana. Quiero todavía volver a ver mi Madrid. Quiero volver a España. Y para eso, ante todo, es necesario vencer aquí y terminar con los invasores alemanes. Comprendo perfectamente lo crítico de la situación. Pero yo tengo completa confianza en el Alto Mando soviético".

Entre las operaciones que el Mando soviético planeaba para el otoño de 1942 figuraba la intensificación del movimiento guerrillero en la retaguardia del enemigo. A comienzos de septiembre, Gullón fue llamado al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Le esperaba allí el jefe del Estado Mayor guerrillero de la región de Leningrado, camarada Nikitin.

Joaquín Gómez, Gabriel Abad y Mariano Villena acompañaban a Gullón.

– Ustedes no me conocen, camaradas –dijo Nikitin, estrechándoles la mano–, pero yo sí les conozco. Y por eso les he llamado.

Los cuatro muchachos se miraron y tomaron asiento a una indicación del jefe del Estado Mayor.

– Se trata –explicó– de su futura labor. Como ustedes saben, a pesar de los golpes que asestan nuestras tropas al enemigo, el peligro en que se encuentra nuestra patria es todavía grande. El bloqueo de Leningrado continúa. La ciudad es bombardeada día y noche por tierra y por aire. Los guerrilleros tienen mucho que hacer allí.

"Creí que nos iban a mandar a la región de Kalinin, pero por lo visto, vamos a Leningrado. Todavía mejor", pensaba Gullón mientras escuchaba a Nikitin.

– Concretamente, su misión consistirá –continuó el jefe del Estado Mayor– en cortar las comunicaciones y el abastecimiento del enemigo por el ferrocarril del Oeste. La tarea deberán cum-



Una calle de Leningrado en el invierno de 1942. En la defensa de Leningrado se cubrieron de gloria decenas de jóvenes españoles.

plirla entre septiembre y noviembre de este año. Hoy mismo saldrán en avión para la estación de Jvóinaya, donde les esperarán los hombres destinados a su destacamento. Dentro de poco llegarán sus camaradas de Moscú y después marcharán a la retaguardia enemiga para cumplir la misión encomendada.

Todo ocurrió como había dicho el camarada Nikitin. Al terminar el día, Abad, Villena y Gómez estaban ya en Jvóinaya. Empezaba el adiestramiento de los nuevos combatientes que debían sumarse al destacamento.

A mediados de septiembre llegaron de Moscú los demás compañeros –muchos de la 4ª Compañía– y, con ellos, Francisco Gullón.

Aquella mañana, el capitán Gullón había escrito en su diario:

"16.IX.42.

Hoy partimos para el frente. El "trabajo" es muy difícil, pero es bonito. Debemos regresar dentro de dos meses. Es necesario luchar y vamos a luchar. Conmigo van 120 hombres. Somos bastantes. . . El día es gris, un día de otoño. Hace frío y no sé por qué recuerdo constantemente a mi Madrid. La Plaza

de Oriente, la calle de San Bernardo, lugares tan típicos y tan queridos. . .

¡Hasta la vista, Moscú! Debemos volver y volveremos a verte. . . ¡Hasta la vista, Ojotni Riad! Volveremos a verte".

EL PEQUEÑO RAFAEL

El muchacho seguía agazapado entre los matorrales, protegido por el terraplén de la vía. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Desde el último combate en que su grupo quedó cortado del resto del batallón deberían haber transcurrido varias horas. La ciudad de Gdov había caído en poder del enemigo. El joven comunista Krávchenko y él salieron juntos. La aviación fascista se hartó de bombardear sin que ellos pudieran hacer otra cosa que pegarse a la tierra.

Por la noche –dos noches antes–, las fuerzas del Ejército Rojo cercadas realizaron seis contraataques, estrellándose todos contra la enorme superioridad del enemigo. Resistieron todo el día. Y al anochecer, un golpe certero abrió brecha. Pero no pudieron ser sacadas las piezas de artillería. Los encargados de volarlas –entre ellos, Krávchenko y Rafael– tampoco pudieron salir. Y había que salir. Rafael recordaba ahora la carrera de su inseparable amigo soviético, Krávchenko, y él por vallas y huertos bajo el vendaval de las balas.

Oyó gemir a su camarada. Krávchenko estaba herido en el brazo derecho. Desde arriba, los alemanes seguían disparando. A rastras, los dos jóvenes consiguieron llegar al talud del ferrocarril. La herida de Krávchenko no debía ser grave.

– Hay que esconderse en aquellas matas y esperar a que se haga de noche –dijo Krávchenko.

– Aunque yo soy pequeño, los dos no cabemos ahí –replicó Rafael–. En esos matorrales que hay al otro lado del sendero me ocultaré yo.

Ahora era ya de noche. Krávchenko no daba señales de vida. No se atrevió a llamarle porque no sabía si el enemigo andaba por allí. Atravesó a rastras el sendero. En el matorral no había nadie. "¿Habrá ido en busca mía?", se preguntó Rafael. "Pero aquí no puedo continuar más tiempo".

A lo lejos se veían las sombras de una patrulla alemana. Tampoco por allí podía cruzar la vía. El caso era apartarse un poco e intentar alejarse sin ser visto. Esto no fue difícil. Los

alemanes no podían sospechar, seguramente, que extraviado en el bosque había un muchachito español con el uniforme del Ejército Rojo.

El pequeño Rafael no sabía hacia dónde tirar. Y confiando en su buena estrella, se puso en camino. "A lo mejor encuentro a algún koljosiano que me pueda orientar. Claro que también puedo encontrarme con los alemanes".

Caminó toda la noche por aquel bosque de la región de Leningrado. No era muy espeso. Pero estaba lleno de rumores, de esos rumores que la noche y el silencio agrandan. Recordaba Rafael cuando, de muy niño, su madre le asustaba diciéndole: "Si no eres bueno, te llevaré al bosque y te dejaré allí".

Ahora estaba en el bosque. Pero ya no era un niño. Quizá sí lo era. No tenía más que dieciséis años. Tuvo que mentir en el centro de reclutamiento cuando le preguntaron la edad. ¡También fue ocurrencia de los compañeros designarle a él para hacer las gestiones! Porque, además de ser el más joven, era el más pequeño. De estatura, se entiende; pues de lo demás, pocos le igualaban en desparpajo y decisión.

Su grupo fue de los primeros en presentarse el 22 de junio en los batallones de voluntarios que empezaban a formarse en Leningrado. Eran los chicos españoles de la Fábrica *Elektrosila*, de las escuelas de aprendizaje profesional, de las escuelas técnicas, del Instituto Técnico de Aviación...

¡La que se armó en la casa de la Avenida Nevski en la que vivían muchos de ellos! ¡Bueno, la que se armó en todas las residencias de fábricas y centros de enseñanza en que había españoles! Porque ese día, el 22 de junio, era domingo. Quien más quien menos tenía sus planes para ir al cine, para pasear con la novia o, como Elíseo, que pensaba ir a Peterhof y cuando le dijeron que había empezado la guerra gruñó:

– ¡Pues yo voy a Peterhof!

Elíseo (o Eliseo, el "Esdrújulo", como le llamaban sus compañeros) era así. Todos recordaban el día en que uno de los educadores más queridos por los chicos les explicó:

– No se dice Eliseo. Ese nombre tiene acento en la i. Elíseo es esdrújulo.

– El esdrújulo lo será usted –saltó el aludido.

La carcajada –el educador también se rió– apaciguó a Elíseo, que desde aquel día pasó a ser para todos el "Esdrújulo".

El 22 de junio, al mediodía, los llamaron a una reunión en la casa de jóvenes. Rafael –y no sólo Rafael– escuchaba, arru-



Aquí vemos a un grupo de aquellos hijos de los trabajadores españoles a su llegada al puerto de Leningrado. El legendario aviador Valeri Chkálov, Héroe de la Unión Soviética, fue a verlos más de una vez a las casas de niños de Leningrado.

gando las cejas, las explicaciones del director. "Son momentos difíciles. Agradecemos mucho lo que han dicho los camaradas españoles. Sabemos lo bien que trabajan y estudian estos muchachos y estamos seguros de que trabajarán y estudiarán aún mejor

para ayudar a su segunda patria, como ellos la llaman, en estas horas decisivas, para ayudar también a su regreso a España. Allí harán falta como buenos trabajadores y especialistas".

Todo aquello estaba muy bien y fue muy emocionante. Pero aquella misma tarde, grupos de jóvenes españoles acosaban los centros de reclutamiento. Unos grupos eran muy numerosos; otros, más pequeños, y algunos los formaban cuatro o cinco chicos. Lo que estaba claro es que podrían contarse con los dedos de una mano los muchachos españoles a quienes habían convencido las razones del director y de los educadores de que debían seguir trabajando y estudiando. Porque es lo que ellos decían: "Trabajaremos y estudiaremos cuando acabemos con los fascistas".

Rafael recordaba conmovido cómo al llegar él y sus compañeros españoles y soviéticos vio a la puerta del Comisariado de Guerra del barrio de Vyborg a las chicas. Les estaban esperando para ver qué resultaba de sus gestiones. Les aguardaban con inquietud, con cariño de buenas hermanas, de valientes compañeritas que habían compartido con ellos las angustias de España y las alegrías de la vida en la Unión Soviética. Cuando algunos salían, con un aire inconfundible de contento en la cara, los abrazaban, los besaban y más de uno tenía que limpiarse la mejilla mojada. Allí se encontró Rafael con Isidro Peñalva, José Ortiz, Francisco, Celestino Fernández, Héctor y Armando Viadiú, Juan Goñi, Carlos de Pedro, Luis Frades, José Noveiras. . . Estos dos últimos tuvieron que volver con Rafael, al día siguiente, al centro de reclutamiento para convencer al comisario de que se les admitiera. El 25 de junio, la inmensa mayoría de estos muchachos eran ya soldados voluntarios del Ejército Rojo.

– En cuanto se acabe con los fascistas alemanes, volveremos a España –pensaban.

Para ellos, España era la niñez, la madre que había quedado allí, el padre que cayó en el combate, o lo fusiló Franco, o estaba en la cárcel. . . o luchaba en alguna trinchera clandestina de la batalla que no había terminado en marzo de 1939. España era también todas esas cosas, tan bonitas, que les contaban sus maestros españoles: España era el zorcico, la sardana, las sevillanas, la jota, que bailaban en las casas de niños. España era –sería– la patria feliz por la que habían luchado sus padres y por la que ellos iban a luchar.

A Rafael le dio mucha envidia cuando a los pocos días de la



Armando y Héctor Viadiú, muertos en la flor de su juventud cerca de Leningrado

guerra se enteró de que ya había salido para el frente un grupo de setenta y cuatro jóvenes españoles de Leningrado. Se extrañó mucho, y se alegró mucho más, cuando le dijeron que en ese grupo iba Elíseo. Porque Elíseo era el espíritu de la contradicción. ¿Que se hablaba de Moscú y comentaban que era una ciudad muy grande, de calles muy anchas? Elíseo saltaba: "Bueno, a mí me gusta más Mieres". Los asturianos, al principio, se quedaban un poco perplejos y replicaban: "Hombre, sí, Mieres es muy bonita. Pero, venga, dónde vas a comparar. . ." ¿Que se hablaba de Leningrado y alguien se hacía lenguas de los cuadros del Ermitage? Elíseo oponía: "¡Anda, que donde estén las fabes que hacía mi tía! . . ." Y no había manera de convencerle de que, por muy buenas que fuesen las fabes de su tía, no tenían nada que ver con las pinturas de Velázquez o de Rembrandt. Y es que Elíseo era así. Cuando le invitaban a alguna reunión, él contestaba: "Los rollos, para las pianolas". Se negó a ingresar en el Komsomol, y luego resultó que su mejor amigo era Kolia Priválov, miembro del Comité del Komsomol de la fábrica en que trabajaba. Los mayores decían que no se podía hacer ca-

rrera de él. Las chicas le rehuían y Rafael... Rafael se decía que Elíseo tendría, quizá, muchas cosas malas, pero lo que no tenía malo era el corazón. Y ahora había sido de los primeros en presentarse voluntario. Ahora estaría en el frente defendiendo los cuadros del Ermitage y las fabes de su tía. Al pensar esto último, Rafael sonrió... Elíseo no se había ido de excursión a Peterhof: se había marchado al frente.

El también estaba en el frente. Mejor dicho, ¿dónde estaba el pequeño Rafael? El chico se paró un momento. Hubiera jurado que había sentido unos pasos detrás. No, no era nadie. ¿Hasta cuándo tendría que caminar? ¿Encontraría alguna vez la línea del frente? ¿Volvería a ver a sus camaradas?

(Toda la unidad estaba formada en el patio del cuartel cuando el capitán se dirigió a ellos pidiendo voluntarios para cazadores de tanques. Los chicos españoles se miraron. José Luis le tocó con el codo a Rafael. Todos los españoles dieron un paso al frente, al mismo tiempo que los demás. El capitán y los oficiales que le acompañaban se fijaron en aquellos muchachitos morenos, bajos de estatura y, sobre todo, en el pequeño Rafael, que con su cara de niño no representaba ni sus dieciséis años.

– Pero ¿tú sabes lo grandes que son los tanques? –le decía medio en broma medio muy en serio el capitán a Rafael, que se estiraba para parecer más alto.

Los oficiales, que habían llamado aparte a Rafael y a sus compañeros, lo que querían era no arriesgarles en los combates contra los tanques.

– Camarada capitán –empezó Rafael–: Permítame decirle que el tamaño de los tanques no nos asusta. Podremos ser pequeños de estatura, pero a mí me parece que el valor de los hombres no depende de la talla.

El capitán le estaba mirando, esforzándose por no sonreír. Estaba viendo aquellas chispitas que brillaban en las pestañas de Rafael y no pudo reprimir el deseo de abrazarle. Pero le abrazó no como a un niño, sino como a un hombre, diciéndole:

– ¡Bravo, muchacho!

Rafael y sus compañeros fueron agregados al Batallón de Cazadores de Tanques.

El 5 de julio desfiló el batallón por las calles de Leningrado.)

"El maestro me decía que en español ese lago se llamaba Peipus –iba pensando Rafael–. En aquella película que vi en el cine, Alejandro Nevski le dio una buena zurra allí al enemigo. Bueno, tampoco nosotros nos hemos portado mal. Y eso que era el primer combate. La verdad es que, al principio, no creía que pudiéramos tomar aquellas alturas desde las que nos freían los alemanes. Yo había leído que las balas silban. ¡Ya lo creo que silban! Cuando vi caer al compañero ruso que iba a mi lado, me dio más rabia. Es que uno se ciega. Y ya no le importa nada en el mundo. A mí no me importaba más que la cota. Dicen que fui yo el que gritó: "¡Al asalto!" Lo que sé es que les echamos de allí. Y eso que eran muchos más que nosotros y tenían muchas más armas. Lo que estuvo bien es cuando el jefe del batallón nos hizo formar para felicitarnos. Me habría gustado que hubiera estado allí el capitán que no quería admitirnos. Habría oído cómo me llamaba "el pequeño bogatir", (algo así como un pequeño Cid). Y todo porque Krávchenko y yo habíamos aniquilado a los alemanes que con el fusil-ametrallador nos cerraban el paso por uno de los flancos. Frades y Noveira tuvieron mala suerte. Les hirieron, aunque no fue nada grave. Porque luego estuvieron treinta horas parapetados en un terraplén conteniendo al enemigo. Más grave fue la herida de José Luis. Le dieron en la cabeza. ¡Qué buen chico es José Luis! Ya en la casa de niños se hizo mi mejor amigo".

En el silencio del bosque sólo se oía el crujido de alguna rama al ser pisada por Rafael. Pero en el bosque, en un bosque como éste, fue donde Rafael y su compañía estuvieron defendiéndose horas y horas de un tremendo ataque enemigo. Y menos mal que lograron salir del cerco. Aún tuvieron fuerzas para contraatacar y acercarse a la aldea señalada por el Mando. No hubo manera de tomarla.

"Lo más duro fue lo de Gdov. Todavía no me explico cómo logramos salir Krávchenko y yo. ¿Qué habrá sido de Krávchenko? A lo mejor anda también por el bosque. . ."

Empezaba a clarear. En la lejanía ladraron unos perros.

"Eso es que hay por aquí alguna aldea. Pero ¿quién estará en ella? Esté quien esté, en el bosque no puedo continuar. Tengo los pies deshechos y me comería un buey".

Sin pensarlo más, Rafael se encaminó hacia las casas que empezaban a verse entre los árboles.

La muchacha tendría pocos más años que él. Rafael se había sentado ya y estaba quitándose los peales. Tenía los

pies hinchados. Ahora es cuando sentía todo el peso del cansancio.

– Así que se llama Tonia –dijo Rafael.

– Sí, Tonia. . . Pero usted no es ruso.

– ¿Se me conoce mucho?

– Bueno, pues sí, bastante. Pero también se ve que no es alemán.

Rafael debió pensar que eso lo decía por su estatura. Y replicó un poco desabrido:

– De alemán no tengo ni un pelo. Ya le dije a la vieja que soy español.

La chica se echó a reír:

– Por poco le deja a usted en la calle. ¡Menudo susto se llevó! Si no llega a ser porque sujetó usted la puerta con el pie, pues le da con ella en las narices.

– La vieja, ¿es su abuela?

– No, es mi madre.

Sin saber por qué, Rafael se sobresaltó de repente:

– ¿Y dónde ha ido?

Tonia comprendió la sospecha de Rafael:

– No se preocupe, madre no ha salido de la casa. Habrá ido a avisar al padre. Mi padre es comunista. Yo también voy a ver.

"Parece que he caído entre buena gente. Si el viejo es comunista. . ."

El viejo estaba ya delante de él. Un hombre alto, fornido, que sin saludarle siquiera le dijo:

– ¿Español? Seguro que eres de los chicos de Leningrado. ¿Por qué vas vestido de soldado?

Rafael contó todas sus peripecias al viejo campesino y a Tonia, que se había sentado silenciosamente y que le escuchaba con la boca entreabierta.

– Lo que yo quiero –terminó Rafael– es unirme a los nuestros. Quizá en eso puedan ustedes ayudarme.

La vieja había vuelto con un cuenco de barro, que puso delante de Rafael.

– Come, hijito, come.

Y la vieja le acarició la cabeza.

– Claro que te ayudaremos, muchacho –dijo el campesino–. Pero por aquí andan los alemanes. Y en cuanto ven un joven, le echan el lazo.

– Y los nuestros, ¿están muy lejos?

– Eso, hijo, ya no lo sé.
– Pues yo tengo que salir de aquí y encontrarlos.
– Ya te he dicho que te ayudaremos. Este cacho de aldea está tranquilo, por ahora. Lo primero que tienes que hacer es quitarte esa ropa.
– Padre –interrumpió Tonia–, ¿y si se pone unos pantalones y una camisa de Seriozha?
El koljosiano talló con la mirada al pequeño Rafael y dijo:
– Aunque Seriozha no tiene más que trece años, la ropa del chico le valdrá.
Hizo una seña a la mujer y salieron los dos.
Tonia, mientras tanto, le sirvió unas patatas cocidas, un pedazo de tocino y un vaso de leche.
– Siéntese conmigo. Seguro que usted no ha desayunado todavía...
– Yo tengo tiempo, coma usted, que todavía le queda mucho por andar.
"¿Por qué tardó tanto el viejo en salir? –se le ocurrió pensar a Rafael, mientras partía el tocino–. ¿Y a dónde habrá ido ahora? ¿No tendrá la casa otra salida?"
Maquinalmente, Rafael se puso en pie.
– ¿Qué le pasa? –preguntó Tonia, sorprendida.
– ¿Es ésta la única puerta de la casa?
La chica observó el gesto desconfiado de Rafael y como sin darle importancia explicó:
– Sí, la única. Lo que pasa es que debajo del zaguán hay una pequeña cueva... A usted se lo diré porque tengo confianza. En ella tenemos escondido al padre.
– ¿Cómo escondido?
– Ya le dije que es comunista. En el zaguán desclavamos unas tablas y bajo ellas se puede ocultar el padre. Mañana o pasado –Tonia bajó la voz– debe marchar. Eso no lo sabe nadie, ¿comprende usted?
– Por mí nadie lo sabrá, aunque me pillen los alemanes –aseguró Rafael.
La vieja volvía con las prendas de Seriozha, el hijo pequeño.
– A ver, cómo te están.
Tonia y la madre salieron, y Rafael empezó a quitarse, como si se arrancara pedazos de la piel, la guerrera –¡con lo que él había querido vestir esa guerrera!– y el pantalón, y se puso

aquellos otros, zurcidos por la culera, que le llegaban poco más abajo de las rodillas, y la camisa de lienzo campesino.

– ¡Ya estoy! –gritó Rafael, buscando instintivamente un espejo en el que mirarse.

Entraron Tonia y su madre.

– Cualquiera te tomaría por mi Seriozha –dijo la vieja–. Unicamente ese pelo. . .

Tonia, a la que le gustaba mucho ese pelo, completó:

– Ese pelo y los ojos. Pero también aquí hay chicos morenos. . .

Rafael se acercó a la vieja, y antes de que él dijera nada, ya estaba la mujer llenándole de besos.

– Que tengas cuidado, hijo. Que no te pase nada. . .

– ¡Que vuelvas! –gritó Tonia, llamándole de repente de tú–. ¡Que encuentres a los nuestros y que volváis! Os esperamos. Te espero.

El muchacho se alejaba entre los árboles. Tonia estuvo en la ventana hasta que la pequeña figura de Rafael se perdió en el bosque hacia el camino.

A pesar de su vestimenta campesina, Rafael no las tenía todas consigo. Vio cómo en un caserío los alemanes sacaban aves y cerdos que tenían ocultos los koljosianos. Vio cómo subieron a los camiones a unas mujeres que protestaban. Vio también a cuatro o seis muchachos que caminaban entre varios alemanes.

"Pues no parecen mucho mayores que yo. Eso quiere decir que aquí se llevan al primero que encuentran. Hay que andarse con cuidado". Pensando esto, Rafael decidió abandonar la carretera. Siguió adelante, orientándose por ella, cuando el estruendo de unos motores le hizo desviarse y esconderse tras unos arbustos. Era una columna alemana motorizada que venía barriendo con fuego de ametralladora la tupida arboleda a ambos lados de la carretera. Desde ese momento, el paso de coches y camiones pareció no acabar nunca. No había más remedio que alejarse, alejarse de allí. Pero era otra vez la desorientación, el no saber hacia dónde iba, si hacia los suyos o hacia la profundidad de la retaguardia alemana.

En el primer pueblo que encontró vio claramente que era muy peligroso seguir preguntando. Unos le decían que debía tirar hacia un lado, y otros, hacia el lado opuesto. En unos sitios, le daban de comer; en otros, no. En alguna parte descansó escondido una noche, pero la mayoría de los días y de

las noches los pasaba andando, andando, tumbándose para dormir –si aquello podía llamarse dormir– en el bosque. A veces, le ganaba la desesperación. "Ni encontraré a los nuestros ni me cogerán los alemanes. Me moriré aquí solo, de hambre, de cansancio, perdido". Pero la esperanza –¿no dicen que la esperanza es lo último que se pierde?– volvía a él, empujándole adelante o hacia atrás.

Aunque procuraba rehuir los pueblos, ese día, al ver una casa que debía ser la primera de la aldea que se divisaba más lejos, resolvió llamar a ella.

Se quedó escuchando el eco de los golpes que había dado en la puerta. Pero la puerta se abrió en seguida, y una voz de mujer le dijo apremiante:

– Pasa, pasa.

La mujer le ayudó a sentarse. Y el hombre, también un viejo, que había en la habitación, se levantó y se acercó al recién llegado.

Aquella cara de hambre, aquella fatiga que doblaba el cuerpecillo infantil, aquella sombra negra de barba en la carita pálida, aquellos ojos que no preguntaban nada, que no querían nada más que cerrarse, impresionaron al viejo koljosiano. También sin decir nada, la mujer sacó del horno una sopa de col.

Mientras el chico comía, el viejo no quitaba ojo de lo que pasaba en la calle.

– Pronto, parece que los alemanes vienen para acá –apremió el hombre.

Rafael se puso en pie rápidamente.

– No temas –le dijo la mujer–. Te esconderemos.

"Esta es gente nuestra. A lo único que temen es a los alemanes. Y en seguida se han dado cuenta de que yo huyo de los alemanes".

– Ven por aquí, hijito –le dijo la vieja, conduciéndole por una puertecilla que daba a la cuadra–. Yo tengo dos hijos en el frente, un poco mayores que tú. Ahí, debajo del heno, nadie te verá. Tú no te muevas, pase lo que pase.

Rafael obedeció. Hasta él llegaban, apagados, los rumores de la habitación. Los viejos –debían ser marido y mujer– cuchicheaban. De pronto oyó voces, pasos. "Ya están ahí", pensó. Se abrió la puerta de la cuadra. El juraría que aquella voz era de mujer. Alguien removía el heno.

– ¿Te has asustado, hijito?

– Un poquito, abuela –dijo Rafael, asomando la cabeza.

– Pues no hay que asustarse. La chica ha venido a anunciarme que los alemanes se han marchado. Claro que no habrán ido muy lejos. . . Pero tú ya puedes salir de ahí.

– Yo tengo que marcharme –dijo el muchacho–. Tengo que encontrar a los nuestros.

Al decir esto, Rafael se dio cuenta de que con aquel pantalón y aquella camisa no debía tener un aspecto muy militar. Y agregó:

– También yo soy soldado del Ejército Rojo, como sus hijos. Esta ropa me la dieron otras buenas gentes para que pudiera burlar a los alemanes.

Al entrar en la habitación, el hombre le propuso:

– Me parece que debes pasar la noche aquí. Ha empezado a llover. Y aquí, cuando en este tiempo llueve, no se sabe cuándo termina.

Allí mismo le hicieron la cama. ("¿Cuándo dormí la última vez en una cama?") Aunque creyó que iba a quedarse dormido en seguida, el pensamiento le llevaba a todo lo que había pasado y le inquietaba con todo lo que aún le podría pasar. Veía cómo la vieja se acercaba, de cuando en cuando, a la ventana. Una vez sintió cómo le arropaba con todo cuidado, temiendo despertarle.

A la mañana siguiente, con el sol ya alto, se levantó y, después de desayunar, se dispuso a partir.

– Toma, hijo, esto para el camino –le dijo la mujer, dándole un paquete de comida.

– Ya sabes por dónde tienes que ir –le recordó el hombre–. Que tengas suerte y que los encuentres pronto. Como te he dicho, la ciudad de Luga no está lejos de aquí. Y quizá más cerca esté nuestra gente.

*

– ¡Alto!

La voz era en ruso. Y Rafael se detuvo. Hacia él venían dos hombres envueltos en el capote-tienda.

– ¿Qué haces por aquí? ¿Quién eres?

– Soy ruso –contestó Rafael.

– ¡Mientes, granuja! –le gritó uno de aquellos hombres, sacudiéndole de un brazo–. Tú eres del servicio alemán.

("Claro, lo que yo me temía. No me creen. Pero, bueno, éstos son rusos. Ya se convencerán de quién soy".)

Encañonándole con las metralletas, los dos hombres le hicieron marchar delante de ellos. Por el camino se cruzaron con

varias parejas que llevaban armas y capotes como los de sus aprehensores.

("No cabe duda. He caído entre los guerrilleros".)

En el puesto de mando, el que parecía jefe le preguntó:

– ¿De manera que eres ruso?

– No, soy español.

– ¿Y por qué has dicho que eras ruso?

– Porque me di cuenta de que los que me detenían eran rusos. Y aunque he nacido en España, vine muy chico a la Unión Soviética. En Leningrado todo el mundo me conoce. Puede preguntar por mí. De allí salí como voluntario en un batallón del Ejército Rojo. He peleado cerca del lago Chudskoe. Pude escapar del cerco y he caminado quince días por el bosque. . .

El que le estaba interrogando, después de pensar un rato, le preguntó:

– ¿Y de qué te has alimentado en todo ese tiempo? ¿Y dónde está tu uniforme del Ejército Rojo?

– Es que. . . ("No me creerán. Es todo tan inverosímil, que no me van a creer".) Es que. . .

– Es que todo es muy raro y tenemos que aclararlo. Por lo pronto, quedas detenido. Mañana vendrá uno y veremos si eres español o quién eres.

Muy largas le habían parecido las noches en el bosque a Rafael, pero ninguna tanto como ésta pasada en una chabola.

A la mañana siguiente oyó abrirse la puerta y una voz en español, que gritaba:

– ¿Dónde está ese granuja español?

El granuja se quedó asombrado al ver ante sí a un capitán del Ejército Rojo, que tenía una pinta clavada de ruso.

– Camarada capitán –dijo Rafael, también en español–. Lo de que soy granuja no es cierto. . . Y lo de que soy español, usted mismo podrá ver que es verdad.

El capitán vacilaba. ("Sí, sin duda, es español. Pero ¿qué hace por aquí vestido de campesino ruso?")

Rafael explicó toda su odisea, entre la expectación de los guerrilleros, que no entendían una palabra de lo que el chico estaba contando.

– Si no me cree, puede preguntar en la casa de jóvenes españoles de Leningrado –terminó de contar Rafael.

– ¿Tú eres de la casa de jóvenes de Leningrado? ¿De qué casa? –le preguntó, con una rara ansiedad, el capitán.

– De la que está en la Avenida Nevski.
– ¿Y cómo se llama el director?
– El director era el camarada Ivanov.
"(¿Ivanov? Sí, se llamaba así –pensaba el capitán–. Pero Ivanov hay muchos. Y este chico parece muy inteligente".)
– Dime, ¿había también chicas en esa casa? –indagó el capitán, casi con indiferencia.
– Pues sí, claro que había. Y a lo mejor hay todavía.
– ¿Tú conoces a alguna?
– ¿Cómo a alguna? ¡Las conozco a todas!
– ¿Y también te acuerdas de sus nombres?
El capitán le miraba cada vez con más fijeza. Una fijeza que empezaba a desconcertar a Rafael.
– Del nombre de todas, quizá no. Pero del de muchas, sí. Allí estaban Rosita, Aurora, Otilia, Adela. . .
– Pero ¿cómo eran? –insistió el capitán.
– Pues ¿cómo quiere usted que fueran? Rosita era más bien delgada, el pelo claro; Adela era la más alta, con los ojos verdes, muy bonitos. A mí me gustaba mucho Otilia, que trabajaba en la Fábrica *Bandera Roja*. . .
Al oír este nombre el capitán hizo un movimiento como para levantarse, pero se contuvo en el acto. A los guerrilleros no les pasó desapercibido el ademán del jefe. ¿Cómo terminaría todo aquello? ¿Qué estaría diciendo aquel muchacho?
– Y de la Fábrica *Bandera Roja*, ¿a quién conoces, además de Otilia?
– A la que más conocía era a María. . .
– ¿María qué? –interrumpió el capitán.
– María Pardina.
El capitán se puso en pie. Lentamente sacó un cigarrillo y tardó demasiado en encenderlo.
– Además del nombre, ¿qué sabes de ella? –el humo del pitillo no dejaba ver la mirada del capitán.
– Sé que es morena, que tiene los ojos y el pelo negros, que es más bien alta y fuerte. Tenía fama de ser buena deportista. La conozco muy bien y he hablado muchas veces con ella. No me extrañaría que se hubiese ido al frente. Las chicas decían que tenía un novio que era oficial del Ejér. . .
El capitán no le dejó acabar. Lo abrazó, y con una cara distinta a la de unos momentos antes, con una cara también algo infantil, dijo, dirigiéndose a los guerrilleros, que respiraron aliviados:



La joven madrileña María Pardina, heroína de la defensa de Leningrado

– ¡Es de los nuestros! ¡Es amigo de Marusia!

Todos sabían que Marusia era la españolita novia del capitán y se lanzaron sobre el muchacho para mantearlo.

– ¡Ya tenemos un guerrillero más! –gritó uno de ellos.

El capitán rescató a Rafael de los brazos de los guerrilleros y ordenó que le preparasen de comer y su nueva ropa de combatiente.

Esto podrá parecer el final de acto de un melodrama. Pero quizá vivan muchos de aquellos hombres que presenciaron la escena, una de esas escenas que los azares de la guerra se complacen en prodigar.

Una hora después, Rafael sabía ya que el capitán se llamaba Gorbunov y que la Orden de la Estrella Roja que llevaba en la guerrera la había ganado peleando como voluntario en España.

Cerca de una semana pasó Rafael en el campamento. Estaban cerca de la ciudad de Luga. Pero la calma duró poco. El destacamento recibió orden urgente de trasladarse y tuvieron que hacerlo en pequeños grupos y con grandes intervalos, acosados por el enemigo. Al día siguiente fueron reuniéndose en una linde del bosque.

– Todas esas fuerzas se dirigen a Luga. Hay que dificultar su avance como podamos –dijo el capitán Gorbunov.

Fueron las emboscadas, las voladuras de puentes, los camiones por el aire, los golpes de mano que hacían huir despavoridos a los alemanes... Pero las columnas de tanques y cañones, las tropas motorizadas y las formaciones de aviones hitlerianos seguían avanzando hacia Luga incontenible e implacablemente.

Dos días después, el capitán Gorbunov le dijo a Rafael:

– Yo tengo que marcharme y no puedo llevarte conmigo de enlace. No sé si nos volveremos a ver. Yo estoy seguro de que tú volverás a Leningrado. Haz lo posible por enterarte qué ha sido de Marusia. Y si la ves, le das un abrazo y le dices que me espere. Sabiendo que ella me espera, será más fácil que yo regrese.

El capitán Gorbunov y el hombre que había venido a buscarle se alejaron hacia el interior del bosque.

– ¡Chicas! ¿Sabéis quién ha venido? ¡Rafael!

– ¿Qué Rafael?

– Rafael, el peque. . .

Las chicas echaron a correr escaleras abajo, siguiendo a la que les había dado la increíble noticia.

Rafael estaba en la sala de abajo, rodeado de otras muchachas y de algunos chicos más pequeños, que le miraban con los ojos redondos.

– Pues te dábamos por muerto –le decía uno de los educadores de la casa de jóvenes españoles de Leningrado.

– Como usted habrá visto por lo que le he contado, estoy vivo de milagro –bromeó Rafael.

– ¡Rafael! ¡Rafael! –gritaban las muchachas que no habían escuchado el relato del valiente asturianín–. Cuéntanos, ¿dónde has resucitado?

A Rafael le estaba ya cargando tanto explicar su aventura que se encaró, un poco brusco, con las chicas:

– Leed los periódicos y lo sabréis.

– ¡Anda, éste! –replicó Pepita–. Pues los periódicos ya han hablado de nosotros. Bueno, quiero decir de vosotros, los chicos españoles. Y todavía no hemos visto tu nombre. Así que no presumas tanto.

– ¿Y por qué de los chicos? ¡De nosotras también han hablado! Porque María Pardina es el orgullo de todas nosotras.

– ¿Has dicho María Pardina? –y Rafael casi se abalanzó sobre la muchacha.

– ¿Es que no lo has leído?

– No. Pero es que he conocido a su novio en el frente. Y he sido su ayudante en la retaguardia enemiga.

– ¿De Gorbunov?

– ¡Pero si María misma nos preguntaba ayer por él! –seguían sorprendiéndose las chicas.

– María ¿está aquí? –preguntó Rafael.

– Sí, está de permiso –explicó Otilia–. Hace unos días que vino del frente.

Pepita había vuelto de su cuarto con unos periódicos y, reclamando silencio, empezó a leer:

"Una hija del pueblo español que trabaja en la Fábrica

textil *Bandera Roja*, de Leningrado, María Pardina, ha solicitado marchar al frente como enfermera"...

– Déjame ese periódico –pidió Rafael.

– Espera, hombre. Escucha: "La primera heroína del pueblo español, María Pardina, condecorada con la Orden de la Bandera Roja". Mira aquí su foto. ¡Qué guapa está!

Rafael miraba la conocida cara trigueña, los ojos, que en la fotografía parecían menos oscuros, el gesto enérgico y decidido, la boca, con esa sonrisa que ella ponía cuando exclamaba: "Amos, anda, Marcelino, que soy de Cuatro Caminos".

(Este era un Madrid obrero, Madrid de tartera y copita de anís en el puesto churrero a las seis de la mañana. Un Madrid de blusas tiznadas de cal y de manos manchadas de grasa: albañiles y metalúrgicos. El Madrid de las ametralladoras despatarradas en la Glorieta de Cuatro Caminos –la tira de años que hace de eso, en la huelga de agosto de 1917–; el Madrid de las cargas de los guardias de Seguridad, repartiendo sablazos entre los obreros. El Madrid de los coches de mulas –"¡A la plaza, eh!, ¡a la plaza, eh!"– camino del coso taurino de Tetuán de las Victorias en la tarde de domingo, empapada del olor al aceitazo de las gallinejas fritas y de las chuletas a la parrilla. El Madrid del juego de la rana y de las tabernas con aquel letrero: "Las comidas están dentro por el calor". El Madrid de los merenderos con pianillo de manubrio y bailongo de boda artesana. El Madrid del sudor obrero, de las luchas obreras, de los grandes mítines y de las discusiones más pequeñas, pero mucho más tumultuosas que los mítines, en las esquinas de la polémica entre anarquistas, socialistas y comunistas. El Madrid de los gritos, como voces de combate, a la boca del Metro: "*¡Mundo Obrero*, ha salido *Mundo Obrero!*", "*¡Renovación!*, órgano de las Juventudes Socialistas!" El Madrid de las camisas rojas y azules en los desfiles de Primero de Mayo. En ese Madrid de solera proletaria, en ese Madrid –Cuatro Caminos, Estrecho, Tetuán– de hondísima raíz popular, nació y se crió María Pardina. Jugó por los solares de Francos Rodríguez, como todas las chicas de su edad. Cierto que a ella, más que la comba y las tres en raya, le gustaba liarse a cantazos en las pedreas de los chavales. La madre la regañaba siempre cuando venía con alguna descalabradura, y el padre, que había vuelto cansado del

trabajo, solía decir: "Esta chica es de la piel del diablo. Pero ésa no es mala piel para la hija de un obrero". No, no era mala la piel, ni la sangre, ni el corazón de María Pardina.

Un día, Cuatro Caminos vio venir, Bravo Murillo abajo, desde Tetuán, filas de muchachos y muchachas con el fusil al hombro. María Pardina los miraba con envidia cuando pasaban por el Estrecho. El padre había dicho la noche anterior: "¡Ya se armó la gorda! Y en esa gorda no puedo faltar yo. Me voy al sindicato y no sé cuándo volveré". ¿Iría su padre entre aquellos hombres con fusil? No, éstos eran más jóvenes, casi chicos como ella. Luego ya no fueron esos jóvenes, cada uno vestido de una manera, con el fusil al hombro. En la calle de Francos Rodríguez, en su calle, había un caserón del que entraban y salían camiones llenos de milicianos. Pronto María supo que a aquello le llamaban el 5° Regimiento. Ella no cantaba ya las canciones de corro, sino una que decía:

Con el quinto, quinto, quinto,
con el Quinto Regimiento...

Ella no jugaba ya con las chicas a la comba ni con los chicos a las pedreas. Chicos y chicas jugaban a la guerra... A ella le hubiera gustado marchar en aquellos camiones, que, según decían, iban a la Sierra. Ella, más que miedo, sentía rabia, odio, unas oscuras ganas de venganza cuando los aviones fascistas destrozaban las casas de Cuatro Caminos, machacaban los campos de sus juegos...)

Pepita siguió leyendo el reportaje de *Leningrádskaya Pravda* y aunque todos, menos Rafael, lo habían leído veinte veces, siempre les parecía que lo leían por primera vez. Era la hazaña de la joven madrileña María Pardina, de nuestra Marusia, como la llamaban los soldados soviéticos del Frente de Leningrado.

Al empezar la guerra, María vistió la guerrera y la falda de uniforme. El periódico no contaba lo que ella había tenido que insistir para conseguir que la admitieran en el Ejército Rojo. Tuvo que resignarse con que fuese de enfermera. Porque ella lo que quería era pegar tiros, ella era tan fuerte como cualquiera de aquellos muchachos. ¿Es que no lanzaba el disco como una campeona? ¿Es que en la pista del estadio no corría como un gamo? Pues eso es lo que hacía falta para pelear: resistencia,

fuerza, decisión. La convencieron de que en la guerra no sólo es necesario aniquilar al enemigo, sino salvar el mayor número posible de combatientes propios.

María marchó en seguida al frente. En vez del fusil, le colgaba del hombro la bolsa con la pequeña cruz roja en medio. Esa sería su arma de combate. Disputaría a las balas, a la muerte, todas las vidas que pudiera, aquellas vidas jóvenes, robustas, generosas, llenas de entusiasmo y de ardor, de sus amigos, de sus camaradas, de sus hermanos soviéticos.

Eran los terribles combates del verano de 1941 para contener al invasor, que pugnaba por estrangular a Leningrado. La orden, el juramento, era resistir hasta la última gota de sangre. Esa sangre es la que María quería salvar, contener, aunque le costase su propia sangre. En lo más encarnizado del combate se la veía arrastrarse por el campo, buscando afanosamente los cuerpos caídos. A veces, los vendaba allí mismo, en la línea de fuego, a donde no podían llegar los camilleros. Pero tampoco había camillas para tantos heridos. Otras veces, los arrastraba –ella de pie, temerariamente erguida entre las balas– hasta el refugio de un árbol o de un montículo, donde podía rasgar la guerrera, buscar el negro agujero de la herida y hacer la primera cura. Otras, había que llevarle hasta nuestras posiciones antes de que el hombre se desangrase, antes de que la hermosa vida se perdiera. ¡Cuánto pesaban los cuerpos inertes, rotos por la metralla, y cuánto se alegraba María del vigor de sus brazos de deportista! "Quizá podría sacar dos a la vez", se decía. Y aprendió a sacarlos así, con un esfuerzo sobrehumano.

En un combate, un combate feroz, en el que hubo que abandonar las posiciones tras largas horas desesperadas de fuego, quedaron sobre el campo de batalla varios heridos nuestros.

A la fuerza tuvieron que retirar a María, que gritaba:

– ¡Déjenme ir por ellos! ¡Hay que salvarlos!

El comandante no lo permitía. Aquel terreno estaba furiosamente batido por el fuego enemigo.

– Hay que esperar –insistía el comandante.

Un teniente de Sanidad se sumó a los ruegos de María:

– No queremos que mueran.

– Yo voy contigo –decidió María, sin que las recomendaciones del comandante les hicieran desistir.

La muchacha y el teniente iban delante del grupo de voluntarios, que corría, pespunteado por las ametralladoras, hacia el campo donde yacían sus compañeros. Cayó el teniente que iba

al lado de María. Cayeron algunos más. Pero la muchacha siguió adelante, cuerpo a tierra, apoyándose en los codos. Y sacó de allí a dos heridos. Los dos primeros. Cuando lo hacía, oyó una voz débil que suplicaba:

– ¡Marusia, vuelve! No nos dejes aquí, tú no nos abandonarás.

María volvió. Una vez, y otra, y otra. ¿Cuántas veces tuvo María que ir y volver del campo de batalla para sacar de él a los quince hombres que salvó ese día?

Los heridos le decían algo que después habría de escuchar muchas veces:

– Con nuestra Marusia te sientes más seguro. Sabes que si te hieren, no te dejarán abandonado. . .

"Por esa hazaña, la heroica hija del pueblo revolucionario español, la madrileña María Pardina, ha sido condecorada con la Orden de la Bandera Roja" –terminó de leer Pepita.

Rafael tenía los ojos brillantes. Estaba emocionado, pero no sorprendido. Estaba orgulloso de María, aunque no sólo de María: estaba orgulloso del bilbaíno José Luis, de Noveiras, de Frades, que habían sido heridos en los primeros combates. Estaba orgulloso de su paisano, el díscolo Elíseo. Y no estaba descontento de sí mismo. Le parecía –y estaba en lo cierto– que eran dignos de sus padres, del pueblo español revolucionario, como decía el periódico de Leningrado.

– Tengo que ver a María sin falta –dijo Rafael.

– Espera, chico, ya tendrás tiempo –le cortó Pepita–. Todavía no nos has contado tus aventuras. . .

– ¡Qué queréis que os cuente! Mis aventuras, como dice ésa, son las corrientes de la guerra. Que nos cercaron en un combate, que pude escapar por los pelos, que pasé quince días perdido en el bosque, que encontré buena gente soviética que me ayudó a llegar hasta los nuestros. . . Y que entre los nuestros estaba el capitán Gorbunov. Y que dentro de seis días volveré al frente.

Pepita no estaba muy satisfecha con aquella información, tan lacónica, y comentó con un mohín de disgusto:

– Chico, hablas como un telegrama. . .

– Otro día te lo contará *a ti sola* –subrayó Adela con visible intención.

– Bueno, ya os he dicho que tengo que ver a María.

– Ella va casi todos los días a casa de la madre de Gorbunov –dijo Rosita.

Adela preguntó:

– ¿Sabes dónde vive?

– Sí, el capitán me apuntó las señas.

– Nosotras te acompañaríamos, pero, aunque es domingo, trabajamos en el turno de la tarde –explicó Rosita.

– Nosotras también trabajamos para el frente –precisó Pepita, no sin cierto orgullo.

– Ya me lo figuraba –sonrió Rafael–. Pues nada, no os entretengo. Voy a ver si tengo suerte y encuentro a María.

Las chicas se despidieron alegremente.

Desde la puerta, Pepita volvió corriendo. Abrazó a Rafael y le besó. Y echó a correr de nuevo para alcanzar a sus amigas.

*

Bajaban los dos por el malecón, a lo largo del Neva. Era al anochecer, o, mejor dicho, debía serlo, porque Leningrado estaba aún en el apogeo de sus noches blancas. Muchas veces, María había paseado con su novio a esa hora en que el crepúsculo es una inmensa malva jaspeada de rosa, que se engancha en las ramas de los árboles, en la aguja del Almirantazgo, y flota sobre las aguas de los canales y se pierde en la lejanía del golfo de Finlandia. El le decía todos los nombres de los puentecillos que cabalgan las calles por donde soñó Pushkin y anduvieron las heroínas de Dostoievski.

No era el lirismo lo más característico de María. Pero era imposible no dejarse prender del encanto de la noche sin noche, de las palabras del capitán, también contagiado de la melancolía del crepúsculo.

Todo esto lo recordaba María ahora, paseando con Rafael.

– Fíjate qué cambiado está Leningrado. La madre de Gorbunov me preguntaba: "¿Llegarán a Leningrado los alemanes?" Yo le dije que no. ¡Estaría bueno que esos brutos pisasen esta ciudad! ¿Verdad que no, Rafael?

Rafael no contestó. Estaba mirando al crucero *Aurora*, que permanecía inmóvil, con sus cañones apuntando siempre en la misma dirección.

– Cuando se piensa, María, es increíble lo que ha hecho esta gente en su vida. Ni tú ni yo habíamos nacido cuando aquí estallaba la revolución.

– Mi padre me hablaba a mí de eso en Madrid. ¿Te acuerdas de *Los marinos de Cronstadt*?

Seguramente Rafael se acordaba. En ese momento se pararon para ver pasar a una compañía de marineros con el fusil al hombro y las cintas de las gorras al viento. Podrían ser los mismos que veintitantos años atrás habían asaltado, con los obreros y soldados de Petrogrado, el Palacio de Invierno aquel primer día de los diez que estremecieron al mundo y que lo empezaron a cambiar.

Por la plaza del Palacio de Invierno, con sus edificios verdes y blancos, habían desfilado ellos el último Primero de Mayo con los demás chicos españoles, con todos los jóvenes soviéticos, con todos los trabajadores de aquella ciudad cargada de historia y de heroísmo revolucionario. Al pasar por el Ermitage, tapiado para protegerlo de los bombardeos, Rafael preguntó:

– ¿Venías tú cuando estuvimos aquí?

(Rafael recordó a Elíseo el "Erdrújulo", y a las fabes de su tía, a Elíseo, que estaría ahora peleando como un jabato.)

– Seguramente, aunque la pintura no es mi fuerte. De lo que sí me acuerdo es de cuando salté en el Estadio Kírov.

Rafael también se acordaba:

– Todos nosotros fuimos tus "hinchas". Y no sólo nosotros, porque el público te aplaudía a rabiar.

María se puso seria. No eran sólo aquellos aplausos. Era toda su vida en la Unión Soviética. Desde que llegó a Odesa, desde que el cielo azul sobre el mar en Artek estaba limpio de aviones. Desde los juegos y el pañuelo rojo a su cuello. Desde la casa de niños, con el pan y el cariño de los soviéticos, repartidos generosamente. Desde que ingresó en el Komsomol y oyó cómo hablaban de su padre obrero y soldado de la República, de Madrid, de su Madrid, en los días de noviembre del 36. Desde que él le dio el primer beso. Y, sobre todo, desde el día en que los jóvenes de Leningrado dijeron que se iban al frente a defender su patria, la patria soviética, mi patria también, pensó María.

– ¡Qué cosas nos ha tocado vivir, Rafael!

– Sí, María. Yo me pregunto, a veces, si ha sido una suerte o una desgracia. En seguida me contesto que ha sido una suerte. Yo no lo sé explicar bien. No sé si a ti te pasará, pero cuando pienso que los fascistas pueden llegar aquí, pisar estas calles, se me revuelve la sangre.

– Tienes razón, Rafael. Un día discutíamos en el Komsomol sobre qué es la felicidad en la vida. Una chica dijo: "La

felicidad es tener un ideal hermoso y vivir y morir por él". Nosotros tenemos un ideal hermoso.

Rafael sonreía escuchando a María Pardina, que tenía fama de despreocupada, de no gustarle más que los bailes y el deporte. No es que hubiera cambiado. María había sido siempre así. Lo que pasaba es que. . .

¿Qué es lo que pasaba que él no podía explicar?

– Mis heridos. . . Mañana por la mañana tengo que ir a verles –recordó de pronto, María–. A ellos les gusta que yo vaya a verles. Son mis amigos, ¿sabes?

– Ya sé, María. Te llaman "nuestra Marusia". . .

Ya estaban cerca de la Avenida Nevski.

– Tenemos que despedirnos, Rafael. Me esperan unas amigas de la fábrica que no viven lejos de aquí. Ya nos veremos.

Rafael la acompañó hasta la parada del trolebús. Desde el estribo, enracimado de gente, María volvió la cara para sonreírle.

Unos días después, María y Rafael salieron para el frente.

*

Cuando Rafael se reincorporó al 1er Batallón de Cazadores de Tanques, quedaban en él la mitad de sus camaradas españoles. El anillo del cerco alemán se cerraba en torno a Leningrado, que era ya línea del frente. La titánica defensa de los accesos a la ciudad, cuna de la Revolución de Octubre, es el prólogo de la gigantesca epopeya de Leningrado, que resistió y venció los novecientos días y las novecientas noches de bloqueo. Entre las fuerzas que cerraban a sangre y hierro el paso de la horda fascista estaba el 1er Batallón de Cazadores de Tanques, el batallón del pequeño Rafael y de sus amigos.

Unos cuantos hombres, sin más que unas cuantas bombas de mano, se enfrentaban a veces con las ciegas testudes de los tanques. Una compañía se obstinaba en resistir a todo un regimiento hitleriano.

En uno de esos combates, a la puesta del sol, un grupo de soldados soviéticos se replegaba después de haber incendiado varios tanques. Había que ganar el otro lado de un pequeño río. Allí fue donde una granada enemiga hirió al joven Martín Peña. Su cadáver lo arrastraron las aguas. Había combatido como los héroes y muerto como los héroes –dijo el jefe del regimiento al día siguiente.

Cada día se encarnizaba el ataque y la resistencia. Cuando ya parecía imposible aguantar más, surgía el contragolpe soviético. Era la lucha cuerpo a cuerpo, el fulgir de las bayonetas, los dedos engarfiados al cuello, la disputa a vida o muerte de cada centímetro de tierra. Enrique Echevarría murió así, rodeado de alemanes. Llevado de su audacia, se había adentrado furiosamente en las posiciones enemigas.

Maestro de la bayoneta era Luis Frades, aquel chico veloz y mortífero en su golpe como el rayo. En todo el batallón era conocido su arrojo juvenil, era célebre por su empuje, por su invencibilidad.

El alud de tanques se precipitaba sobre la línea soviética, que había resistido una poderosa preparación artillera. La orden era dejar pasar los tanques para lanzarse luego contra la infantería que marchaba tras ellos. Pasaron los tanques. Las ametralladoras soviéticas segaron las primeras filas de alemanes. Estos siguieron avanzando. Los soviéticos se pusieron en pie. Quizá fue Frades el que gritó:

– ¡A la bayoneta!

No eran uno ni dos, nadie sabe cuántos alemanes acorralaban al joven español. Frades saltaba con la agilidad del tigre y atacaba con la furia del león. Ya había escapado del acoso cuando vio que un alemán se lanzaba sobre Noveiras, el "Gijonés", derribado en el suelo. El alemán cayó sobre Noveiras, pero no vivo, sino muerto por la bayoneta de Frades. Ayudó a levantarse a su camarada y los dos siguieron combatiendo. Cuando el enemigo fue desalojado, Frades no tenía más herida que el rasponazo de una bala en la cara.

Tuvo peor suerte unos días después. Le habían nombrado instructor de combate a la bayoneta, y no tenía necesidad de haber participado en aquel contraataque. Los tanques soviéticos, después de una lucha que duró diez horas, salieron a la carretera general. Los españoles se subían a los tanques, resguardándose tras las torretas. El contraataque fue un éxito. Las alturas señaladas por el Mando fueron conquistadas. El campo quedó sembrado de cadáveres alemanes. Muchos tanques fascistas no volvieron a sus bases. Tampoco volvieron muchos tanques soviéticos. Y tampoco volvió el tanque en el que Frades había ido al combate.

De los inseparables desde la casa de niños de Omnískoie, cerca de Moscú, sólo quedaban Máximo Roda, José Luis González y el pequeño Rafael. Roda era un atleta, pero su trabajo

en la exploración de la retaguardia enemiga, la vida entre los pantanos, las noches de descubierta y los días pasados en campo enemigo, sin comer, sin dormir, quebrantaron el corazón del joven, que no era tan fuerte como sus músculos ni como su voluntad. Cuando llevaron a Roda al hospital, dijeron a Rafael que había pocas esperanzas de salvarlo.

Quedaron solos los dos amigos.

El frente se había calmado un poco. Un día claro, de sol, con el último retazo del verano, José Luis le dijo a Rafael:

– Parece que nos van a dejar descansar un poco.

– Poco será, José Luis. Dicen que después de la tempestad viene la calma, pero también es al revés.

– Hasta ahora hemos tenido suerte.

– ¡Cuántos buenos camaradas han caído, José Luis! Ellos no volverán ya a ver España. ¿La volveremos a ver nosotros?

– Creo firmemente que sí, Rafael. Esto será todavía muy duro, pero como a los alemanes les vamos a zurrar, tú volverás a Oviedo, y yo, a mi Portugalete.

No volvería jamás José Luis a su Portugalete, junto al Nervión, rojo y ocre de mineral.

La tempestad de hierro y de fuego rompió otra vez la calma. Habían sido muchos los combates, pero ninguno tan largo, tan increíblemente largo, como ese en el que estuvieron tres días y tres noches pegados al terreno. Cuando el Mando soviético dio la orden de contraatacar, los tanques embistieron a la infantería alemana. Como otras veces, Rafael iba subido a una de las máquinas, agachado tras la torreta. El "hurra" ruso rodó como un inmenso trueno, mientras los hombres saltaban sobre los cadáveres del enemigo. Rafael gritaba también. Buscaba con los ojos a su amigo, a José Luis.

– ¡José Luis!

El pequeño Rafael se abrazaba al cuerpo sin vida de su amigo. Tenía un pequeño agujero en la frente. Siguió llamándole. Se acercó una enfermera, tan joven como María Pardina. La muchacha se inclinó sobre el caído:

– No hay nada que hacer, muchacho.

En el 1er Batallón de Cazadores de Tanques no quedaba más que un español. Pero el pequeño Rafael quería seguir combatiendo por la tierra soviética al lado de los que vinieron con él de la tierra española.

Poco después, Rafael fue trasladado al 4° Regimiento de la Guardia.

*

El terrible invierno de 1941 avanzaba sobre Leningrado, agravando su martirio. Leningrado era un islote de hielo, de hambre y de muerte, rodeado de fuego. El frente estaba allí mismo. En las puertas de la ciudad se batía el regimiento de voluntarios en el que María era enfermera. Ahora, sobre la nieve, era más fácil que en verano arrastrar a los heridos. Aunque era más roja la estela de la sangre. Aunque cada día era mayor el número de bajas. Aunque ella se oía llamar más y más angustiosamente:

– ¡Marusia, no me dejes aquí!...

– ¡Nuestra Marusia!...

Una noche, después de infinitos ataques y contraataques, el regimiento, deshecho, tuvo que retroceder. Al amanecer, la



En los días de paz, María Pardina cultivaba el deporte y aquí la vemos entrenándose en un estadio de Leningrado

línea quedó inmóvil. Los soviéticos contaban sus bajas. Alguien preguntó:

– ¿Dónde está Marusia? No se la ve por ninguna parte.

– No es posible que ande todavía por el campo buscando heridos.

El Mando del regimiento empezó a llamar a todas las unidades.

Nadie había visto a Marusia después del último combate. Nadie sabía nada de ella. Y todos se pusieron a buscarla.

– Es inútil, camarada comandante –dijo el teniente Petrov–. Debe de haber quedado en las líneas enemigas.

El comandante respiró fuerte y ordenó:

– ¡Hay que buscar más, más!

María Pardina no apareció. Su nombre no ha sido aún olvidado ni seguramente lo será jamás. Hay muchas madres en Leningrado que, cuando les hablan de aquellos años difíciles y heroicos, dicen a sus hijos y a sus nietos:

– . . . Se llamaba María Pardina. Pero los soldados y todo el mundo aquí la llamábamos nuestra Marusia.

ERAN SETENTA Y CUATRO. . .

Cuando desfilaron el 26 de julio de 1941 por las calles de Leningrado eran setenta y cuatro.

Setenta y cuatro jóvenes obreros de la fábrica *Elektrosila*. Setenta y cuatro muchachos y adolescentes españoles, la mayoría del Norte, de Bilbao, de la región donde en España se extrae el mineral y se funde el hierro. Del hierro se hace el acero. Con el acero se hacen máquinas. Y hombres. El acero no se dobla. Los hombres que tienen el temple del acero, tampoco.

> ("Hay que llegar a aquella cota. La cota 004. Bueno, hay que llegar si nos dejan esos canallas. Y si no nos dejan, también" –con esta decisión, Martín Peña se arrastra palmo a palmo, o codo a codo, porque eran los codos los que servían de andadura al joven vasco–. "A Ortiz le dieron en el coco. ¡Pobre chaval! ¡Con lo majo que era! Me parece que es el primero de los setenta y cuatro que ha caído. Me parece. . .")

Sin terminar su pensamiento, Peña se llevó la mano al brazo izquierdo. Sobre ese codo no podía ya apoyarse.

– ¡Dejadme, que no es nada! ¡Venga! Si con la mano que disparo es con ésta.

No hubo manera de sacarlo del campo.

Peña tenía una vista de águila. De chico, era el terror de los pájaros. Gorrión que se detuviese en un árbol y lo divisara el ojo de Peña, gorrión que caía bajo el chinazo disparado por su implacable y certero tiragomas.

– ¡A ése lo cazo yo!

No era un gorrión, aunque sí era, como dijo Peña a su compañero más cercano, un pajarraco. *Kukushka,* lo llamó en ruso. Peña puso una rodilla en tierra para apuntar mejor al sniper alemán, que acechaba desde la copa de un árbol. Pero Peña no tuvo tiempo de disparar: el cazador de pájaros y de pajarracos cayó tronchado con una bala en mitad del corazón. Recogieron los compañeros el cuerpo del chiquillo vasco –no pesaba más que un niño– y se oyó gritar:

– ¡Nos van a pagar tu vida!

No se sabe si estas palabras las oyeron los batallones que habían empezado a reagruparse y que de pronto emprendieron un rabioso ataque para alcanzar la cota 004. No lograron llegar a ella. Hubo que esperar a la noche siguiente. Ciento cincuenta y un hombres, entre ellos varios españoles, rodearon por detrás la posición enemiga. Inmovilizados por la sorpresa, los alemanes apenas tuvieron tiempo de defenderse. A Peña le hubiera gustado saber que su amigo Isidro Peñalva, que sus compañeros se habían hecho dueños de la cota. La mole de los tanques cayó sobre ellos, que no tenían más armas que los fusiles, las bayonetas, alguna ametralladora y bombas de mano. ¿Quién incendió los primeros tanques? Las granadas estallaban casi juntas bajo los vientres de hierro. Los soldados del 3er Regimiento de Voluntarios de Leningrado se alzaban victoriosos. Peñalva y José Larrarte se abrazaban, diciéndose:

– ¡Peña está vengado!

Otra oleada de tanques volvió a trepar por la pendiente sin que las bombas de mano pudieran ya detenerla. Las bombas de mano aún la tuvieron a raya, aún despanzurraron algunos tanques, otros volvieron grupas. Como si aquel pedazo de tierra, sembrado de chatarra humeante, fuese la clave de la batalla por Leningrado, nubes de aviones lo machacaron con sus bombas, cientos de proyectiles de artillería lo removieron hasta las raíces. El puñado de valientes intentó todavía recuperar la cota, disputándola al arma blanca. Ya no eran ciento cincuenta y uno: eran

muchos menos. Allí quedaron también otros cuatro españoles de la Fábrica *Elektrosila.*

Días después se efectuó una operación en campo enemigo. Fue difícil, desesperada, la vuelta. Tuvieron que detenerse porque no se podía abandonar a los heridos en unas viejas trincheras, en las que habían encontrado su tumba decenas de soldados rojos. Allí reconoció Peñalva el cadáver de su compañero Madera.

Eran los días, las semanas, los meses de la defensa sobrehumana de Leningrado. Era cuando los ataques y los contraataques, los repliegues y los avances –por kilómetros, por metros, por pulgadas de tierra– se sucedían, dejando un infinito reguero de sangre. En uno de esos combates cayó herido Alejo Vela. Peñalva y sus compañeros le daban ya por perdido cuando lo encontraron, con la cadera rota, tumbado en el embudo de un proyectil de artillería.

– Agárrate fuerte –dijo Peñalva al herido–. Lo de la mano no es nada, y lo de la cadera, si conseguimos llegar pronto a nuestras líneas, se te curará.

– Es inútil, Isidro. Así no nos salvaremos ni tú ni yo. Déjame, yo no puedo moverme.

– Tontorro te eres o así –le animaba Peñalva–. El teniente nos sacará de aquí. Tú échate sobre mí y ya verás cómo salimos.

Formaban un solo cuerpo, formaban una sola vida y eran un solo corazón. Las palabras amigo, camarada, compañero, hermano no bastan para dar una idea cabal de lo que es esta amistad, esta camaradería, este compañerismo, esta hermandad, hecha de tantos afanes idénticos, de tantos sueños gemelos, de tanto valor unánime, forjada y reforjada por la sangre y el fuego.

Peñalva logró sacar a Vela a las posiciones soviéticas. Vela y Peñalva volvieron juntos al combate. Pero Vela cayó un día, uno de esos días en que el jefe del regimiento comunicaba al Mando del frente: "En nuestro sector, ligeras escaramuzas y muy pocas bajas". Una de esas pocas bajas fue Alejo Vela.

¿Quién no conocía en el 3er Regimiento de Voluntarios a Armando Viadiú? Era serio, cumplidor, muy en el carácter catalán de disciplina y también de testarudez. A Armando Viadiú le dijeron los educadores de la casa de jóvenes que no debía ir al frente. Y el disciplinado Viadiú entró en conflicto con el testarudo Viadiú. Venció este último, que había decidido combatir contra los fascistas alemanes, defender la tierra soviética. Armando y Héctor Viadiú eran hijos de un militante revo-

lucionario de la Confederación Nacional del Trabajo, director del diario barcelonés *Solidaridad Obrera.* A Elíseo el "Esdrújulo" le gustó mucho ver en el grupo de los setenta y cuatro a Viadiú, hijo de un anarquista.

– Mi padre también era anarquista, pero cuando me envió a la Unión Soviética me dijo: "Mira, Elíseo, allí mandan los comunistas, pero lo que yo te digo es que ésa es la patria de todos los obreros, de todos los revolucionarios".

Armando Viadiú murió defendiendo la patria de todos los obreros, de todos los revolucionarios, en aquel combate en que a un monstruo de cuarenta y cinco toneladas opuso nada más –apenas nada más– que su corazón de diecisiete años. Pegado a la cuneta, el chico veía avanzar el tanque pensando dónde podría herirle con la bomba de mano que le quedaba. Aún tuvo tiempo de oír la explosión y quizá de ver aquella mole que crecía y crecía, acercándose. El otro tanque pasó sobre él. Pegado a la tierra, incrustado en la tierra, sólo una sombra sobre la tierra soviética –la tierra de los revolucionarios– quedó el cuerpo de Armando Viadiú.

Cuando a su hermano Héctor se lo contaron en el cuartel, el muchacho no dijo nada. La sangre, aquella sangre de vieja fuente revolucionaria, se le estaba haciendo negra de rabia en el corazón y golpeando demasiado los pulsos. El no aguardaría más. El marcharía al día siguiente mismo al sitio donde más fascistas se pudiese matar. Y matarlos uno a uno, viéndolos caer, llevando la cuenta que sólo podría tener fin cuando no quedase un fascista sobre la tierra. Héctor se hizo francotirador. "Tú valías lo menos por diez de esos canallas –se decía, recordando a su hermano–. Y aún así es pequeña la diferencia. Yo mataré a más de diez". El fusil de Héctor Viadiú cumplió lo que había prometido su dueño. Tras el parapeto de un árbol, tras la barricada de la maleza, Héctor Viadiú reducía la cuenta sagrada.

En los combates de fines de agosto de 1941, Héctor y unos cuantos jóvenes españoles quedaron cercados. En los intentos por romper el cerco, se cortó la cuenta de Héctor Viadiú. En la misma tierra, y por la misma causa que murió su hermano, cayó este joven héroe de Cataluña.

*

El 13 de septiembre de 1941, de los setenta y cuatro jóvenes españoles que salieron con el 3er Regimiento de Voluntarios de Leningrado quedaban solamente siete. Cuatro días después, el

17, caminaba Peñalva, evitando los pantanos, en busca de la orilla donde esperaba encontrar a sus compañeros. "¡Pobre Pedro, pobre "Pichichi"! Tampoco le volveré a ver. ¡A cuántos no volveré a ver!"

¿Era humo aquello que se veía a lo lejos, o quizá cerca, pues las distancias engañan mucho en la soledad? Del humo, de las llamas, del incendio que prendió en el bosque el enemigo, habían logrado salir muy pocos del destacamento. Fue en esa lucha alucinante, entre la gigantesca hoguera, donde una bala hirió de muerte a Pedro López. Ahora, el humo parecía una señal de vida. Peñalva se acercaba a ella fiado de su suerte. La hebra azul, prendida en la primera luz del amanecer, salía de una tienda de campaña. Así, refugiados entre los árboles, sólo podían estar los nuestros. Sin embargo, Peñalva se ocultó al ver salir de la tienda a tres o cuatro hombres. Los reconoció en seguida.

Debía tener el aspecto de un resucitado, a juzgar por la cara que pusieron los compañeros. Le explicaron que salían en busca de algo que comer. Llevaban varios días escondidos allí, cavilando cómo podrían llegar a las líneas propias o encontrar a los guerrilleros.

Dentro había encendida una pequeña hoguera.

– ¡Peñalva! –le gritaron al verle.

Allí no había ningún español. El contó la muerte de Pedrito, el "Pichichi", el andar y andar a través de los pantanos, y a él le contaron cómo había muerto Elíseo.

– No quiso hacer caso. ("El "Esdrújulo" nunca hacía caso de nadie", pensó Peñalva.) El compañero que estaba con él, el sargento Rodin, le gritó que se estuviera quieto. Ya sabes, Rodin era un gigante y le protegía con su cuerpo. Pero Elíseo se incorporó y lanzó la granada contra un nido de ametralladoras. La ráfaga le segó por el pecho. El sargento retiró el cadáver y lo enterró. Elíseo era un valiente.

El soldado soviético se quedó mirando a Peñalva:

– Bueno, todos vosotros sois unos valientes –dijo.

Se hizo un silencio, uno de esos silencios en que la memoria se pone a viajar y a revivir lo que había dicho el soldado:

– El valor de cada cual, el sacrificio de cada cual y, a veces, –¿por qué no?–, el miedo secando los labios.

¡Qué diferentes eran Pedrito y Elíseo! Qué iguales en su gesto ante la vida –su jovencísima vida– y ante la muerte, ante su injustísima muerte.

Sonaron voces cerca, voces que hicieron bien en llegar en

aquel momento, demasiado triste, porque la tristeza es cosa que en la guerra, si bien se mira, está de más. Cada corazón se la guarda para que, cuando sea, estalle en una bala o en un bombazo que haga justicia.

– ¡Camaradas! ¡Estamos salvados! –la tienda de campaña se llenó con los gritos de los que habían ido en busca de comida y llegaban, por lo visto, satisfechos–. ¡Muy cerca de aquí está nuestra gente!



Alejo Vela, uno de los jóvenes españoles que cayó en la defensa de Leningrado

En la aldea vecina había, en efecto, fuerzas del Ejército Rojo Desde allí fueron evacuados los heridos y todos los supervivientes del regimiento en que pelearon los setenta y cuatro de acero.

Seguía, se acrecentaba la batalla de Leningrado. Los jóvenes españoles habían perdido el contacto entre sí. Llegaban a uno u otro destacamento noticias de los que continuaban peleando. Cada vez quedaban menos. Un día se conoció la muerte del donostiarra José Larrarte. Otro, un soldado soviético, habló a los pequeños de la casa de niños de Leningrado, que estaba preparándose para ser evacuada, de un joven español que había caído como caen los héroes.

Eran setenta y cuatro... Hemos citado sólo a algunos. En la lucha y la victoria de Leningrado, vive y vivirá el recuerdo de todos ellos.

ELOY Y JOSE

En la escuela, sus pupitres estaban separados. Más de una vez, José había mirado de reojo a ese otro chico, moreno como él, la nariz grande, un poco pesado en sus movimientos (José era espigado y ágil), que escribía trabajosamente en el cuaderno mientras dictaba el maestro (José siempre estaba mirando a las musarañas, cuando no soltaba la carcajada en mitad de la clase). En más de una ocasión, José se encontró con la mirada reprobadora de Eloy.

En la casa de niños ocupaban la misma habitación.

– José, ¿quieres ayudarme a hacer el ejercicio de ruso?

José siempre estaba dispuesto a ayudar a Eloy y a cualquiera que se lo pidiese. Entre los chicos se iba tejiendo una amistad hecha de juegos, de ayudas mutuas, de confidencias...

– Y tú, ¿de qué parte de Asturias eres? –le preguntó un día José.

– De un pueblín que le dicen el Condado. Mi casa estaba a dos pasos de la mina –respondió Eloy.

– Pues yo no soy de ningún pueblín. Me crié en Gijón. Desde la ventana de mi cuarto se veía el mar.

Poco a poco, los chicos fueron contándose su infancia.

Infancia de Eloy

El puñado de casas parecía más negro por el carbón. La casucha de los Alvarez era como las demás. Y la vida de la familia, como la de todas las familias de mineros del Condado. Hombres duros, que iban y venían de la mina con gesto hosco y andar cansado. El domingo, el pueblo se alborotaba con el cantar de los mozos al salir del chigre.

Ya cayú la fuella al
roble;

Infancia de José

La bohardilla donde dormía José tenía un ventanuco desde el que se divisaba el ajetreo del puerto. A José le gustaba mirar las velas de las lanchas pescadoras y se sabía de memoria el pregón de las sardineras: "¡Sardinas frescas!" Muchas tardes bajaba José con otros chiquillos al puerto de Cimadevilla, donde era un gusto perderse en las cuevas abiertas en las rocas, buscando erizos de mar. José nadaba como un delfín y so-

ya floreció la espi-
nera...

Al pequeño Eloy lo que le impresionó mucho fue una copla que había oído a un minero llegado de Cartagena:

Minero, pa quién trabajas
si pa ti no es el producto;
para el amo es la ventaja,
para tu familia, el luto,
y para ti, la mortaja.

Por lo visto, un día los mineros del Condado se cansaron de que toda la ventaja fuese para el amo. El padre se levantó tarde ese día y dijo a la madre:

– Voy con los compañeros. La huelga será larga.

Para el pequeño Eloy, eso quería decir que el domingo el padre no le compraría ya castañas asadas, que llegaría con el gesto más huraño que nunca a la casa y diría:

– Me voy a acostar.

– ¿Sin tomar nada? –le preguntaba la madre.

– He tomado algo con los compañeros –mentía el padre.

– ¡Ay, como esta huelga dure mucho...! –suspiraba la madre.

– ¿Y qué que dure? Durará lo que haga falta.

– Bueno, hombre, no te pongas así. Y cómete esas patatas.

El padre no preguntaba ñaba con que uno de aquellos barcos blancos que pasaban muy lejos le llevara a él muy lejos también. Con las sirenas de las naves se mezclaban las sirenas de las fábricas, que anunciaban el fin de la jornada. A la puerta de una de esas fábricas iba, a veces, José a esperar al padre. A José le gustaba mucho ver cómo los demás obreros hablaban al padre con respeto. Le escuchaban. Se veía que lo querían. Algunas mañanas, las sirenas dejaban de sonar. José ya sabía que eso quería decir que había huelga. Sabía más: sabía que su padre era uno de los dirigentes de la huelga.

El chico se acercaba a Gijón y miraba asombrado las tiendas deslumbrantes, le daba rabia no poder comprar uno de aquellos barquillos rezumantes de helado y una vez estuvo a punto de hincharle los morros a aquel señoritín, todo vestido de blanco, con los zapatos de charol, que se apartó para que él no le manchase con la camisa churretosa, una camisa del padre que la madre le había arreglado. Cuando le ocurría esto, cuando veía a otros chicos más pobres que él y a tantos mucho más ricos, José recordaba unas palabras que solía decir el padre:

– Es la lucha de clases.

de dónde había sacado la madre las patatas. Porque, como ella decía, hay menos gente buena de la que se quisiera, pero más de la que a veces se cree. Y en el pueblín minero no faltaba la gente buena.

Eloy recordaría siempre cómo el padre le miraba las piernecitas como hilos y le acariciaba el cuellín:

– Tú vivirás mejor que nosotros, guaje.

Eloy empezó a explicarse el mal humor del padre y sus repentinas ternuras para con él y le miraba con admiración –tan fuerte, tan decidido, tan valiente–, diciéndose: "Cuando sea mayor, seré como él".

Lo gordo, lo que Eloy no olvidaría nunca y contaría siempre a sus pequeños amigos, ocurrió en octubre de 1934, cuando él acababa de cumplir diez años. Por las minas del Condado pasó un viento recio, el viento que agitaba toda la mina astur. Los mineros tomaron al asalto el Cuartel de la Guardia Civil de Turón. Allí, el padre de Eloy entró con un paquete de dinamita y salió armado con un fusil. Ahora el padre estaba contento. Y cuando la madre lo abrazaba llorando, le decía: "Sécate esos ojos, muller, que ha llegado la nuestra".

No tenía más que diez años el pequeño José y ya, si no su cabeza, su corazón obrero le explicaba lo que esa frase quería decir. Un día estaban en casa de José, esperando a que llegara el padre, dos compañeros de la fábrica:

– Cuando venga Horacio, él nos dirá quién tiene razón de los dos –dijo uno de ellos.

A José le gustaba mucho oír el nombre de su padre: Horacio. Y un montón de cosas se le juntaron en la cabeza el día que leyó en un periódico: "Horacio Argüelles, el peligroso dirigente anarquista. . ."

Aquella mañana de octubre de 1934, una vecina llegó corriendo a la casa de José y anunció: "Las calles están llenas de barricadas. Hay guerra". No había guerra. Era la insurrección armada de los obreros de Asturias. Las barricadas eran más numerosas por las callejuelas del Llano, donde en los muros aparecía pintado: "UHP". Allí luchaban juntos socialistas, comunistas y anarquistas. Allí luchaba Horacio Argüelles, el padre de José.

En Gijón, la lucha fue aplastada pronto. José oía decir: "En Oviedo, los mineros continúan resistiendo". Hasta que todo se acalló bajo las gumías moras, las bayonetas del Tercio y los máuseres

El padre se marchó con la boina y el fusil. Pero dejó el casco que había traído del asalto al cuartel. Y con el casco, el pequeño Eloy empezó a jugar a la guerra o a la revolución. Cuando en el pueblo aparecieron soldados con cascos como el que tenía Eloy, el chico se apresuró a esconderlo. Caían bajo las culatas las puertas de madera, sacaban a rastras a las mujeres, a los viejos. Los hombres, como el padre de Eloy, no habían vuelto. Se hablaba de muertos y de presos. De la mano de la madre, Eloy hacía cola a la puerta de la cárcel.

de la Guardia Civil. Bajo la furia de una represión salvaje que desde el Ministerio de la Guerra, en Madrid, dirigía el jefe del Estado Mayor Central, general Francisco Franco.

José no se atrevía a preguntar por el padre, que no había vuelto a la casa: era demasiada la angustia del muchacho. Pero la madre parecía tranquila. Por fin se decidió a inquirir:

– Madre, ¿y el padre, dónde está?

La mujer le sentó en las rodillas, como si fuese todavía un niño, y le dijo al oído:

– El padre está en Rusia...

– ¿Tú también saliste de España en el 37? –preguntó José.

– Pues claro –respondió Eloy–. Y, además, salí de tu pueblo, de Gijón.

– Toma, igual que yo. Lo que me extraña es no haberte visto en el barco.

– Me habrás visto, pero como veníamos tantos chicos...

(El 18 de julio de 1936, Eloy saltó de la cama y se acercó corriendo a la ventana. El estaba seguro de haber oído tiros. ¡Atiza, si la calle estaba llena de mineros con un fusil, como aquel que hacía dos años había visto a su padre!

– ¡Madre! ¿Es otra vez la revolución? –preguntó Eloy.

– ¡Quítate de la ventana, hijo!

Eloy obedeció. Para él, la primera visión de la guerra, de aquella guerra que incendió toda Asturias, que incendió toda España, fue la calle con los mineros otra vez armados. No habían pasado más que dos años escasos desde octubre de 1934, pero el pequeño Eloy comprendía muchas cosas. Comprendía que aquella lucha con partes de guerra, con noticias por la radio, con los hombres de las minas vestidos de uniforme, era algo muy decisivo para él, para todos los chicos

como él. El pueblecillo del Condado estaba tranquilo. Los frentes estaban lejos. Pero la guerra, que no solamente son explosiones, tiros, muerte, sino también dificultades y hambre, se acercaba a la aldea minera. El Gobierno de la República se preocupó de proteger a los hijos de los trabajadores como Eloy. La guardería infantil en la que él, sus hermanas y otros niños fueron acogidos se llabama *Pablo Iglesias*. También la guerra empezó a acercarse allí. Asturias se hizo frente. Un frente duro, tenaz, heroico, insensible a los bombardeos despiadados. Un frente de bombas alemanas y de dinamita minera. ¡Cómo pelearon los mineros de Asturias, los milicianos de Asturias, contra los ejércitos del fascismo mundial! El 19 de octubre de 1937 –eso, claro está, no lo sabía Eloy–, Franco dirigió un telegrama a Mussolini pidiéndole urgentemente el envío de una nueva división para liquidar el Frente de Asturias antes del invierno.

Lo que sí sabía Eloy, lo que nunca olvidaría Eloy, es el día en que le dijeron que ellos, los chicos, iban a ser enviados a Rusia. Algo había oído hablar a su padre de ese país en el que los hijos de los mineros se hacían ingenieros. Pero quien más había oído hablar de Rusia era José. Por eso, José sorprendió a todos los demás cuando, ya en el barco soviético que les trajo a Leningrado, en vez de "gracias", decía a la camarera *spasibo*, y cuando le gustaba una cosa, no decía "qué bueno", sino *kak joroshó*. A José le gustaba decir que esas palabras se las había enseñado su padre. En la Unión Soviética, Horacio Argüelles no aprendió solamente algunas palabras de ruso. Conoció la vida de los que funden el acero, de los que levantan las fábricas y trabajan la tierra. Conoció que aquellos hombres estaban construyendo mucho más que minas, fábricas y centrales eléctricas. Estaban construyendo un mundo nuevo. El mundo con que había soñado siempre el rebelde anarquista, por el que había luchado ciegamente. Pero ya tenía los ojos abiertos, ya sabía que no bastaba saber lo que no se quería, sino lo que se quería. Ya sabía que no bastaba destruir lo viejo, sino que había que saber construir lo nuevo. Horacio Argüelles volvió a su Asturias, volvió a España, con el alma llena de luz. Cientos de viejos anarquistas acudían a las reuniones en que Horacio Argüelles les hablaba de la Unión Soviética.

– Sí, en Rusia no atan los perros con longaniza. En Rusia los obreros tienen que trabajar de firme. Pero trabajan

para sí. Trabajan para levantar la sociedad más feliz de la tierra.

Algunas veces le interrumpían:

– ¿Y qué han hecho allí con los anarquistas?

Horacio Argüelles replicaba:

– Con los obreros anarquistas honrados no han hecho nada. Todos ellos se han hecho comunistas.

El testarudo insistía:

– ¿Del Partido?

– Del Partido o no del Partido, los obreros rusos son todos comunistas. Unos porque piensan así y otros porque lo sienten.

Horacio Argüelles se hizo comunista en 1936 por lo que pensaba y por lo que sentía. Por lo que había visto en el País del Socialismo. De eso, el padre le contaba muchas cosas a José. Al chico le maravilló que allí no hiciera falta ser rico para estudiar una carrera. ¡Con lo listo que él era! (Porque José, aunque él no lo dijese, sabía que era listo.) ¿Y los campos de pioneros? ¡Eso sí que era estupendo! Los chicos de la escuela a la que iba José se quedaban embobados oyéndole hablar de Rusia. "¿Pero tú has estado allí, trolero?", le decía alguno. "Ha estado mi padre, y es bastante".

En julio de 1936, Horacio Argüelles era dirigente del Partido Comunista en Asturias. El fue quien formó el Regimiento Máximo Gorki. El fue uno de los organizadores de la heroica resistencia de Asturias. Defendiendo Asturias, defendiendo la República, defendiendo sus ideas, murió Horacio Argüelles en el Escamplero, el sector más difícil del Frente de Asturias, donde la guarnición fascista de Oviedo se comunicaba por un estrecho corredor con el resto del territorio en poder de las tropas sublevadas.

Cuando a José le preguntaron, en otoño de 1937, si quería ir a Rusia con otros niños, el chico se acordó de que ese era el país maravilloso de que tanto le hablara su padre.

El barco estaba allí, atracado al Musel. La caravana de camionetas se acercaba al muelle con los faros apagados. Montañas de carbón, que fosforecían en la oscuridad. El mar estaba tranquilo, increíblemente tranquilo, como a José le gustaba cuando iba a coger cangrejos y erizos después de la resaca. Las madres –se veían muchas mujeres y muy pocos hombres– abrazaban a los chicos riendo, llorando: "Allí estarás muy bien, allí no hay bombardeos, hijo. Allí irás

a la escuela. Y cuando vuelvas, esto también estará tranquilo, aquí también la vida será buena".

Para los chicos, la sensación de la aventura (¡un viaje a Rusia, un viaje al fin –¿o al comienzo?– del mundo!) era superior a la pena de separarse de la madre. Lo que ansiaban era llegar al barco, aunque el barco les defraudó. Era un barco francés que apestaba a brea y alquitrán. Eloy y José, de pie en cubierta, junto al bote salvavidas, veían perderse la silueta de la ciudad donde José había pasado su infancia y que Eloy veía por primera y quién sabe si por última vez.

El barco les llevó a Saint-Nazaire, donde les esperaba otro barco blanco, con una bandera roja y unas letras rarísimas en la proa, un barco que a Eloy le pareció enorme. A José, no. José dijo: "Pues no tiene nada de particular. Bueno, sí, la bandera". La bandera era lo que más gustaba a todos. Y las luces. Porque el barco estaba fantásticamente iluminado, como si quisiera decir a los chicos que para ellos se habían acabado las tinieblas, que para ellos iba a comenzar una vida dichosa en el país de la luz.

Eloy irrumpió en el barco con toda la chavalería, que ya se había olvidado de los bombardeos, de las colas y de las tinieblas. Aquello parecía la tienda esa de Gijón donde vendían pasteles y fiambres. Pero sin los cristales del escaparate, los cristales a los que había pegado su naricilla tantas veces José, sobre todo en vísperas de Nochebuena. Aquí los pasteles, los fiambres, los bombones, las galletas, las empanadillas, estaban sobre largas mesas. Y todo aquello era para ellos. Cuando se hartaron de comer, se pusieron a correr por el barco, a jugar con los marineros, que les decían una palabra rara en ruso: *Poriádok*. Ni José sabía lo que eso significaba, pero lo adivinó. "Bueno, chicos, un poco de orden", les dijo Argüelles. En vez de orden, sonó una canción. Algunos chicos cantaban:

Somos la joven guardia
que va forjando el porvenir. . .

Otros se habían echado ya a dormir. Eloy se metió en un camarote que hasta tenía un lavabo con espejo. ¡Y qué alfombra! ¡Qué madera tan reluciente! El hijo del minero no había visto nunca tanto lujo. Se estiró entre las sábanas, cerró los ojos y se quedó dormido. . .

Al día siguiente, el puerto de Saint-Nazaire estaba lleno de un gentío que gritaba, saludaba con el puño en alto y llamaba a voces a los niños. Eloy, con sus doce años, pensaba confusamente que algo muy importante debía haber en este viaje, que algo inexplicable representaban él y los demás chicos españoles. Las mujeres lloraban. Los hombres gritaban vivas en los que a Eloy le pareció escuchar las palabras República y Rusia. El caso es que todos se pusieron a cantar. Una canción que volvió a sonar cuando el barco se alejaba y que los marineros soviéticos coreaban en ruso:

Agrupémonos todos
en la lucha final...

Los días del viaje pasaron rápidamente. Tanto, que cuando José avisó a los demás chicos: "Estamos llegando a Leningrado", no le creyeron.

Aún no se veían las cúpulas de la ciudad, y ya estaban sonando unánimes, ensordecedoras, las sirenas de los barcos. Eran los buques de guerra fondeados en Cronstadt –Eloy y José habían visto la película *Los marinos de Cronstadt*– que saludaban a los pequeños embajadores de la República Española. El *Kooperatsia* pasó tan cerca de uno de los cruceros que los chicos vieron claramente la sonrisa de los marinos. Debió ser José el que gritó: "¡Viva Cronstadt!" Y fueron todos los que gritaron: "¡Viva Rusia! ¡Viva la Unión Soviética!"

Con el eco de ese viva entró lentamente el *Kooperatsia* en el puerto de Leningrado. Camisas blancas, pañuelos rojos, manos aleteantes, banderas, infinidad de banderas, flores, infinidad de flores, fue lo que vio Eloy cuando el barco atracó al puerto. Y la música. Una banda monumental de pioneros, que tocaba una marcha alegre como la vida...)

En la casa de niños españoles de la calle de Tver, de Leningrado, fue donde se hicieron tan amigos Eloy y José. Los llamaban los inseparables. Cierto que, si bien se parecían en muchas cosas, en otras no se parecían en nada. Para Eloy, lo primero era estudiar. No es que José no quisiera estudiar. Lo que sí era que no ponía en los estudios el afán y el tesón de Eloy. Quizá porque José fiaba demasiado en su inteligencia. Una vez, en la clase de física, el profesor sacó a José al encerado. El chico se

las apañó como pudo, y pudo bastante, porque era listo, mas el profesor meneó la cabeza, mientras José se limpiaba las manos de tiza y miraba a la clase con aire triunfal.

– Sí, no está mal –dijo el profesor rascándose la barbilla–, se aproxima a la verdadera solución. La verdad es que te mereces un tres, pero como tú tienes capacidad suficiente para ganar un cinco, te voy a poner un dos.

La cosa no quedó en el dos. Esa misma tarde, los chicos decidieron hacer una reunión para que José explicara por qué no estudiaba como era debido.

– No está bien lo que haces, José –le recriminó Manolo, al que José llamaba el "Empollón"–. Eres el garbanzo negro de la clase.

– Pues tú eres el tocino de la clase y de toda la escuela.

Y como Manuel estaba, en efecto, bastante gordo, todos los chicos se echaron a reír, y más que ninguno, José.

Y es que a José le gustaba reírse. Era alto, esbelto, con el pelo rizado, los ojos negros, sombreados por las pestañas, esas pestañas que le hacían decir a más de una chica: "¡Qué guapísimo es José!" Sí, era guapo José. El sabía que las chicas le miraban y él también miraba a las chicas. Una tarde que había una fiesta en el Palacio de los Pioneros, Ludmila, una rubia del séptimo grado, le regaló una insignia preciosa. Y el día en que José cumplió trece años, Zhenia le dijo: "Toma esta caja de bombones, para que te acuerdes de mí".

Cuando venían de algún periódico de Leningrado para hacer un reportaje de la casa de niños, el fotógrafo siempre le decía a José: "Tú aquí, en primera fila".

En la casa de niños empezaron a decir que José tenía novia. Aquella muchachita con la que José salía de paseo o iba al cine no era su novia. Mas a ellos les gustaba ir juntos, contarse sus cosas, mirarse a los ojos. Como todas las vísperas de fiesta, ese sábado de finales de junio fueron al parque. Ella le dijo que se marchaba a pasar las vacaciones a Ucrania. "¿Me escribirás?" José se echó a reír –José se reía siempre– y contestó que sí. Pero se quedó serio cuando vio cómo le miraba la chica. José ya no era un niño –tenía diecisiete años– y comprendía que en los ojos de la muchacha no había sólo amistad. La besó torpemente, como se besa la primera vez en la vida. Lo que no podía saber José entonces era que jamás volvería a besarla.

*

– Pues yo te digo, José, que les vamos a sacudir de lo lindo. En el 18 no te vayas a creer que estábamos mejor que ahora. Estábamos mucho peor. Y ¿qué pasó? Pues que Petrogrado no lo olieron y tuvieron que volverse con el rabo entre las piernas.

A José le gustaba escuchar al viejo, que la gozaba recordando sus hazañas de la guerra civil. Solían hacer guardia juntos a la puerta del cuartel o por las calles de Leningrado. Los dos pertenecían a la Milicia Popular. Al uno y al otro les había costado trabajo que los admitieran: al viejo, por viejo, y a José, por joven. Pero allí estaban. El viejo, con sus evocaciones de la guerra civil, y José, con sus recuerdos, todavía recientes, de la guerra de España.

– Pero ¿es que siempre va a haber guerras? –preguntaba el muchacho.

– Mira –y el viejo se ponía serio para explicarlo–, mientras haya capitalistas, me temo que sí. Pero como de ésta los fascistas se van a llevar una buena tunda, me parece que, para otra guerra, los capitalistas lo van a tener que pensar.

En el batallón todos bromeaban con la amistad del viejo obrero soviético y del joven hijo de un obrero asturiano. Hacían una extraña pareja. El uno con el pelo blanco, el bigote fino, un poco doblado en las guías –él decía que así lo llevaba Chapáiev–, y José, muy erguido en su uniforme, escapándosele un mechón por debajo del gorro. También tenían juntos los catres en el cuartel. Para hacerle rabiar, José le decía al abuelo:

– Bueno, pero usted a Chapáiev no le ha visto más que en el cine, como yo.

– ¿Qué estás diciendo? A Chapáiev le he visto como te estoy viendo a ti. ¡Qué más quisieras tú que parecerte a aquel valiente! ¡Esos eran hombres! Aquí donde me ves, yo he combatido con él. Parecía un demonio cuando corría tras de los blancos, empuñando el sable y la capa al viento.

El viejo casi se ponía de pie en la cama hasta que los demás le gritaban:

– ¡Cállate, Chapáiev, que no dejas dormir a nadie!

Era bueno el viejo Chapáiev y quizá no menos valiente que el verdadero héroe legendario. Cuando se entrenaban en el lanzamiento de granadas, Chapáiev se empeñaba en enseñar a José.

– Fíjate cómo se tira, mocoso.

La granada lanzada por el abuelo caía a poco más, y a veces menos, de quince metros.

José se reía:

– Así no llega usted ni a la acera de enfrente...
El viejo refunfuñaba:
– Lo importante no es la distancia, sino la puntería.
La verdad es que el hombre no estaba ya para muchos trotes, y cuando el batallón iba a ser enviado al frente quisieron convencer a Chapáiev de que debía quedarse en la ciudad. José le animaba, diciendo:
– Aquí hacen falta hombres de temple, como usted. En el frente ya combatiremos, acordándonos de los dos Chapáiev.
Pero el viejo se las arregló para que no lo dejasen en la ciudad. Casualidad o no, el caso es que en el frente volvieron a estar juntos el chico y el anciano en el mismo puesto sanitario. Ya en el primer combate, José estuvo sacando heridos del campo y llevándolos al hospital. Era la primera vez que veía un fuego como aquél, la primera vez que veía correr tanta sangre. Ahora no reía alegre el muchacho asturiano. Había comprendido que la guerra es una cosa muy seria.
En la chabola donde el viejo y José dormían juntos hacía frío por las noches. Chapáiev no hablaba de los combates de la guerra civil. Solía decirle a José:
– Ten cuidado, hijo. Esos snipers alemanes son temibles. ¡Qué lástima que yo sea tan viejo! ¡Con la buena puntería que yo tenía cuando estaba con Chapáiev!
Como todas las mañanas, aquélla el viejo se levantó antes que nadie. Salió de la chabola y se dirigió al puesto de Sanidad. Por la noche había nevado. El anciano sentía crujir la nieve bajo las botas y murmuraba para sí: "¡Qué cerca están de Leningrado! Está amaneciendo y los alemanes no tardarán en empezar a bombardear". Anduvo unos pasos por la tierra helada cuando empezaron a sonar las primeras explosiones. El viejo se tiró al suelo. No podía seguir adelante ni volverse porque los proyectiles caían a sus espaldas. "Allí está la chabola –pensó–, allí está José". Sin hacer caso del cañoneo, echó a correr hacia la chabola.
Los cañones alemanes habían cesado de disparar. El viejo corrió más de prisa. No tuvo que saltar por la zanja porque la habían allanado los proyectiles. Un amasijo de tablas, tierra y nieve es lo que vio en lugar de la chabola. Removió las maderas, entró en el hoyo, buscó anhelante entre los pedazos de tela ensangrentados, en el revoltijo de las ropas y de los cuerpos. Aquello ya no era la chabola del viejo Chapáiev. Era una tumba. Y en ella, tres cadáveres: los de dos sanitarios soviéticos y el de José.

*

La guerra, que tantas cosas separa, y tantas cosas rompe, separó a los dos amigos, rompió sus estudios, quebró por segunda vez su vida. Desde las alturas de Púlkovo, donde se encuentra el célebre observatorio astronómico de Leningrado, Eloy se acordó muchas veces de José. Púlkovo era una posición fortificada que no pudo vencer el asalto alemán. Cuando llegó el invierno terrible del 41, la línea en esta parte se hallaba estabilizada. Eloy miraba a la ciudad, encerrada ya en los garfios del bloqueo. Sabía que el hambre andaba suelta por las calles de Leningrado. El hambre, uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, como Eloy había leído en una novela. El hambre hacía presa también en los defensores de Púlkovo. Eloy y otros soldados salían a un campo, al otro lado de la alambrada, que era un pedazo de tierra de nadie. Bajo la nieve se ocultaban los repollos que no había habido tiempo de recoger. Una vez, aquel campo se llenó de luz y de fuego. Los alemanes habían descubierto a los combatientes soviéticos durante una de esas incursiones. Eloy volvió cubierto de sangre, que le brotaba de la mandíbula y que al caer en la nieve se quedaba petrificada. Tuvieron que recogerle en una camilla.

De esa herida Eloy curó. Pero no le permitieron volver al frente. La casa de niños donde se había educado se preparaba para evacuar a través del camino abierto sobre los hielos del lago Ladoga, el camino que los leningradenses llamaban de la vida y que para muchos fue de la muerte. Sorteando la muerte, Eloy, y con él todos los demás chicos y jóvenes españoles de las casas de Leningrado, el director y los maestros, llegaron al Cáucaso. La primavera –¿pero existía aún la primavera?– estallaba en los huertos y en los árboles bajo el cielo azul. Al ver los manzanos, Eloy recordó las pomaradas de Asturias. Parecía increíble que en algún sitio estallasen las bombas y la gente muriese sobre la nieve sucia del deshielo. Parecía imposible que hubiese guerra. Pero la guerra estaba allí mismo, más cerca de lo que los muchachos españoles se imaginaban. Y la guerra no tardó en perseguirles de nuevo, en acosarles por los caminos de la evacuación hacia otro lugar seguro. Quizá no hubiese ningún lugar seguro en el mundo aquella primavera de 1942, cuando el ejército y el pueblo soviéticos se disponían, muriendo, a librar las batallas que devolverían al mundo la vida y la paz.

Aparecieron los alemanes cuando salían del bosque para atravesar un río. Los soldados que se habían juntado a los chicos

y los protegían intentaron resistir. Unos cuantos fusiles no podían hacer frente a las armas automáticas de miles de alemanes. Eloy quiso coger un fusil, pero el director se lo arrancó de las manos.

– Antes morir que caer prisioneros –gritó el muchacho.

Ya no había tiempo de morir. Los alemanes los tenían cercados.

Los chicos se apretaban unos contra otros, mirando a aquel hombre larguirucho, con una fusta en la mano, que se acercaba a ellos. Hizo una señal con la fusta y dijo:

– Esos son los españoles. Ponedlos aparte.

Eloy miraba tan fijamente al oficial hitleriano que éste dio unos pasos hasta casi tocarle y, dándole suavemente con la fusta en el hombro, le dijo:

– Yo estuvo en España. España ser un país mucho bonito. Nosotros mandaros a España. Allí estar vuestros padres, allí tener vuestra casa.

Eloy no encontró en Asturias ni a sus padres ni su casa. El padre había muerto en la cárcel. A la madre la torturaron tanto que, cuando fue puesta en libertad, no tardó en morir.

Eloy había cambiado mucho. Andaba serio, con un gesto duro, por el pueblín, donde muchas miradas le seguían, éstas con cariño, aquéllas con dolor, unas con miedo, otras con rabia. Le daba asco leer los periódicos, con aquellas mentiras de que a ellos les había liberado el ejército alemán. ¿Liberado de qué? ¿De la escuela? ¿De la casa de niños, cálida y alegre, como un ancho e íntimo hogar? ¿De las excursiones en barco, cuando todos cantaban, y luego, en la orilla, jugaban en torno a la hoguera, que ardía como un rojo corazón? ¡Les habían vuelto a quitar la patria que salvó su infancia y les prometía una hermosa juventud! Como les habían quitado España, como se la estaban quitando a todos los españoles. Una sombra mala pasaba por los ojos de Eloy cuando pensaba en todo esto.

Aquel señor gordo que estaba cuando le llamó el cabo de la Guardia Civil le dijo a Eloy si quería hablar por la radio de Oviedo.

– Hablar ¿de qué? –preguntó Eloy.

El señor sonreía:

– De todo lo que has pasado en Rusia.

– ¿Sí? ¿Quiere usted que cuente por la radio mi vida en Rusia, en la Unión Soviética? Pues cuando usted quiera.

El señor gordo vio tan extraña decisión en las palabras de Eloy que quiso puntualizar:

– Bueno, pero ¿qué vas a decir?

– La verdad. Supongo que usted querrá que diga la verdad... Diré, por ejemplo, que en la Unión Soviética acabé el bachillerato, que si no hubiera sido por la guerra estaría ya en el tercer año de ingeniero. Puedo contar cómo nos recibieron y lo bien que nos trataron. También podré decir que la vida en la Unión Soviética...

– Bueno, basta, basta –interrumpió el señor gordo, poniéndose de pie–. No hace falta que me digas cómo es la vida en Rusia...

Eloy, con un malicioso chispear en los ojos, propuso aún:

– Es que yo podría explicarlo mejor, porque yo he estado allí. De modo que si quiere, avíseme para hablar por la radio.

Eloy no volvió a ver jamás al señor gordo. Al que sí volvió a ver fue al cabo de la Guardia Civil, que al día siguiente le llamó al cuartelillo:

– *Mira, rapaz, ten cuidado con lo que hablas por ahí* que aquí no queremos rojos. Y ya sabes lo que hacemos con ellos.

Eloy no tenía mucho cuidado con lo que hablaba. En el chigre, los mineros escuchaban ávidos lo que Eloy les contaba de la Unión Soviética. Se quedaban pasmados cuando les hablaba de las casas de reposo para los mineros, de que no había que pagar al médico, de que el Presidente de Rusia, Kalinin, había sido campesino...

Un muchacho poco mayor que Eloy, que había estado en la cárcel desde el 37 hasta el 40, le preguntó:

– ¿Verdad que los rusos ganarán la guerra?

– Verdad –aseguró Eloy con tanta firmeza que por el chigre pasó, como una golondrina, la esperanza.

El "ruso", como le llamaban a Eloy en el Condado, tenía que presentarse periódicamente a las autoridades. Pero una vez no se presentó. Lo buscaron, registraron las casas de los mineros, mas Eloy no apareció.

Cuando pasaron algunas semanas y Eloy seguía sin dar señales de vida, alguien dijo en el chigre:

– El "ruso" debe haberse ido al monte.

En el monte, con los hombres que después de 1937 se habían refugiado allí para continuar la lucha, Eloy Alvarez pasó cerca de cuatro años. Los rusos habían ganado la guerra, como él había pronosticado. Los pueblos celebraban la victoria sobre el fascismo. Pero la victoria no había llegado a España. El fascismo seguía torturando al pueblo español y tenía a hombres honrados,



Luis Frades abandonó la escuela de aprendizaje profesional para ingresar voluntario en el Ejército Rojo

como Eloy y sus compañeros de la guerrilla, acosados en el monte como alimañas.

Un día de 1946, en un choque con la Guardia Civil, Eloy cayó en una emboscada. Se defendió hasta el último cartucho. Cuando le hicieron prisionero, se le antojó que el teniente de la Guardia Civil tenía la cara del oficial hitleriano del Cáucaso.

Toda la saña del señor gordo y de todos los señores gordos de España, toda la bestialidad del fascismo pardo y del fascismo azul se hizo palizas y torturas sobre el cuerpo de Eloy. Quizá le arrancaran algún gemido, pero no le arrancaron ni una sola palabra. La mandíbula donde aún conservaba la cicatriz de la bala fascista que le hirió en Leningrado se la dejaron desencajada a culatazos. Una mañana que fueron a sacarle de la celda para proseguir el interrogatorio, uno de los guardianes dijo, tocándole con el pie:

– Pues éste ya sí que no habla. Está muerto.

Lo arrastraron por las calles del pueblo atado a la cola de un caballo. Todas las ventanas estaban cerradas, como ojos que no querían ver. Aquel cuerpo joven, roto, ensangrentado, debía servir de escarmiento. . .

Han pasado más de veinte años. Al pueblo asturiano no han podido hacerle escarmentar. . .

SEGUNDA PARTE

DONDE EL FRENTE NO TIENE LINEA

EL TREN NUESTRO DE CADA DIA

"Siempre me ocurre lo mismo. Lo peor son estos momentos en que no se sabe si va a pasar, si no va a pasar, si llevará plataforma de control, si no la llevará..."

Las dos paralelas de acero parecían de mercurio en la noche que no era demasiado oscura. Eran unas vías como todas las vías del mundo, pero diferentes a todas. De dónde vinieran y a dónde fuesen no importaba esa noche de la primavera de 1942. Lo que importaba es que se partiesen allí mismo, precisamente allí, donde estaba vigilándolas Adrián.

"No es, ni mucho menos, la primera mina que pongo, pero cada una me parece que es la primera. Las más latosas son éstas de retardo. Me parece que la he colocado bien. A ver si le ocurre lo que a la del jueves, que se retardó tanto que todavía estoy esperando a que reviente. ¡Lo que tarda ese tren!"

Quizá no tardaba más que lo que debía tardar. Quizá fuese que Adrián contaba los minutos con un reloj que a veces se adelantaba sin deberse adelantar.

"¿Será que tengas cerote, Adrián?"

El muchacho, maquinalmente, se había llevado la mano al corazón. Un poquillo apresurado andaba el reloj aquel.

"Esto del miedo es una cosa muy rara. Mira que me habré visto yo veces en fregaos aquí y en mi tierra. Y miedo, lo que se dice miedo, la verdad es que no he sentido mucho. Lo que dice el comandante: es que en el combate uno se ciega. ¡Qué tío es el comandante! Por algo le llamamos el "León Rojo". Y luego, lo que sabe. Explica las cosas que te quedas embobado oyéndole. A mí me hubiera gustado ser maestro como él. Pero la verdad es que hasta que vine a la Unión Soviética no había visto un libro. Y en el pueblo, la señora maestra decía que yo no era torpe. También la maestra era buena. ¿Qué habrá sido de ella? Seguro que la han fusilado. Esa gente fusila a todas las

personas buenas. Pero, ¡leñe!, ese tren se retrasa más que el mixto que pasaba por mi pueblo".

Los ojos de Adrián se empeñaban en abrir dos agujeros en la noche. La noche ni se enteraba. Un poco más allá estaba tendido el compañero de Adrián.

"¿En qué estará pensando ése? Es todavía un crío. Le llevo yo tres años y no he cumplido los treinta... Ahora, él ha visto más mundo que yo, aunque para eso no hace falta ver mucho. ¿Qué has visto tú en la vida, Adrián?"

(El pueblo era un manojo de casas blancas, que al mediodía no se las podía mirar: cegaba tanta blancura. Por fuera eran más bonitas que por dentro y mucho menos pobres. La pobreza estaba metida desde siglos, desde siempre, entre aquellas cuatro paredes. A puñetazos con la pobreza había vivido siempre la familia de Adrián. El sudor era cordeles, finísimos cordeles, resbalando por la espalda, quemándola, dejando luego en ella unos surcos que olían a sal. El llevaba el botijo a los hombres, al padre, que se levantaban un momento de la mies, casi tambaleándose, y estaban un rato con el botijo en alto, como si quisieran beberse todos los pozos y todos los ríos, quién sabe si el mar. Aunque el mar, no, porque el mar sabía como el agua que les mojaba la cara, los hombros y las ingles, ese sudor que ponía de cartón la pana.

Adrián oía hablar del amo, ese amo que él no había visto nunca, que nadie en el pueblo había visto jamás y que era el amo de todas aquellas tierras, de todas aquellas casas, de todos aquellos hombres y de muchas más tierras, de muchas más casas y de muchos más hombres. Ya no vivía el padre cuando el alcalde llamó a todos los mozos al Ayuntamiento y les dijo: "Se han sublevado los fascistas y cuento con vosotros para defender el pueblo". En cuanto oyó la palabra fascistas, Adrián pensó en el amo. Adrián era ya un mozo y estaba seguro de no ir muy descaminado al pensar así.)

"¡Qué calor hacía aquella mañana! El sol, cuando aprieta de firme en mi pueblo, es cuando ya va julio cuesta abajo. Pero uno no sentía calor. Lo que sentía uno era... ¡Leñe, lo que estoy sintiendo en estos momentos! ¡Que no es miedo, leñe! ¡Que es todo lo contrario! Que es..."

Ahora sí que parecía oírse el inconfundible resollar de un tren. El compañero de Adrián había vuelto la cabeza para verle. Adrián miraba fijamente hacia la izquierda, hacia donde se acercaba aquel jadear. Desvió los ojos un segundo para clavarlos en el lugar del carril donde él había enterrado la mina. Era el momento de pegarse a la tierra, de esperar unos minutos que tenían trescientos segundos. . .

"¡Pues sí, es el cachivache ese. Que pase pronto, venga, de prisa!. . ."

El cachivache pasó despacio –a Adrián le pareció que desconfiaba–, llenó de ruido el bosque y se alejó ya más de prisa, cada vez más de prisa.

"¡Ya está ahí el tren!"

Adrián y su compañero se echaron a rodar bosque abajo. Como tantas veces, el fragor de la explosión, las llamas, el estruendo largo de los vagones al derrumbarse, los gritos de los alemanes y las metralletas locas acribillando la oscuridad. Como tantas veces, Adrián diciéndole al compañero:

– Otro que no llega a su destino.

Decenas, cientos de trenes no llegaban a su destino al atravesar el frente sin líneas. Era la geografía guerrillera, la de la mina y la emboscada, la del golpe de mano, la de las guarniciones sorprendidas y aniquiladas. La geografía del patriotismo, tenso, encendido, implacable. Era el brazo, los cientos de miles de brazos de los vengadores del pueblo. Por la región de Kalinin, por los bosques de Bielorrusia y de Ucrania, por los montes del Cáucaso, por las riberas del Báltico y del mar Negro, por Crimea y el Kubán, el ejército inaprehensible, el ejército que ocupaba la tierra ocupada, que no la dejaba someterse, que la tenía –con todos los hijos que la poblaban– en pie de guerra. En ese ejército, los soldados de España, los guerrilleros de España, los vengadores de España: Justo Rodríguez, Miguel Fusimaña, Roque Serna y Manuel Vallejo, Vicente Alcalde y José Estrela, Antonio Prieto y Enrique García Canell, José Cañas y Francisco Gaspar Torres, César de la Hoz y Andrés Milla, Felipe López, Pedro Padilla y Benito Uztarro, Ismael Sin y José Fernández Viesca. Y todos los demás: de los que ya hemos dicho algo, de los que queremos decir más y de los que nunca se dirá bastante.

*

A fines de mayo y comienzos de junio de 1942, en el mapa de las operaciones en el frente sin línea figuraba, entre las im-

portantes, la del triángulo formado por las ciudades de Vítebsk, Pólotsk y Nével. Grandes destacamentos de guerrilleros iban concentrándose en esta zona con la misión de impedir el tránsito de trenes y otros convoyes alemanes. El enemigo se disponía a apoderarse de la ciudad de Biely, la mitad de la cual estaba en poder de las tropas soviéticas. También, claro está, los hitlerianos habían tomado sus precauciones y vigilaban casi cada kilómetro de vía férrea y sus patrullas guardaban las carreteras más importantes. En los bosques no se atrevían a penetrar. Allí cada árbol era un soldado, y cada matorral, una trampa. Estos árboles se movían, se arrastraban, llegaban a las cunetas de las carreteras y a los terraplenes del ferrocarril, y volvían luego a su sitio. No siempre, claro está. A veces –muchas veces–, tenían que desparramarse y convertirse en un valladar de balas que no dejase pasar a los nazis.

Uno de esos grupos era el que mandaba Felipe el "Madrileño". Con él iba Juan Gómez, al que todos llamaban el "Peque".

La lluvia es buena compañera del guerrillero. También lo fue aquella noche de junio de 1942 en que partió, para cumplir un servicio, un grupo de españoles en el que iban cinco soviéticos. La oscuridad absoluta del cielo encapotado, los telones de agua, que no dejaban ver el bosque, y el fangal del terreno, donde aún se sienten menos los pasos, imponían a los alemanes. Todo lo contrario que a los guerrilleros. Los cuerpos de los hombres resbalaban sobre el barro para pasar sin ser vistos al otro lado del camino. Estaba lejos todavía el sitio del ferrocarril Velikie Luki-Usviati en que debían colocar las minas. Cuatro días anduvieron –si puede llamarse andar al continuo acecho, a los altos repentinos– cuando, de pronto, clareó un sendero inesperado y el aire trajo retazos de frases alemanas.

– ¡Y ahora se le ha ocurrido a la luna salir! –dijo malhumorado Felipe–. ¡Con lo que a mí me gustaba la luna cuando paseaba con la chavala por el Parque del Oeste!

– Pues a mí, cuando paseaba con la mía por las eras, lo que más me fastidiaba era la luna –opinó el "Peque".

– A mí me parece que tú ya hacías entonces trabajo de zapa.

Todos se echaron a reír, menos el "Peque", que tenía muchas razones para aborrecer a la luna:

– Pues no vas muy descaminado con lo que has dicho. Alguna buena mina me hubiera hecho falta cuando escapé de Granada y que las noches hubieran sido más oscuras que la de ayer en este bosque.

– Es verdad –dijo Felipe–, que éste ya tuvo que pasar las líneas enemigas en Granada. Porque tú saliste –y miró al "Peque"– cuando ya estaba en poder de los fachas.

El granadino comentó:

– Por lo visto, mi suerte, o mi desgracia, que eso vete tú a saberlo, es andar por entre donde andan los fachas, como dice Felipe.

– A mí esto me emociona –se exaltó el madrileño–. Somos tres, o cuatro, o diez, y nos sentimos más fuertes que todos ellos con sus batallones y sus regimientos. Llevamos una mina que te cabe en el bolsillo, una pastilla que te sobra la mano para ocultarla, y con nada más que eso saltan los trenes y vuelan los camiones.

Claro que no basta con eso. Hace falta, como estaba pensando el "Peque", un corazón –el "Peque" no hubiera dicho corazón– como la copa de un pino.

Felipe hizo una seña con la cabeza y todos echaron cuerpo a tierra. El madrileño no es que viera el carril, es que lo olía, como le gustaba decir de sí mismo. Debió haberlo olido o visto esta vez, porque decidió, dirigiéndose al "Peque":

– Prepárate, que vamos a ir tú y yo. Los otros se quedarán por aquí, por si acaso.

A Juan le gustaba ir a estas faenas con Felipe. No era la primera vez que iban juntos. Y siempre habían salido bien. Se sentía ya el raspar del cuchillo. ¡Qué bien trabaja Felipe!, pensó el "Peque". Tampoco el "Peque" trabajaba mal. Las dos sombras volvieron a deslizarse terraplén abajo. El aire estaba tan quieto que los dos guerrilleros oyeron distintamente el rodar de las piedrecillas al ser arrastradas por sus cuerpos.

– Hay que alejarse un poco más –dijo Felipe al reunirse con los compañeros que estaban esperándoles.

La explosión –la conocida explosión, con su estrépito de hierro y acero– les hizo detenerse. Retumbaron cinco o seis estampidos más.

– Por lo visto, era un tren de municiones –se alegró el "Peque".

– Ahora, a correr –apremió Felipe–. Si era un tren de municiones, iría bien custodiado.

El "Peque" miró al reloj de pulsera. Habrían pasado unas cuatro horas desde que pusieron la mina.

*

Diez días después, el grupo de españoles y soviéticos de Felipe estaba en su base. No era, claro, como no lo eran los demás campamentos guerrilleros en la retaguardia enemiga, una base fija. Podía cambiar, y cambiaba, cuando los alemanes la descubrían o cuando un contragolpe la dejaba atrás, ya demasiado lejos de la zona de operaciones. Por esos días, quince destacamentos, en su mayoría integrados por españoles, sostenían la guerra del carril, de la emboscada, del aniquilamiento por sorpresa de guarniciones enteras, de la liberación de pueblos y del hostigamiento incesante de grandes fuerzas fascistas.

Los españoles, maestros ya en el arte de la voladura, instruían a muchos jóvenes soviéticos. Eusebio tenía a su cargo a 135 jóvenes comunistas, entre los que figuraban algunas muchachas. La primera operación tenía para el instructor español el interés de ver cómo aquellos chicos habían aprendido sus enseñanzas. No era un golpe fácil. Había que atravesar ríos por zonas muy vigiladas. Uno de estos ríos pasaba entre dos puestos enemigos. En este caso no se trataba únicamente del valor, sino también de la astucia. Dos cosas que al joven jefe le sobraban. Dos cosas que hicieron falta para, en la noche, ir cruzando por parejas en una barca de goma, mientras arriba se oían los pasos de los centinelas alemanes.

Para Eusebio eso de mechar de explosivos un puente o una carretera era cosa, si no de todos los días, sí de muchos días de su vida guerrillera. Para aquellos jóvenes, no. Por eso, Eusebio quiso ir con ellos en esta ocasión. Eligió a siete. Los siete le pidieron que les dejara minar.

– No hacen falta tantos –dijo Eusebio–. Cinco de vosotros os vais a quedar aquí, junto a la cuneta. No moverse sin una señal mía. Y vosotros, Borís y Volodia, venid conmigo.

Cuatro de las cinco minas las puso Eusebio. Esperó unos minutos a que terminasen de colocar la quinta Borís y Volodia.

– ¿Vamos a esperar a ver si pasa algún camión por la carretera? –preguntó Borís.

Eusebio comprendía el interés de los chicos por presenciar el momento de la explosión, por ver los resultados de una labor que llevaba la muerte y la destrucción al enemigo. Pero, a veces, el gozar de esa satisfacción había costado víctimas inútiles.

– Ya os enteraréis mañana de si sois buenos minadores o no –dijo Eusebio a los muchachos.

Al día siguiente, el servicio de Información comunicó que

en el trozo de carretera zapado por Eusebio y los dos chicos soviéticos habían volado tres vehículos alemanes. En uno de ellos iba un oficial hitleriano; en otro, un comandante de la Gestapo y un alcalde traidor, y en el tercero, un jefecillo de las SS con su escolta.

Eusebio le dijo a Volodia:

– Para ser la primera vez, no está mal.

No, no estaba nada mal. Casi estuvo mejor el golpe en que aniquilaron a un puesto enemigo de una aldea cercana, con lo que el pueblo quedó liberado. Porque gran parte de aquella vasta zona era tierra soviética libre, incrustada en el mismo corazón de la retaguardia enemiga. Una tierra que había sido ganada paso a paso, golpe a golpe, a ráfagas de metralleta y a bombazo limpio por los hombres de la guerrilla. La guerra ardía allí mismo, rodeando esa tierra, pero en esa tierra la vida era la vida soviética, como había sido hasta el 22 de junio de 1941 y como sería siempre. Los campesinos mantenían el sistema koljosiano, quizá sintiendo con más fuerza que nunca el valer de trabajar juntos, de cuidar colectivamente los campos, de andar por ellos como anduvieron tantos años: libres, amigos, ayudándose unos a otros, dueños de su tierra y de su vida. Contaba el viejo Mitrofán que, cuando vinieron los guerrilleros, el que los mandaba le preguntó: "¿Quién era aquí el presidente del koljós?" El se extrañó mucho. Porque todos sabían que el presidente del koljós estaba con los guerrilleros. Entonces, el jefe aquel le propuso a Mitrofán que él fuese el presidente del koljós. Mitrofán movió la cabeza y le dijo:

– Tú sabes poco de nuestras costumbres. Al presidente lo eligen los koljosianos.

Y lo eligieron. En una reunión en que las mujeres se llevaban el pañuelo a los ojos y los viejos, como Mitrofán, se sonaban ruidosamente la nariz. Eligieron a Pasha, que tenía dos hijos en el frente, mejor dicho, que tenía uno, pues al mayor se lo habían matado ya los alemanes.

Eusebio reflexionaba –como buen castellano, era hombre de pensar despacio y a fondo– que esta identificación de los campesinos con los guerrilleros, que esta colaboración de las poblaciones con los combatientes, tenía más raíces que las del patriotismo, con ser éstas muy hondas y muy grandes. El había leído en los periódicos algo de eso: la unidad del pueblo y el ejército, la unidad del pueblo y del Partido, la fortaleza del régimen socialista, asentado en la unidad política y moral de la

sociedad soviética. Pero ahora lo veía hecho una realidad que no podían describir ni los editoriales ni los discursos. Todo eso era la callada alegría con que las campesinas volvían a sus costumbres, a sus leyes, a su moral comunista. Todo eso era el cariño con que recibían y trataban a sus liberadores. Y Eusebio llegaba a más en estas cavilaciones:

– Sí, ahora que han visto lo que es el fascismo, lo que sería la vuelta al pasado, sienten más amor que nunca a lo que han conquistado y que no se dejarán quitar.

– ¿Sabes? –le decía el "Peque" oyéndole–. Si quieres expresar todo eso más corto, te bastan dos palabras: patriotismo soviético. Y yo no sé si me explicaré bien, pero para sentir este patriotismo no es obligatorio ser soviético. Yo quiero a España como el que más y me parece que por quererla tanto estoy luchando aquí, como el mejor de los patriotas españoles y no el peor de los patriotas soviéticos. Vas a decirme que ésta es la patria de todos los trabajadores. Eso ya lo sé yo. Empecé a comprenderlo en España, donde lucharon y murieron por nuestra patria no pocos patriotas soviéticos. Pero nunca lo sentí tan verdadero como durante mi vida aquí. Nunca lo sentí de una manera tan profunda como cuando empezó la guerra. Ya te digo, yo no sé explicarme. Pero me pareció que era toda mi juventud la que estaba en peligro, que eran todos mis sueños los que podían venirse abajo, que si el fascismo se apoderaba de esta tierra, ya no habría sol para tierra ninguna. . .

Eusebio le decía al "Peque", poniéndole una mano en el hombro:

– Pues yo no diría, "Peque", que no te sabes explicar.

No era raro que un destacamento en el que hubiera españoles se encontrase con otro en el que venían también españoles. Eusebio contó muchas veces la forma en que se encontró con Enrique Canell.

Después de una larga caminata, el grupo de Eusebio había llegado a una aldea en poder de los guerrilleros. La comida caliente y la fatiga hicieron que Eusebio se durmiese con un sueño de plomo, un sueño hecho de muchas noches de vigilia. Estaba soñando –él no decía con qué ni con quién estaba soñando–, cuando sintió un golpe en la cintura o quizá más abajo de la cintura. Todavía sin saber si el porrazo era en sueños o de verdad, Eusebio se despertó de malísimo humor. "¿Quién será la bestia que me ha dado esa patada? Porque ha sido una patada. Pues conmigo esas bromas. . ." Y se incorporó con los ojos

bien abiertos, que al instante cambiaron la expresión de enojo por la de contento.

– ¡Enrique! ¡Tú!

Los dos amigos se abrazaron, palmoteándose las espaldas con tanta fuerza que Eusebio se olvidó del dolor de la patada.

– ¿Cómo has caído por aquí? –preguntó a Canell.

– ¡Qué cosas preguntas! Pues ya puedes figurarte cómo. Y no te cuento mis andanzas porque me figuro que serán muy parecidas a las tuyas.

– Bueno, pero ¿has venido solo?

– No. Vengo con un destacamento del que soy jefe de operaciones. Por lo visto, se trata de hacer aquí alguna buena faena.

– Seguro. Esta noche debo salir yo a minar la vía.

– ¿La de este ferrocarril? No sé, pero me parece que te va a ser difícil. Viesca ha hecho ya varios intentos sin resultado. Los alemanes tienen allí una vigilancia imposible. Mejor será que esperes a que pasen unos días.

– Ya veremos –dijo Eusebio–. Hasta la tarde tenemos tiempo de charlar un rato y de que me presentes a los compañeros.

Por la noche se separaron los dos amigos. El grupo de Eusebio salió hacia el nuevo punto de destino. El camino fue fácil. Tanto, que al amanecer ya estaban allí. Cuando se presentó al jefe, éste le dijo:

– Usted no es ruso, ¿verdad?

– No, soy español.

– ¡Español! –exclamó el jefe con alegría–. Pues aquí hay un compatriota suyo.

– ¿Dónde está?

– Ahora mismo vamos a verle.

Y el jefe echó a andar con Eusebio hacia otra casa del poblado.

– Aquí tiene al español –anunció el jefe.

Eusebio lo reconoció en seguida: era José Viesca. Pero Viesca miraba sin dar muestras de sorpresa a aquel hombre barbudo que le sonreía.

– Pero ¿no me conoces? Claro, con estas barbas y esta ropa... Soy Eusebio, hombre...

– Chico, perdona. ¡Con lo que he oído hablar de ti!

Los dos jefes soviéticos, el del grupo de Eusebio y el del grupo de Viesca, no entendían una palabra de lo que estaban diciéndose los dos amigos. Pero les oían reír, y reír se ríe igual

en todas partes, y sentían ese picorcillo que sienten los hombres a veces –a veces como ésta del encuentro de dos hombres– que les hace carraspear.

– Ejem. . . –hizo el jefe de Viesca–, ustedes se quedan hoy a comer con nosotros. No será un banquete. . .

– ¿Cómo que no? –dijo Viesca–. Haremos todo lo posible porque se parezca.

Cuando a eso de las dos entraron en el comedor –¡todo un comedor!, se asombraba Eusebio–, con manteles limpios, con platos y cucharas de verdad, hasta con camareras, unas chicas lindísimas con sus delantales blancos, Eusebio comprendió que si aquello no era un banquete, en efecto, se le parecía mucho. Claro que cuando se lleva casi un año de vida guerrillera, la idea que se tiene de los banquetes es muy especial.

*

En esa comida se decidió que Eusebio se encargaría de dirigir la voladura de aquel tramo tan importante del ferrocarril. Eusebio debía recibir instrucciones en el Estado Mayor del "Abuelo", un jefe con fama ya legendaria en aquellos contornos. Al "Abuelo" le gustó el muchacho español, despejado y decidido, y accedió en seguida a facilitarle los expertos. Estos "expertos" no sumaban treinta años entre los dos. Uno de ellos vestía el abrigo de las Escuelas de Ferrocarriles y dijo que tenía algunos amigos que trabajaban para los alemanes. Bueno, eso se creían los alemanes: para quienes trabajaban era para los soviéticos.

Los dos chicos acompañaron a Eusebio y a su jefe hasta un sitio cercano a la aldea ocupada. Los "expertos" debían enterarse de las horas a que pasaban los trenes alemanes.

– Os esperaremos aquí, junto a esta torre –y señaló una atalaya que utilizaban los guardabosques para vigilar los incendios–. Si mañana a las once no habéis vuelto, será señal de que no habéis podido. Y si a esa hora venís acompañados de alguien más de lo convenido, os recibiremos a tiros. . .

A la hora señalada, Eusebio vio que por el bosque avanzaban tres personas:

– Nuestros amigos han cumplido su palabra –dijo el jefe–. Ahí vienen los dos con el otro.

El otro contó que hacía guardia por la noche en el ferrocarril. Los alemanes obligaban a algunos muchachos de la aldea a hacer ese servicio.

– Pero yo lo que quiero –decía el muchacho– es irme con los guerrilleros.

– ¿Para qué quieres irte con los guerrilleros? –le preguntó el comandante.

– Para matar alemanes –respondió el chico.

– ¿Y no crees tú, muchacho, que es mucho mejor que sigas ayudando a los guerrilleros a volar trenes? Porque así también se matan alemanes. . .

– Será como usted dice, pero eso de andar por el bosque a tiros es más bonito. A mí me da rabia que crean que estoy al servicio de los alemanes.

– Mira, pequeño, lo nuestro, como tú dices, será más bonito –le dijo pensativo el jefe–; pero lo que tú haces, lo que hacen otros muchachos como tú, lo que hacen nuestros komsomoles, nuestras muchachas, trabajando en la retaguardia enemiga, fingiendo servir a los alemanes, es mucho más heroico. ¿Sabes lo que sois vosotros? Nuestros ojos y nuestros oídos. Y sin ojos y sin oídos, malamente se puede combatir.

El muchacho contó que cada once minutos pasaban dos trenes, uno para el frente y otro para la retaguardia. Acordaron provocar la voladura la noche en que el muchacho estuviese de guardia en el ferrocarril.

Ocho guerrilleros fueron elegidos para la operación. Sigilosamente, los dos que iban de descubierta se pusieron en contacto con el vigilante amigo. Eusebio tenía aún sus dudas. ¿No sería todo esto una encerrona? Las cosas estaban saliendo demasiado bien. Desde las matas en que se ocultaba, Eusebio vio cómo colocaban las cargas sus compañeros y se retiraban. En esto apareció una patrulla alemana. Todos echaron mano a la metralleta. La patrulla habló un momento con el vigilante y se alejó. Ya estaba amaneciendo y había que marcharse de allí. Pero cerca de la vía se divisaba una garita y, sentado a la puerta, un alemán. A un centinela se le liquida sin dificultades, mas el ruido del disparo alertaría a toda la guardia alemana y ellos, los guerrilleros, eran sólo ocho. No había más solución que el cuchillo. Primero, uno de los chicos del destacamento del "Abuelo" se arrastró hasta casi la misma caseta. Rápido como una lagartija, volvió al matorral y comunicó a Eusebio:

– El fritz está durmiendo.

– ¿Y cómo lo sabes? –preguntó Eusebio.

– Toma, porque ronca.

– Pues esta es la ocasión –decidió Eusebio–. Vosotros cuatro, a minar. Y yo me encargo de que el fritz no despierte.
Uno de los del "Abuelo" propuso a Eusebio:
– Eso déjemelo usted a mí. Los chicos no tienen mucha experiencia en poner minas. En cambio, usted...
Eusebio comprendió que el muchacho tenía razón y le encargó de liquidar al alemán únicamente si éste despertaba. El caso era evitar el menor ruido posible.
A toda prisa fueron puestas cuatro minas, tres de ellas por el instructor.
Ya era completamente de día. Las siete de la mañana, comprobó Eusebio en el reloj. A las siete y diez, todo el campo era un fragor de explosiones tan grandes que los guerrilleros de la base creyeron que se trataba de un bombardeo de artillería del enemigo.
El chico que fingía servir a los alemanes, en un contacto con la gente de Eusebio, dijo después:
– Los fritzes están rabiosos. El tren que volasteis ayer iba cargado de bombas de aviación. Por lo visto, no ha quedado sano ni uno de los dieciséis vagones. A muchos de los alemanes que iban en el tren han tenido que recogerlos con espuertas.
"Por ahí –pensaba Eusebio– tardarán unos días en poder pasar trenes. Ahora habrá que ir a impedir que pasen por otro sitio".

*

Para el cumplimiento de la siguiente misión, Eusebio tuvo que pasar por la aldea de Sávino. Allí se encontraba el destacamento de Felipe, y Eusebio iba ilusionado con que volvería a ver a Juan Gómez. Se había encariñado con el "Peque", tan alegre unas veces y tan serio otras, tan buen compañero siempre. Cuando preguntó por él, Felipe le dijo:
– Debería haber vuelto ya de un servicio para el que salió con otros compañeros.
– En estas cosas se sabe cuándo se sale, pero no cuándo se vuelve.
– Y si se vuelve –meditó en voz alta Felipe, visiblemente preocupado.
Conversaron un rato los dos amigos, evocando cosas de España. Pero la conversación no cuajaba.
– Sí que tarda el "Peque" –dijo, como para sí, Eusebio.
– Sí, no me explico por qué tarda tanto.

El presentimiento es un gusanillo que empieza a deslizarse por la piel, que roe lentamente, testarudamente, hasta que hace un agujero en el corazón. Ese bicho malo estaba royendo, gangrenando, el alma de los dos amigos.

Eusebio se puso en pie:

– Bueno, yo tengo que marcharme. Cuando vuelva el "Peque" dile que pregunté por él.

– A lo mejor te lo encuentras por el camino.

El bosque se pintaba de sombras, que es como les gusta a los guerrilleros que se pinte el bosque, y Eusebio caminaba sin poderse quitar de la cabeza el recuerdo del "Peque". Su vista de lince y su oído de pájaro le avisaron en seguida. Unos hombres venían por el bosque en dirección a él. Eusebio se apostó. Conforme se acercaban vio que eran guerrilleros.

– Esa pinta es inconfundible –pensó–. Hasta me parece que ésos son el chaquetón y el pantalón de montar que llevaba el "Peque".

Cuando los hombres estuvieron muy cerca, Eusebio gritó en ruso:

– ¡Alto!

Los hombres –eran cuatro– apuntaron con la metralleta en dirección a la voz, dispuestos a disparar. Pero ni ellos dispararon ni Eusebio tampoco.

– A vosotros dos os conozco yo –dijo Eusebio, bajando la metralleta.

– Y nosotros a ti, también. Tú eres español –respondió uno de los cuatro.

Eusebio miraba el chaquetón y el pantalón de montar del "Peque", pero el que los llevaba no era el muchacho granadino.

– Esa ropa no es tuya. ¿Dónde está el "Peque"?

Los cuatro guerrilleros bajaron la cabeza. Y el que llevaba la ropa del "Peque" le contó cómo había muerto Juan Gómez.

Fue al colocar unas minas. Juan tenía prisa. Le parecía que los compañeros tardaban demasiado en abrir el hoyo. Mientras una pareja colocaba una carga, él ponía tres. Se acercó a ayudar a dos camaradas. Les llamó la atención porque golpeaban con las manos la tierra al cubrir la mina.

– Hay que tener cuidado –les dijo el "Peque"–. Puede ocurrir una desgracia.

La desgracia ocurrió. Instantáneamente. La explosión dejó muertos a los tres.

– Yo no sé cómo me libré –contaba Lobachov, el guerrillero que llevaba la ropa del "Peque"–. Me tiré en seguida para recogerles los documentos y que no cayeran en poder de los alemanes. Porque el ruido de la explosión les había puesto sobre aviso y empezaron a tirar bengalas. Con el campo iluminado, no tardarían en atacar. Pero otro compañero y yo pensamos que quizá nos daría tiempo a retirar los cadáveres. Y así lo hicimos. Logramos llevárnoslos hasta unos matorrales para enterrarlos. A eso no nos dio tiempo. Los fascistas se echaban ya encima, siguiendo precisamente el rastro de la sangre. No había más remedio que escapar.

Eusebio no podía apartar la mirada del chaquetón del "Peque".

– Bueno, pero ¿ese chaquetón? ¿Y esos pantalones?

Lobachov volvió a bajar la cabeza:

– Tú sabes, camarada, lo dura que es esta vida. Yo iba vestido con harapos, casi desnudo. Que la ropa de un compañero no pudiera aprovecharla nadie... Comprende, camarada... Seguro que Juan estaría contento de ver que la llevo yo puesta.

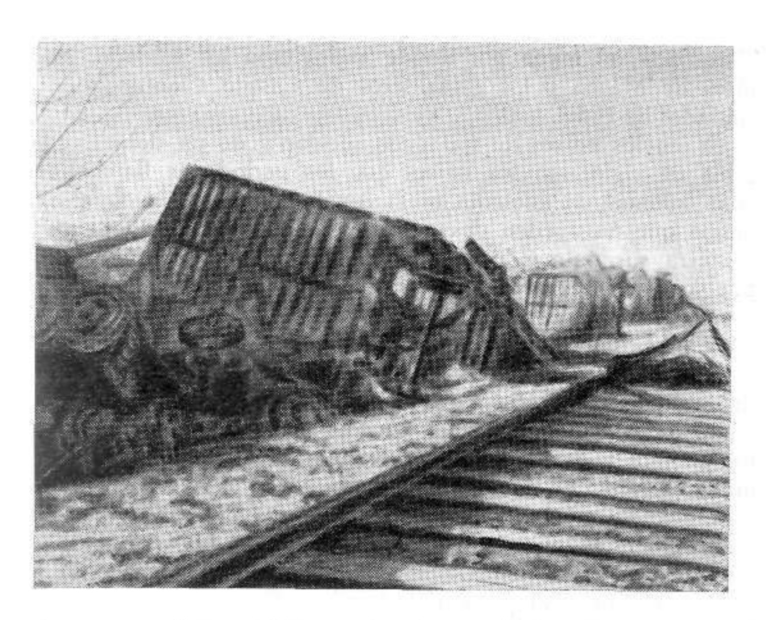
Eusebio abrazó a Lobachov y dijo una sola palabra:

– Seguro.

*

Aún permaneció seis días en el koljós el destacamento en que combatía Eusebio. Luego fue preciso abandonarlo. Los alemanes lanzaron enormes fuerzas contra él. Era inútil presentar combate. Lo que hacía falta, y lo que se hizo, era evacuar los víveres, los enseres, todo lo que se pudiera, y a la población civil. Guerrilleros y koljosianos se alejaron por el bosque. A la mañana siguiente, el grupo de Eusebio llegó al campamento donde se encontraba Viesca. Tuvieron después varios choques con el enemigo. En uno de ellos consiguieron rechazarle y conservar una aldea en que se habían hecho fuertes los guerrilleros. Volvieron los fascistas a repetir el ataque. Acudió en ayuda el destacamento de Viesca. Los fascistas tampoco pasaron aquella vez.

Al poco tiempo le comunicaron a Eusebio que tenía que salir para Moscú. En Buíkovo, un pueblecito aledaño de la capital soviética, se encontró con otros muchos españoles, que se preparaban para marchar a la retaguardia enemiga o que, como Eusebio, habían vuelto de ella para recibir una nueva misión.



La prensa soviética publicó esta foto de uno de los primeros trenes descarrilados por los guerrilleros españoles

EL "LEON ROJO"

La geografía –la difícil, la intrincada, la misteriosa geografía de la lucha guerrillera– ha variado y variará mucho, según los países.

En España era el monte, el monte retorcido de breña y de maleza, duro de risco, quebrado de hondonadas, y cuando los hombres iban a disputarle al invasor el suelo patrio, se decía de ellos que se habían echado al monte. El monte podía ser, y fue, escuela y campamento de un Empecinado o de un García Ponte.

En Francia fue el maquí, verde pulmón de la foresta, bueno para la trampa y el asalto. En el maquí se hizo un general como Luis Fernández o un coronel como Cristino García, los dos españoles y los dos –y no solamente los dos–, caballeros de la Legión de Honor.

En Cuba fue la manigua, la sierra escarpada, con cierta reminiscencia de jungla –el Escambray, la Sierra Maestra, el Pico

Turquino–, el mapa por donde anduvieron los soldados mambises de Maceo y los guerrilleros de Camilo Cienfuegos y los soldados de Fidel.

Y en los países de un sueño secular y de un despertar con rabia de siglos, en los países que los periodistas llaman antiguas colonias, la guerrilla es la jungla, fabulosa, legendaria, la jungla que no pueden desventrar los aviones yanquis, que abre y cierra sus palmas para guardar los pueblos guerrilleros, los pueblos nacientes a la luz en Asia y Africa.

Rusia fue siempre el bosque, el bosque que es, quizá, el alma de la naturaleza rusa y quién sabe si del pueblo ruso. Por el bosque pasan muchos caminos de la historia, de la poesía y de la libertad de Rusia. El abedul, el señor del bosque ruso, guardó el sueño de la bella durmiente, presenció los juegos de los gnomos y ocultó las cuevas de las hechiceras. El abedul se mira, a veces, en los lagos por donde bogaron los cisnes encantados. En muchas ocasiones los abedules no dejan ver el bosque. Pero el bosque deja ver siempre los abedules blancos, disfrazados de luna, malos centinelas de la noche cuando la noche es el único amparo del hombre. Entre ellos anduvieron los mujiks de las viejas guerrillas contra los vencedores de Austerlitz. Fue cuando el bosque ruso se alzó como hermano del monte español contra el invasor corso.

El corazón vegetal de la tierra rusa se crispó de un odio sagrado cuando lo estremeció el huracán de la nueva artillería invasora, el huracán de la barbarie más bárbara, el acoso bestial del enemigo más bestial. Porque era, además, un bosque que daba sombra a la tierra libre de Rusia, a la tierra soviética, la tierra de los campesinos con tierra, con pan y con escuelas. Bosques de Rusia, bosques de Ucrania, bosques de Bielorrusia, cuartel de la guerrilla en la Guerra Patria, palenque de los caballeros de zamarra y fusil, fragua de héroes y tumba del invasor. Verde sombra de laurel los abedules, los abetos, los pinos y los olmos. Y del bosque ruso, la historia y la leyenda han querido que los bosques de Briansk sean de los primeros en la época guerrillera de la segunda guerra mundial.

Por ellos anduvieron hombres de la Sierra de Guadarrama, de la meseta alcarriense, de la Muela de Teruel, de las orillas del Ebro. Uno de esos hombres era Leonardo García Cámara, que cuando cayó en los bosques de Briansk tenía ya a las espaldas varios trenes descarrilados y no pocos puentes hechos astillas. Sin contar los combates, muchos bomba contra tanque,

y siempre, como se dice en los partes, contra fuerzas superiores del enemigo. El caso era que cuando Leonardo apareció en los bosques de Briansk tenía ya el título de teniente de la Guardia. Ese era el grado oficial. El otro, el que le daban sus compañeros, el que había llegado a oídos de los alemanes, era menos solemne pero más temible. Le llamaban el "León Rojo", un león que había hecho del bosque selva de sus hazañas. Aunque, en realidad, en la vida corriente, en su vida de maestro y padre de familia, este león no tenía de tal más que el nombre. Entonces, los compañeros, los amigos le llamaban más pacíficamente el "Maño".

Lo que pasa es que al "Maño" le sacaron de su casa y de sus casillas dos veces. Una en 1936 y la otra en 1941. Cuando operaba en los bosques de Briansk, muchas veces pensaba en aquellos días de Guadalajara, la Guadalajara que –como decía Leonardo –le quitó de un sopapo los humos a Mussolini. Y se acordaba de aquellos "bañistas macarronis"...

(–¿No hay nadie en esta casa?

El muchacho ojeó rápidamente la habitación, sin explicarse cómo habría quedado intacta con el follón de tiros que allí se había armado. Claro que en la guerra ocurren siempre cosas inexplicables. Como la de que él estuviese sano y salvo y únicamente con una sed espantosa, que es lo que le había hecho entrar en aquella casucha.

– Pase, pase –se oyó decir a una mujer, que miraba al intruso con gesto inequívocamente de contento–. Siéntese, estará usted cansado.

Leonardo –que éste era, como se dice en los folletines, el nombre del muchacho–, además de sed, tenía un cansancio que había multiplicado por arrobas el peso de sus botas militares.

– ¿Puede darme un poco de agua, buena mujer?

– ¿Y no será mejor un jarro de vino? –propuso la campesina, al tiempo que con los ojos le señalaba a una enorme tinaja con su tapa de madera.

Algo vio Leonardo en la mirada de la mujer que le hizo ponerse en pie de un salto, amartillar la pistola y quitar la tapa de un manotazo. No le dio tiempo de asomarse a ver lo que había dentro de la tinaja, porque de ella empezaron a salir unos brazos como cirios.

– ¡Ridiós, qué vino más raro! –exclamó Leonardo, agarrando una de aquellas espátulas.

– ¡Salir de ahí! –gritó Leonardo.
Pero los entinajados no podían salir. La mujer y Leonardo les ayudaron a emerger.
– ¡Ja, ja, ja! –se reía Leonardo, al ver ante sí a dos oficiales italianos, que le miraban dando diente con diente no se sabe si por efecto del miedo o del remojón, porque la tinaja estaba medio llena de agua.
Leonardo los sacó encañonados de la casa y los llevó, vivitos y chorreando, al puesto de mando.
– Aquí le traigo un par de gallinas, mi general –dijo Leonardo.
– Pero éstas son gallinas mojadas –se rió el general–. Las pondremos a secar y luego las interrogaremos.
– No será difícil, mi general. Estas gallinas a lo Mussolini desembuchan en menos que canta un gallo.
Ese mismo día, uno de los inolvidables días de la victoria republicana de Guadalajara, Leonardo y sus hombres tomaron un pueblo. Había que seguir adelante, pero el batallón que mandaba Leonardo recibió orden de esperar refuerzos. Los tanques llegaron al anochecer. Por la torreta del que iba en cabeza asomaba el pelo rubio de uno de los tanquistas. En seguida saltó a tierra y Leonardo se acercó a él. Se estrecharon la mano y caminaron juntos unos pasos. El ruso decía algo en español que el español, evidentemente, no entendía. En cambio, el español decía algo en ruso que el ruso empezó a sospechar si le estaría hablando en griego. Mejor parecieron entenderse cuando Leonardo sacó un mapa del portaplanos y lo desplegó ante el tanquista. Luego se subieron a unas piedras y desde allí midieron el campo con los prismáticas. Nuevo apretón de manos y la alborotada cabeza rubia desapareció en el escotillón del tanque. . .
Dos horas después volvió el tanquista y se dirigió al puesto de mando, donde le esperaba el comandante del batallón con otros oficiales.
– Yo no tener vodka –dijo Leonardo, pensando que, por hablar en infinitivo, el tanquista le comprendería mejor.
– Sí, sí –aprobó el joven soviético.
A Leonardo le pareció que no había comprendido, pero estaba seguro de que en cuanto probara jerez con veteranía de veinte años, del que tenían un par de botellas, el compañero soviético empezaría a hablar con acento andaluz.
Leonardo sirvió sendas copitas a los reunidos. Tintinearon

las pequeñas copas al chocar y todos, menos el ruso, que se la largó de un trago, las bebieron despaciosamente.

Leonardo miraba al tanquista, esperando que éste le diera su opinión sobre el exquisito caldo jerezano.

– *Malo* –dijo el tanquista, moviendo la cabeza.

– ¿Malo? –se extrañó Leonardo, poniendo muy en duda el paladar del ruso.

Y fue él mismo por la otra botella, una botella con su ilustre capuchón de paja y olorosa a humedad de cava profunda.

– A ver qué le parece éste –dijo Leonardo, escanciando de nuevo.

Otro latigazo del tanquista y nuevo movimiento de cabeza:

– *Malo.*

– ¡Qué tío! Pero ¿qué beberán en su país? Si éste es el mejor vino del mundo.

Leonardo se esforzaba por explicarle todo esto con las manos, al tiempo que repetía:

– ¡Vino bueno!

– Sí, sí, vino bueno, vino *malo* –sonreía el tanquista, señalando la copita vacía.

– ¿Cómo si es vino bueno es vino *malo*? ¿No nos estará tomando el pelo? –se empezaba a enfadar Leonardo.

El tanquista, dándose cuenta de que allí pasaba algo que no estaba claro, señaló los vasos del agua y dijo:

– Vino *malo*, vino poner aquí.

Leonardo entendió que al ruso el jerez le parecía agua. Y ya iba a decirle, a intentar decirle, algo gordo, cuando uno de los oficiales que estaba llorando de risa, sirvió el jerez en los vasos.

El tanquista, chispeándole los ojos, lo bebió a lentos tragos y exclamó:

– *Joroshó*!

Eso ya sabía Leonardo que quería decir que estaba bueno y se tranquilizó un poco.

– ¿Por qué ahora *joroshó* y antes *malo*?

Ahora el que se reía como un niño era el tanquista. Sacó de un bolso del mono un diminuto diccionario y todo se puso en claro: *Malo* en ruso significa "poco". Al joven soviético le había parecido que un vino tan estupendo no debía beberse en dosis poco mayores que la de una copa de coñac.

Todos reían a carcajadas, se palmoteaban la espalda y convinieron en que la teoría de que el jerez debe beberse en vasos

de agua no era ninguna tontería. Repitieron los brindis con tanta frecuencia y en tal cantidad que, media hora después, el tanquista estaba cantando *Ojos negros*, acompañándose con una guitarra que nadie sabe cómo apareció allí).

Muchas veces había recordado Leonardo todo eso. Pero nunca con tanta fuerza, con tanta emoción como estos días en que él andaba por la tierra patria del tanquista ruso.

Una cadena de golpes maestros iba extendiendo la fama del "León Rojo" y de sus hombres. Se hablaba de aquel asalto a un campamento enemigo en el que toda la guarnición fue aniquilada. Sucedió así. Mientras un grupo colocaba las cargas portadoras de la gran energía explosiva, otros cubrían la retirada. Ya antes, el fusil silencioso del "Maño" había reducido a un silencio más absoluto todavía a los dos centinelas alemanes. En menos de cinco minutos fueron colocadas las cargas. La explosión fue la señal para el asalto. Los hitlerianos no tuvieron tiempo más que para disparar desordenadamente sus automáticos. Las bombas de mano y las ráfagas de las metralletas los cazaban como a conejos. Mientras, seguían detonando las minas y saltando en un fracaso de piedra y hierro el puente objetivo de la voladura. Era el puente que durante largo tiempo se había estado intentando volar, porque con ello se interrumpiría el tránsito de convoyes alemanes en una importante dirección.

Los periódicos de Moscú publicaron más de una vez crónicas de las hazañas del "León Rojo" y entrevistas de los corresponsales de guerra con él.

– ¿Usted combatió en España? –le preguntaban.

– Bueno, sí, ¿qué iba a hacer?

Y les contaba cómo se escapó de Zaragoza, donde era maestro nacional, en julio de 1936. Luego fue comisario de un batallón de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza. Era una biografía de combate parecida a la de tantos españoles de su temple y de sus ideas, que no merecía la pena detallar. Cuando Leonardo se animaba más era al referir su vida en la Unión Soviética. No llegaba a dos años ese tiempo, un tiempo que marcaría un hondo surco en su juventud.

– Teníamos nuestra escuela en la ciudad de Leninsk, cerca de Stalingrado –contaba Leonardo a los periodistas–. Mis alumnos eran hijos de mineros, de fundidores, de artesanos. Era curioso que en la Unión Soviética empezasen ellos a conocer la historia de su patria, la geografía de España, los nombres de sus

grandes escritores. Y es que la mayoría jamás había ido a la escuela. Ya ven ustedes, el fascismo se empeñó en que los hijos de los trabajadores españoles no pudieran estudiar.

Los corresponsales hinchaban todo esto un poco y destacaban las hazañas del "invencible guerrillero español", del "héroe de Guadalajara", del "amigo de combate del general Lukacs".

Una de las cosas que se contaba del "Maño" era su invención de una mina, a la que se dio el nombre de "Universal" porque lo mismo se cargaba una sección de infantería que hacía saltar un tren o volar un puente.

Precisamente el día en que probó esta mina, tuvo Leonardo otra gran alegría. Estaba el "León Rojo" tumbado en su chabola, adormilado, viendo entre sueños trenes por los aires y ringleras de minas capaces de hacer saltar al mismísimo Hitler, cuando oyó una voz:

Vive. Está junto a Huesca.
Duermen rendidos los soldados.
Sobre ellos los laureles de Aragón
Agitan sus verdes hojas.

"¿Dónde has oído esa voz, Leonardo? ¿De qué honda raíz, de que célula oscura salen esos versos que tú escuchaste hace ya mucho tiempo o quizá poco tiempo? No, no está junto a Huesca el general Lukacs. Tú sabes que el general Lukacs, el poeta de la tierra magyar, murió en el Frente de Aragón. Aragón, tu tierra, Leonardo. España, tu patria. En ella duerme el poeta y el soldado al que tú y la historia llamáis el general Lukacs".

Vive. Está junto a Huesca. . .

Leonardo se puso en pie de un salto y se quedó mirando a un hombre de estatura media, ancho de espaldas, los ojos vivos y la barba corta, un tanto rubia.

– Sí, claro que sí. Eres tú, Serguéi. . .

– Ven aquí, "Diablo Rojo", tú si que no has cambiado. Estás igual que en los tiempos del general Lukacs.

– A ti te desfigura un poco la barba. Pero ya ves que te reconocí en seguida. ¿Quieres una copa de jerez? –y Leonardo le miró risueño.

Serguéi se echó a reír, y destapando la cantimplora, le ofreció:

– Toma, echa un trago de vodka.

– ¿Un trago? *Malo.*

Los dos compañeros volvieron a reír tan estrepitosamente que cuando entró el ayudante de Serguéi y vio la cantimplora creyó que se la habían bebido toda.

– ¡Qué casualidades ocurren en la guerra! –decía Leonardo.

– No tanta casualidad. Yo había oído hablar de ti y leí en un periódico una crónica en la que se contaba lo del jerez. Te aseguro que no desconfiaba de que íbamos a encontrarnos como la otra vez. Y no sé si habrás leído esto.

Serguéi sacó de la cartera un periódico muy doblado.

– Mira. Lee ahí.

Leonardo leyó: "Decreto del Presídium del Soviet Supremo de la URSS. Por la intrepidez y el heroísmo demostrados en la lucha guerrillera contra los ocupantes fascistas alemanes, condecorar con la Orden de la Bandera Roja a Leonardo García Cámara".

El "Maño" no le dijo a Serguéi que esta Orden de la Bandera Roja era la segunda que el Gobierno soviético le había otorgado.

*

En la primavera de 1943 se observó un intenso movimiento de material y fuerzas fascistas hacia Oriol. Los guerrilleros recibieron instrucciones de obstaculizar aquel intenso tráfico de convoyes enemigos. No hay que decir que fueron para Leonardo y sus hombres días de continuas acciones. De todos esos días, hay uno, el 29 de mayo, que ya no se pareció a ninguno. Aquel amanecer empezó con el cielo enrojecido por la hoguera de un tren volado. Uno de los muchos trenes fascistas que no llegó a Oriol, que fue despanzurrado en el camino por los guerrilleros del "León Rojo". Al "Maño" le pareció de buen augurio comenzar el día con un convoy más, o menos, a la cuenta, según el que la lleve. Horas después organizó una emboscada en una de las principales carreteras que cruzaban hacia el Este.

Aparecieron los camiones. Como siempre, los hombres de Leonardo esperaban la señal del jefe. A Leonardo le gustaba tirar sobre seguro. Tenían su corazón y su pulso el sosiego de muchos combates. Cuando el primer camión pasaba frente a las invisibles metralletas, se oyó la voz del "Maño":

– ¡Fuego!

El golpe resultó como Leonardo había calculado. Lo que ya no había podido calcular era que en ayuda de los alemanes acu-

diese con tanta rapidez y en gran número un segundo convoy de tropas enemigas. No había más solución que organizar la retirada, y Leonardo decidió efectuarla en semicírculo. Si se lograba pasar el río que los guerrilleros tenían a su espalda, ya sería difícil que los alemanes les persiguiesen por el bosque.

El fuego guerrillero consiguió entretener a los alemanes y proteger el paso del primer grupo de hombres del "Maño". Desde la otra orilla, los guerrilleros hostilizaban a los fascistas. Había que cubrir la retirada del jefe. El "León Rojo" no quiso intentar el paso del río hasta que el último de sus hombres no estuviese a salvo.

Desde la ribera, los guerrilleros vieron cómo Leonardo luchaba contra la corriente. Hervía el agua, picoteada por las balas fascistas, en torno a Leonardo. La cabeza del "Maño" aparecía y desaparecía en la superficie. Todos aquellos hombres tiraban de él con su corazón. Contaban los metros, los centímetros que quedaban hasta la orilla. A veces tardaba en emerger la cabeza del jefe. Pero en seguida se la volvía a ver y se notaba el movimiento del agua, braceada enérgicamente. Hasta que pasaron unos segundos, quizá un minuto, quizá dos, porque el tiempo nunca tardó tanto en pasar.

Las balas seguían agujereando el agua. La cabeza de Leonardo no volvió a aparecer.

La noticia de la muerte del "León Rojo" estremeció los bosques de Briansk, corrió por los campamentos guerrilleros, saltó a la primera página de los periódicos del frente, entró en los hogares campesinos de la tierra soviética ocupada y golpeó como una piedra el pecho de miles y miles de hombres duros, a los que nada parecía que pudiera ya conmover.

En las reuniones de los komsomoles, de los comunistas, el delegado político decía de Leonardo:

– Su nombre figura entre los de los héroes caídos frente al fascismo. Su vida debe ser para todos un ejemplo de combatiente revolucionario, de comunista. Su muerte nos llama a la venganza. ¡Juremos luchar como él luchó y no temamos dar la vida como él la dio por la victoria sobre el fascismo, por la victoria de nuestro pueblo y de todos los pueblos!

Un día, la viuda de Leonardo García Cámara recibió una carta en la que se decía:

"Nunca olvidaremos a nuestro querido y audaz camarada. La sangre española de Leonardo derramada en nuestra tierra rusa nos recordará siempre que el pueblo español necesita con-

Cuando ella llegaba al campamento, era como si entrase un golpe de espuma, un rayo de sol, una ráfaga de viento con toda la fragancia del campo. Los guerrilleros empezaban a llamarla:

– ¡Liuba!, ¿ya estás de vuelta?

– ¡Liuba!, ¿qué novedades traes?

– ¡Liuba!, ¿no te han piropeado los fritzes?

Liuba unas veces se reía y otras se enfadaba. Estos españoles siempre están de broma. Hasta cuando van o vuelven de volar un tren, se ponen a hacer chistes. Ahora, eso sí, son buenos chicos. Y valientes. Y serios. Una vez, ella oyó en la tienda del teniente que éste decía en ruso:

– Liuba es nuestra hermana, ¿comprendes? Y como yo me entere de que alguien. . .

Liuba no quiso escuchar más. Sintió calor en la cara y, al mismo tiempo, se repetía esa palabra que había dicho el teniente español: hermana. ¿Y es que no eran hermanos Juan Otero, Manuel Herrera, De la Torre, Antonio el "Minero", Juan Royo, y todos ellos, los españoles y los soviéticos, como Sasha, como Vitia, como Iván el "Zorro"?

La joven guerrillera no sólo cuidaba de los heridos y enfermos, sino que era un magnífico agente de Información. Con su traje campesino, el aire más inocente del mundo en la mirada y el gesto más bobo en la cara, penetraba en las aldeas ocupadas por los alemanes. Oía las lamentaciones de las campesinas y contaba uno por uno los hitlerianos que había en el pueblo. Ella no tenía papeles. Su padre había escapado de Rusia en 1922 por temor a los bolcheviques cuando ella tenía unos meses. Pero la verdad es que los alemanes se preocupaban muy pocas veces de esa muchacha de aire desmañado, igual a tantas campesinas rusas a cuya hosquedad ya estaban acostumbrados.

Los informes de Liuba permitían al destacamento dar golpes como aquel de la aldea de Chernovka, cuando un grupo de guerrilleros penetró en ella sin disparar un tiro. Puertas amigas se abrieron silenciosamente para ellos, y en el interior de las casas manos también amigas preparaban el tocino, el pan, misteriosa e inencontrablemente escondidos por las koljosianas. De la Torre y sus compañeros comieron con hambre de muchos días y en previsión de otros muchos en que, como decía Juan Royo, "la gazuza es peor que los ese ese". Aún hubo tiempo de despa-

char para el bosque algunas provisiones. Pero los hombres estaban cansados, la digestión del hartazgo tiraba con tanta pesadez de los párpados y eran tan tentadores aquellos camastros entrevistos por las cortinas, que decidieron pasar allí la noche.

De la Torre creyó, por lo visto, que la oscuridad de la noche metida en lluvia bastaría para velar su sueño. No fue así. Al amanecer empezaron a oírse lejanos ladridos de perro. De la Torre se incorporó en el acto y avisó a sus compañeros:

– ¡De prisa, los alemanes!

Saltaron por la ventana cuando ya la calle estaba cruzada de balazos. De otras dos casas, y de la misma forma, salieron los demás guerrilleros que habían dormido en ellas. Ya no eran sólo las ráfagas de las metralletas. Eran las explosiones de los morterazos con que el enemigo intentaba cerrar a los guerrilleros el paso hacia el bosque. Hubo que aceptar combate con uno de los grupos de descubierta fascista. De la Torre dirigió la defensa, desesperada, tenaz, de esas que los corresponsales de guerra dicen "hasta el último cartucho". Liuba iba y venía, retirando a los heridos, vendándoles allí mismo. Más y más alemanes bajaban por las calles de la aldea. Pensaban, sin duda, que los guerrilleros habían tomado el pueblo por la noche. De la Torre dio orden de contraatacar, calculando que sólo la máxima audacia podría salvarles. No hizo más que el movimiento de lanzarse adelante cuando se le vio caer con la cara llena de sangre. Un casco de metralla le había agujereado la cabeza. Juan Royo lo cogió en sus brazos y Liuba le limpiaba la sangre de la cara, ponía vendas y pañuelos en aquel agujero por el que se escapaba la vida y entraba la muerte.

Royo recogió la documentación de su camarada y gritó:

– ¡A ellos!

"Ellos" aún pudieron hacer carne en tres guerrilleros y herir a Ruiz el "Piloto". Pero los demás no cejaron. Aguantaron cuerpo a tierra a que el alocado tiroteo enemigo se aplacase. Y entonces, cuando los alemanes creyeron que habían liquidado a los guerrilleros, éstos, los pocos que quedaban, se alzaron y a golpe de metralleta y de bombas de mano hicieron retirarse a los fascistas al interior del pueblo. En ese momento, Juan Royo y sus compañeros corrieron hacia el bosque próximo, llevándose a los heridos. Cuatro días tardaron en llegar al campamento.

Claro, a los muertos, y menos a los muertos como héroes, no se les piden cuentas. Juan Otero debía pensar esto cuando decía a Royo:

– Es doloroso que nuestra gente caiga, pero lo es mucho más cuando cae por imprevisión y por no cumplir los mínimos requisitos de la lucha. ¿¡A quién se le ocurre echarse a dormir en una aldea donde hay alemanes y ni siquiera montar la guardia necesaria!? ¡No sé qué habría que hacer con vosotros! Aunque me parece que la muerte de De la Torre y de otros compañeros tan valientes como él y tan queridos de todos nosotros os servirá de aviso y de castigo.

*

No todos los golpes, ni mucho menos, fueron tan desgraciados como éste. Algunos se contaban entre carcajadas por los destacamentos guerrilleros, como aquel en que un grupo, informado por Liuba, penetró en un pueblo y sorprendió comiendo a la Plana Mayor de la guarnición alemana.

– ¡Manos arriba!

Unos tenedores se inmovilizaron, un hueso de pollo se quedó en mitad del gaznate sin poder pasar, un jarro se rompió con estrépito contra un plato.

– ¡Se acabó el banquete! –dijo Manuel.

– ¡Nosotros sí que os vamos a meter comida! –amenazó Juan, empujando con la metralleta a uno de los alemanes, que farfullaba algo en su idioma. Y mientras unos guerrilleros se llevaban a los hitlerianos sorprendidos, otros arramblaban con los víveres que había allí.

Pero cuando se hablaba de víveres, Carbonilla recordaba siempre una operación que realizaron en el verano de 1942.

– Acabábamos de cruzar el frente cuando se nos acercó una moza koljosiana, que entre llantos y gritos empezó a contarnos que los alemanes habían quemado la aldea y se habían llevado todo lo que tenían los campesinos. Nosotros decidimos dar el golpe. Por lo que contaba la muchacha, se trataba de un destacamento de castigo no muy grande. Nos pareció que éramos bastantes para hacerles caer en el cepo.

El grupo de españoles y de rusos aprovechó dos circunstancias. Una, que la salida de la aldea era por un puente. Y otra, consecuencia de ésta, que los alemanes no habían tenido la precaución de poner vigilancia en él.

Cuando los carros rebosantes de barriles, jamones, gallinas y sacos atravesaban el puente, un fuego cruzado cayó sobre ellos. La sorpresa fue total. Los hitlerianos que custodiaban el convoy no tuvieron tiempo ni de echar cuerpo a tierra porque a la tie-

rra los cosieron las balas guerrilleras. Algunos que habían escapado de la quema, levantaban los brazos y, quizá adelantándose a lo que meses más tarde empezaría a ser la dudosa consigna de los conquistadores de Europa, decían: ¡Hitler *kaput*!

– ¡A ti te voy a dar yo *kaput*! –gritaba Carbonilla, empujando con el cañón de la metralleta a un alemán larguirucho y rubianco.

– Bueno, vamos a ver qué es lo que habían robado estos granujas –dijo Juan Otero, el jefe español del grupo.

Estaban haciendo el recuento de los víveres cuando vieron llegar a todo correr a varias mujeres. Eran las koljosianas saqueadas. Las campesinas se echaron en brazos de los guerrilleros. Una vieja, abrazada a Carbonilla, le decía:

– ¡Dios os bendiga, hijos!... ¡Con lo guapa que era, con lo buena, con lo obediente que era! ¡Con aquellas tetas!...

A Carbonilla le pareció que la descripción de la vieja era demasiado a lo vivo. Sin duda, se trataba de alguna nieta. Pero, claro, lo de las tetas le despistaba un poco. A lo mejor es que la vieja desvariaba.

– ¿Tú no la has visto por aquí, hijo?

– ¿A quién? ¿A su chica, a la de las...?

– ¿De qué chica hablas? –se extrañó la abuela–. Yo te pregunto por la "Galana", la cabra más lucida del pueblo.

– ¡Acabáramos! –exclamó Carbonilla un poco decepcionado.

La "Galana", sin duda, había descubierto a su propietaria y venía corriendo y pegando unos balidos que partían el alma.

Aves, cerdos y cabras fueron devueltos a las koljosianas, no sin cierta solemnidad. Las campesinas se sintieron generosas y obligaron a los guerrilleros a que se llevasen parte del botín rescatado a los ladrones.

El grupo de guerrilleros se alejó de las puertas de la aldea. Las mujeres los vieron marchar, llevándose la punta del pañuelo a los ojos. Carbonilla volvió la cabeza y vio a la dueña de la "Galana" que le decía adiós con la mano. Carbonilla hubiera jurado que la cabrita también le miraba.

*

El chiquillo llegó jadeante, pidiendo hablar con el jefe. A nadie le extrañó la presencia del muchacho. Porque Iván, al que todos llamaban el "Zorro" por su astucia, solía aparecer por

allí y, casi siempre, con alguna buena noticia. Pero no era una buena noticia la que llevaba ese día el pequeño Iván.

Juan Otero y el teniente Alexandr Petrov le escuchaban con los ojos clavados en el suelo, con un temblor imperceptible en las manos, que iban cerrándose, cerrándose, hasta que las uñas dejaron su huella en la piel. Otero levantó la cabeza y dijo:

– ¡Esa es Liuba, tiene que ser Liuba!

El nombre de la muchacha, pronunciado allí, en aquel rincón del bosque, tenía una estremecida emoción dramática. Al oírlo, Manuel Herrera, que estaba sentado en un tocón, se levantó de repente y se acercó a sus compañeros.

– ¿La han cogido?

El pequeño Iván repetía, como una obsesión:

– Yo la vi colgada del árbol...

Un árbol, uno de los miles de árboles que fueron horca de guerrilleros. Un árbol, uno de esos miles de árboles cuyas raíces se nutrieron de sangre joven, de sangre patriótica, que invisible se extendió por los bosques, clamando venganza, golpeando como un mar en el pecho de los hombres. Así se rompía en el corazón de Otero, de Alexandr, de Manuel, el nombre de Liuba. Así quemaba las venas guerrilleras el martirio de la joven heroína.

Nadie sabe quién dio la orden y ni siquiera si hubo orden. El caso es que el destacamento se puso en camino. Delante iban Herrera y el "Zorro".

Ya se veían las tapias del pueblo, ya se distinguían las primeras casas en las sombras cuando el "Zorro" tiró a Herrera de una manga:

– ¡El árbol!

El árbol estaba allí. Inmenso, solitario. El árbol más terrible del mundo. Y parecía, desde lejos, un árbol como otro cualquiera. Un árbol nacido para dar sombra, para albergar pájaros en el verano, para proteger en los atardeceres a las parejas de novios, para, quizá, cuando fuese muy viejo servir de leña y hacerse calor para los hombres. ¡Qué bueno es un árbol, qué hermoso es un árbol, qué buen amigo del guerrillero es un árbol! ¿Qué sentiría el corazón vegetal de aquel roble, de cuyas ramas, mejor dicho, de la más robusta de ellas, de la que él se sentía más orgulloso, colgaba el cuerpo frágil, el cuerpo medio desnudo de una muchachita, de una niña casi, que todavía tenía los ojos abiertos, como si aún estuviese mirando a la vida? Lo que sentía en ese momento todo el corazón del bosque, lo que sentían

estos hombres que se acercaban sigilosamente, desesperadamente, angustiosamente. El árbol no estaba solo con su golondrina muerta en la rama. En torno a él iba y venía una sombra. Un fascista alemán. Un asesino. Un verdugo. La sombra se paró. Debió de percibir algo que sobresaltó el último poso de conciencia que le quedaba. Los hombres se acercaban, ya sin ocultarse siquiera. Y el alemán tuvo miedo. Ahora sí estaba solo el árbol, con aquella flor de juventud tronchada en sus ramas.

Herrera y Vitia se acercaron a él. Descolgaron el cuerpo de la muchacha. Pesaba poco más que una espiga. Pero a ellos les parecía que llevaban en brazos una roca del monte.

Un hilo de sangre fluía de una esquina de la boca de Liuba. Y un diminuto arroyo, de sangre también, se escapaba del pecho cercenado. (En Peguerinos había visto Manuel una muchacha así, con el pecho cortado, una enfermera del hospital de aquel pueblo de Somosierra, cuando las tropas republicanas lo reconquistaron a los fascistas en el verano de 1936.)

– ¡Liuba, Liuba! –la llamaba Herrera.

Los alemanes habían empezado a disparar desde dos casas. Hacia ellas se lanzaron los guerrilleros, atacándolas con bombas de mano. Los hombres de Herrera y de Vitia, saltando sobre los escombros, entraron en las casas. Querían acabar con el último fascista que pudiese haber quedado vivo. Herrera había sacado el cuchillo. Era precisamente así, con el acero, como quería vengarse de la muerte de Liuba. La bala no servía para eso. Quería sentir cómo la hoja se hundía en el corazón odiado, cómo la sangre cobarde le mojaba la mano, le pagaba toda la sangre de la muchacha guerrillera.

Poco después, los guerrilleros se alejaban del pueblo, llevando el cadáver de Liuba. Allá, entre el humo de las casas incendiadas, quedaba el árbol con sus ramas abiertas, como dos brazos en cruz.

También al pie de los árboles, los guerrilleros enterraron a Liuba. Quitaron al bosque todas sus humildes flores, todas sus hojas húmedas de verdor. Y con ellas cubrieron el pequeño montón de tierra que formaba la tumba de la joven guerrillera.

Ante todo el destacamento formado, Herrera pronunció unas palabras en nombre de los españoles. Unas sencillas palabras de soldado. Unas implacables palabras de guerrillero. Luego sacó la pistola y el aire se llenó del estrépito de las salvas guerrilleras.



En este grupo de guerrilleros españoles hay muchos personajes de este libro

Cuando a Antonio Prieto le preguntan:

– Oye, ¿por qué te metieron en el manicomio?

Antonio Prieto ni se cabrea ya. Porque desde que ocurrió eso han pasado más de veinte años y el hombre ve las cosas con mucha más filosofía y mucha más tranquilidad. Claro que lo del manicomio es una de las que no se olvidan tan fácilmente. Las cosas de aquellos años –41, 42 y 43– será difícil que se le olviden nunca a Antonio Prieto. Cuando está de buen humor, incluso le gusta recordarlas. Y se pone a contar...

– ¿Cómo se siente hoy?

Antonio miró los ojos grises, la boca con un poco de carmín, el busto de la enfermera inclinado sobre él. "No es fea, pero es una pelma".

– El pulso está bastante bien.

Pero le miraba con unos ojos tan tristes que Antonio tenía la sensación de que ni el pulso ni nada en su cuerpo iba bien. Dijo en voz alta:

– ¿Para qué me han puesto esa sangre?... ¡Fuego, fuego!... Sonia, ¿quién está peor: Carballeiro o yo?

– Tranquilícese –le aconsejó Sonia–. Aquí hace mucho calor. Será mejor abrir la ventana. Verá usted cómo se duerme. Le voy a poner unas compresas y se sentirá más a gusto.

Antonio no notó ninguna mejoría. En cuanto la enfermera desapareció, se quitó las compresas y las metió debajo del colchón. Poco a poco fue quedándose dormido. Un duermevela que más bien parecía el revivir de varios momentos de su infancia, de su juventud, de su lucha...

(Lo primero fue el mar. El barquito pesquero de Angel Prieto Paz era famoso en todo Puentedeume, un pueblo coruñés de pescadores y campesinos. Angel Prieto era socialista y de la UGT. Cuando volvía con las redes escuálidas, solía decirle a Antonio, que era el mayor de los diez hermanos:

– Fillu, hay que hacer una gorda. Yo no lo veré, pero tú...

El viejo no lo vio. El viejo no vio más que trabajo y penalidades en la vida. Muchas veces, Antonio se había preguntado cómo la madre habría podido sacar adelante al familión. El la recordaba inclinada sobre la plancha, la cara

brillante de sudor, dale que le das a las camisas blancas como la espuma, camisas que no eran para ninguno de los hijos. La plancha era para la madre el medio de ganarse el pan.

A los catorce años, ya trabajaba Antonio de fogonero en un barco de pesca. Y ya, con esos años, tuvo su primera credencial obrera: el carnet de la Unión General de Trabajadores.

Luego, el servicio militar. Con diecisiete años, porque él sentó plaza para no servir en la Marina. Y lo destinaron a un regimiento de caballería. Más de una rapaza, y concretamente alguna niñera, ponía los ojos aternerados cuando Antonio pasaba con su capa azul, su sable y sus espuelas tintineantes. Cuando iba a caballo, la cosa era casi sensacional. Aunque, a decir verdad, Antonio no era muy cortejador. Más bien serio, dado a pensar y repensar las cosas, el ejército empezó a parecerle como una concreción de toda la vida: unos a mandar (los menos) y otros a obedecer (los más). Y si alguien protestaba, hostia del teniente y calabozo del capitán. Eso lo sabía bien Antonio, que fue arrestado dos veces: una por protestar contra el rancho, y la otra, por explicar a los soldados que en la guerra de Africa no se les había perdido nada.

La guerra. . . Tuvo que ser otra guerra, la que estalló en España en 1936, la que le cogió a Antonio en Madrid con su carnet de comunista fechado en 1928. Pero mucho antes había sido el trabajo en el Socorro Rojo Internacional, las huelgas, las octavillas, las detenciones, tantas, que Antonio tuvo que dejar La Coruña y trasladarse a Madrid. Estaba visto que Antonio no había nacido para pescador, sino para albañil. En vez de izar las velas, levantar los cubos de cal. Más prosaico, pero a la hora de cobrar, más o menos lo mismo.

Después, la vida de Antonio se ilumina con esos fogonazos que la dejan como una llama inextinguible: 1934, la insurrección de Asturias, la agitación revolucionaria en Madrid, la cárcel; 18 de julio de 1936, el asalto al Cuartel de la Montaña, la toma del aeródromo de Cuatro Vientos. . . Y el palacio.

– Mira, Prieto, te vamos a dar veinticinco milicianos y con ellos tú nos respondes de que nadie toque el palacio de Liria.

Antonio no dijo nada, pero le pareció absurdo que se

entretuviese a veinticinco milicianos y a él mismo en guardar un palacio.

Estaban en el patio del 5° Regimiento y de allí salió Antonio con sus veinticinco milicianos hacia el palacio del duque de Alba.

Los recibieron un representante del Ministerio de Instrucción Pública y otros señores. Uno de ellos les dijo:

– Aquí se guardan obras de arte que hasta ahora pertenecían al duque de Alba. El duque de Alba se ha marchado, pero no ha podido llevarse las obras de arte. Desde ahora, estos tesoros artísticos son patrimonio del pueblo. Por eso, nadie mejor que vosotros, hombres del pueblo, para custodiarlos.

Antonio no comprendía muy bien de quién tenían que guardar aquellos tesoros. Unos meses después se lo explicó. Cuando las bombas cayeron en el jardín, en el ala derecha del palacio, cuando toda la calle del Conde Duque empezó a arder y se oía gritar a las mujeres, que se afanaban por salvar sus míseros ajuares.

Luchar a brazo partido con el fuego no es una expresión. Es lo que hicieron aquellos cinco días y cinco noches de noviembre de 1936 Antonio Prieto y sus milicianos para salvar de él los lienzos de Goya, del Greco, del Españoleto. Impresionante como un dios antiguo, como una de aquellas esculturas del palacio, la figura del miliciano Fermín, iluminada por las llamas, apretaba contra el pecho delicadamente, amorosamente, una estatuilla de Sèvres. Hicieron falta tres hombres para sacar el cuadro donde –eso creía Antonio– estaba retratado el duque de Alba. Ramón, que se las daba de culto y era un guasón, le llamaba siempre "el tío flamenco". Cuando Ismael le preguntaba que por qué le llamaba así, Ramón hacía alarde de su cultura:

– Pero ¿tú no sabes, chalao, que los flamencos salen de Flandes?

El otro abrió unos ojos como platos:

– Anda, pues yo había creído siempre que salían de la tasca del "Tripitas".

No sólo de las bombas de aviación tenían que defender los milicianos comunistas las joyas del palacio de Liria y el palacio mismo. Desde Cuatro Vientos, los cañones alemanes del general Franco bombardeaban día y noche la señorial mansión de la calle de la Princesa. Incluso desde algunas

azoteas y ventanas, la quinta columna, que esos días de noviembre escuchaba los partes fantásticos de la toma de Madrid, disparaba contra la guardia del palacio. Les irritaba, sin duda, la presencia allí de unos hombres con mono azul, de unos analfabetos, de "unos criminales capaces de cualquier cosa". Mejor que ardiera el palacio con todas sus obras de arte, mejor que ardieran todos los cuadros y todas las esculturas del mundo antes de que las alpargatas profanasen los mármoles y de que sobre las verjas se viesen letreros como aquél: "Este palacio es tuyo. Respétalo".

Ese palacio lo respetaron, lo conservaron, lo salvaron los hombres de alpargata y mono azul. Algunos de ellos salieron de allí para el hospital, con las manos quemadas. Y en el hospital decían:

– Menos mal que el cuadro sólo se ha chamuscado un poco. Y eso se quita, ¿verdad?

Hubo que fortificar los accesos al palacio y levantar barricadas en la calle de la Princesa.

Una mañana se presentaron a Antonio Prieto tres de los empleados del duque de Alba. Por lo general, la servidumbre del duque se había mantenido apartada y, sin duda, sorprendida de que nadie les molestara e incluso se les tratase con todo respeto. Esa mañana, el más joven de los tres dijo:

– Llevamos aquí cuatro meses prácticamente sin hacer nada y cobrando nuestro sueldo. Y en este tiempo hemos comprendido que en Madrid hay que hacer muchas cosas.

Antonio les miraba, pensando dónde iría a parar aquel hombre.

Fue otro el que, sin más preámbulos, dijo:

– Queremos presentarnos en el 5° Regimiento.

No, cosas así no se olvidan. Ni las que vinieron después. Porque hacía ya mucho que Antonio Prieto sabía lo que era trabajar en la retaguardia enemiga. Más aún, disfrazarse de enemigo y realizar esa labor de riesgo permanente, de habilidad que se quiebra de pronto, de disimulo que se rompe en un instante: la labor sutil, anónima y heroica de agente secreto. Más de una vez estuvo a punto Antonio Prieto de que le detuviese la policía del Gobierno de la República. La matrícula del coche de aviación que utilizaba Prieto estaba denunciada por el Ministerio de Defensa y por todos los gobernadores civiles de la República. Tenía que cambiar constantemente el número del coche. Y de traje. Tan pronto

el uniforme de aviador como la chaqueta de paisano. Los de izquierda sospechaban que era un fascista infiltrado en aviación. Los de derecha camuflados tampoco estaban muy seguros de que Prieto fuera de los suyos. Alguien –claro, alguien que debía saberlo–, conocía muy bien el valor de los datos que Antonio Prieto conseguía jugándose la vida.)

– Tiene que comer, Antonio. Ande, yo le ayudaré.

– ¡No quiero nada!

Antonio rechazó bruscamente la cuchara de sopa, que se derramó sobre el embozo de la cama y sobre la bata de Sonia. Ella estaba ya acostumbrada a estos arrebatos del guerrillero español, que había sufrido tanto.

– Antonio, haga un esfuerzo, es por su bien.

– Yo sólo quiero dormir, ¿sabe usted? Dormir. . . ¿Por qué no me dejan dormir todo lo que yo quiero? ¿O es que quieren matarme?

Había que dejarle hasta que se calmara un poco, hasta que durmiera un poco más. Sonia le miró con pena infinita, arrebujado entre las mantas, minúsculo –cuando entró en el hospital pesaba 47 kilos–, un montón de huesos y un manojo de nervios rotos. Estaba inmóvil. Pero Sonia vio que tenía los ojos abiertos. Antonio no dormía. Pensaba. Volvía a vivir. . .

A Boixó, Fusimaña, Panchamé, Peral y Armenteros, a Vara Rodríguez, Pons y Pineda los conoció en Sochi. Un Sochi que no tenía nada que ver con el de las postales de turismo, un Sochi al que había llegado, si no la guerra, el aliento de la guerra. Los sanatorios de los mineros, de los fundidores, de los maestros, estaban convertidos en cuarteles y hospitales. En Sochi fue donde se entrenaron Prieto y sus camaradas para ser parachutados en campo enemigo. Eran dos grupos. Uno, el que dirigían Boixó y Fusimaña, y el otro, el que mandaban el comandante Feijó y Antonio Prieto.

– Hasta pronto en los montes de Crimea.

– Sí, espérame en Crimea, amigo mío –bromeó Fusimaña.

No era una cita corriente. Era una de esas citas que en la guerra se dan en complicidad con la suerte y con el heroísmo. Una cita a la que se acude o no. Y cuando se falta, no es porque uno lo haya pensado mejor. Ni siquiera lo ha pensado. Es porque no hubo suertecilla, como le gustaba decir a Alfonso Casulla. O porque algo no había funcionado bien, como solía precisar el radista soviético Vania.

¿Qué falló aquel día de marzo de 1943 para que la cita de Fusimaña y Prieto en Crimea no se realizase?

Todos dirigieron la vista a la izquierda del avión, donde apareció el enorme agujero de la noche. Los instructores habían abierto la portezuela de ese lado. Feijó se levantó silenciosamente y se acercó a la puerta.

"Debe ser que quiere comprobar si se ven las hogueras. Ya no debemos estar lejos", pensaba Prieto, que, como los demás compañeros, miraba un poco extrañado a Feijó. De repente, el comandante Feijó desapareció tragado por el escotillón de tinieblas. Ya iban a levantarse los demás para tirarse, cuando los instructores los detuvieron. No, había sido un error.

– Errores como éste pueden pagarse caros –gritaba Prieto irritado–. Aquí no se cumplen más órdenes que las mías.

Y Prieto las dio: él indicaría el momento de lanzarse cuando viera las hogueras en la vertical. A la primera señal arrojaría la impedimenta. A la segunda, los hombres: dos por la derecha y Prieto y el radista por la izquierda. Les recordó también las reglas que habían aprendido en los desembarcos de entrenamiento: poner la mano en la anilla del paracaídas para abrirlo por si no funciona el piloto; descender, mirar en las brújulas los grados a que se encuentran las hogueras; protegerse los ojos con los brazos para que no los lastimen las ramas de los árboles; reunirse todos junto a las hogueras y, si falta alguno, buscarle hasta encontrarlo vivo o muerto. . .

"¡Pues sí que estoy arreglado! ¿Cómo salgo yo de aquí? Claro, esto no está tan alto como el avión, pero casi casi. Y aquí nadie podrá verme. En fin, serenidad, que en la vida se sale de todo mientras hay vida".

Prieto pensaba todo esto desde las ramas de los pinos donde se había quedado enganchado del paracaídas. El muchacho no podía moverse. Los treinta kilos de peso que sumaban el fusil automático, las seis bombas de mano y los dos discos de repuesto se lo impedían. Además, las manos se le estaban quedando heladas.

"Si consiguiera cortar las cuerdas del paracaídas. . . ¡La fastidiamos!"

El cuchillo con que se proponía cortar las cuerdas se le había caído.

"Creo que tengo una hoja de afeitar". Sí, allí estaba, en el sobrecito, que sacó difícilmente del bolsillo superior.

¡Zas! El cuerpo cayó como una piedra en la nieve. Menos mal que fue en la nieve, porque, si no, difícilmente hubiera podido Prieto contar después todo esto. En el silencio de la noche, el disparo sonó casi alegremente. Así le pareció a Prieto, porque immediatamente después vio acercarse a él a dos guerrilleros.

– *Séverski!* –contestó Prieto a los guerrilleros, y los tres echaron a andar.

Ni Feijó ni el radista acudieron a la cita. Una hora los esperaron en balde.

En el Estado Mayor del destacamento, Prieto se reunió con Casado, García, Asunción y Soler. El jefe dio orden de salir en busca de los desaparecidos. No encontraron más que a Vania, el radista, clavado en un árbol, como un torero enganchado por el asta de un miura. El que no apareció fue Feijó.

– Debió caer en el mar –dijo Prieto, que no podía consolarse de la pérdida de su compañero.

Pero en la guerra hay que consolarse pronto de estas cosas. Y la mejor manera para ello es poner más rabia en el combate. La que pusieron, pocos días después, en un encuentro con fuerzas alemanas y rumanas. Para ser el primero, no estuvo mal. El enemigo se dejó en el campo a un teniente coronel y a dos oficiales. . .

Por la ventana del hospital veía Prieto el telón azul del cielo. Más azul era el de Crimea, un cielo que contemplaba impasible la tierra castigada y a los hombres abandonados. A veces, el humo de las explosiones lo ennegrecía. Por las noches, esas noches sin sueño del hospital, toda la dinamita del mundo le parecía a Prieto que estallaba en su cabeza. Recordaba cosas terribles y cosas cómicas. El susto que se pegó cuando empezó a oír tiros a su espalda, y por más que miraba no podía ver de dónde venían. ¡Pim, pam! Prieto se levantó seguro de que le atacaba el enemigo. Parapetado tras un árbol, se dispuso a defenderse con la metralleta. Vio llegar a unos hombres, pero eran guerrilleros como él. ¡Pim, pam! Pero ¿quién disparaba? Hasta que un coro de carcajadas anticipó la explicación. A Prieto se le habían caído unos cartuchos en la hoguera y estallaban de cuando en cuando. ¡Hay que ver! Con la de cosas serias que le habían ocurrido a Prieto, y ésta era la que no podía olvidar. Si alguna vez escribía sus memorias, la contaría sin falta. Claro, tampoco dejaría de mencionar la voladura de un tramo del ferrocarril de

Simferópol a Sebastopol. De Sebastopol eran algunos soldados que se habían incorporado a los guerrilleros de Prieto. Hombres de aquella defensa de las defensas, la que andaría luego en libros y canciones, en piedras humildes y en mármoles solemnes.

¿Y Casulla? ¿Qué habría sido de Casulla? Sus peripecias más difíciles las había pasado con él. Con él había conocido hasta dónde puede ser angustioso el zarpazo del hambre, hasta dónde el frío y la humedad pueden insensibilizarle a uno, hasta qué punto hace falta recordar que la vida es necesaria para defender la vida de los otros y no dejarse abatir. Tumbado para siempre, descansando para siempre en una cuneta, al pie de un árbol, junto al calor último de una hoguera. Con Casulla supo lo que era repartir el mínimo pedazo de pan. Con Casulla supo lo que era la extenuación implacable. De un grupo de veinticinco, a finales de abril de 1943 sólo quedaban Casulla y otros cinco guerrilleros. Los fue viendo morir casi uno a uno. Cada amanecer venía acompañado de la muerte. "¿Por qué la gente muere siempre de noche, mejor dicho, a esa hora en que el día parece disputarle a las sombras su imperio?" Esto lo había escuchado Prieto a alguien, no sabía a quién. Pero lo había visto comprobado en aquel tiempo que pasó en un bosque de Crimea.

– En Alupka conozco a un campesino que tiene vacas. Si alguno de ustedes quiere, yo les acompaño hasta allí y algo de leche ya les dará.

Prieto se quedó mirando al tártaro y pensó si no se trataría de alguna jugarreta.

– Mejor será arriesgarse que seguir aquí sin nada que comer –razonaba el tártaro.

"Entre que me cacen los alemanes –pensaba Prieto– y acabar aquí todos muertos de hambre, mejor será jugármela".

– De acuerdo. Pero en cuanto me dé cuenta de que me quieres hacer una trastada, te vuelo la cabeza.

Los tártaros galopan como centauros. Los soldados de caballería en España tampoco a veces corren mal. Sobre todo si, como aquel día, hay que correr perseguidos por las balas. Prieto, que en España había servido en caballería, galopó esa mañana como los centauros y como los tártaros.

Los caballos estaban atados a un árbol. No lejos se divisaban las figuras de unos alemanes que descansaban tranquilamente. Prieto decidió apoderarse de los caballos. Entre lo que tardaron en levantarse y darse cuenta de que aquellos jinetes, que huían

como el rayo, debían ser guerrilleros, Prieto y el tártaro tuvieron tiempo de escapar. Y de llegar a su campamento.

Si a falta de pan buenas son tortas, a falta de leche tampoco está mal la carne de caballo. Pero no hay carne de caballo que dure cien años, ni cien días, ni cien horas si son veintitantos hombres hambrientos los que tienen que alimentarse. Y la carne de caballo se acabó. Y lo único que no se acababa eran las hierbas y las cortezas de los árboles y los insectos. Todo eso, o casi todo, puede comerse y se come. Y unas veces sostiene y otras es peor el remedio que la enfermedad.

No, el tártaro no se había olvidado de las vacas y no hacía más que recordárselo a Prieto.

– Yo sé dónde está el establo. Mientras tú vigilas, yo entro y me llevo por lo menos una.

El tártaro se la llevó. Debía ser ducho en estas cosas porque el animal no pegó un mugido ni en la casa del campesino se despertó nadie. Era la una de la madrugada, y a esa hora, los alemanes que ocupaban el pueblo dormían confiadamente. A las cinco de la madrugada entraban de vuelta en el campamento. Ahora sí empezó a mugir la vaca y los guerrilleros se despertaron entre alborozados y sorprendidos.

Siempre le había parecido a Prieto una frase eso de que la gente se hincha del hambre. Era una verdad. Una trágica y paradójica verdad. El había visto morir a no pocos hombres con los vientres y las caras monstruosamente deformados. El, no. Prieto no se hinchó. Su cuerpo era una colección de pellejos que le colgaban como harapos. Para mover una pierna, él la agarraba de esos flecos de piel y la cambiaba de sitio. Se esperaba la llegada de un enlace al campamento abandonado. Esa noche, Prieto sintió que a él le quedaban pocos amaneceres que ver ya. Con un cabo de lápiz, en una hoja de su cuaderno de guerrillero escribió unas líneas para Casado, que estaba agregado al Estado Mayor: "Cuando recibas esta carta, quizá todos habremos muerto. Te pido por favor que vengas a recoger unas fotos que tengo de mis familiares y el anillo de boda de Casulla para que cuando vayas a nuestra retaguardia lo hagas llegar al Partido. . ."

El Partido. En ese momento, Prieto se estaba preguntando si él tendría la misma tranquilidad para esperar la muerte si no militase en el Partido. Le parecía que, siendo del Partido, él nunca moriría del todo. Por eso escribió, mirando hasta el último resquicio de su conciencia, aquellas palabras quizá un poco altisonantes: "Desde que milito en el Partido he cumplido siem-

pre todas las tareas que me han encomendado tanto en España como en la URSS y siento no tener más fuerzas para continuar castigando al enemigo, al fascismo invasor. Unos caemos, pero otros continuarán la lucha".

Esta carta no llegaría nunca a su destino. Porque Antonio Prieto salió de aquélla, y aún de muchas otras. Como la del 27 de abril de 1943, cuando una compañía de alemanes llegó hasta las tiendas de los heridos y enfermos, y éstos tuvieron que hacerles frente y escapar sin que Prieto pueda explicarse todavía cómo salieron con vida, con la poquísima vida que ya les quedaba. Hubo que subir a rastras la montaña, perseguidos por el ladrar de un sabueso que se las sabía todas. A Prieto se le ocurrió regar su rastro con *majorka*, esa pestilente especie de tabaco capaz de despistar el olfato de todos los perros policías. Antonio Prieto se encontró solo, pensando que, si esta vez se libraba, no sería por mucho tiempo. Pero está de Dios o del diablo que la vida del guerrillero se parezca bastante a la del gato. Unas horas después vio llegar a Casulla, que le pareció un resucitado, a un camarada ingeniero de Yalta y a un antifascista rumano. Cierto que la resurrección de Casulla duró poco. Fue también una madrugada cuando Alfonso Casulla empezó a delirar. Murió como un pajarito, sonriendo, porque él había sonreído siempre, mirando humildemente a los compañeros, como si les pidiera disculpa por dejarles. . .

¿Cuántos días llevaba en el hospital? Prieto calculaba que desde la salida del campamento en los aviones que fueron a buscarles habría pasado casi un mes. La verdad es que también tuvo mala suerte. Cuando el aparato en que iba él empezó a rodar por el campo para despegar, se dio un testarazo, del que libraron por tablas. Prieto echó a correr para ver si alcanzaba el otro avión, pero. . . sí, sí. El avión se alejaba por encima de los árboles. El 29 de junio fue, por fin, el día en que Antonio Prieto tomó rumbo a Sochi. Tomó rumbo a la vida. La vida que le iba volviendo poco a poco, aquí, en el hospital. Pero ¿era realmente un hospital? Porque. . .

"¿Dónde está aquí el water?"

García y Soler, que llevaban a Prieto de los brazos, se consultaron con la mirada. En esto apareció una médica, a la que Soler trasladó la pregunta de Prieto.

– Yo le acompañaré –dijo la doctora.

– Yo puedo ir solo –protestó Prieto, a quien no le hacía

ninguna gracia la compañía de la médica para tan íntimo menester.

Prieto vio la puerta con la indicación indudable y la abrió. Lo que no pudo es cerrarla. Porque la médica se agarró a ella con fuerza, pero no tanta que resistiese el empujón que Prieto le dio. La doctora cayó al suelo, y tres hombres se abalanzaron sobre Prieto, que gritaba en ruso y español como un desesperado. Nada le valió. Lo metieron en un cuarto enrejado y allí quisieron ponerle la camisa de fuerza.

– ¡Que yo no estoy loco! ¡Que al que me toque, lo mato! ¡Que si no me dejan en paz me tiro contra la pared!

No se tiró porque lo sujetaron a tiempo. Pero, ahora, con suavidad, una suavidad que operó inmediatamente sobre los nervios del enfermo.

Tenía los ojos azules y la cara de niña. Y las manos de madre. Se llamaba Márkova, la doctora Márkova. Era muy joven. Y muy buena. Tanto, que cuando ella entraba, todos los enfermos se lo decían uno a otro con un susurro que iba cantando dulcemente de cama en cama: "Es la doctora Márkova... Márkova..." Y la palabra levantaba los párpados de los que parecían dormir y distendía los labios que sólo algún gemido lograba mover.

Ella fue la que le dio de comer como a un niño. Mejor dicho, comían juntos como dos hermanos. Ella tomaba una cucharada de sopa, él otra. Después se miraban y se echaban a reír.

Prieto ya se levantaba y paseaba por el jardín del hospital. Porque ahora sí que le parecía un hospital. Solía conversar con un comandante soviético que estaba convaleciendo allí de unas heridas. Un día, Prieto, ya autorizado a fumar, le ofreció tabaco. El comandante le miró sorprendido y, bajando la voz, le dijo:

– Pero ¿usted fuma ese tabaco?... ¡Chist!... ¡No diga nada, pueden oírnos!... Ese tabaco está envenenado. Aquí hay muchos doctores que son trotskistas. Y se han propuesto acabar con todos nosotros...

Por lo visto, aquél no era un hospital como los demás hospitales. Cuando Prieto preguntó que por qué le tenían allí, le dijeron que en seguida iba a ser trasladado a un sanatorio de Sujumi, donde se repondría por completo.

Sujumi es una blanca ciudad que baña el mar Negro, una ciudad de palmeras, que en pleno verano parecía más blanca y más verde. Sí, daría gusto estar allí.

El jardín del sanatorio era un verdadero jardín, casi un

bosque, pero un bosque sin sustos, sin zozobras y sin tiros, un bosque de paz. Prieto oyó cantar una vieja canción rusa, pero no veía quién la cantaba. Hasta que se dio cuenta de que en lo alto de un árbol estaba una mujer cantando a voz en grito. Prieto preguntó qué le pasaba a aquella mujer. La enfermera le explicó que sus dos hijos y su madre habían muerto en un bombardeo y ella se había vuelto loca.

Prieto ya no intentó protestar. A lo mejor, también él estaba loco. A lo mejor, todo esto lo estaba soñando. El caso era no pensar. Mientras los locos fueran pacíficos. . . Claro que había que andarse con cuidado. Un día estaba Prieto medio adormilado en su cama. De pronto, unos brazos le zarandearon, al tiempo que unos gritos le increpaban: "¡Me ha robado usted la cama! Es usted un ladrón de camas. ¡Fuera de ahí!" A Prieto le dio pena del hombre y se levantó. Pero si no había ladrones de camas, lo que sí había era ladrones de pan. Y eso no tenía ya ninguna gracia. Porque la alimentación del sanatorio no se distinguía por la abundancia. Se estaba en plena guerra. Que le quitasen a uno el pan en esas condiciones, era demasiado. "¡Pues no parecen tan locos!", pensaba Prieto cuando, al menor descuido, desaparecía su ración. O como aquel otro día, en que Prieto no había hecho más que encender un cigarro cuando un loco se lo arrancó de la boca. Eso indignó a un corpulento marinero, que le arreó un puñetazo al loco como para devolverle la razón, le quitó el cigarro, lo tiró al suelo y lo aplastó con la bota.

– No les haga caso –dijo confidencialmente el marinero a Prieto–. Todos éstos están locos.

Cuando Antonio Prieto recuerda estas cosas, unas veces se ríe y otras no. Porque él nunca sabrá si estaba o no en su juicio aquella viejecita, vestida de negro, que todos los días se acercaba a él con un plato de manzanas cocidas y le decía:

– Cómelas, hijo, cómelas.

Prieto le besaba la mano y las comía con mucho apetito.

Pero lo general es que Antonio Prieto hable poco de su vida de guerrillero y de soldado en la Unión Soviética. Esa vida comenzó para él en 1941 y terminó en 1945, cuando con la victoria llegó la paz para la tierra de Crimea. En un pedazo de ella, en el pueblecito de Shúbino, está la tumba de los camaradas de Prieto: José Fusimaña y su grupo, el grupo que no acudió a la cita de marzo de 1943 en los montes de Crimea.

*

Belchite, Teruel, el Ebro. Son nombres con categoría histórica en el mapa de la resistencia española al fascismo. En la conquista de Belchite, en la toma de Teruel y en el paso del Ebro, entre los valientes que se citaban en los partes y encomiaban los periodistas y felicitaba el Alto Mando estaba José Fusimaña.

Su historia de combatiente revolucionario no comenzó ni en Belchite, ni en Teruel, ni en el Ebro. Comenzó al pie de un telar, en el que el muchachito de Barcelona miraba las hábiles manos del maestro, capaces de ajustar todo lo que en la máquina se desarreglase. No era tan fácil compaginar las ocho horas del taller y las cuatro o cinco de clase en la escuela laica del barrio de Pueblo Nuevo.

– Lo que son las cosas –contaba a veces Fusimaña–. De la escuela y del taller me echaron casi al mismo tiempo. Y por la misma causa: una huelga.

Seis meses de paro cuando se tienen dieciséis años, que son los que tenía Fusimaña en 1924, se pasan mal que bien. Abunda más lo primero, pero se pasa. Y se adquiere esa fuerza interior que da el contacto con otros hombres que quieren lo mismo y protestan por lo mismo. Para Fusimaña fue la primera lección de un largo libro del que muchos –él entre ellos– no ven el final. Capítulos de ese libro fueron sus años de joven socialista, primero, y de militante comunista, después. Unos años cargados de tensión revolucionaria con el estallido de octubre de 1934 y la explosión de julio de 1936.

Barricadas de Barcelona, el asalto de Atarazanas, el Cuartel Carlos Marx. Páginas de la lucha del que había de ser Comisario del 5° Cuerpo de Ejército. (Ya se sabe que la historia del Comisariado del Ejército Republicano es un río de heroísmo, es un espejo de sangre para que en él se miren los cabales, es un yunque de tesón en la disciplina, es un aire, a veces, de otros tiempos, de los tiempos de las guerras caballerescas. La canción y el romance han contado y cantado la gesta de los comisarios.)

Cuando José Fusimaña llegó a la URSS en 1939, pensaba en cuánto tiempo pasaría sin que él tuviese que vestir de nuevo el uniforme militar. Lo que él quería era estudiar, volver a los libros que tantas veces tuvo que cambiar por el torno o por el fusil. Pero no pasó mucho tiempo. En 1942, Fusimaña vestía el uniforme de capitán del Ejército Rojo.

El grupo de catalanes, o el grupo de Fusimaña, como se llamaba indistintamente a aquel puñado de valientes, era ele-

gido para misiones de la máxima dificultad y del mayor arrojo. Por eso se le encomendó, en marzo de 1943, una operación guerrillera en la zona de Kerch. La cita con otros grupos de guerrilleros españoles y soviéticos era en los montes de Crimea. Los distintos grupos debían enlazar con importantes fuerzas guerrilleras que operaban en la retaguardia enemiga. Fusimaña y sus hombres debían operar sobre el ferrocarril que, a través de pontones, unía Crimea con el Kubán por el Estrecho de Kerch.

(Fusimaña los iba mirando uno por uno. Los conocía a todos. Y él sabía que todos le conocían a él. Como se conoce en la guerra hasta el fondo de lo que se siente y de lo que se piensa. Armenteros hubiera dicho: "Hasta el fondo del alma y del corazón". Los gorros calados hasta el cuello, la joroba del paracaídas, el resto de la impedimenta y los chaquetones guateados les hacían parecer iguales. El destino –llamaremos así al cumplimiento del deber, a la emoción revolucionaria– los había juntado en aquel avión que cabeceaba en las tinieblas. Allí estaban también Mijaíl Bobrov, Gueorgui Gueórguievich, Igor Kunaskin, Alexéi Kubáshov. . . Y allí estaba el comandante Boixó, que era el jefe del grupo.

– Nos están tirando –gritó el copiloto, abriendo la portezuela de la carlinga.

El avión tomó altura para sortear el fuego antiaéreo, pero en seguida se sintió un tableteo cerca, tenaz, inconfundible.

– Hemos sido descubiertos. Son los cazas –dijo Fusimaña. Las ametralladoras de a bordo se empeñaron en rechazar a los cazas. Ardía ya la cola del avión cuando Boixó dio la orden de lanzarse.

Fue un milagro el que aquellos hombres pudieran escapar del avión en llamas y llegar todos a tierra sin una sola baja.

Pero el combate aéreo había alertado al enemigo, que con grandes fuerzas se dirigió hacia el lugar del descenso para cercarlo.

"De ésta no salimos –pensó Fusimaña–, pero hay que intentarlo". Y dio orden de batirse en dos grupos.

Quizá una hora, quizá dos, consiguieron los hombres de Fusimaña contener el ataque fascista. Incluso los dos grupos lograron unirse e iniciar la retirada hacia el bosque. Pero allí no había bosque. Era la tierra desnuda, sin más abrigo que

las peñas, tras de las que los guerrilleros se parapetaban, economizando hasta el último cartucho y acariciando la bomba de mano. Fue una resistencia desesperada, increíble, de unos cuantos hombres acorralados contra una multitud de soldados enemigos seguros de su presa.



José Fusimaña cayó en Crimea en el primer combate

Desde el cerro, al pie del cual negreaban los tejados de una aldea, los españoles intentaron varias veces abrirse paso. Ellos no vieron que desde una de las casitas de abajo alguien les estaba mirando, alguien les estaba contando uno por uno conforme caían para no levantarse más. Era un chiquillo, un muchacho campesino que recordaría toda la vida aquella noche en que vio luchar y morir a unos guerrilleros –más tarde supo que varios eran españoles– intentando rescatar la tierra de Crimea.)

La fecha de aquella noche –12.III.1943– está escrita en ese obelisco que se alza en un pedazo de la tierra de Crimea donde Fusimaña y sus compañeros tuvieron la cita con la muerte. Y con la gloria.

AL PIE DE UNA ROCA

– Han matado a Justo.

La noticia corrió por Moscú –por donde tantas malas noticias corrían en los años de la guerra– y golpeó como una piedra allí donde había españoles.

– Han matado a Justo.

Los guerrilleros levantaban la mirada de la hoguera y alguien cogía por la zamarra al que había dicho las tres palabras increíbles: "¡Que no puede ser!"

– Han matado a Justo.

Las hélices de los aviones tripulados por españoles zumbaban con un aire de sierra ibérica.

– Han matado a Justo.

Y todos sabían quién era Justo. Aunque hubiese otros que llevasen el mismo nombre, para los españoles emigrados en la Unión Soviética, Justo era solamente Justo Rodríguez. Era. Eso es lo que nadie quería concebir: que aquel ramo de juventud, que aquella torre varonil, que aquella boca de risa y canción, que aquel corazón de león y de paloma estuviese ya tronchado, roto, mudo, inmóvil. Justo Rodríguez. . .

(El Café de los Artistas estaba –y está– en una travesía de la céntrica calle de Gorki, casi enfrente del Teatro de Arte de Moscú. En 1939 y 1940 era más conocido, quizá, por el nombre de Café Madrid. Lo habían elegido algunos españoles que, en la difícil caza cafeteril del Moscú de la preguerra, encontraron en aquel local pequeño, íntimo, estratégico de rincones, el ideal para el despotriquen tertuliano. Sobre todo los domingos, después de comer, florecía la cita carpetovetónica.

– ¡Hombre, Pedro! ¿Cómo estás?

Empezaban los palmoteos de espaldas, las interjecciones, afortunadamente inofensivas para los oídos rusos, y las carcajadas, que hacían volver la cabeza a medio café.

La camarera explicaba en cualquier mesa ocupada por moscovitas:

– Son españoles.

Los de la mesa sonreían, miraban a los vocingleros españoles y siempre había algún ruso que se acercaba para decirles en español:

– ¡No pasarán!

Muchos de esos domingos aparecían por el Café Madrid jóvenes de los que estudiaban o trabajaban en los alrededores de Moscú. Entre todos destacaba la corpulenta figura de Justo.

– Justo, ¡siéntate aquí!

– Justo, ¿has comido?

– Justo, tengo dos entradas para el circo.

Justo iba de una mesa a otra, estrechando manos, devolviendo bromas y cambiando risotadas hasta que se sentaba generalmente en una de las dos mesas de diván.

– Tengo que comunicaros, camaradas y amigos, celtíberos ilustres de la nicotina y la achicoria, que he encontrado en Moscú, en el Moscú del pálido té y la insípida *papirosa*, un café, un verdadero café donde sólo falta el echador, ventajosamente sustituido por unas camareras dignas del Teatro Romén. Un café en el que hay, ¡asombrarse, apapanatados celtíberos!, dos mesas con sendos divanes. Y lo que es más, mucho más, infinitamente más, el terciopelo de esos divanes, no es terciopelo: es peluche, tan deslucido, tan deshilachado y tan insigne como el de los divanes del Colonial.

Cuando Juan Manuel Delgado dio esta noticia en otro café, que es donde a este periodista madrileño le gustaba dar las noticias, primero estalló un aplauso de los reunidos y luego se nombró una comisión para que fuese a investigar si todo aquello no era una broma de Juan Manuel.

No era ninguna broma. Y desde entonces, el Café de los Artistas desbancó al Café Moscú, que hacía chaflán en la calle de Gorki y la Plaza de Pushkin. Aunque a este último le quedaron partidarios. Entablóse una pugna entre los dos cafés, o, mejor dicho, entre las dos tertulias hispanas.

– Eugenio, te espero a cenar en el Café Madrid.

Eugenio miraba con el más olímpico desprecio al proponente de tan desatinada idea y le decía:

– Yo no pongo jamás los pies en ese cuchitril. Si quieres, Julián, cenamos en el Café Moscú.

– ¡¿En el Moscú?! –se horrorizaba Julián–. Eso no es un café, es una clínica.

La verdad es que Justo no tenía predilección por ninguno de los dos cafés. La verdad es que a él se lo disputaban en todas partes. Y él, que a pesar de su sutil ironía madrileña en el fondo era un tímido, lo que quería era pasar desapercibido.

Era la época de las primeras amistades con las chicas rusas, de la espera del atardecer en lo más umbrío de los parques, de las *vecherinkas* con foxtrots del año veintitantos en los discos de un gramófono del mismo tiempo.

Cierta vez, un español que presumía de don Juan le dijo a Justo:

– Estas chicas rusas son tontas. Todo se lo creen.

– ¿Y qué es lo que se creen? –preguntó Justo no de muy buen talante.

– Pues todo. Les dices que estás enamorado de ellas, y se lo creen. Les dices que te vas a casar con ellas, y se lo creen. Y como se lo creen. . .

Justo no pudo contenerse. Y casi a gritos replicó:

– Eres un zopenco y un cretino. No has comprendido nada de nada. Eres un majadero. . .

– Justo, no te pongas así. . . ¿Es que tú no sabes cómo son las rusas?

El gesto acobardado del otro y cierto estupor que denotaban sus palabras desarmaron a Justo. Porque lo que él quería decir es que en aquella credulidad de las muchachas rusas había una pureza que no podían concebir algunos españoles como aquel que tenía enfrente. A Justo le parecía indigno que hubiese quien confundiera la ingenua ilusión de una muchacha que, por haberse educado sin hipocresía en las cuestiones del amor, creía en el amor.

– En eso sí tienes razón, Justo. Es verdad que cuando a una rusa le dices que la quieres, ella se lo cree. No se figura que uno se lo dice para engatusarla, para ver si. . . ¿comprendes?

No es que Justo no comprendiera. Lo que a Justo le indignaba era que muchos españoles no pudieran comprender. Era cierto que en España las cosas del amor no podían ser más sórdidas ni más viles. Raro era el que no tenía un recuerdo asqueado de su primera experiencia sexual. Raro era el que había conocido en la edad juvenil, que debía ser la edad del amor, la alegría de amarse libremente, orgullosamente, abiertamente.

¿Quizá es que Justo idealizase? Pues sí. El había idealizado siempre en su vida. Aunque sería mejor decir que él había dedicado su vida a un ideal. Ese ideal empezó a conocerlo en los días de las primeras partidas de billar, las tardes en la Gimnástica pegándole al *Punch Ball* o presumiendo en las paralelas o levantando el halterio. Eran los días de las carreras en algún estadio popular, de la incipiente y pequeña fama deportiva, de las prisas para los exámenes de junio. Al instituto de segunda enseñanza en que estudiaba Justo llegó un día la noticia:

– Los de Medicina han ocupado San Carlos y se niegan

a salir de allí. La Guardia Civil tiene rodeada la Facultad. ¿Quién viene para allá?

El que hablaba era uno de sexto y más bien se dirigía a los mayores. Pero también fue Justo uno de los que marchó a la calle de Atocha.

Mucho antes de llegar no los dejaron pasar. Vivía Madrid en esas fechas bajo el signo de la batalla estudiantil contra la dictadura del charrasco jaquetón y la majeza cuartelaria. Los estudiantes se la habían jurado al payaso disfrazado de general, que entre "Otra botella de "Guita" " en algún reservado de Villa Rosa y un "Al que se mueva, que lo encierren", tenía a España muerta de asco y de vergüenza. Muerta, no. Una honda vena obrera se tensaba de sangre joven. Jóvenes eran la rabia y el ansia que estaban despertando al pueblo. Las huelgas eran sustituidas en la prensa con las notas oficiosas de inserción obligatoria, según las cuales en España todo iba como una balsa de aceite. Si sabía o no el dictador que sobre la balsa amenazaba la tempestad, es cosa que ignoramos. Pero los jóvenes metalúrgicos, los mineros, los que varean la aceituna y tumban el trigo y los estudiantes ansiosos de porvenir estaban uniéndose en la misma lucha, en la misma protesta, en el mismo afán de romper las amarras que tenían sujeta a España a cualquier ayer sombrío de su historia.

Desde donde estaban Justo y sus compañeros se oyó el cerrojazo de una descarga de fusilería. Los muchachos sintieron un frío por dentro que empezó a helarles el mismo corazón.

– Están matando a nuestros compañeros –gritó Justo, o gritó otro, igual da.

Años después supo Justo que aquellos tiros contra la Facultad de San Carlos donde habían hecho impacto había sido en el palacio de la Plaza de Oriente y en la Presidencia del Consejo de Ministros del Paseo de Recoletos.

Cuando en 1931 *–la primavera ha venido del brazo de un capitán–* Madrid era un grito juvenil de "¡Viva la República!" –que no había venido solamente del brazo de un capitán–, Justo no era, quizá, de los que menos gritaban. Fue entonces cuando su viva inteligencia se planteó preguntas sin respuesta y respuestas para las que no hacía falta preguntar. Que la vida debía ser de otro modo, que la vida no podía seguir siendo como había sido eran cosas que Justo trataba con sus amigos, sin que eso les llevase a ninguna dis-

cusión. Todos estaban de acuerdo. Alguien habló una vez de Rusia. Justo, como tantos españoles de su edad, leyó entonces *Moscú tiene un plan, Cemento, Las ciudades y los años,* libros que abrían un paisaje distinto de la vida y para la vida. Algo que el autor ni se imaginaría siquiera, porque él estaba viviendo y contando el nacer de las cosas y de los hombres, a los que todavía, cuando miraban a la luz, se deslumbraban. El cine –*La línea general, La tierra, El camino de la vida*– traía ya a los muchachos como Justo la presencia física de los hombres que estaban comenzando a vivir como jamás se había vivido y como un día, tarde o temprano, con más o menos dolor, con más o menos sangre, se viviría en toda la tierra.

Algo así oyó decir Justo un día a un muchacho poco mayor que él cuando comentaban en un grupo una de estas películas. Al despedirse, Justo dijo a su amigo:

– ¡Qué bien se explica Joaquín!

El amigo comentó:

– ¿Tú no lo sabes? Joaquín es comunista.

Ya estaba allí, misteriosa, tentadora, la palabra que habría de ser –después de los libros, después de los mítines, después del ingreso en las Juventudes Comunistas– su razón de vivir. Y de morir.

Desafiando y burlando a la muerte desde julio de 1936, cuando salió al frente del Batallón La Pira, anduvo Justo por todas las encrucijadas de la guerra. El dirigente de la Federación Cultural Deportiva Obrera se hizo comandante del Batallón Pasionaria. El organizador político se convirtió en organizador de batallones de la Juventud Socialista Unificada.

Por la tierra de España había que combatir en la tierra y en el mar. Al mar fue Justo Rodríguez como delegado político-militar de la JSU. Su alegría, su bromear, su audacia y su fuerza, su optimismo y su energía conquistaron a los marineros. Cuando surgía una discusión –y entre las tripulaciones con notoria influencia anarquista ése era el follón de cada día–, muchas veces la disputa se zanjaba así:

– A ver qué dice Justo.

Justo tenía el don de poner las cosas en su punto y los puntos en cada cosa. Eso le había ganado siempre tantos amigos, que a veces no pensaban como él, pero que después de escucharle no podían pensar en contra de él.

Juan Manuel Delgado se lo había dicho una vez, antes de la guerra, en el Café Madrid, de Moscú, con una palabra horrible:

– ¡Proselitista!

Justo se rió como se reía siempre, aun en las ocasiones en que nadie estaba para reírse.

Aquel día de marzo de 1943 eso fue lo que ocurrió: que la risa se heló en los labios y en el corazón de todos los españoles, la risa que huyó, como un caracol, por túneles de musgo, cuando se oyeron las tres palabras que no debieron oírse nunca:

– Han matado a Justo.)

El grupo lo mandaba el teniente soviético Peskáev. Para la operación se había seleccionado a gente muy segura y, claro está, a voluntarios españoles. De los campamentos del Cáucaso salieron muchos de los que formaron la desafortunada expedición. No es cuestión de preguntarse ahora por qué las cosas salieron así y si podían haber salido de otra manera. El caso es que no salieron bien. Como muchas veces –demasiadas veces– sucede en la guerra. Como sucedió aquel día de la primavera del 43, cuando ya la guerra embocaba los primeros caminos de la victoria, cuando el movimiento guerrillero era el de todo un ejército con disciplina y veteranía de muchos quilates.

A Justo le ilusionaba que la operación iba a ser por mar. Recordaba los días de Cartagena y pensaba que, en realidad, todos los mares son lo mismo y que ahora el mar Negro, como entonces el Mediterráneo, era sendero de libertad.

Salieron de noche, cuando el mar Negro es negro de verdad, en varias lanchas. Al principio todo fue bien. Había que desembarcar en la retaguardia del enemigo, en una zona que, según los datos, estaba poco guarnecida y fácil para ocultarse y establecer contacto con fuerzas guerrilleras más numerosas. Hacía frío. El viento racheado hizo que Justo se subiera el cuello de la zamarra. La costa parecía gris y estaba tan cerca que el grupo se sobresaltó. No, no estaba tan cerca como parecía. En el mar, las distancias siempre son engañosas. El teniente avisó:

– ¡Preparaos!

Atracaron con facilidad. Con el agua hasta la rodilla anduvieron los metros que les separaba de la costa.

Todo iba bien. Todo estaba saliendo como se había pensado.

Habrían andado alrededor de una hora cuando el ruido inconfundible de un tiroteo les hizo detenerse.

– ¿Nos habrán sorprendido? –preguntó alguien.

No, no les tiraban a ellos. Tiraban hacia el mar, hacia el mar por donde debían acercarse las otras lanchas guerrilleras. Por la cabeza de todos andaba un pensamiento que ninguno quería decir en voz alta: "Mala señal. Estamos descubiertos".

Y en silencio siguieron adelante, buscando dónde refugiarse. Quedaban aún varias horas de noche. Y debieron haberlas aprovechado para que el día les hubiese sorprendido en zona guerrillera segura. No lo hicieron así. Alguien vio una casa, y todo el cansancio que agotaba a los hombres, todo el frío que se les había metido en los huesos pareció que, a la vista de la casa, se hacían insufribles.

Ya volvía el que había salido de descubierta, anunciando:

– En la casa hay gente nuestra.

Era un pequeño grupo de guerrilleros, que miraron con estupor a los recién llegados:

– ¿De dónde habéis caído?

El teniente les explicó la operación. Uno de los exploradores aconsejó:

– Esto está infectado de alemanes, camaradas. No os recomendamos que os quedéis aquí. Nosotros queremos estar lejos antes de que amanezca.

No hicieron caso. Quizá creyesen que era demasiada prudencia por parte de los exploradores. Lo mejor era descansar, esperar a que amaneciese y luego, repuestos, marcharse de allí. Y si el enemigo se presentaba, ¡pues ya vería de lo que eran capaces un grupo de españoles y soviéticos!

Efectivamente, el enemigo tuvo ocasión de verlo.

¿Quién fue el primero en darse cuenta? Hoy no lo sabemos. Lo cierto es que, a la mañana siguiente, la casa estaba cercada. Nadie podría explicar cómo fue posible salir de aquel cinturón de fuego de un enemigo, sin duda, mucho más numeroso. Pero el caso es que salieron. Salieron batiéndose, cubriendo el pecho del uno la retirada del otro, arrastrando al que ya no podía levantarse. Y heridos y menos heridos saltaron por la ventana y, pisándose literalmente la sangre, se alejaron. Allí iba Justo, sostenido por otro camarada, tapándose como podía los agujeros del pecho, rasgado por el plomo. El enemigo no tiraba ya. Debió, sin duda, adentrarse en el monte y pensó que los guerrilleros no llegarían muy lejos.

Había que pasar un río. Justo no podía más. No quería ser una carga para sus compañeros. El sabía que la vida, su joven vida, se escapaba por cada uno de aquellos puntos negros y rojos abiertos en su cuerpo.



Justo Rodríguez. Cuando lo mataron, nadie podía creer que aquel corazón de león y de paloma estuviese tronchado para siempre

– Dejadme aquí. Vosotros os podéis salvar todavía. Estas son cosas de la guerra. Y vosotros todavía podéis continuar la guerra. Podéis y debéis continuar luchando –decía Justo. ¿Quién hablaba de morirse? A los veintiséis años no se muere. A esa edad hay que vivir. Vivir para que la vida sea lo alegre y lo hermosa que soñaba Justo. Vivir para luchar. O luchar para vivir, como Justo había aprendido y enseñado.

Se les quedó en los brazos. Tan fuerte, tan recio, tan varonil. Lo enterraron allí mismo, junto a una roca. Un cuchillo guerrillero escribió en la piedra: "J. R. IV-1943".

Ese día las jabalinas se partieron como astiles sedientos de banderas, y el valor se puso zapatillas de plomo en los estadios obreros, y la nieve de Peñalara le pidió –y le rindió– cuentas al Cáucaso, y las agujas de los pinos se clavaron en el pulmón de todas las sierras del mundo, y un "échale hilo a la cometa" de garbo y desgaire madrileños empezó a poner telegramas negros a los Estados Mayores de la primavera.

Baustista y Aguilar, que también iban heridos, Blanco,

Larreta y algún otro lograron pasar el río. Este era ya, por lo visto, terreno en poder de los guerrilleros. Manuel Alberdi y otros los encontraron. Y apenas habían tenido tiempo de reconocerse, cuando alguien dijo:

– Justo, ¿sabéis?

– Justo, ¿qué? –se sobresaltó Alberdi.

– Han matado a Justo.

Las preguntas y las explicaciones fueron después. En aquel momento fue sólo el silencio, el estupor y la rabia. En cada uno de aquellos corazones había un surco de recuerdo del camarada entrañable, del amigo fiel, del hermano bueno.

Justo Rodríguez Suana. El nombre completo para la historia. Justo, el nombre legendario. J. R. en la piel de una roca. Y cerca, el resuello eterno del mar.

"ESCRIBAN USTEDES DE EL..."

EL "AMERICANO"

José Cañas había dicho un día:

– Parecemos jefes de estación.

La verdad es que quien más quien menos llevaba en el libro mayor de la accidentada contabilidad guerrillera la cuenta de los trenes descarrilados. El guarismo encerraba cantidades de ingenio, de audacia y de serenidad difíciles de contabilizar.

Quizá no todos los grupos de guerrilleros españoles hayan llevado exactamente esta cuenta. Quizá algunos hayan exagerado y otros quedádose cortos. Lo cierto es, y eso es lo que importa, que cuando a estas fechas se intenta darle a cada cual su tren o sus trenes, hay muchos riesgos de pecar por falta o por exceso. Y tampoco todo estaba en el número de vagones o de locomotoras que saltasen por los aires. Ya se sabe que el azar anda bastante entrometido en las cosas de la guerra. Sin embargo, cada cual llevaba –y los que han sobrevivido llevan aún en la memoria– el balance de la aventura del carril. Pero ¿es que todo se limitaba a volar trenes, o columnas de automóviles, o puentes y carreteras? Con ser esto tan importante en la misión guerrillera, no era todo. Porque allí estaban los pueblos a los que habían devuelto la esperanza los hombres del frente sin frente; el ganado y los bienes campesinos rescatados por los vengadores del pueblo, como

se les llamaba; las ciudades recobradas en colaboración con el Ejército Rojo. Y más tarde, cuando los pasos de la guerra se acercaron al centro de Europa, hombres españoles, guerrilleros españoles, soldados españoles, anduvieron por esos caminos, devolviendo patrias –ellos que se habían quedado sin la suya– a media docena de pueblos.

Llevaba quince días junto a la frontera lituana el 168° Batallón, formado en su mayoría por españoles, cuando en ese saldo ferroviario figuraban las siguientes partidas:

Pinto, Carrillo y Fina	8	trenes
Sin y Martínez	18	"
Bádrov y Felipe	27	"

¿Estaba entre estos convoyes aquel que iba de Nével a Velikie Luki y que se quedó en el camino? Ese tren no voló en ninguna mina. Lo cazaron a tiros, como a una inmensa liebre, los cazadores del bosque, los hombres del "Americano".

Estaban apostados en un soto cercano a la vía.

– Yo daré la señal –dijo el "Americano".

Pasó la locomotora, lenta, jadeante, subiendo con dificultad el repecho. Los vagones-cisterna, grises, pancialargados, parecían gusanos enormes; todo el tren se asemejaba a una monstruosa oruga que reptaba por la tierra.

Las balas explosivas acribillaron los primeros vagones. La oruga ardía llameante, quejándose con alaridos que retumbaban por el bosque. En algún pueblecito cercano, las mujeres contemplaban desde las puertas de las casas aquel resplandor que llegaba de la vía y comentaban:

– El "Americano" ha hecho una de las suyas.

A José Cañas le llamaban el "Americano", aunque todos sabían que era español. El caso es que José Cañas vestía una chaqueta a cuadros que le llegaba a media pierna, pantalones de montar y polainas, lo que le daba un aspecto de vaquero del Far-West. Más de un chico de aquellos contornos, cuando pasaba Cañas con aquella pinta, y hablando un idioma que ellos no conocían, se quedaba mirándole y pensando: "A ése le he visto yo en el cine".

José Cañas completó su estrafalaria presencia para aquellos lugares el día en que se colgó del hombro una magnífica *Leika*.

Juan Beltrán dijo al verlo:

– Pareces un turista.

La cámara fotográfica fue lo único de que se apropió Cañas cuando dieron el golpe de los diez carros. Diez carros cargados de víveres, de botas de fieltro, de zamarras, de mantas, de todo lo robado por los hitlerianos en las aldeas koljosianas. El pequeño convoy cayó en la emboscada de los hombres de Cañas. El botín fue cuidadosamente clasificado y repartido entre los vecinos del pueblo. Fue ese día cuando un viejo koljosiano preguntó a Cañas:

– ¿Por qué habla usted tan mal el ruso?

– Pero, abuelo, si éste no es ruso –dijo otro de los españoles.

– Pues ¿qué es? –insistió el anciano.

– ¿Yo? ¡Americano!

Y con el sobrenombre de el "Americano" se quedó ya para toda su vida. Una vida que se rompió en los bosques de Podolsk, después de haberla arriesgado tantas veces. Fue cuando volvían de colocar las cargas en un tramo del ferrocarril. Se creían ya a salvo, estaban fumando tranquilamente, cuando Yúrik, un compañero soviético, dio la voz de alarma. Ya era tarde. Un fuerte destacamento alemán les tenía rodeados. Cañas, Vinográdov, Yúrik y Beltrán lograron abrirse paso, correr, saltando de árbol en árbol, hasta llegar a un pequeño río. Juan Beltrán iba herido. Cañas se lo echó a la espalda y con él así se metió en el agua.

– Esos nos están dibujando –dijo Cañas, debatiéndose con la corriente, agobiado por el peso de su compañero.

En la orilla, seguros de su presa, esperaban los fascistas. Nadie más que Yúrik pudo huir.

– Ha sido terrible –jadeaba Yúrik–. No sé cómo he llegado aquí.

Le sujetaron dos compañeros y le metieron en el campamento. El jefe entró en seguida y, al ver solamente a Yúrik, preguntó:

– ¿Qué ha pasado?

"Sí, claro, los han cazado. ¿Y con qué nos pueden pagar gente como ésa?"

– . . . El "Americano" me dijo: "¡Sálvate tú!", y yo no podía hacer nada, porque también estaba herido, y él llevaba a cuestas a Beltrán, que se desangraba por una pierna. . .

"¡Y lo que nos reíamos con él! Porque es que nunca se le veía de mal humor. ¡Qué cosas se le ocurrían! ¡Mira que decir a los koljosianos que era americano! A él no le gustaba hablar de lo que había hecho en España. Los koljosianos le adoraban".

– ...Volví la cabeza y vi que a Cañas y a Beltrán se los llevaban los fascistas.

Todos los pensamientos se pararon entonces en la cabeza del jefe.

– ¡Prisioneros? ¡Van a hacer horrores con ellos! Hay que enterarse de a dónde los llevan. A lo mejor les podemos ayudar.

– Si no, lo que sí podremos es vengarles –dijo Yúrik.



José Ortiz Cañas era conocido entre los guerrilleros y los koljosianos por el "Americano"

Yúrik era muy joven. Tan joven como el jefe, el komsomol Serguéiev. Para Yúrik, José Cañas había sido un héroe como los que aparecen en los libros, como los que la historia cuenta con una voz romántica y soñadora, un hombre al que se quiere imitar, al que Yúrik imitaría siempre.

Salieron varias parejas para enterarse de la suerte de Cañas y de Beltrán. Por todas las aldeas, los alemanes habían hecho saber que el "Americano" y su ayudante habían sido fusilados a doce kilómetros de Velikie Luki. Precisamente el "Americano". Porque por todo lo que después se ha podido averiguar, está claro que los hitlerianos creyeron siempre que aquel prisionero, que fingía no hablar ruso y que no hablaba alemán, era americano. Lo que decía un viejo koljosiano:

– Ese era de lo que no hay. Siempre supo engañar a los fascistas. Y hasta al morir, los engañó.

Tardaron algún tiempo las mujeres de aquellas aldeas en resignarse a no ver de cuando en cuando aparecer por allí a aquel extravagante con la chaqueta a cuadros, la máquina de retratar colgada de un hombro, haciendo juego con el fusil, y

las polainas polvorientas. Cuando mucho después se preguntaba a gentes de esas aldeas qué recordaban de los guerrilleros españoles que anduvieron por allí y se les daban las señas de José Cañas, algunos decían:

– ¡Ah, ése era el "Americano"! Sí, estuvo por aquí...

Otros precisaban más:

– Yo no lo conocí, pero los viejos hablan mucho de él. Era el terror de los fascistas. Dicen que murió como un héroe.

Alguien puntualizó:

– Al "Americano" le vi como les estoy viendo a ustedes. Y aquí no le olvidaremos jamás. Escriban ustedes algo de él. Se lo merecía.

EL ICONO MILAGROSO

Escribir de todos los que en aquellos años se lo merecieron sería intentar una historia en la que siempre faltarían nombres. Siempre habría alguno de menos, aunque, eso sí, seguro que no habría nadie de más. Y tampoco vaya a creerse que el ocupar en esta evocación más o menos espacio es rasero para medir lo que cada uno hizo, o dejó de hacer, en esta hermosa aventura de su vida y, para muchos, los más, de su muerte.

Uno de estos hombres era Andrés Milla Millán. En junio de 1941 torneaba piezas en la fábrica de tractores de Járkov. En otoño de aquel año estaba haciendo lo mismo en Stalingrado. Hasta que en febrero de 1942 dejó el torno por el fusil.

En los partes del Mando guerrillero en la zona de Podolsk puede encontrarse más de una vez el nombre del español Andrés Milla. Y al lado, las palabras "voladura", "golpe de mano", "aldea liberada", "justicia guerrillera"...

Lo que no se cuenta en los partes son los días y las noches de andar y desandar por una tierra en la que no se sabe si al volver de un árbol va a surgir un centinela alemán o una muchacha campesina que, a lo mejor, anda también ocultándose.

Cuando a Milla y Trillo se les acabaron las provisiones –solos los dos en el bosque bielorruso–, lo primero que se plantearon fue comer. Era un grupo de siete u ocho casas con el aspecto de no haber estado habitadas nunca. Y, sin embargo, tras aquellas paredes vivían juntos el miedo y la esperanza.

– Hay que acercarse y ver quién hay en alguna de esas casas.

– Esto no tiene pinta de que por aquí haya alemanes –observó Milla–. Lo más probable es que sea uno de esos caseríos que se quedan en tierra de nadie. Pero sí, vamos a ver.

Sin demasiado sigilo, Milla llamó a una *jata* y la puerta no tardó mucho en abrirse.

– A mal sitio venís, hijos –empezó a lamentarse la vieja, toda de negro, con una expresión entre astuta y desconfiada en los ojos–. Pero. . . pasad, pasad.

Lo primero que vieron Milla y Trillo al entrar en la casa fue un icono con harapientas flores de trapo.

La escrutadora mirada de Milla descubrió una alacena donde se le antojó que se ocultaban sabrosos bloques de manteca y quién sabe si trozos de tocino.

Como adivinando sus pensamientos, Trillo le dijo al oído a Milla:

– La dueña no tiene cara de pasar hambre.

Pero los dos guerrilleros sí la pasaron. Aquella mujer, que por lo visto estaba curada de todos los espantos, ni les preguntó quiénes eran ni de dónde venían. Y es que por aquellas casas tan pronto pasaban los alemanes como los guerrilleros, y los pocos vecinos –un par de viejos y unas cuantas mujeres– ya estaban acostumbrados a fingir con los unos y a expansionarse –no mucho, tampoco– con los otros.

Todas las mañanas tocaba la campana de la pequeña iglesia del pueblo. Y todas las mañanas, la dueña de la casa donde se alojaban Milla y Trillo salía con la cabeza envuelta en trapos negros y volvía una hora después murmurando, sin duda, contra Trillo y Milla. La mujer hacía reverencias al icono, se persignaba con ese solemne ademán de los cristianos ortodoxos y, luego, se quedaba mirando hosca y reprobatoria a aquel par de descreídos.

Hasta que, un día, Milla le dijo a su compañero:

– Cuando la vieja vuelva mañana de la iglesia, tú haz lo que haga yo y verás qué banquete nos damos.

Crujió la puerta, se oyeron los pasos de la mujer, que cuando entró en la casa quedóse parada de asombro. Milla y Trillo, con el aspecto más beatífico del mundo, estaban de rodillas ante la imagen bisbiseando algo que podría ser una oración.

La vieja los dejó solos, entregados a su edificante menester, y volvió al poco trayendo una gran jarra de leche.

Un gesto de Milla detuvo a su compañero, que olvidándose del icono quería lanzarse sobre el espumeante líquido.

Soltaron los guerrilleros todavía algún latinajo macarrónico, se persignaron y, llenos de unción, se pusieron en pie. Milla hizo tres veces la señal de la cruz sobre la jarra y se la ofreció a su compañero. Este bebió un largo trago y se la devolvió a Milla, que le dio un tiento definitivo.

La vieja los miraba estupefacta.

– Pero, hijos míos, ¿en qué lengua rezáis?

– En georgiano, abuela –contestó Milla–. Yo, cuando empezó la guerra, estaba en un seminario de Tbilisi. Me faltaba sólo un año para ser pope.

– ¡Si ya decía yo! –murmuraba la mujer.

Y desde aquel día, y durante los cuatro o cinco que pasaron allí, a los dos guerrilleros españoles no les faltó la jarra de leche, el tocino alguna que otra vez y unos huevos fritos de cuando en cuando.

La primera operación en que Milla tomó parte al poco tiempo fue una de las que él recordaba con más emoción. Y es que hubo que echarle mucho ingenio y mucho valor a aquella voladura en pleno día. Después de haber dejado pasar las patrullas alemanas de vigilancia, colocaron las cargas cuando aún se veían alejarse las espaldas de los nazis. Al darse éstos la vuelta, ya los guerrilleros estaban internándose en el bosque.

Como siempre, por el ruido de las explosiones calcularon los guerrilleros si el tren era de municiones e incluso si llevaba bombas de aviación. Era éste el ferrocarril Vítebsk-Podolsk, arteria muy señalada en los mapas del transporte alemán y en los planos de las operaciones guerrilleras. Muchos metros de carril se los arrancaron las minas de Milla y de sus compañeros.

El sol de las seis de la tarde en agosto se nubló de pronto cuando un largo convoy saltó con un aullido de metal y un fragor de disparos. Porque este tren llevaba a toda una unidad hitleriana, y cada vagón era un nido de ametralladoras. Incluso las voces de los alemanes se oían en el escondite del bosque, donde los ojos, los oídos, los pulsos, el corazón de media docena de hombres detectaban el estruendo, los gritos y, quizá, algún desesperado gemir.

Amanecía cuando el grupo de Milla, después de muchas vueltas por el bosque, llegó a una aldea. No hizo falta ninguna precaución porque un viejo campesino salió a su encuentro voceando:

– ¡Bienvenidos, muchachos!

El hombre corría abriendo los brazos, en los que cayó Milla.

Luego, el hombre –todos descansaban, sentados, a la puerta de una casa– explicó que era la primera vez que ellos habían visto volar un tren de los malditos bandidos alemanes.

– Estas casas son de un koljós –les explicó–. Bueno, de lo que queda del koljós. Yo soy el presidente, también una ruina de presidente; pero, a pesar de que estamos a unos quince kilómetros de los alemanes, aquí hacemos nuestra vida soviética. Somos unas cuantas familias, y ayudamos en lo que podemos a nuestra gente.

A todo esto se habían juntado en torno a los guerrilleros unas cuantas mujeres, algunos arrapiezos, que miraban y remiraban las metralletas, y dos o tres campesinos.

– Bueno, esto hay que festejarlo –dijo el presidente del koljós–. Y como supongo que tendréis apetito, os invito a que comáis todo el cerdo que se os antoje.

– ¿Ha dicho usted cerdo? –inquirió Milla, desconfiando de sus conocimientos del ruso.

El presidente se echó a reír.

– Precisamente cerdo, no. Es una puerca, la única que nos queda. Y que ahora mismo la vamos a matar.

Eso de matar a una cerda se dice mucho mejor que se hace. Y es dudoso que jamás la complicada operación de la matanza porcina se haya realizado menos ceremoniosamente y con más rapidez.

El jefe del grupo guerrillero, que era un ucraniano muy expeditivo, con la ayuda de Milla amarró al animal a un carro. Cinco tiros en la cabeza adelantaron el San Martín de la marrana.

Y luego, entre todos, con el sabio concurso de las campesinas, descuartizaron al animal, y fue el festín. Larga y suculenta cena, a la que siguió larga y jocosa sobremesa. Como que dio tiempo a que llegase un enlace y comunicara que los alemanes habían llegado con un tren de socorro desde Vítebsk y todavía estaban reparando la vía. El estropicio había sido grande. Tanto, que fue uno de los que Milla apuntó en su cuaderno de guerrillero.

EL DOCTOR

Todos le llamaban así. Alto, más bien delgado, la mirada inteligente, el pelo griseando por los aladares –que es, como se sabe, fotogénico–, José María Fina tenía un aire arrogante y serio. Muy en la línea de médico de salón, aunque de todo tenía Fina menos de presunción. Sencillo, servicial, buen compañero en todo momento, se ganó el cariño de los niños españoles que educaba en una escuela de las cercanías de Stalingrado y de los hombres con quienes combatió en las mismas filas guerrilleras.

La guerra no fue para él una novedad. En España había sido comandante de Sanidad Militar. Lo nuevo fue la aventura guerrillera, con su sabiduría de minas y explosivos.

El doctor José María Fina se hizo doctor en la instrucción de minadores guerrilleros. Operó en la retaguardia alemana del Frente de Kalinin, en Tuapsé, en Ucrania. Pasó tres meses en campo enemigo, donde su sección destruyó unos diez o doce convoyes.

En todas partes era el "Doctor". A veces le llamaban también el "Catalán". Y siempre, amigo y camarada. Cuando sus compañeros contaban una que otra hazaña, Fina aconsejaba siempre:

– No hay que exagerar. . .

El no exageró nunca. Procuraba pasar desapercibido, con una modestia que tenía mucho de esa dignidad interior del catalán. Cuando alguien contaba, por ejemplo, aquella incursión de sesenta kilómetros en campo enemigo, él decía:

– No hay que exagerar. . .

Y si en una conversación se explicaba:

– Fina ha instruido como jefe a varias compañías de ingenieros. . .

El "Doctor" contestaba:

– Sí, eso sí. Instruir, curar: ésa es mi vocación.

LA VIDA VALIA MAS ASI

Se pasó la mano por la cara, y la barba de no sabía cuántos días, o semanas, o meses, o a lo mejor años, le pinchó los dedos. Se notaba sucio, andrajoso, abrumado. Y eso es lo que más le molestaba.

"¿Dónde se habrá metido ese muchacho? A lo mejor se ha

perdido. O me he perdido yo. Para el caso es igual. La cuestión es que estoy aquí más solo que la una".

Rafael Estrela se puso a mirar a derecha e izquierda, anduvo unos pasos por un sendero, dudó, se adentró por otro, por fin se detuvo otra vez y sacó el mapa.

"El punto de reunión es éste. Pero ¿cómo me oriento yo en esta soledad? Mi ayudante debe haberse reunido con el grupo. Serenidad, Rafael, serenidad. Desde la vía has andado unos cinco kilómetros. Siempre hacia el Norte. De manera que debes estar a la altura de... Sí, éste es el pueblo. Por él pasé una vez con Gullón. Pero debe estar en manos del enemigo. No hay más que seguir adelante y, como dice el reglamento de la Guardia Civil, vista larga y mala intención".

Rafael echó a andar. Entonces notó de pronto que no era la barba ni la ropa sucia lo que le tenía tan irritado. Era el hambre. El hambre, que se puso a dar tirones del estómago y a proyectar en la cabeza la película de todas las comilonas que en su vida había tenido Estrela.

"¿Por qué me dejaría aquellas gachas de maíz diciendo que olían mal? ¡Olían a jamón serrano!"

Nada más evocar la palabra jamón empezó a llenársele la boca de una agüilla áspera y desagradable.

"Esto del hambre, como se quita es no pensando en cosas de comer. Claro, como se quita mejor es comiendo. Pero eso yo no sé cuándo sucederá".

Y Rafael se puso a pensar afanosamente en otras cosas. El Instituto de Idiomas en Járkov. *Quatre jours vont ainsi s'écouler sans incidents... Ceux qui vivent, ce sont ceux qui luttent...* Porque Rafael Estrela estudiaba francés cuando empezó la guerra. Se acordó de Gullón. "¿Dónde estará Paco? Las pasamos duras al salir de Járkov. Y mucho más duras después en el mar de Azov. El primer tren es el que vale. ¿Sería verdad que era la primera vez que se probaban aquellas minas eléctricas? *Ceux qui vivent, ce sont ceux qui luttent...*"

El vivía, él tenía derecho a vivir, tenía derecho a la vida que estaba ganándose, ya desde su adolescencia en España, a golpes con el destino, a golpes con el enemigo, a golpes con la muerte. La vida valía más así. "Aquel Víctor Hugo no era ningún chalado. Sí, los que viven son los que luchan. Aunque mueran".

Un ruido lejano detuvo los pensamientos de Estrela.

– Juraría que...

Sí, era lo que Rafael se había figurado.

"Co-co-có, co-co-có..." Rafael, instintivamente, se puso a imitar el cacareo de las gallinas. Porque no había duda: allí, muy cerca de allí, unas gallinas habían cacareado. Rafael aceleró el paso, orientado por aquella brújula prometedora y, sin duda, comestible. Pero Estrela se paró de repente. "Eso no son gallinas. Por aquí viene gente".

Eran voces, que cada vez se oían más distintamente. Voces de mujer. Rafael se ocultó al acecho.

– ¡Alto!

Las mujeres no se asustaron mucho. Vieron a Estrela con aquella pinta, muy familiar para ellas, y en seguida comprendieron que no era un alemán. También le creyeron que era español y que andaba con los guerrilleros. Ellas iban precisamente por las gallinas, aquellas gallinas que habían quedado en una de las pocas casas que el fuego perdonó. A Rafael le extrañaba mucho que los alemanes no se hubieran llevado las gallinas, pero en la guerra ocurren cosas extraordinarias.

– Ven con nosotros y podrás descansar un poco.

– Pero ¿no hay alemanes por aquí?

– Esos diablos están en todas partes y no están en ninguna. Vosotros los tenéis desesperados. Ahora nuestro pueblo está tranquilo. Vamos, muchacho.

La aldea estaba cerca, efectivamente. Bueno, la aldea. Cuatro o cinco casas, algún corral, alguna huerta y un viejo. Un viejo que se quedó mirando largamente a Rafael. Un viejo sin edad y sin palabras.

– Vio cómo se llevaban a la nieta. Y desde entonces no despega los labios, no hace más que mirar. El abuelo debe haberse vuelto loco –explicaba a Rafael una mujer ya mayor, que se había empeñado en llevarle a su casa.

Tres chiquillos rodearon a Estrela, al principio temerosos y, después, subiéndosele ya por las rodillas y subiéndosele, en el sentido literal, a las barbas.

– Está muy buena la leche –dijo Estrela, pasándose la lengua por los labios.

– Menos mal que escondimos la cabra, que si no, ni eso tendríamos. Y fíjese, sin leche y con tres chicos pequeños.

Por lo visto, también habían escondido tocino y maíz, porque de todo esto le dieron a Rafael.

– ¿Habrá usted pasado mucho, verdad?

La madre se había sentado enfrente y le miraba así, como

miran las madres. Rafael empezó a contar. Pero se le cerraban los ojos, se le vaciaba la cabeza. Ahora sólo tenía sueño, unas ganas terribles, irrefrenables de tumbarse y de dormir.

La mujer le dijo:

– Escuche, aquí es peligroso que se quede mucho tiempo. Esos malditos pueden venir. Pero no lejos de aquí hay un sitio donde podrá descansar. Allí no van a mirar.

Le acompañó un chico de unos diez años a las afueras de la aldea, donde había un pajar cubierto. Rafael se aflojó el cinturón, se echó el gorro sobre los ojos, apretó la metralleta entre los dos brazos, sobre el pecho, y se tumbó sobre el heno.

Cuando a la mañana siguiente estaba despidiéndose Rafael de la mujer que tan hospitalariamente le había acogido, un chiquillo entró todo asustado:

– Mamá, *niemtsi!*

Al oír la palabra "alemanes", la mujer apremió a Rafael:

– ¡Váyase, váyase en seguida! Si le pillaran aquí, no sé qué sería de nosotros. Usted comprenderá. . .

Estrela comprendía. Tranquilamente dio un beso al pequeño y salió.

Era difícil que los alemanes se entretuviesen en buscar guerrilleros por allí. Porque si es difícil encontrar una aguja en un pajar, no lo es menos encontrar a un hombre perdido en el bosque. Desde unos cien metros de la aldea, Estrela vio cómo los alemanes bajaban de los camiones y se metían por las casas.

El guerrillero siguió adelante a la ventura. "Vamos a ver. Rzhev debe estar a unos quince kilómetros. Si no estoy desorientado por completo, el pueblo en que debíamos reunirnos todo el grupo queda a unos cuantos kilómetros más. Animo, que, si hay suerte, mañana estaré en ese pueblo".

Hubo suerte. Estrela se encontró a dos soldados soviéticos que habían perdido el contacto con su unidad. Ellos le llevaron a dormir a un caserío próximo y le indicaron el camino del pueblo.

Los vio bajar corriendo –seguramente gritaban–, agitando los brazos. El se paró. Suspiró hondo y fuerte.

– ¡Rafael! ¡Rafael!

Parece mentira lo que a veces es para un hombre sentir en la mano la mano de otro hombre.

– Sabíamos que no te había pasado nada. Bueno, lo presentíamos –le decía Abelardo, palmoteándole el hombro.

– ¿Y vosotros? ¿Qué?

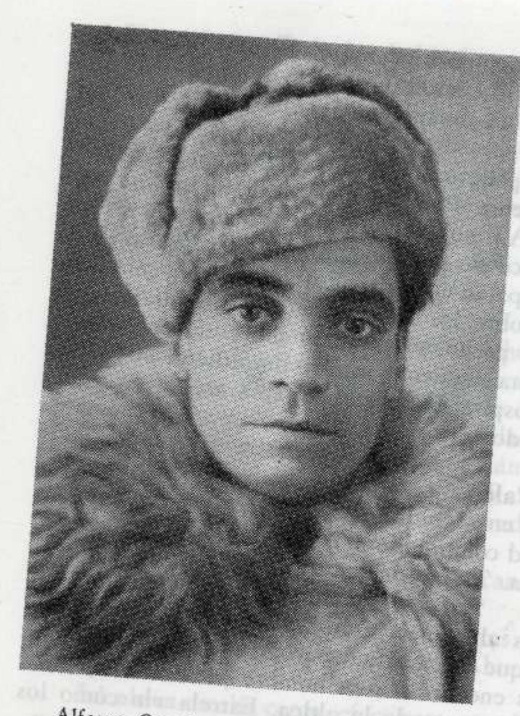
– Bueno, ya te contaremos allá arriba. Ha habido de todo. La orden es ahora reagruparnos y seguir en dirección de la línea del frente. Pero eso, tú decidirás. Para algo eres el jefe.

En el pueblo, sobre el altozano que dominaba toda aquella extensión, el grupo recibió a Rafael como se recibe a un resucitado.

– Pero ¿cómo te perdiste?

– ¿Sabes? Tuvimos un encuentro con los policías alemanes.

– Tienes que afeitarte esas barbas.



Alfonso Casulla combatió y murió junto a José Ortiz Cañas

– Dicen que va a haber operaciones en el sector de Rzhev. Rzhev. . .

Rafael Estrela recordaba de Rzhev una inmensa antorcha, una columna de humo que lo ennegrecía todo y el olor, ese olor acre, hiriente, que alfilerea los ojos y raspa la garganta y quema el corazón. El olor de Járkov en llamas, el olor de Rzhev convertido en hoguera, el olor de los caseríos devorados por el fuego, mientras un caballo relincha enloquecido y una madre grita como un animal castigado.

Por la operación de Rzhev, el teniente mayor Rafael Estrela fue condecorado con la Orden de la Estrella Roja. Era la segunda condecoración. La primera, la Orden de la Bandera Roja, la ganó en los combates del Sur.

Luego fueron Ajtiúbinsk, Alma-Atá, Tekelistrói, ya cerca de la frontera china, donde estuvo Estrela instruyendo a varios grupos especiales. Más tarde, el Cáucaso, Stalingrado, Moscú.

El 17 de enero de 1945, cuando los caminos de la guerra se acercaban a Berlín y por la Unión Soviética todas las sendas eran ya sendas de paz, Rafael Estrela fue desmovilizado.

En Járkov volvió a su estudios del francés.

Ceux qui vivent, ce sont ceux qui luttent; ce sont.
Ceux dont un dessein ferme emplit l'ame et le front...
...Ceux dont le coeur est bon, ceux dont les jours sont pleins.
Ceux-là vivent, Seigneur!, les autres, je les plains.

NATASHA SE QUEDO

– Natasha, te llama el jefe.

Maquinalmente, Natasha se sacudió la melena, y no porque el jefe fuese español y la mirase a veces como miran los españoles. Ese era un gesto que ella hacía desde cuando iba a la escuela, y que, a veces, ahora, cuando lo hacía en presencia de los alemanes, daba lugar a que alguno de aquellos fritzes se creyese otra cosa.

Natasha era bonita. Más bien alta, breve de cintura –"Niña, te voy a comprar una pulsera para que te la pongas de cinturón", como le hubiera dicho Cañizares, si Cañizares no viese en Natasha, más que nada, a esa hermana pequeña de la que uno se siente orgulloso, un poco novio y un mucho padre–; los pómulos, agujereando la piel, lo que hacía más hondos los ojos grises, siempre un poco entornados, menos cuando reía y se le llenaban de chispas. Entonces, los dientes tenían una blancura húmeda, y la boca parecía más grande de lo que en realidad era. Y como echaba la cabeza hacia atrás para reírse y reírse con la gloria de sus diecisiete años, el jersey se le ceñía más aún al torso.

Natasha era valiente. Había visto de la guerra, esa guerra que se había metido tan traidoramente en su ciudad, en su casa, en su escuela, la cara peor, el lado más vil y la trinchera más difícil. No, no eran los combates, con los "hurras" del ataque y las banderas ondeantes, como ella había leído en relatos de la guerra civil. El campo de batalla podía ser, y muchas veces era, unos metros de ferrocarril o unos metros cuadrados de habitación donde se sorprende a un puesto de mando alemán. Las armas, para ella, consistían en la habilidad de sonsacar unos datos, en la memoria para retenerlos y en la audacia para hacerlos llegar a su destino.

Francisco Cañizares la vio entrar en la leñera, donde llevaban refugiados dos días.

– Mira, Natasha, así no podemos seguir. . .

Paco, que era el ayudante de Cañizares, opinó:

– Es que dos semanas a té hecho con nieve y a dos o tres mendrugos diarios son ya muchas semanas.

Natasha sonreía sin comprender, porque todo esto lo había dicho Paco en español.

Cañizares le dijo:

– Natasha, te he llamado porque solamente tú puedes salvarnos. Solamente tú puedes andar por ahí sin infundir demasiadas sospechas. . .

– Por algo soy exploradora –presumió la muchacha.

– No solamente por eso, sino porque no hay otro remedio. Cerca de aquí debe haber alguna aldea.

– Si no, no estaría aquí esta leñera –observó Paco.

– Sí –dijo Natasha–. Yo me he alejado un poco por ahí y he visto rodadas de carros en la nieve. No hay duda de que nos encontramos cerca de alguna aldea.

– Que probablemente estará en poder de los alemanes –reflexionó Cañizares.

– Eso es lo que yo tengo que comprobar –dijo Natasha, disponiéndose a salir.

– Espera, chica –sonrió Cañizares–. Todavía habrá que precisar algunos detalles. . .

La verdad es que Cañizares no sabía lo que había que precisar. Lo que sabía es que si no lograban víveres, el pequeño destacamento de que era jefe sucumbiría de algo que no suena muy heroico: inanición.

Sí, hacía dos semanas más o menos que los habían tirado en aquel pedazo de estepa de las cercanías de Stalingrado. Habían luchado, y aún seguían luchando, con el frío, un frío terrible que la falta de comida hacía insoportable. Los cuarenta grados bajo cero parecían cuatrocientos, como aseguraba Bernardo Parra. Habían puesto cuatro minas en la vía férrea. Dos trenes se habían despanzurrado en ellas. Uno llevaba más de ochenta tanques. Pero a Cañizares le preocupaba, sobre todo, una cosa: que aquél no era el sitio en que estaba previsto que les parachutaran. Todo quedaba, pues, un poco al azar, ese azar de la guerra que a los valientes suele pintarles bien. Y por eso, Cañizares decidió echarle valentía. Por lo pronto, ahora la cuestión era comer. Y eso dependía exclusivamente de Natasha.

– Entonces, camarada comandante, usted dirá cuándo tengo que salir. Yo creo que esta misma tarde.

– Pues si lo crees tú. . .

La chica se cuadró, y Cañizares y Paco la vieron salir en silencio del cobertizo. Los dos hombres se miraron y los dos dirigieron la vista hacia el camino. Aunque aquello no era ningún camino. O quizá sí lo fuese. Era la estepa, la estepa desnuda, la estepa de hielo; un hielo gris, que allá donde moría el último sol sin calor de la tarde invernal tomaba un brillo de bayoneta. Por allí se alejaba la figura de Natasha, cada vez más pequeña, cada vez más oscura, hasta no ser más que una mancha minúscula que se desvanecía en la nieve.

– ¿Volverá?

Cañizares no contestó a la pregunta de su ayudante. Unicamente dijo:

– Lo que yo daría ahora por un mataquintos de los que fumaba en mi pueblo. . .

(El pueblo de Francisco Cañizares era un pueblo entre campesino y obrero, mezcla de los dos, que es una buena mezcla para dar hombres de entereza y decisión. La Carolina, en la tierra jiennense de entraña mineral y sangre de aceite, combinaba las dos cosas. Aunque dominaba la minería, que daba al pueblo un tono bronco y duro, sobre todo en las tardes de sábado, cuando los hombres cobraban su jornal. Hombres de la tierra y de otras tierras de España. Algunos venían hasta de Murcia o de Castilla, tentados por la aventura del cobre. Muchos eran campesinos, hombres que tienen de la tierra una idea muy distinta a la del minero. El minero la odia. Cuando le arranca el mineral, goza como si le extrajera las entrañas. El campesino la ama. Cuida y fecunda su regazo, vive de ella y para ella. Aunque ella muchas veces no le dé para vivir. Cuando el campesino arroja las semillas, lo hace con un gesto de varón.

No estaba descartada la reyerta de banqueta y navaja, hasta que alguien avisaba:

– ¡La Guardia Civil!

La banqueta volvía a su sitio, y la navaja, al bolsillo de su dueño.

La pareja se asomaba a la taberna con un:

– ¿Qué pasa aquí?

– Aquí no pasa nada, señor cabo. Y si pasase, serían cosas de hombres.

– Estáis vosotros muy flamencos –decía el cabo, pasándose el dedo gordo por la correa amarilla del mosquetón–. Cuidadito con lo que se hace, no tenga que llamar a alguno al cuartelillo.

Alguien terciaba conciliador:

– Bueno, señor cabo, que hoy es sábado. ¿Quié usté un chato?

Unas veces, el cabo aceptaba. Y otras, como ocurrió un día, no le daban tiempo a aceptar.

– El señor cabo está de servicio. Y, además, él no se baja a beber con los mineros.

Esto se lo decían mirándole muy fijamente. Y el cabo se pasaba la lengua por los labios, tragaba quina, se atusaba el correaje y volvía la espalda, más ceñudo y apretado que nunca de hule y barbuquejo.

Escenas como ésa había presenciado muchas Francisco Cañizares, que en La Carolina ni bajaba a la mina ni vareaba la aceituna. Cañizares era albañil. Con mucha ascendencia, desde muy joven, entre los obreros bastante mayores que él. Huelgas, discusiones en los sindicatos, interrogatorios en el cuartelillo, mítines, las elecciones del 31... Y un año después, Francisco Cañizares dijo en casa:

– Bueno, felicitarme. Ya soy del Partido.

No tuvo que explicar más. Porque en su casa –y en muchas casas obreras de España–, cuando se decía "el Partido", no había que añadir más: era el Partido Comunista.

Y desde entonces, todos aquellos líos que Cañizares tenía en la cabeza empezaron a aclararse. Aunque no siempre las cosas estuvieran tan claras. La cuestión era que la República no había dado más trabajo ni mejores salarios. Había dado muchas esperanzas, pero los hombres se cansan de esperar. Algo así ocurrió el 34, cuando las minas y las máquinas y los andamios se llenaron de rabia y, como dijo aquel camarada del Partido que había venido de Madrid: "La próxima serán las cosas de otra manera".

La próxima fueron aquellas elecciones de febrero de 1936. Cañizares se puso a dar botes de contento: "¡Pepe y Dolores diputados!"

La verdad es que a España le había nacido –esto Cañizares lo leyó en *Claridad* o en *Mundo Obrero*– una hora nueva: la hora del pueblo. Una hora que, si vas a mirar, no llegó ni a los sesenta minutos. Para Cañizares eso estaba más

cerca, eso había sido ayer mismo, cuando, en vez de colocar minas en el ferrocarril de Rostov, andaba poniéndolas en los campos de Pozoblanco. El comandante de zapadores minadores, Francisco Cañizares Miralles es ahora jefe de compañía del 16° Batallón de la Guardia del Ejército Rojo.)

Al anochecer, apareció de vuelta Natasha. Todos salieron a recibirla y alguien la llamó Blancanieves.

– ¡Cuidado, que se te caen las patatas!

¡Patatas! Esta palabra inmovilizó a los hombres de Cañizares. Alguno pensó que había entendido mal. Porque, claro, la chica había dicho "patatas" en ruso: *kartoshka.* Pero no, debajo de aquel pañuelo había unos bultos que quizá fuesen patatas. Y no solamente patatas. Porque Natasha estaba diciendo:

– También traigo un poco de tocino y algo de pan.

– Pero, entonces, ¿en el pueblo no hay alemanes?

– No, ahora no –dijo Natasha–. No hace mucho que se han marchado de allí los nuestros. Por ahora, todo está tranquilo.

Todo esto lo explicaba Natasha mientras las dos únicas cucharas que había para siete personas pasaban de mano en mano y de boca en boca.

– ¡Qué sopa más rica!

– ¿Tú no comes, Natasha?

– No, a mí ya me han dado de comer en el pueblo.

Cañizares estaba pensativo.

– Si nos damos prisa –dijo Paco–, podremos dormir esta misma noche en la aldea. Descansar un poco. Y ya veremos luego lo que hacemos. ¿No te parece, Cañizares?

No, a Cañizares no le parecía nada de eso muy seguro. Su instinto le decía que esta zona, muy próxima a la línea del frente, no debía estar tan descuidada por los alemanes como algunos pensaban.

– Sí, es lo mejor –aseguró Natasha–. La gente de ese pueblo es muy buena. Os recibirán como me han recibido a mí.

– Además –argumentó Paco–, aquí no es posible seguir. Porque ¿qué diferencia hay entre que los alemanes te sorprendan en una leñera o en una casa del pueblo?

Cañizares levantó la cabeza:

– No, no es igual. Y tú sabes muy bien que no lo es. Pero yo no quiero que luego me echéis en cara que, por mi culpa, fulanito se murió de hambre o de frío. Os advierto que, en estas

cosas, yo no me fío de la democracia. Pero, en fin, vosotros mismos vais a decidir. ¿Quiénes son partidarios de ir al pueblo?

Nadie contestó. Cañizares se los quedó mirando. Comprendió la pugna que en cada uno de ellos se estaba librando y decidió:

– Bueno, preparémonos a marchar.

Hubo como un respiro de alivio, los hombres recogieron sus cosas, Natasha echó delante y el pequeño grupo se puso en camino.

*

– ¡Madre! ¡Los alemanes!

Cañizares, como se dice en las novelas, se puso en pie de un salto.

– ¡Claro, tenías razón. . . !

– Ahora no se trata de quién tenía razón.

Y encarándose con la mujer, preguntó:

– ¿Dónde podemos escondernos?

El muchacho, que había vuelto a la puerta de la casa, gritó:

– ¡Ya están ahí!

Se oyó el traqueteo de unas ruedas. No era posible salir de la casa. La mujer le indicó a Cañizares:

– Arriba, en la bohardilla.

El chico decía:

– Vienen para llevarnos a Alemania. Tienen una lista. Dicen que de este pueblo tienen apuntados a diez.

En la calle sonó un tiro. Era, por lo visto, la señal para que comenzase la redada. Desde la bohardilla, Cañizares veía el coche, tirado por dos hermosos caballos, y los policías, que se dirigían a la casa. Cañizares no lo pensó mucho. Saltó de la bohardilla a la calle. Los policías se pegaron un susto tremendo y no pensaban más que en escapar. Debieron creer que allí había una unidad guerrillera y que había llegado su última hora. Los policías saltaron al coche y arrearon a los caballos, mientras el automático de Cañizares se volvía loco de disparos. Un policía quedó muerto, en la misma mitad de la carretera, y a otro lo recogieron con la espalda empapada de sangre. Pero los otros lograron escapar. Y para Cañizares estaba claro que informarían al primer puesto alemán y era de temer que enviasen no ya un coche con media docena de traidores, sino camiones de soldados.

Los guerrilleros se retiraron a unos siete kilómetros del pueblo.

– Escapamos de milagro –comentó Paco.

Cañizares no tenía ganas de discutir. Estaba contento de que, por lo menos, habían salvado de ser conducidos a Alemania a unos cuantos chicos de la aldea. Ahora lo importante era que volviese Natasha con las últimas noticias. Al jefe guerrillero le habían dicho en aquel pueblo que no andaban lejos "los nuestros". El caso era encontrarlos.

Fue primero apenas un rumor, que debía venir de lejos, si es que no era un espejismo acústico. Pero no debía serlo. Paco lo había oído también:

– Parecen tanques.

Ya no era un rumor. Era un ruido creciente, chirriante, inconfundible. El centinela dio la voz de alarma:

– ¡Un tanque!

– ¡Preparaos! Cuando yo dé la orden, atacar con las bombas.

El tanque se paró tranquilamente ante el cobertizo. Se abrió la escotilla y asomó un gorro con una estrella roja.

– ¡Nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro!

Y siete hombres corrieron hacia aquellos dos muchachos que sonreían y que no parecían en absoluto sorprendidos. "Pero ¿cómo se les habrá ocurrido pararse aquí?", pensaba Cañizares. Uno de los tanquistas señalaba el capote-tienda colgado a la entrada del cobertizo.

– Para nosotros, fue la señal –dijo el tanquista.

"También podía haber sido la señal para los alemanes", se decía Cañizares, reflexionando que un descuido en la guerra puede ser una suerte. Aunque esto no se lo expondría a sus hombres.

Estaban charlando tanquistas y guerrilleros cuando Paco, como si adivinase lo que pasaba por la cabeza del jefe, dijo:

– El capote nos ha salvado.

Cañizares no quiso replicar: "Sí, pero igual nos pudo perder".

*

– Ha empezado el tomate.

Cañizares miró a Paco y únicamente dijo:

– Lo malo es que en ese tomate, como tú dices, nosotros no hemos puesto ni la sal.

– La sal, sí –replicó Paco–. Porque, por lo visto, nuestros informes eran exactos.

El "tomate" llegaba hasta la leñera de los guerrilleros tan cerca que muchas veces las balas pasaban silbando y hasta se veían los pellizcos negros que levantaban en la nieve.

– Son ametralladoras y algún cañón ligero –aseguró Cañizares con la experiencia de un oído acostumbrado a sabérselas todas cuando de una ensalada de tiros se trataba.

Otro guerrillero precisó:

– Están tirando los tanques. Lo que quiere decir que el combate es entre fuerzas regulares.

Paco asintió con la cabeza:

– Debe ser la batería alemana que nosotros les indicamos a los del tanque.

Tan pronto chisporroteaba más fuerte la hoguera del combate como se apagaba y sobrevenía ese silencio que siempre se dice que precede a la tempestad. Aunque, en este caso, parecía al revés.

Cañizares dijo:

– Eso se ha acabado. Lo que yo quisiera saber es qué vamos a hacer nosotros. Porque estarse aquí oyendo cómo se zumban, no es un programa muy sugestivo.

– Si te parece –reflexionó Paco–, esperaremos a que se haga de noche para salir de aquí y dirigirnos hacia nuestra retaguardia.

Incongruentemente, Cañizares exclamó:

– ¡Hay que ir a buscar a Natasha!

Todos sintieron un poco de vergüenza. Era cierto, Natasha no había regresado. Si los alemanes habían vuelto al pueblo, ¿qué habrían hecho de la joven guerrillera? ¿Habrían adivinado que era exploradora? Ella era lista, pero nunca se está seguro de que no haya algún cobarde que se vaya de la lengua. El recuerdo de Natasha se clavó entre las cejas de aquella media docena de hombres y se hizo una sola, una tensa, una sostenida mirada, que se clavaba lo más lejos posible, casi, casi en las primeras casuchas del pueblo.

Ahora el rumor venía de otro lado y eso les hizo volver la cabeza. Venía galopando un hombre, no con aire de huida, sino más bien de conquista, como si pareciese el amo de toda la estepa, del viento y del sol, colgado en el cielo sin nubes del invierno. Lástima que no flotase al viento la capa negra a lo Chapáiev. Porque el caballero más bien tenía planta de caballista. Eso le pareció a Cañizares al verle tan arrogante en la montura. E incluso el cañón del fusil asomándole por un hombro se daba un

aire de garrocha. Cañizares, Paco y los demás le saludaban agitando las manos, y él se acercaba con todo el sol sobre la estrella roja del gorro y la mano izquierda devolviendo el saludo.

El soldado –un enlace de la caballería del Ejército Rojo– les contó que el pueblo había sido reconquistado y que no tardaría en llegar a aquellos lugares una unidad soviética. ¡Qué hermoso sería todo esto si hubiera estado allí Natasha! Claro, era inútil preguntarle al jinete por ella; pero como en la vida se hacen tantas cosas inútiles, Cañizares preguntó:

– ¿No habéis visto en ese pueblo a una muchacha rubia, con. . . ?

Y se detuvo. Las señas que él podía dar de Natasha eran las de millones de chicas rusas.

El soldado contestó:

– En el pueblo no había más que algunos viejos y tres o cuatro chicos que se querían venir con nosotros. A mí me parece que lo que tenéis que hacer es reuniros con nuestra gente. Porque aquí todo se ha acabado.

– Sí, claro –asintió Cañizares–, pero todavía esperaremos hasta la noche. Y si Natasha no ha vuelto, nos pondremos en camino.

– Pues suerte, y que todos nos volvamos a ver.

Le despidieron como le habían recibido. Los gorros guerrilleros estuvieron largo rato agitándose, hasta que el jinete del Ejército Rojo fue una motita sobre la nieve.

Serían las ocho cuando Cañizares dio orden de ponerse en marcha. Era ya noche cerrada. Los hombres recogieron sus cosas, miraron por última vez a la leñera y ninguno pronunció el nombre de Natasha. Un nombre que a todos les estaba golpeando en la cabeza y en el corazón.

*

Bien comidos, bien afeitados y, unos más y otros menos, bien dormidos, los hombres de Cañizares se juntaron en la plaza de la aldea para continuar su camino. Cañizares pensaba que había cumplido con su deber. No se refería a los trenes volados. ("Si no se hubieran equivocado al tirarnos, tendríamos muchas más cosas que contar", pensaba Cañizares.) Tampoco tenía presente el hambre, el frío, la soledad. ("Lo importante –seguía cavilando Cañizares– es que he sacado a mis hombres de una situación que parecía sin salida. Lo importante es que nadie ha desfallecido, es que todos hemos sabido apencar con lo que la suerte nos de-

paró y que, estemos donde estemos mañana, sabremos comportarnos mejor".) Cañizares miraba con cariño a sus compañeros; les oía reír, charlando con las mujeres del pueblo; les veía jugar –Paco estaba en cuclillas enseñándoles no se sabía qué a unos chiquillos de cinco o seis años– con los niños de la aldea, y sentía hasta qué punto era de ellos esta gente, estos arrapiezos, estas casuchas, esta tierra, tan dolorida, tan castigada, tan invencible.

¿Era una ilusión? ¿Era el deseo de que fuese lo que ya Cañizares creía que no podría ser? Pero uno de los guerrilleros estaba gritando ya:

– ¡Natasha! ¡Natasha!

La mujer ni volvió la cabeza. No, no era Natasha. Pero el guerrillero corría hacia ella:

– ¡Natasha! ¡Natasha!

Ella se paró. Y diez, doce brazos la rodearon, se la disputaron, mientras Natasha reía y lloraba.

– Creí que no os volvería a ver. Cuando vi aquel tanque que se acercaba a la leñera, pensé que me volvía loca. No sabía qué hacer. Corrí hacia el pueblo sabiendo que en el pueblo nadie podría ayudaros, que vosotros no podríais nada contra un tanque alemán. Pero, por lo visto, pudisteis.

Cañizares se echó a reír:

– ¡Claro que pudimos! ¡Como que el tanque era del Ejército Rojo!

Paco dijo:

– Aunque teníamos ya preparadas las bombas de mano.

– Bueno, tú, no presumas. Que lo que creíamos, por lo menos lo que creí yo –interrumpió Fernández–, es que el tanque no vendría solo.

Cañizares notó que la joven, a pesar de la alegría, estaba seria.

– Entonces, tú, Natasha, ¿vienes con nosotros?

Los grandes ojos de la muchacha –"¡Qué bonita es nuestra Natasha!", le pasó por la cabeza a Paco– miraron a todos y a cada uno.

– No. Yo me tengo que quedar. Cosas del servicio. ¿Comprendéis?

Comprendieron. Dos días después, el grupo de Cañizares salió en busca de la carretera con la intención de dirigirse hacia el lugar que les indicó Natasha. No había ni ferrocarril, ni puentes, ni en realidad caminos. Todo había sido volado por los ale-

manes en su retirada. A campo traviesa pasaban algunos camiones que no podían llevar al grupo de Cañizares. Todos iban llenos de heridos. Era terrible ver los pueblos arrasados, donde alguna vez hacían alto. Con frecuencia, encontraban gentes que volvían a lo que había sido su aldea y buscaban inútilmente su casa. En uno de estos pueblos les indicaron dónde podrían encontrar una comandancia del Ejército Rojo.

Era una pequeña ciudad cerca de Astrakán. Allí, Cañizares tuvo que separarse de su grupo. Hubo que hospitalizarlo con cuarenta grados de fiebre y heladuras en los pies. Fue mucho después, cuando, restablecido, se trasladó a la ciudad de Tuapsé para, de allí, salir en dirección al frente de Kursk. Pero en el camino recibió orden de marchar a Moscú. En la capital soviética estaba reorganizándose una unidad de servicios especiales. En ella prosiguió Cañizares su vida de combatiente hasta 1945.

ARDIA COMO LA YESCA

– Hoy también tenemos turistas.

Era el ruido habitual de un avión, planeando ya para tomar tierra.

Desde la ventana del cuarto de Pedro se veía la pista de aterrizaje y, fijándose bien, podía distinguirse algún que otro aparato pintado del color de los árboles.

Luis se acercó también a mirar por la ventana.

– Unos vienen y otros van –murmuró.

– ¿Lo dices por nosotros? –terció Abad, que estaba tumbado en la cama de Pedro.

– Pues a nosotros no sé cuándo volverán a tirarnos. Me parece que ya está bien de entrenamiento –se quejó Luis.

Joaquín, el "Catalán", que le llamaban así aunque no era catalán, dijo muy serio:

– Vosotros no sabéis nada de nada. Yo he aprendido ya más que Mata Hari.

Pedro se le quedó mirando y con la misma seriedad comentó:

– No, si yo siempre he dicho que tú tienes ojos de mujer fatal. . .

Todos se echaron a reír, menos el "Catalán", que, levantándose de la silla, protestó:

– Lo que yo tengo, hoy, ya lo he demostrado.

– Pero, hombre, no te pongas así. Aquí el que ha hablado de Mata Hari eres tú.

Se abrió la puerta y entró el teniente Petrov.

– ¿Qué es lo que os pasa? Se oyen los gritos desde el comedor.

Es lo que pasaba siempre que se reunían más de tres españoles en la escuela guerrillera de los alrededores de Moscú. Y esta vez, eran media docena los que se habían reunido después de la cena en la habitación de Pedro.

Tenía aquella casa, tenía todo aquel recinto, algo de estación por la que no pocos españoles de la guerrilla pasaron desde el 41 hasta casi el final de la guerra. El nombre de "Servicios Especiales" le daba un aire de misterio, que, en realidad, estaba justificado. De allí se salía para la aventura del riesgo máximo, para la misión más responsable, para el servicio del que, muchas veces, no se regresaba. La vida, tan acechada por la muerte, unía a aquellos muchachos –rusos, españoles, búlgaros, checos o de cualquier otro pueblo– más que todas las cosas y por encima de todas ellas. Seguro que la mayoría eran comunistas o, por lo menos, el exaltante ideal de los comunistas empezaba a ser su meta. Aunque tampoco faltara el que sólo se hubiese metido en la peripecia de la lucha antifascista por un odio físico a la brutalidad, por un sentimiento de simple y profundo humanitarismo, por una pasión oscura y, al mismo tiempo, muy clara, de libertad. Todo lo cual ni está lejos del comunismo ni es, en el fondo, más que la suprema razón de ser comunista.

– La primera vez que yo vi una manifestación obrera fue en Madrid –recordaba Luis–. Yo era un chico y me quedé mirando a aquellos cincuenta o sesenta hombres que bajaban juntos por la calle llevando una bandera encarnada.

– ¡Les zumbarían los guardias! –aseguró Abad con la experiencia de su espalda medida a sablazos.

– Pues sí –siguió Luis–. Les zumbaron, como tú dices. Y eso es lo que no he podido olvidar todavía, lo que después de haber pasado yo mismo por jaleos mucho más serios se me aparece constantemente... Mirad: los "romanones", que es como entonces llamábamos a los guardias a caballo, se lanzaron sobre aquel puñado de hombres rompiendo sus filas. Yo me fijé en uno, me parece que lo estoy viendo, con una chaqueta de pana y el pelo ya blanco, que se paró y levantó las manos. Vi cómo

el sable caía sobre un hombro, derribando al obrero. Le vi bajo las patas del caballo, estoy seguro de que no gritaba, de que estaba increpando al guardia. Yo no podía echar a correr. Yo quería ver qué pasaba con aquel hombre. Y vi cómo otro par de guardias le arrastraban de los brazos, lo acercaban hasta un coche celular que había allí cerca. Ya casi no era un hombre, era un montón de ropa, pero eran unos ojos que brillaban más que todos los sables juntos. Una mujer dijo a mi lado: "Es un comunista"... Claro, yo no sé si era comunista; pero para mis diez años era el primer comunista, mi comunista, si queréis, el que me ha venido acompañando con su mirada, con su gesto, con su cara ensangrentada, toda mi vida.

Nadie dijo nada. Todos habían tenido un obrero, un revolucionario así en su vida, muchos en su mismo hogar; muchos le habían ido a ver a ese sitio donde se ve a los hombres en toda su fuerza irrompible: la cárcel. Y le habían escuchado decir, con una voz ronca, mojada de todas las ternuras: "¿Cómo estás, hijo?"

– Pues eso no es nada –la voz de Abad rompió la tensión– para lo que ahora están haciendo en España.

El teniente Petrov, que aunque no hablaba bien el español había entendido lo principal, murmuró:

– Lo que están haciendo en el mundo, lo que están haciendo los fascistas en mi patria.

El que más y el que menos de aquellos españoles lo había visto con sus ojos, lo había sentido con todas sus venas estallantes de rabia en la tierra soviética arrasada por un vendaval de asesinos insaciables. Por eso no tuvo nada de solemne lo que dijo Pedro:

– Nuestra patria, camarada comandante.

Petrov levantó sus ojos grises de niño grande y dijo:

– Sois la gente más buena del mundo...

Pedro se escandalizó:

– Vamos, camarada comandante, gente buena hay a montones en todas partes. Aquí habéis empezado a hablar de comunistas y de comunismo. Yo también quiero decir una cosa: que, sin despreciar a nadie, me atrevo a afirmar que los comunistas somos siempre los primeros en dar la cara. Y no es que seamos más valientes que otros. Lo que pasa es que los comunistas sabemos que desde que entramos en el Partido nuestra vida no nos pertenece...

– Oye, que esto no es una reunión de célula –protestó Joa-

quín–. A mí no me vengas con frases hechas. Porque yo quisiera saber qué es lo que tú entiendes por Partido.

Pedro miró fijamente, pero cariñosamente, al siempre disconforme Joaquín.

– Mira, si quieres, te voy a decir lo que es para mí el Partido. No te voy a hablar de los Estatutos, ni de las consignas, ni de la disciplina, ni de la fidelidad a nuestras ideas, aunque, sin nombrarlo, también te voy a hablar de todo eso.

A pesar suyo, Joaquín escuchaba interesado. No, aquel no era el tono que a veces había oído a los instructores del Partido en España.

– Mira –seguía diciendo Pedro–, para mí, el Partido es ese obrero bajo las patas de los caballos, que vio Luis; las mujeres de mi pueblo que iban a varear la aceituna; los chicos que van descalzos y son limpiabotas; los que venden periódicos y no saben leer. . .

– Sí, vamos, todos los explotados y oprimidos –puntualizó Abad.

– Todos los que dan el callo –dijo Vicente, menos enfático.

– Vosotros planteáis las cosas –empezó a decir Joaquín– como si antes de los comunistas mucha gente no hubiera dado la barba para acabar con todas esas injusticias.

– Pero el caso es que con las injusticias no han acabado nadie más que los comunistas –observó Abad.

Joaquín no se quería dar por vencido.

– Pero, oye, ¿es que vas a decirme a mí que no hay mucha gente honrada y buena, que no hay revolucionarios que no son comunistas?

Luis quiso poner los puntos sobre las íes:

– Todo eso es verdad; pero a mí me parece, Joaquín, que tú discutes sin método.

– ¿A mí para qué me hace falta ningún método? –se enfadó Joaquín–. Vosotros sois unos revolucionarios escolares.

Abad se tiró de la cama.

– Bueno, ¿y qué quieres decir con eso de escolares?

– Habrá querido decir escolásticos –aclaró Vicente, oscureciéndolo, como le ocurría casi siempre.

– Yo digo escolares –explicó Joaquín– porque todo eso lo han enseñado en la escuela del Partido. Y yo tengo mucho bigote para ir a ninguna escuela. Yo lo que he aprendido lo he aprendido metiéndome en todos los follones de Barcelona, donde sabéis que raro era el día que no teníamos huelga.

– Ya Engels habló de las luchas de barricadas en Barcelona, y añadía. . .

Abad no pudo decir lo que añadía Engels, porque Joaquín le cortó:

– Yo no sé lo que decía Engels, pero si decía eso, tenía razón. Y en esas barricadas no luchaban comunistas.

Abad le miró, moviendo la cabeza de arriba abajo:

– Pero ¡cuidado que eres chalao! ¡Y luego dices que no te hace falta ir a la escuela del Partido! A la de párvulos te debían llevar. Claro que no había comunistas, ni podía haberlos. . .

– Eso, eso –insistió Joaquín–, ahí te quiero yo ver. No eran comunistas, pero eran revolucionarios y se la jugaron como se la juegan los machos.

– Se la jugaron –retrucó Luis– y la perdieron. Ese es todo el secreto. Tú mismo te has metido en muchas huelgas. Tus amigos anarquistas han hecho no sé cuántas revolucioncitas. . .

– Oye, eso de revolucioncitas. . . –protestó Joaquín.

– Sí, Joaquín, revolucioncitas y ninguna revolución. Y no porque ellos no quisieran hacerla, sino porque no sabían hacerla.

– Engels dijo que los bakuninistas habían demostrado al mundo cómo no se debía hacer una revolución –sentenció Abad.

– Deja en paz a Engels, que ahora está hablando Luis.

– ¿Sigo? –preguntó Luis, dirigiéndose a Joaquín y sonriendo.

– Sí, sigue –asintió Joaquín, dejando ver lo que a lo mejor él no quería que se viese: que estaba interesado en lo que Luis pudiera decirle.

– Bueno, pues te decía, Joaquín –continuó Luis–, que los anarquistas no habían hecho ninguna revolución seria no porque les faltase valor y abnegación y *todo eso* que debe tener un revolucionario. Lo que no tenían era conocimientos teóricos, que es una cosa que los revolucionarios deben tener. Y lo que te digo de los anarquistas igual te lo podría decir de muchos socialistas y de otra mucha gente que no están en ningún partido. Ahora, dime tú, Joaquín, honradamente, y tú honrado eres un rato largo, porque si no, no estarías aquí. A ti qué te parece, los rusos ¿han hecho la revolución?

Joaquín estaba tocado. La pequeña tertulia parecía pendiente de lo que Joaquín fuera a contestar. Joaquín sacó una bolsita, hurgó en ella, extrajo un pellizco de *majorka* –Vicente se apresuró a ofrecerle un pedazo de papel de periódico– y se puso a liar un pitillo.

– Los rusos han hecho muchas cosas. Eso yo no lo voy a negar ni voy a dejar que lo niegue nadie. Y cuando yo estaba en la fábrica, trabajaba sabiendo, como diría Abad, que allí no había explotadores ni explotados. Yo he vivido, como vosotros, con los obreros rusos, que son hombres como los demás, pero que no tienen el miedo a la vida que yo vi que tenía mi padre en España, que también era obrero. Quiero decir eso de que dependas de un patrono, de que le sobren o le falten obreros, de que cierre la fábrica... Eso, una cosa. ¿Sabéis con quién iba a pasar yo el 22 de junio del 41, el día que empezó el tomate? Iba a ir al campo con el ingeniero de mi taller. Eso, es otra cosa.

Y como Abad hiciera un gesto, Joaquín le cortó:

– Y sé cómo se llama: nuevas relaciones sociales, pero yo digo que eso es que un hombre, aquí, en Rusia, en la Unión Soviética, no es más ni menos que otro hombre. Aunque uno sea ingeniero, como Volodia ("Porque le llamo de tú y, además, Volodia", pasó por la cabeza de Joaquín), y otro, simple obrero, como yo. ¿Cómo no iba a emocionarme yo cuando veía ir a los chicos rusos y a los españoles a las escuelas, cómo no voy a comprender yo lo que es aquí una mujer que trabaja? Pues claro que lo comprendo. A mí, lo que no me entra todavía es eso de que todo lo queráis explicar con que si el Partido por aquí, el Partido por allá. Y para que veáis que tengo razón, aquí, en la Unión Soviética, son muchísimos más los que no son del Partido que los que lo son.

El teniente Petrov, que había estado procurando entender lo que los españoles discutían con tanto ardor y que algo, en efecto, había entendido, asintió con la cabeza y dijo:

– Permitidme que yo intervenga –y como viera que Joaquín arrugaba el gesto, aclaró–: No, no voy a hacer un discurso. Vosotros sabéis que no hablo bien vuestra lengua, pero sé que me comprenderéis. Miren, eso del Partido se puede explicar de muchas maneras. Yo, aunque ya tengo más de treinta años, no era del Partido. Si les digo la verdad, no sentía necesidad de ser del Partido. Pero el año pasado, cuando me mandaron a un servicio de esos que nos mandan a nosotros y a ustedes, me fui al instructor político y le dije: "Vania, quisiera pedir que me admitiesen en el Partido". Ya veis, uno no sabe lo que puede pasarle. He vivido sin ser del Partido y, la verdad, yo no quisiera morir sin ser del Partido.

Nadie dijo nada. Solamente Joaquín se levantó, con esos prontos que le daban, y echó un brazo por la espalda al teniente

Petrov, suspiró hondo, carraspeó un poco, aunque maldita la falta que hacía carraspear, y dijo:

– Bueno, yo, morirme, no quiero morirme de ninguna manera. Pero tampoco quisiera irme al otro barrio sin tener el carnet de vosotros.

Antonio Blanco Zato sí murió con ese carnet.

*

Esa fue la noticia que trajeron "los turistas", como les llamara Pedro.

– Pero ¿cómo fue? –preguntó Abad.

Felipe, uno de los guerrilleros que acababan de aterrizar en la pista de la escuela, se encogió de hombros. No porque le fuera indiferente la desgracia de Antonio. Si le hubieran matado a un hermano, no lo sentiría más.

– Son las cosas de la guerra. . .

El teniente Petrov se acercó a Felipe.

– ¿Usted viene destinado a nuestro grupo?

– No lo sé. Por lo que me han dicho, parece que vamos a descansar unos días.

– Pero cuéntanos lo de Antonio –insistía Pedro.

– Antonio era de los buenos –aseguró Joaquín–. ¿No iba con el coronel Medvédiev? Otro de los buenísimos.

Gabriel Abad también apremiaba a Felipe:

– ¿Tú ibas con él?

– Sí, y la verdad es que todo ocurrió porque Antonio ardía como la yesca.

Pedro se impacientó:

– ¡Leñe, cuenta lo que ocurrió!

Y Felipe lo contó. . .

La "Serrana" estaba atenta a las señales de la radio. Así, de perfil, parecía más un rostro de medalla, quizá por aquel ligero brillo de bronce que tenía su piel.

Antonio dio media vuelta para ponerse frente a ella. La muchacha lo miró un momento sin hacerle caso. Pero Antonio seguía sin moverse, sentado en un tocón y parecía que no le importaba en el mundo nada más que ver cómo se movían ligeramente aquellas cejas largas, que se perdían casi en las sienes, aquellas cejas como dibujadas con un pincel y que daban a la cara de la "Serrana" una expresión que Antonio calificó un día –muy satisfecho de haber encontrado la palabra– de enigmática.

– ¿Qué estás mirando ahí, asaúra? –le gritó la "Serrana".
– Te estoy mirando los ojos.
– ¿Y qué tienen mis ojos?
– Nada. Bueno, sí. Que se parecen a los ojos de Dusia.
La "Serrana" le miró un momento y sonrió. Cuando sonreía la "Serrana" había que acordarse de todo eso de los jazmines y del nácar de que hablan los poetas –los malos poetas, claro está–, y era cuando la cara, aquella cara para sacarla en una procesión porque se parecía a la Macarena, como decía Manolo, el "Andaluz", se ponía a brillar como una candela y daban ganas de cantarla por fandanguillos: *La vi por la serranía –pintores no la pintaran– bonita como venía.*
La "Serrana" no iba por ninguna serranía. Por donde andaba era por los bosques como éste de Ucrania, en los que poco tendrían que hacer los pintores en días como aquellos de la lucha guerrillera en todo su fragor.
– ¿Y qué sabes de Dusia? –le preguntó la "Serrana".
– ¿No estás enterada? Vamos a tener un chico.
La "Serrana" se echó a reír:
– ¿Y cómo sabes que va a ser un chico?
– Bueno, eso no lo sé, claro. Pero si no es un chico, que sea una chica tan guapa y tan valiente como mi Dusia y como tú.
Porque era verdad. Y todos los que en los años cuarenta y tantos anduvieron en la guerrilla con la "Serrana", saben que era tan valiente como bonita. ¡Figúrense ustedes si sería valiente!

(En Barcelona tampoco sabía nadie cómo se llamaba de verdad. Pero todos hablaban de ella. Unos aseguraban haberla visto en Atarazanas, cuando el asalto al cuartel; otros contaban que hacía guardia en el Hotel Colón. Pero ella no era catalana. Por el hablar parecía andaluza, y de allá abajo tenía la brevedad de la cintura, lo moreno de la piel y el misterio de los ojos. Quizá el misterio no estaba sólo en sus ojos. Rodeaba un poco toda su vida. Por lo menos, desde muy joven, desde que estalló la guerra de España, en algo misteriosamente importante debió andar. Podía vérsela en algún café de Barcelona o de Madrid con gentes que no tenían por el aspecto nada de populares. Esas gentes que quedaban como un residuo de la vida anterior, mezcladas con inmunidades diplomáticas o vagos carnets de militancia antifascista. Tampoco era difícil que subiese a algún frente y

estuviera pegando tiros, como si para ella eso fuese el coser y el cantar de cada día. Si en alguna parte notaban su ausencia, nadie lo decía. La verdad es que se ausentaba por largo tiempo del círculo de sus conocidos. A veces, en el tono de lo muy confidencial, se susurraba: "Debe estar en Burgos". Claro que podían equivocarse. A lo mejor estaba en Salamanca. Donde estuvo siempre, con la cara descubierta o con la cara bien encubierta, fue en el sitio del mayor riesgo y de la mayor eficacia para la causa del pueblo español, para cualquier causa en la que de libertad y pueblo se tratase.)

Medio en serio medio en broma, la "Serrana" se encaró con Antonio:

– En vez de estarme mirando ahí como un pasmao, sería mejor que buscases al maestro armero y que se venga para acá. No sé qué se le ha roto al chisme este.

– Pero ¿tú crees que Rivas también entiende de eso?

– Ese entiende de todo... Lo que no arregle Rivas no lo arregla nadie.

En efecto, la "Serrana" tenía razón. Rivas era famoso en el destacamento por su habilidad, por su maña, aunque no solamente por eso. Porque a la hora de pelear no se daba menos arte que a là de arreglar un motor de aviación, una ametralladora o un mechero.

– Rivas, que esta pistola no funciona.

Y allí iba Rivas, y la pistola no fallaba una en el blanco.

– Rivas, este cacharro que hemos cogido a los alemanes no es más que eso, un cacharro.

Rivas lo cogía, lo miraba, lo desmontaba, lo volvía a montar y el cacharro se ponía a pegar tiros que era una bendición de Dios. O del diablo.

– Rivas, mira este reloj, que cuando son las ocho marca las diez.

Jesús Rivas lo miraba, lo desmontaba, lo volvía a montar y el reloj marchaba como... un reloj.

Rivas había montado todo un taller, que empezó por un pedazo de hierro que hacía de martillo y tenía ya herramientas, aparatos y algo muy parecido a un torno. Y no era sólo un taller de reparación de todo lo habido y por haber. Era una verdadera fábrica de lo que no había y hacía muchísima falta. Rivas fabricaba minas terrestres y marítimas, un nuevo modelo de minas de acción retardada montadas en un ingenioso maletín, carga-

dores dobles de pistola "modelo Rivas", cerrojos de ametralladora de la misma marca, instrumentos quirúrgicos, un engranaje reductor de dínamo de radio que era un portento y un fusil automático también patente "Rivas". Pero el orgullo del inventor y del destacamento eran un mortero-pistola y las minas para el mismo. Un invento del que hubieran podido dar también su opinión los alemanes y que, aunque al revés, hubiese coincidido con la que de él tenían los guerrilleros.

El taller de Rivas empezaba a hacerse célebre por todo el planeta guerrillero de los años cuarenta y tantos. No solamente reparaba las armas y otros pertrechos de su unidad, sino que también venían de otros destacamentos pidiéndole que les echara una mano, aquella habilísima mano que tenía y tiene Rivas. Esto era eficaz, sobre todo, porque el armamento que se cogía al enemigo, frecuentemente después de una voladura, solía estar averiado. No hay ninguna exageración en decir que, si no hubiera sido por el maestro de maestros armeros, muchas de aquellas armas no hubieran podido ser utilizadas de nuevo. Por inventar, inventó hasta un nuevo modelo de "parchís", que en los ratos de tregua hacía las delicias de los guerrilleros españoles y rusos. A los rusos, por cierto, les enseñó a jugar también Rivas.

Al taller de Rivas le llamaban la Brigada Internacional. Y es que allí trabajaban con el español un ucraniano, un georgiano, un polaco y un búlgaro. No se sabe si Jesús aprendió algo de cada idioma de sus compañeros de taller. Lo que sí se sabe es que a todos les enseñó algo de español.

Muchas veces, cuando no había nada o no mucho que reparar, le pedían a Rivas que contase cosas de España. Porque Rivas era también un magnífico narrador. Y, entonces –¡lo que son las cosas!– no inventaba nada. Al contrario, se callaba muchas cosas que no eran ninguna fantasía. Jesús era mecánico de aviación. Un bello oficio que había aprendido difícilmente, trabajando y estudiando a la vez; un oficio que a él le entusiasmaba y en el que había campo para demostrar la inventiva y la habilidad. Pocos secretos tenían para él los aviones cuando estalló la sublevación fascista de julio de 1936. El arma de Aviación, como se sabe, fue en su gran mayoría fiel a la República. Cuando, por ejemplo, Rivas hablaba del general Hidalgo de Cisneros, lo hacía como cuando se nombra a un héroe de héroes, a un cabal entre los cabales. Aquel caballero del aire y de la tierra de España, aquel hidalgo de la libertad, si era querido por los pilotos, era venerado por la gente de los talleres.

Durante aquellos años de la guerra de España, Rivas recorrió, como mecánico y como ametrallador, casi todos los aeródromos de la República. El se conocía los de toda España e incluso los de Marruecos porque anteriormente había trabajado en ellos. Le tocó en suerte, en mala suerte, prender fuego a todo el material de aviación en Figueras para que no cayera en poder del enemigo y organizar la evacuación de mucha gente. Lo demás... De lo demás, lo importante era esto: estar aquí, en la pelea, dispuesto a todo y sin tenerle miedo a nada. Cierto que en este grupo de guerrilleros que mandaba el coronel Medvédiev había caído por casualidad. Y eso de caer no es una manera de decir. Es que cayó. Y no precisamente de pie. Cayó desde un avión en un sitio que no era donde debía haber caído. Quedó colgado de un árbol, tuvo que cortar las cuerdas del paracaídas y cuando se vio en el bosque estaba completamente solo. Ni sabía dónde se encontraba ni, lo que era peor, a dónde dirigirse. Esperó al amanecer para ponerse en marcha fiado en su buena suerte. Llovía a cántaros. El estómago empezaba a recordar que estaba en el organismo para algo. Por mucha que fuera la inventiva de Rivas, no había manera de darle de comer. Pasó un pajarraco y Rivas se lo cargó de un tiro. Se colgó el ave del cinto y siguió andando en busca de un sitio donde desplumarlo y comérselo. Lo que vio avanzar entre los árboles no eran pájaros ni alimañas: eran dos hombres. Rivas se escondió y, cuando los tuvo cerca, les dio el alto. Los hombres se parapetaron también, hasta que uno de ellos empezó a gritar: "¡Rivas!" Y fueron ellos los que le llevaron al destacamento de Medvédiev, donde ahora estaba con Floresat, con Gros, con Mesa, con Ortuño, con Freire, con Cartabón, con Blanco...

– Aquí tienes al maestro armero –dijo Blanco a la "Serrana".

Rivas, pequeño, con el pelo negro, vivaracho y alegre, preguntó a la muchacha:

– ¿Qué se te ha roto a ti, bonita?

– A mí no se me ha roto nada, Marconi. Al que se le ha estropeado no sé qué es a este aparato.

Rivas penetró entre los árboles, donde la "Serrana" tenía instalado el puesto.

Antonio se separó de ellos al ver que Felipe le hacía una seña.

– ¿Qué pasa?

– Ya han vuelto ésos.

Blanco no preguntó a Felipe quiénes eran los que habían

vuelto, porque se lo figuraba. Debían ser Félix y el grupo de exploradores que habían salido de reconocimiento.

Felipe le explicó:

– Han informado al jefe y parece ser que se prepara una buena en una estación que hay cerca de aquí. He oído decir que con el grupo que salga va a ir el comandante Pashin.

– ¿Y serán capaces de dejarnos aquí a nosotros guardando el puesto de radio?

– No te acalores, Antonio –intentó calmarle Felipe–. Además, alguien tiene que vigilar la radio. . .

– Estoy hasta las narices de que me digan siempre "¡No te acalores, no te acalores!" Me acaloro lo que me da la gana. Y, además, ¿quién os ha dicho a vosotros que yo me acaloro?

Antonio gritaba tanto que otro guerrillero se acercó y se encaró con los dos:

– Pero ¿qué voces son ésas? Vamos, Antonio, no te acalores. . .

(¿Cuándo le habían dicho a Antonio Blanco la primera vez que no se acalorase? Que él recordara, el primero que se lo dijo fue el coronel Modesto. Y no una, sino muchas veces, siempre que había que meterse en algún "fregao", como decía el coronel. Y como a Antonio lo que le gustaba era meterse en todos los fregaos, pues eso.

En la orilla del Ebro, cuando toda la noche era silencio y ansiedad, cuando estaban ya doblados los mapas en que había sido puntualizada aquella gran operación del Ejército Republicano, cuando cada hombre, cada batería y cada bote estaban en su sitio, cuando se podían contar los minutos que nadie contaba porque parecían horas, Modesto le aconsejó a Antonio:

– Tú haz lo que te he mandado. Pero no te acalores. Tú ardes como la yesca.

¿Quién no se acaloraba? ¿Quién no ardía como todas las yescas y estopas del mundo cuando no eran yesca ni estopa las casas incendiadas de Madrid –del Madrid que Antonio defendió–, ni los barrios pescadores del Gijón en llamas –el Gijón donde Antonio había nacido–, ni las mieses, ni las escuelas, ni la tierra de España, que ardía –¡ay, madre cómo ardía!– en el fuego de la guerra?

¿Te acuerdas, Antonio, que tenías dieciséis años cuando te presentaste en el 5° Regimiento? Esos tenías. Y dos más

cuando te hicieron teniente. Entonces te mandaron al Ebro. A la batalla del Ebro, esa batalla en la que ardió como nunca hasta entonces tu joven corazón. Porque ardió mucho después, ¿verdad, Antonio? Y eso que todo parecía que estaba en calma, en aquella calma dichosa de ir al trabajo por la mañana, a la fábrica de automóviles, en aquella ciudad que se mira en el Volga. La ciudad se llama Gorki. Era bonito trabajar en una ciudad que lleva el nombre del escritor que a ti te gustaba tanto. Eras un buen mecánico, y ya ves, aunque no había ningún motivo para arder, tú ardías en cuanto se te antojaba que algo no te salía bien. Aprendías el ruso, todos te querían en la fábrica, alguna vez te decían eso de "¡No te acalores!", pero tú entonces te echabas a reír. Lo malo era España. Allí seguía ardiendo todo, ardiendo de dolor, ardiendo de rabia, quemada de lágrimas, porque la sal de las lágrimas quema, ardiendo de odio, porque la sangre del crimen abrasa. Hasta que un día –¿te acuerdas, Antonio?, eso ya está más cerca–, te pusiste a gritar a los compañeros: "¡Ahora mismo me presento en el centro de reclutamiento! ¡Ahora me voy a matar fascistas!" Y el viejo contramaestre te decía: *Nie goriachís, Antonio, nie goriachís!*, que en español es, más o menos, lo mismo: "No te acalores". Y, por fin, fuiste guerrillero. Eres guerrillero. Ya has tenido tiempo de acalorarte con aquel destacamento de alemanes que os atacó apenas os tirasteis del avión. La metralleta era un potrillo desbocado en tus manos. El comisario te felicitó. Claro, tú sabes que eso no es más que el comienzo, que tu destino, tu hermoso destino de guerrillero es combatir en lo más difícil, en lo más anónimo, en lo más ardiente. Como esta operación que ahora, por lo visto, se prepara y en la que –¡maldita sea!– no se han acordado de ti.)

– Yo lo que os digo –terqueaba Antonio– es que me voy con el grupo.

– Nos iremos –precisó Felipe.

– El "Hermanete" no anda tampoco muy bien de disciplina –comentó el otro guerrillero.

Antonio dispuso en seguida:

– Pues mira, tú que eres tan disciplinado, busca a otro como tú y os quedáis los dos aquí cuidando de la radio.

– ¡Que te crees tú eso! Yo estoy ya entre los del grupo. Me lo ha dicho Pashin.

– ¿Pashin? –profirió Antonio.

Como si hubiera oído su nombre, el comandante Pashin apareció entre los árboles. Pero no venía solo. Antonio reconoció en seguida la figura, más bien alta, corpulenta, del coronel Medvédiev, que por caminar siempre tan erguido daba una impresión de altanería que estaba muy lejos del carácter del ya famoso jefe guerrillero. "El coronel no me va a dejar aquí. Tampoco se negó cuando le pedí en Moscú que me llevase con él. Claro que tuve que pedírselo mucho y que al principio no quería. Pero, por lo visto, insistí tanto. . ."

Y cuando Antonio se adelantó hacia Medvédiev, éste se agachó para que no le dieran unas ramas en la cara y se puso a hablar con otro español, con Félix. "¡Qué mala pata! ¡Cualquiera se acerca ahora! Se lo tendré que pedir al comandante", se dijo Antonio.

– ¡Camarada comandante!

– ¿Qué te pasa, muchacho?

– Como pasar, no me pasa nada. ¿Es verdad que van ustedes a salir?

– ¿Y un guerrillero hecho y derecho como tú pregunta eso? –le preguntó a su vez Pashin con un leve dejo de ironía.

– Es que yo quiero ir con ustedes. Tengo el mismo derecho que los demás.

Antonio había empezado ya a levantar la voz. Los guerrilleros iban alineándose en la sombra, dispuestos para partir. En el suelo encharcado de todo el día lloviendo chapoteaban los pasos de los hombres. El cielo, arriba, era una masa oscura y baja y casi se juntaba con los árboles.

Pashin le seguía mirando, y si aquello no hubiera estado tan oscuro, Antonio habría visto que el comandante sonreía.

– El coronel me mandó formar el grupo y yo lo formé –explicó Pashin–. Y el venir o no en él no significa ser más o menos valiente. La estación de radio no se puede quedar sola con la "Serrana". Para guardarla estás tú y está Felipe.

– Eso es lo que no comprendo –se quejó Antonio–. ¿Por qué tenemos que ser precisamente Felipe y yo los que nos quedemos aquí?

– No solamente Felipe y tú –insinuó el comandante.

Antonio comprendió que por las bravas la cosa podía ponerse mal y optó por las otras.

– Camarada Pashin: yo le pido, yo le ruego que nos lleve

usted a Felipe y a mí. No se arrepentirá, se lo juro. ¿Verdad, Felipe, que debe llevarnos?

Quizá Antonio no supiera que Pashin había hablado muchas veces a Medvédiev de él y le había dicho cuánto quería a este españolito, de cabeza caliente y corazón no más frío, que en cualquier momento se encendía como una llama cuando la castiga el viento.

– Te digo, Antonio, que tengo ya el grupo completo.

– Pero donde luchan cincuenta, luchan cincuenta y dos, camarada comandante.

Esto ya lo había dicho Antonio olvidándose de que no quería arrebatarse. Y Pashin le cortó:

– Pues que luchen cincuenta y dos. Revisad las armas, os mandaré un relevo y en marcha. Pero sin acalorarse, ¿eh?

– Le prometo que no, camarada comandante.

Pero tampoco esta vez cumplió Antonio su promesa.

*

Llevarían andada una hora, cuando Pashin dio orden de detenerse.

En julio amanece temprano, aunque aquí, en el Sur, no tan pronto como en Leningrado. Y aunque no eran todavía las dos de la madrugada, se advertía ya en el cielo un ligerísimo claror.

Los guerrilleros caminaban en fila india, a cierta distancia uno de otro, con rigurosa prohibición de hablar y no digamos de encender un pitillo. Para muchos de ellos, era aquélla su primera aventura guerrillera. Por lo menos, algo que estaba en la tradición de lo que debe hacer un guerrillero en la retaguardia enemiga. Los habían tirado hacía poco. Contaban que Medvédiev había sido llamado expresamente de alguna zona muy profunda, y muy importante, de la tierra soviética ocupada para organizar y ponerse al mando de esta unidad de patriotas, en las que figuraba una docena de españoles. La operación de hoy consistía en destruir un tren alemán que estaba en un apeadero cercano, el de Snovidóvichi. Los informes de Félix y de su sección de reconocimiento eran precisos: doce vagones, algunos de ellos con carga de gasolina, armamento pesado, munición y hombres. Se suponía que los alemanes estaban confiados, pues solamente uno o dos centinelas vigilaban el convoy. La tropa dormía en el mismo tren, por lo cual, además de otras ventajas, Medvédiev había ordenado que el asalto se hiciese cuando ya no es de noche y aún no ha amanecido. Esa hora en la que tanto le gusta

a la muerte andar haciendo presas, lo mismo para llevarse a uno que la espera en la cama que para sorprender a quien, en esos momentos, menos piensa en ella. Hora propicia para tomarse la justicia por la propia mano, mejor dicho, la justicia por la mano del pueblo, por la mano de la patria, que todo eso, y mucho más, es el brazo del guerrillero.

El plan era sencillo: doce vagones y un hombre para cada vagón. Cuando, al partir, Pashin reunió a su grupo y pidió doce voluntarios, Antonio no dio un paso, sino un salto al frente. Inmediatamente todos los demás le imitaron. Entonces Pashin tuvo que elegir a los doce granaderos. Antonio escuchaba los nombres con el corazón en la boca.

– Serguéiev, Felipe, Yura. . .

"Ha nombrado a Felipe, ahora otro ruso. . . ya no me nombra a mí", se angustiaba Antonio.

– . . . Márchenko, An. . .

Blanco pegó un brinco, seguro de que aquel "An" terminaba en "tonio", y si no terminaba, peor para Pashin.

El comandante terminó de decir:

– . . . tonio Blanco.

Y, mirando al muchacho, añadió:

– ¡Pero mucho cuidado con acalorarse, Antonio!

Lo dijo con tanto cariño, con tanta ternura, como esas recomendaciones que a veces hacen las madres a los chicos pequeños para que no cometan travesuras, que Antonio, esta vez, no se enfadó.

Desde el bosquecillo en que el grupo hizo alto se divisaba la casucha de la estación, un cobertizo que debía presumir de muelle, y el tren. El tren no muy largo, pero sí mucho más que el andén, en una vía apartada, con aire de pensar quedarse allí toda la vida o, quizá, de echar a andar en cualquier momento.

La orden era saltar de uno en uno, y a cada cual, su vagón. El resto del grupo remataría la operación y protegería la retirada. Había primero que eliminar en silencio al centinela. Una figura larguirucha que iba y venía como el péndulo de un reloj. En los relojes de verdad, las 2 horas y 57 minutos. Esa era, por lo menos, la que marcaba el reloj de Felipe.

*

– Vosotros ya sabéis lo que es eso de arrastrarse por el barro y los charcos, andando con los codos, con la tripa, con las rodillas, teniendo cuidado de no armar ningún ruido, de que

no te dé un golpe la metralleta... Así anduvimos nosotros un buen rato, pero lo peor era la pestilencia de la alcantarilla que tuvimos que atravesar para pasar al otro lado de la vía. Yo sentía detrás de mí la respiración de Antonio. Un soplo de aire fresco nos dio en la cara y nos encontramos junto al mismo talud. En esto empezó a ladrar un perro.

– El maldito perro de siempre –interrumpió Pedro.

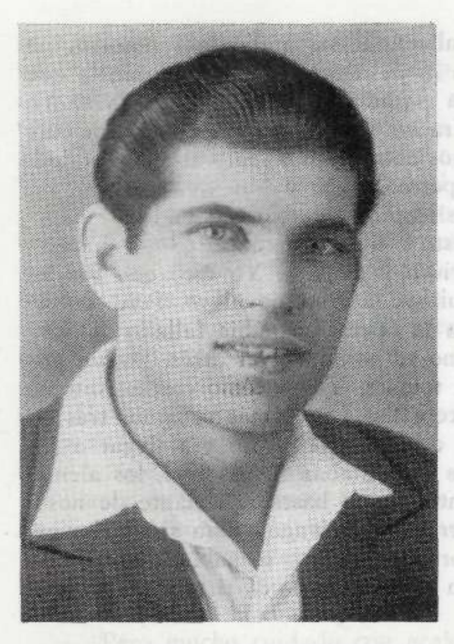
Felipe asintió con un gesto y siguió contando:

– Alguien se puso nervioso y disparó. Yo creo que fue un alemán. Desde luego, no fuimos ni Antonio ni yo. Pero en seguida empezó el tiroteo. En la operación había fallado lo principal: la sorpresa. Pero ya no se podía volver atrás. Pashin gritó: "¡Fuego!" Y empezó el tomate. Yo vi cómo corría Antonio hacia el tren. Parecía una centella. Los demás echamos tras de él, preparando las bombas de mano. El caso era llegar a los vagones. Si nuestras bombas incendiaban la gasolina, los alemanes no podrían escapar. Antonio iba bastante delante de nosotros. Yo le vi cómo se agarraba a un vagón para subir. La explosión yo no sé si la oí, porque el tiroteo se había generalizado y a alguno se le fue también la mano en lo de tirar las granadas. Lo que vi...

*

Como una lengua, una verdadera lengua de fuego, las llamas empezaron a lamer el vagón. La segunda bomba de Antonio Blanco había dado en el vientre de una cisterna. Los alemanes, enloquecidos, saltaban de los vagones. Los oficiales les gritaban algo y los hitlerianos disparaban sus armas para impedir que los guerrilleros se acercasen al tren.

Del vagón incendiado por Antonio se escapaban gritos y balas. La lengua de fuego seguía alargándose, guiada por el viento, hacia otros vagones. Pero ¿qué hacía Antonio allí? ¿Qué más quería? Porque Antonio se esforzaba en subir al vagón. Y es que Antonio se había acalorado. Antonio quería entrar allí, y con su metralleta no dejar un alemán vivo. Verlos caer acribillados por sus balas. Sentir en los pulsos ese galope caliente del arma cuando hace justicia. Ya estaba arriba, ya iba a entrar... pero no entró. Cayó de espaldas, la metralleta en el brazo derecho, y en el aire, una bandera de fuego que lo envolvió un instante. Algo así como un pequeño dios mitológico. Quizá un Prometeo que se quemó en su propia llama.


De Antonio Blanco decían que "ardía como la yesca"

Los seis hombres del cuarto de Abad quedaron en silencio. El teniente Petrov daba largas, lentas chupadas a su cigarro de *majorka*. Alguien tosió. Fuera estaba anocheciendo y no se distinguía ningún avión entre los árboles.

Joaquín preguntó:

– ¿Y luego?

– Medio tren ardió, y del otro medio nos llevamos todas las municiones y el armamento. Los alemanes que quedaron vivos no podían moverse, hostilizados por el fuego de los compañeros que cubrían nuestra retirada. Recogimos el cuerpo de Antonio. Todavía me parece estar viendo a Pashin, que le sostenía la cabeza, donde las balas habían hecho cinco agujeros. En un claro del bosque decidimos enterrarlo. Disimulamos bien la tumba para que no fueran a profanarla los alemanes. Pero hemos puesto una señal que unos cuantos conocemos, porque volveremos. Algún día, y alguno, por lo menos, volverá allí. . .

Pedro repetía:

– ¡Qué pena lo de Antonio, qué pena!

– Ya veis –dijo Felipe, como disculpándose–, fue una operación magnífica. No tuvimos más que una baja: la de Antonio. . .

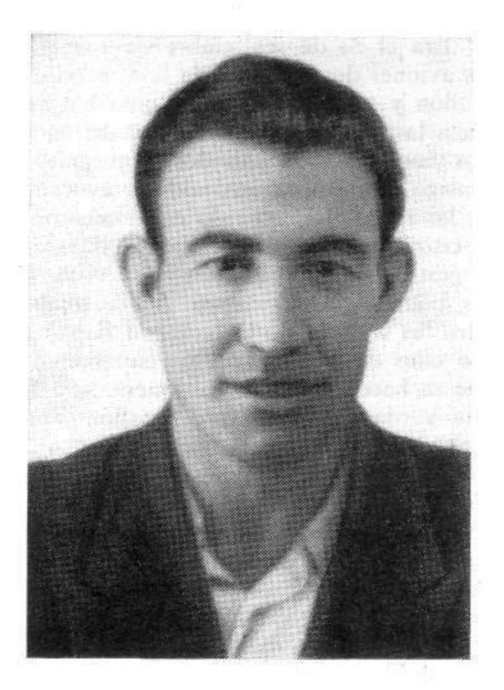
– Es que Antonio le echaba mucho valor a todo –comentó Joaquín.

– Sí, eso: que se acaloraba en seguida –justificó Felipe–. Que ardía como la yesca. . .

DE UN DIARIO QUE NO TERMINO

"19.XI.42.

Me encuentro en la región de Leningrado en campo enemigo. Hace ya dos meses que estoy aquí. . . Debemos estar aquí el invierno hasta que nos digan basta. Mañana, después de una pequeña comida, reanudaremos nuestro trabajo activo. Esperaremos hasta el final. Recuerdo frecuentemente Moscú. Conmigo está mi viejo camarada Alberca, que, como siempre, estamos juntos. Me siento mal de las piernas. El también está enfermo. Pero da lo mismo. Luchamos y lucharemos hasta el final".



Felipe Ortuño era también guerrillero de la unidad mandada por el coronel Medvédiev

El capitán Francisco Gullón no explica en qué rincón, en qué escondite, en qué lugar solitario y perdido escribió estas líneas de su diario. Tampoco cuenta en ellas qué fueron esos dos meses en la retaguardia alemana de la región de Leningrado, que todavía entonces se hallaba en el dogal del terrible bloqueo. Ni siquiera recuerda, o no quiere recordar, la peripecia del lanzamiento, dos meses atrás, cuando con Joaquín Gómez, con Andrés, con Gabriel Abad, con el radiotelegrafista Obújov, con Freix y el comisario del batallón Filípov y otros españoles y rusos, hasta dieciséis, salió del aeródromo de Bykovo.

El que no lo ha olvidado, ni lo olvidará nunca, es Joaquín Gómez, que fue ayudante y compañero del capitán y al que debemos muchos detalles de aquellas jornadas marcadas por la desgracia y la bravura.

Era el 29 de septiembre de 1942. A pesar del mal tiempo, los aviones despegaron a la hora precisa. El aparato en que iban Gullón y sus hombres puso proa hacia el Oeste, concretamente hacia la zona de Luga. Esto estaba en la región de Leningrado. Los hombres iban callados, seguramente cada uno dialogando consigo mismo, preguntándose y evocando esas cosas que vienen de las raíces del recuerdo en momentos como aquél. Alguna vez se cruzaban las miradas, alguien intentaba sonreír y le salía mal el gesto. Gullón recorría con la vista, de cuando en cuando, a sus hombres. Con algunos había combatido ya, con otros, no. Pero los conocía de la lucha en España, de las semanas vividas con ellos en la base, de los entrenamientos, de las confidencias que se hacen en estas ocasiones... El batallón tenía un nombre –de verdad– legendario: Batallón Voroshílov. El mismo Voroshílov había hablado con Gullón en Moscú en una reunión a la que asistieron también los jefes de otros destacamentos. Le hizo muchas preguntas, se interesó por lo que Gullón había hecho en España. Fue en ese momento cuando le dijo si sabía que por la región de Leningrado andaba la División Azul. Gullón, claro, lo sabía, y contestó que ése era un doble motivo para afinar en el trabajo. Aparte de las de todo el pueblo español, él tenía sus viejas y particulares cuentas con la Falange. Y en esa División Azul, la mayoría eran falangistas.

"Va a ser duro lo que nos espera –pensaba Gullón–. Pero llevo buena gente. Yo les dije ya las cosas claras: que en esto no basta con ser valiente, hay que tener también resistencia física, si no, uno puede convertirse de una ayuda en una carga. Por lo visto, todos se sienten con muy buena salud porque ninguno vaciló. Veremos".

– Nos está tirando la artillería enemiga –dijo Filípov.

Joaquín Gómez miró por el tragaluz y vio las rayas de las trazadoras y el globo de humo al estallar las antiaéreas. El avión tomó altura, remontando las nubes. La luna las iluminaba, una luna grande, bobalicona, como un farol colgado en el vacío. Eso le pareció a Joaquín, que se puso a pensar en el cielo de su tierra, en las noches de la huerta, bajo una luna así de redonda y así de blanca, que a lo mejor por eso la llamaban la luna de Valencia.

Una sacudida del avión sobresaltó a los guerrilleros. El piloto había visto un claro entre las nubes y por allí metió el aparato.

– ¡Preparados!

Era la voz del instructor.

– ¡Ahora!

El primero en saltar fue Abad; después, Filípov, el comisario; en seguida, Gullón, y luego, Joaquín Gómez. Para muchos de ellos era el primer salto de verdad, ese que se da literalmente hacia lo desconocido. Solamente siete lograron reunirse después de aterrizar. Gullón dio orden de buscar al resto del grupo y buscaron toda la noche. No encontraron más que a uno, que se había estrellado al no abrírsele el paracaídas.

– La primera víctima y aún no hemos pegado un tiro –se lamentó Gullón, dolorido y preocupado.

Cuando amaneció, ocultaron los víveres y las municiones y prosiguieron la búsqueda de los compañeros. Lo que encontraron fue un grupo de cinco alemanes que llevaban unos caballos.

– Estos van a tener la culpa de que no se abriera el paracaídas de nuestro camarada. ¡Cuerpo a tierra! –ordenó Gullón.

Los siete se agazaparon esperando que se pusieran a tiro.

– ¡Fuego! –gritó Gullón.

Los cinco alemanes quedaron cosidos a la tierra. Gullón remató de un tiro en la cabeza a un caballo herido, que relinchaba con un quejido humano. Los otros caballos llenaban de alarma el campo con su galopar enloquecido.

– Todo esto me da mala espina –dijo Gullón–. Por aquí cerca deben andar alemanes. Eso significa que no hemos caído donde estaba previsto.

– Además –opinó Joaquín Gómez–, desconfío de que encontremos a los compañeros. ¿No te parece, Paco, que lo mejor sería comunicar con el Estado Mayor de la zona?

– Sí, claro, eso, desde luego. *Továrich Obújov, popitaities sviasatsia s Leningradom.*

Cinco, diez minutos, o quién sabe si cinco o diez horas, estuvieron Gullón y sus hombres pendientes de la mirada de Obújov, el radiotelegrafista, que intentaba comunicar con Leningrado.

Pero Obújov se quitó los auriculares y movió la cabeza de izquierda a derecha.

– ¡Pues sí que estamos apañados! –se le escapó a Abad, que a una mirada de Gullón se puso muy serio.

– Eso no tiene importancia –dijo el capitán–. Lo que hace falta es saber dónde estamos, y para eso hay que coger un prisionero.

Y designó a Freix y a Semiónov para que se acercasen al

camino y se pusieran en acecho mientras los demás vigilaban ocultos tras unas matas. Desde allí se veía bien el sendero y fue el capitán el primero que divisó dos bultos oscuros que avanzaban por él. Estaban aún lejos, pero Gullón dijo en seguida:

– Dos mujeres.

Ya las traía Freix encañonadas. Las mujeres chillaban y gemían como si las desollasen vivas. Freix les gritaba algo medio en español medio en ruso, lo que, en vez de calmar, redoblaba la excitación de las mujeres. Joaquín Gómez se encargó de interrogarlas. Pero no había manera de sacarles una palabra del cuerpo.

– Lo de siempre –refunfuñó Gullón–. Nos toman por alemanes. Anda, Semiónov, habla tú con ellas.

La presencia del ruso y lo que empezó a decirles tranquilizó a las campesinas. Por lo que ellas contaron, el grupo se encontraba a unos dos kilómetros de una aldea en la que había fuertes unidades alemanas con tanques y artillería. No lejos de allí pasaba la carretera de Narva a Leningrado. Semiónov interrogó con la mirada a Gullón, éste asintió con la cabeza y dejaron marchar a las mujeres.

El capitán consultaba el mapa.

– Si esas mujeres no han mentido, y me parece que no –reflexionó Gullón–, no estamos lejos de la frontera de Estonia. Es decir, que nos encontramos a unos 150 ó 200 kilómetros del sitio en que debíamos operar. Ahora está claro por qué no podíamos encontrar a los compañeros que salieron antes.

– ¿Qué vamos a hacer? –preguntó Obújov–. Yo he estado intentando comunicar con Leningrado y como si no.

– ¿Qué hacer? –repitió Gullón–. Pues seguir adelante, abrirnos paso hacia nuestro destino sea como sea, y creo que no será fácilmente. Pero para nosotros, siete juntos, no hay dificultades insuperables. ¿Verdad, muchachos?

Cuando las palabras se dicen con la seguridad y la decisión con que Gullón pronunció las de ese día, el desánimo y el temor posible huyen como cucarachas sorprendidas. Los seis hombres alzaron la cabeza y miraron a su capitán, convencidos de que con él no había nada que pudiera vencerles.

Fue al anochecer –el grupo estaba descansando– cuando Obújov empezó a gritar:

– ¡Camarada capitán, Leningrado contesta!

Los seis rodearon la radio de Obújov. Nadie preguntaba

nada. A todos les parecía que estaban viendo al teniente Alberca, a Sonia, la enfermera, a todos los camaradas que les esperaban.

Y es que de Leningrado comunicaban que el otro grupo del batallón se encontraba en el lugar previsto.

Todo eso estaba muy bien, todo eso hizo abrazarse de alegría a los siete guerrilleros, pero de Alberca y los demás les separaban cerca de doscientos kilómetros, que había que atravesar por campo enemigo.

*

Halt, halt, halt!

– ¡Los alemanes! –avisó Freix.

Los siete se dispersaron, buscando cada cual dónde esconderse.

El *Halt, halt* se acercaba sin que se viese un alma en todo el campo.

Cualt, cualt, seguía oyéndose allí mismo, como si los alemanes estuviesen ocultos entre los árboles, o quizá subidos a las ramas. Porque el grito venía de arriba. Hacia arriba miró Gómez y la carcajada que soltó podían haberla oído en Leningrado sin necesidad de la radio de Obújov. Y es que el alarmante *halt, halt* era el inofensivo "cua-cua" que profería una bandada de patos silvestres que volaban sobre ellos.

La carcajada se generalizó y Abad le dijo a Freix:

– Con lo de los alemanes has metido los patos y la pata.

Freix no se inmutó:

– Es que el *halt* de los alemanes se parece al parpar.

– ¿Cómo has dicho? ¿Palpar? –proguntó Abad.

Freix miró con lástima a Gabriel:

– ¡Cuidado que eres analfabeto! Palpar es una cosa y parpar es otra muy distinta, para que te enteres. Parpar es el grito de los patos.

– Y palmar es lo que nos hubiera podido ocurrir si en vez de patos hubiesen sido alemanes –zanjó la discusión filológica Gullón.

Los que no eran patos, sino alemanes de verdad, eran los soldados con que unas horas después tropezaron cerca del ferrocarril. Gullón estaba pensando: "Si la vía está vigilada, es que por aquí pasan trenes con frecuencia. Además, éste es el ferrocarril de Narva a Leningrado. Hay que hacer algo".

Lo primero fue cruzar de uno en uno al otro lado de la vía. Eso salió bien. Al poco apareció por allí una patrulla alemana.

– ¿Y si nos los cargamos, Gullón? –propuso alguien.
– No, con eso no haríamos más que provocar alarma. Lo que hay que hacer es poner una mina.
El capitán quedóse un momento cavilando y en seguida dijo:
– Joaquín, prepara una mina y tol. Iremos juntos.
Volviéndose hacia los demás guerrilleros, ordenó:
– Freix y Lavrujin montaréis la guardia. Los demás, no moveros de aquí.
Gullón y Joaquín se alejaron hacia el talud. El capitán iba diciendo a Gómez:
– La mina la pondrás tú. Quiero ver cómo lo haces.
Para Joaquín Gómez era la primera mina, su bautismo de pólvora o su bautismo de tren. El muchacho estaba emocionado. Por eso, sin duda, tardaba demasiado el cuchillo en abrir el hoyo. En eso oyó la voz de Gullón:
– ¡Quítate de ahí inmediatamente!
Pasaba una patrulla. Hubo que esperar.
– Vamos –ordenó Gullón.
Otra patrulla impidió que el hoyo abierto ya por Joaquín albergase la carga de explosivo. Tuvieron que abandonar la faena y dejarlo para mejor ocasión. Pero las ocasiones en estos azares no son ni mejores ni peores, y a veces cuando no son, se inventan. Eso es lo que hizo Joaquín diez minutos después al decir a Gullón:
– Ahí se puede poner la mina. ¿Me autorizas?
El capitán comprendió la impaciencia de su camarada, esa impaciencia que ya había templado sus nervios de guerrillero.
– Bueno, ve. Pero con serenidad.
Cruzado de brazos, Gullón contemplaba la figura de Joaquín, inclinada sobre los rieles. Sus ojos vigilaban todo en derredor, y los otros guerrilleros estaban pendientes del gesto de su capitán. Ya bajaba Joaquín corriendo el talud. Gullón miró el reloj instintivamente. "¿Será posible que la haya colocado ya?", pensó.
Sí, la había colocado. Y, como le dijo a Gullón, él creía que no mal.
– Ahora hay que marcharse de aquí –dispuso el capitán– y que la mina haga su trabajo.
Poco pudieron alejarse, porque la voz de Semiónov les hizo detenerse:
– Silencio. ¿No oís? Me parece que viene un tren.
El finísimo oído de los guerrilleros detectó el todavía lejano

jadear de un tren. Estas cosas, por mucha experiencia que se tenga, por muchos trenes que uno se haya echado a la espalda –y allí había algunos, como Gullón, que no habían tumbado pocos– siempre emocionan. Pero a ninguno tanto, claro está, como a Joaquín Gómez, para el que éste sería su primer tren si su primera mina funcionaba.

La explosión levantó y serenó, al mismo tiempo, los siete corazones. Gullón se lanzó a abrazar a Joaquín, pero una lluvia de piedra, hierro y madera cayó sobre los dos. Echaron a correr para adentrarse en el bosque. Gullón cojeaba visiblemente. "La primera mina me ha salido bien –pensaba Joaquín–, pero podía habernos costado caro. Habrá que tener cuidado en adelante".

*

Llevaban seis días de marcha sin grandes acontecimientos. Porque en la categoría de tales no apuntaba Gullón el segundo tren volado ni aquel traidorzuelo que quiso engañarles haciéndose pasar por un apacible cazador. Lo del camión tampoco era nada del otro mundo. Bueno, del otro mundo, sí. Vieron venir el camión cuando ya estaba cerca. Al principio, Gullón se intranquilizó un poco porque era pleno día, y si chocaban con fuerzas algo numerosas, sería imposible ofrecerles combate y quizá imposible también rehuirlo. Por lo pronto, había que no ser vistos por los del camión para que no pudieran delatarlos. Por eso, lo mejor era suprimirlos. Aguardaron tumbados en el declive de la cuneta. Desde lo alto de la caja del camión, los hitlerianos debieron verles, porque se oyó un grito:

– *Partizan!*

La respuesta fueron siete ráfagas de metralleta. Los cinco alemanes que habían saltado a tierra y los dos que habían quedado en la cabina no reanudaron el viaje.

– Ahora hay que ver lo que lleva el camión –propuso Joaquín, acercándose a él–. ¡Leñe, un fiambre!

La palabra "fiambre" le hizo creer a Freix que el camión llevaría algún embutido. Pero el "fiambre" era un alemán tendido en una caja de pino sin desbastar y sin tapa. Los enterradores del muerto serían –si es que alguien se tomaba esa molestia– enterrados con él.

Gullón pensó un momento en apoderarse del camión y de los uniformes de los cadáveres. El plan le gustaba por lo arriesgado, pero también por lo mismo lo desechó. El tenía una mi-

sión que cumplir, reunirse con su batallón, y la cumpliría por muchas tentaciones que la aventura deparase a su audacia. Lo que sí hicieron, claro, fue despojar a los muertos de sus armas –dos metralletas, una pistola ametralladora y dos carabinas– y volar el camión para que nadie pudiera utilizarlo.

Apareció ese enemigo que Gullón temía que apareciese: el hambre. Nadie decía nada. Los restos de los víveres iban siendo racionados cada vez más exiguamente. Pero a Gullón no le gustaba hacer el numantino y planteó a sus hombres:

– Cuando no se tiene qué comer y otros sí tienen, hay que obligar a estos últimos a que repartan la comida.

– ¿Es un principio socialista? –preguntó Abad.

– Es un principio guerrillero –contestó el capitán–. Quiero decir que por aquí hay aldeas y en ellas gente soviética, que de muy buena gana nos darán lo que le pidamos, que no será más que lo imprescindible. Y, además, se lo pagaremos, porque dinero no nos falta. Tampoco está descartado que tengamos más suerte con otro camión. A lo que no estoy dispuesto es a que nos muramos de hambre y, antes de eso, será mejor morir matando.

A las descubiertas a los pueblos que iban rodeando en su marcha solían ir los rusos del grupo. Las más de las veces volvían con algo masticable que repartir entre los compañeros. Si el hambre, mal que bien, iba siendo vencida, el cansancio era más difícil de combatir. Alguna vez había oído Gullón a alguien decir, desesperado: "¡No puedo más!" Y comprendía que a aquél se le había escapado lo que todos estaban pensando. Tampoco el capitán podía mucho más. Le torturaba la pierna magullada durante la voladura del primer tren. Una vez, al tener que cruzar un río, Gullón notó que algunos vacilaban.

– Por ahí no hay quien pase.

Quién lo había dicho no le importaba al capitán. Lo que le importaba era demostrar que se podía pasar. Un tronco de orilla a orilla indicaba que por allí la gente pasaba. No con los pies hinchados de dos semanas de caminar, no con el peso de las armas, de los explosivos, del capote-tienda, no con las toneladas incalculables del cansancio extenuador. Sin decir nada, Obújov –el más joven de todos, y todos ellos eran jóvenes– inició el cruce. Cuando ya estaba al otro lado, los llamó con la mano.

El segundo fue Gullón. Se acercaba ya a la otra margen cuando, ¡zas!, se cayó. Y con el agua más arriba de la cintura, siguió andando hasta que Obújov le ayudó a salir.

Pasaron los demás, y Joaquín dijo a Gullón:

– Quiero verte ese pie. Tú eres el jefe y nosotros no estamos dispuestos a que por tozudez se te quede una pierna inservible. Eso sería lo peor para ti y para nosotros.

Gullón sonrió, se dejó descalzar y vendar la pierna lesionada. Poco más allá hicieron alto y se tumbaron a esperar el amanecer.

*

El 25 de octubre, casi al mes de marcha, llegaron al sitio donde debían encontrarse con Alberca y sus hombres. Pero no había rastro de que nadie hubiese estado allí jamás.

De todas formas, Gullón decidió acampar. Joaquín y Semiónov, que se encontraban mejor de las piernas que los demás, salieron a reconocer los alrededores, pero sin resultado.

Gullón vio el gesto que hacía Obújov y preguntó:

– ¿Qué, Leningrado no contesta?

– No sé, camarada capitán –respondió el muchacho–. Lo que pasa es que la batería de la radio está agotada.

– Bueno, eso nos pasa a todos –bromeó Gullón, que maldita la gana que tenía de bromear.

Lavrujin propuso encender una hoguera porque hacía un frío digno de la región de Leningrado. En el silencio resonaban los golpes de las hachas al hendir los troncos.

– Estamos muy cerca de Kinguisepp –dijo Gullón, mirando el mapa–. El caso es aguantar un poco más.

Desde lo alto de un árbol, el centinela avisó que no muy lejos se veía algo como una luz. Gullón alertó a sus hombres. No era una ilusión aquella luz vista por el guerrillero. Freix aseguró que tres bultos avanzaban escondiéndose. A Gullón le parecía extraño que, si eran alemanes, anduvieran por allí ocultándose. Por sí o por no, ordenó a su gente estar preparados.

Las tres sombras se acercaban con todo sigilo.

– *Stói!* –gritó alguien.

La voz de "¡alto!" en ruso hizo pensar a Gullón que no se había equivocado. Pero ya los siete corrían gritando:

– ¡Filípov, Filípov!

Las espaldas crujían con aquel palmotear celtíbero. Los rusos se besaban y Sonia, la enfermera, lloraba en brazos de Gullón. Angel Gil, al que todos llamaban el "Burgalés", no hacía más que repetir:

– Velay cómo no se habían perdido. Velay cómo nos tenían que encontrar.

– Pero ¿dónde están los demás? –preguntó Gullón.

Filípov explicó que el batallón se había trasladado a otro campamento.

– El teniente Alberca decidió que nosotros tres nos quedáramos aquí esperando a que llegaseis.

– ¡Pues habéis esperado un rato largo! –exclamó Gullón.

– Resolvimos aguardar hasta el día veintiséis.

– ¿Veintiséis? –repitió Gullón–. Pues veintiséis es hoy. Para que luego digan que en la guerra no ocurren las cosas como en el cine. Si nos retrasamos un día más. . .

Filípov movía la cabeza:

– Bueno, quizá hubiéramos esperado un par de días más.

– Seguro –dijo riendo el capitán–. Ese Alberca es algo muy serio. Y tú, camarada Filípov, tampoco lo eres menos.

Filípov tosió y dijo:

– Hay que avisar en seguida al teniente.

Angel Gil fue el designado para ir a avisar al campamento.

– Me llevo los tres caballos para el teniente y para Acero –anunció el "Burgalés", y partió al galope.

De rodillas, Sonia estaba curando los pies del capitán.

*

El que hubiera visto desde un helicóptero el campamento del grupo de Gullón, lo habría tomado por un camping variopinto y original. Y es que los guerrilleros habían convertido los paracaídas en chabolas. Parva defensa contra el frío decembrino, que hostigaba como un enemigo implacable y tenaz. Los cuchillos tenían ya que romper la costra de hielo para colocar las minas. Por cierto, en el cuaderno del capitán ya había aparecido el número 5, correspondiente al convoy volado la víspera.

Ahora estaba Gullón echado en su rincón leyendo algo. Tenía cansado el gesto el capitán. Pero la lectura avivaba sus ojos, y Joaquín, que estaba cerca de él, sonreía al verle sonreír.

> ("Me acuerdo siempre de ti. Sin ti es como si no viviera. No sé dónde te encuentras, pero me lo imagino. Quisiera tener alas para ir en tu busca, no descansar hasta que te encontrara. . . Recuerdo el sabor de tus besos, recuerdo tus palabras, cuando nos vimos la última vez en Moscú y cuando nos vimos la primera vez en Járkov. . .")

Los labios del capitán se movieron y Joaquín hubiese jurado que había oído la palabra Shura.

La carta la había traído el avión de la Tierra Grande –la tierra soviética que no había hollado el invasor–, ese avión que llegaba de raro en raro con víveres, municiones, explosivos, periódicos y, alguna vez, hasta con cartas.

Dicen que la guerra no es tiempo para amar. Pero dicen mal. Porque la guerra es precisamente tiempo en que el amor cobra su mayor pureza, su indudable autenticidad, su fuerza hecha de ausencias y nostalgias, su apremiante llamada a la sangre y a la piel. Gullón no era ningún romántico –¿o era el mayor de los románticos?–, Gullón no era un sentimental; pero Gullón había comprobado en la guerra lo que valen los sentimientos más nobles del hombre: el amor, la amistad, el compañerismo. Si no fuera por todo eso, ¿cómo podría sostenerse esta lucha, esta espera, esta ansiedad de semanas, de meses, a brazo partido con el hambre, con el frío y quién sabe si, alguna vez también, con el miedo? Gullón había visto a sus hombres –a Lopo, a Joaquín Gómez, a Carlos García Acero, que siempre disputaban cuando había que salir de descubierta; a Obújov, que se reía como un niño y actuaba como un hombre; a Semiónov, serio y puntual, y a Lavrujin, que cuando nadie lo esperaba y se necesitaba más se ponía a cantar largas y hondas canciones del Volga–, los había visto en el ardor del combate, cuando los hombres se crecen, y en los días en que el estómago grita y hay que apartar para los enfermos lo poco que queda, y se aparta; en las horas en que los propios pies no quieren sostenerle a uno y uno se echa al hombro al compañero herido; en todas esas pruebas cotidianas, oscuras, tristes, sin fiebre de tiros ni hervor de explosiones; en todo eso, que es cuando de verdad se ve si se es un hombre de verdad. Gullón quería por eso a su gente, y también por eso su gente quería tanto a Gullón.

Lo malo era que el capitán no había conseguido reunir a todo el batallón. Y no por culpa suya, claro. Pero a Gullón le preocupaba que ese hecho disminuyera la eficacia de su misión. Aunque, quizá, lo principal se estaba cumpliendo: desorganizar el transporte del enemigo, tenerle en jaque, obligar a distraer hombres y material del frente, aliviar el asedio de Leningrado, llevar la esperanza a los pueblos aterrorizados por los hitlerianos.

¿Hasta cuándo podrían continuar así? Había una cuenta que el capitán no quería apuntar en su cuaderno, pero que llevaba en su corazón: la de los compañeros que se iban quedando en el camino y la de los que aún lo proseguían heridos o enfer-

mos. Sonia los cuidaba. Ponía toda su alma en atenderlos, pero poco más que alma podía poner. Faltaban medicamentos, faltaban vendas, faltaba todo.

El invierno podía ser terrible. Lo estaba siendo ya. Tanto, que, ahora, lo más necesario era que el avión les trajese las zamarras, con su caliente piel de borrego.

Pero ya estaba bien de cavilaciones. Ya pintaba la noche, y la noche, como se sabe, es el día para el guerrillero.

Gullón se levantó y llamó a su gente.

– Tú, Carlos, y tú, Aurelio, ya sabéis que tenéis que ir al frente de un grupo. Joaquín, Gil y Lopo, a lo que dijimos de la carretera. Y Alberca, Abad, Semiónov y Sújariev iréis con Sonia a minar el puente.

– ¿Y tú? –preguntó Alberca, mirando fijamente a Gullón.

– ¿Yo? Bueno, yo. . . –contestó Gullón, encogiéndose de hombros–. . . pues en mi sitio: con el grupo de descubierta.

Alberca movió la cabeza no muy seguro de que ése fuese precisamente el sitio del capitán, pero se calló. Porque sabía cómo las gastaba Gullón.

La emboscada duró dos días y dos noches, el tiempo necesario para estudiar y conocer todos los movimientos del enemigo. Cerca de allí acampaba una compañía de hitlerianos. Gullón había comprobado que las ocho de la mañana era la hora del relevo. Al amanecer del tercer día, el capitán dispuso:

– Hoy les daremos el susto.

El que más y el que menos miraba de reojo el reloj: las ocho menos cuarto, las ocho menos diez, las ocho menos siete. . . Formados a las dos veras del carril avanzaban los hitlerianos. Desde la emboscada, Gullón vio todo el ceremonial del relevo, oyó las voces de mando y en el instante en que las fuerzas de la guardia saliente permanecían firmes frente a la guardia entrante, un vendaval de fuego salió del bosque. Los fascistas caían como moscas. Algunos echaron a correr, otros consiguieron parapetarse en la parte opuesta de la vía férrea. Pero Gullón había retirado ya a sus hombres y todos desaparecían en el bosque.

En el campamento los contó el capitán: ni una sola baja.

– Esto ha salido bien –dijo.

Tampoco habían salido mal las operaciones del teniente Alberca, de Carlos Acero y de Joaquín Gómez. Los de la carretera habían destrozado dos camiones. En el puente dinamitado por los hombres de Alberca sucumbió una patrulla alemana. Parecía indudable que el tren volado por Carlos y Aurelio llevaba tan-

ques y artillería. Y lo mejor de todo fue que Sonia no tuvo mucho trabajo.

*

"17.I.43.

Aún estamos en la región de Leningrado. Llevamos cerca de cuatro meses en campo enemigo. Nuestra situación es muy difícil. Quedamos solamente doce camaradas. De ellos, cinco españoles. Tenemos seis enfermos y heridos. Ya nos han dado la indicación de salir de aquí. Pero ¿qué podemos hacer para salir con gente que no puede ni andar? No sé cómo saldremos de aquí, pero saldremos".

Hasta dos meses después de escritas estas palabras no consiguió el capitán Gullón salir a las líneas soviéticas con los restos de su batallón. Cuando el 30 de diciembre del año terrible de 1942 unos guerrilleros del servicio de Información de la brigada que mandaba Kirílov establecieron contacto con el campamento de Gullón, la casi totalidad de los españoles había perecido, más que de las balas, de frío y de hambre. El 27 de diciembre murió Gabriel Abad. Una vida entregada desde la adolescencia a la revolución proletaria y al Partido de la revolución, se extinguió consumida por la fiebre. Gabriel Abad cayó en la brecha de hielo que se abrió bajo sus pies en una de las jornadas de su andar guerrillero. No fue posible restablecer aquel organismo, joven, sí, pero castigado por penalidades inauditas. Fue un golpe muy grande para Gullón y para sus hombres la pérdida de este camarada, modelo de modestia, un poco quisquilloso a veces por haber sido educado en tiempos muy rígidos de la disciplina comunista. Abad había sido secretario de organización del Comité Provincial de Madrid en tiempos tan difíciles y tan heroicos como los últimos meses de la resistencia madrileña.

Cinco hombres –Acero, Ruiz, Semiónov y dos rusos más– partieron para explorar el camino. En otra dirección y con el mismo fin marcharon Joaquín Gómez y Sújariev. El teniente Alberca formó el tercer grupo de reconocimiento. En vano esperó Gullón toda la noche el regreso de Carlos García Acero, de Ruiz y de los compañeros rusos. Al amanecer del día siguiente, el capitán resolvió salir en busca de los camaradas que no se resignaba a dar por perdidos. Cuando caía la tarde y Gullón y Joaquín desesperaban ya de encontrarlos, oyeron crujir unas ramas.

– ¡Alto! –gritó Gullón, empuñando la pistola.

– ¡Soy yo, camarada capitán, Semiónov!
Era difícil reconocer al atlético Semiónov en aquel esqueleto viviente. Por hábito militar se había puesto firme, y sin que Gullón le preguntara, allí mismo, con un tono seco, como el que da un parte de operaciones, contó lo sucedido.
Una aldea por la que debieron pasar de largo, pero no pasaron. Les tentaron aquellos trineos que iban cargados de víveres. Acero dispuso atacar alguno y llevárselo con caballos y todo. El y Ruiz se dirigieron a la aldea. Semiónov y los otros dos rusos quedaron esperando. Unos momentos después empezó el tiroteo. Cuando Semiónov y sus camaradas intentaron llegar en defensa de Acero y de Ruiz, la guarnición alemana les cerró el paso a balazos. Semiónov aguantó, herido en un brazo, hasta que aguantar más hubiera sido caer en manos del enemigo.
– Entonces, ¿Acero y Ruiz?... –preguntó pálido Gullón.
Semiónov bajó la cabeza.
A aquellas alturas de pelear y de sufrir, de jugársela cada día y de no saber cómo salir, cuando se sale, de los combates increíbles, una o dos muertes más parece que no importan. Pero ¡vaya si duelen! Cada vez que perdía un camarada, Gullón sentía que toda la sangre se le ponía de pie.
Al llegar al campamento se encontraron con la mirada interrogante de Sonia.
Ni Gullón ni ninguno dijo nada a la enfermera. El capitán le echó un brazo por los hombros –aquellos hombros breves y frágiles, que tanta fuerza tenían– y la llamó en ruso hermanita.
– Hoy es 5 de enero –dijo Sonia–. Carlos me dijo que esta noche los niños esperan en España el regalo de los reyes magos.
Gullón sonrió y apretó más fuerte a la chiquilla contra su pecho.
– Tú también eres una niña, Sonia. Y a lo mejor los reyes de Leningrado te mandan un regalo.
Sonia le miró. También sonreía, pero tenía los ojos llenos de lágrimas:
– Los reyes de Leningrado no se olvidarán de ninguno de nosotros.
Y no se olvidaron.
Por casualidad, o por lo que fuese, esa noche llegó el avión con muchos víveres –demasiados para los pocos hombres que quedaban– con vodka, con periódicos y con cartas. Sonia se

apartó del capitán con una prisa sospechosa cuando oyó que Joaquín decía:

– Gullón, tienes carta. Seguramente de Shura.

*

El 22 de febrero llegó Gullón al campamento de Kirílov, jefe de la brigada guerrillera a la que pertenecía lo que había sido su batallón. La orden era pasar cuanto antes las líneas enemigas y las propias. No hubo que esperar mucho. El 6 de marzo comunicaron de las avanzadillas guerrilleras la presencia de varios grupos enemigos. Kirílov le dijo a Gullón:

– Me temo que sea un ataque en regla. Hace tiempo que tienen localizado el campamento y, por lo visto, se disponen a cercarnos. Tenemos muchos heridos y enfermos y hay que salvarlos. ¿Quiere usted ayudarme a trazar el plan para salir de aquí? No olvide que el Mando le ha nombrado mi ayudante...

Seguramente fue éste el combate mayor de los librados por Gullón, que había sostenido no pocos. Y si no con más, con el mismo valor vio pelear a Joaquín y a Semiónov, a los nuevos guerrilleros que se acababan de poner a sus órdenes, a Alberca, que con la pistola ametralladora cubría la retirada del capitán. Gullón había perdido los esquís, estaba medio hundido en la nieve, sin poder moverse. Gómez le oyó gritar:

– Joaquín, ¿es que me abandonas?

Gómez volvió la cabeza y corrió al lado de su camarada, de su amigo, de su capitán. Le ayudó a salir. Los alemanes perseguían a las dos escuadras guerrilleras, que se batían desesperadamente. Lo que querían los hitlerianos era alcanzar al grueso de las fuerzas de Kirílov. Gullón y Joaquín quedaron aislados de los demás. Iba alejándose el fuego, y Gullón decidió que había que ponerse en camino.

– Pero, ¿cómo?, ¿sin esquís? Eso es imposible –observó Joaquín.

– Lo que no es posible –razonó Gullón– es morirse helado en la nieve. Hay que volver al sitio donde empezó el combate y allí encontraremos algunos esquís.

Los que encontraron no servirían precisamente para ganar un campeonato de slalom, pero Joaquín y Gullón se las arreglaron para poder utilizarlos. Decidieron descansar allí la noche, pues no era probable que los alemanes volviesen. El hecho de que no hubieran dejado ninguna guardia permitía suponer que

daban por liquidado el campamento y que su objetivo era exterminar a la brigada de Kirílov.

Como en la guerra uno se acostumbra a ver resucitar a los muertos, Gullón no se sorprendió de la reaparición de Alberca y de Semiónov, que por el aspecto más tenían de cadáveres que de vivos. Tan no se asombró que lo primero que dijo Gullón fue:

– ¿Tenéis algo para fumar?

El previsor Semiónov conservaba la *majorka* suficiente para que fumasen los cuatro, incluso Joaquín, que no fumaba más que en las grandísimas ocasiones. Y ésta de haberse vuelto a encontrar era para fumarse un habano.

La noche del 19 de marzo llegaron a la zona del río Vóljov, donde debían pasar las líneas. El nombre de este río hizo recordar a Gullón las palabras del mariscal Voroshílov: "¿Sabe usted que en la región de Leningrado está la División Azul?" Las cosas se habían complicado de tal manera que Gullón no tuvo la suerte –¡ésa sí que hubiera sido suerte!– de vérselas con los fascistas del general Franco. De todos modos, de la División Azul no quedaba más que el nombre, un nombre que iría para siempre unido a la beligerancia del franquismo como aliado de Hitler en la segunda guerra mundial.

Los guerrilleros eligieron para el paso un sitio comprendido entre dos fortines. Avanzaban arrastrándose. Tuvieron que esquivar un campo minado. Gullón desenterró una mina para ver si era soviética o alemana. Era soviética. Todo hacía pensar que se acercaban a las líneas propias. Pero también podía no ser así. De pronto oyeron tiros a sus espaldas. Se volvieron para defenderse. Pero desde la otra parte disparaban igualmente. Joaquín gritó en ruso:

– ¿Quiénes sois?

La respuesta fueron dos explosiones. Joaquín replicó con un bombazo. En una y otra línea debieron creer que se trataba de un golpe de mano. Y la una y la otra vomitaban plomo y fuego. Los guerrilleros no podían hacer más que aplastarse contra la tierra y esperar a que amainase la tormenta.

"¡Qué mala pata! En el último momento. Aquí no valen ni el ingenio, ni la audacia, ni el valor. Aquí puede uno ser cazado como un conejo, sin siquiera saber si el cazador es de tu bando o del contrario", pensaba Gullón, sin soltar la pistola de la mano. De repente, la soltó y se apretó el vientre, diciendo:

– Me han herido.

– ¡Y a mí! –exclamó Joaquín.

Y no se sabe si fueron balas de la misma ráfaga las que dieron en un costado y en el corazón del teniente Alberca.

*

El 1 de mayo de 1943, el capitán Gullón apuntaba en su diario:

"Segundo Primero de Mayo de guerra. Me encuentro en Jvóinnaya. Solo completamente. De los viejos camaradas no queda ninguno. Estoy casi repuesto de la herida. La lucha exigirá de nosotros esfuerzos mayores y nosotros haremos lo posible por ser más útiles en la lucha".

Por la ventana de la sala del hospital, Gullón veía el jardín, los árboles, en los que reventaban las primeras yemas; a un hombre alto, fuerte, con la cabeza vendada, que se paseaba en silencio... Una enfermera empujaba el cochecito de un muchacho que sonreía al sol, a las ramas, a la vida. También en el hospital era fiesta. Sonaba la radio. Canciones revolucionarias, marchas militares y noticias. Noticias de Moscú, noticias de todos los frentes donde aún seguía la guerra.

Gullón, que ya se podía sentar en la cama, siguió escribiendo:

"Es posible que hoy en mi querido Madrid, ocultos en cualquier casa, otros camaradas canten y se preparen a luchar contra el fascismo. Al fin y al cabo he tenido la suerte de nacer en una de las épocas decisivas de la lucha y debo hacer honor a esta vida. Me miro a mí mismo y veo que he cambiado mucho. Siento que me voy formando como un verdadero comunista. La vida soviética me ha enseñado mucho y en la guerra el pueblo soviético ha demostrado de lo que es capaz. Yo he tenido el gran honor de combatir al lado de algunos de sus mejores hombres... Me han dicho que estoy condecorado. Con la Orden de Lenin. Quiero probar en el futuro que no me han condecorado en balde".

Gullón sabía que Joaquín, Semiónov, Kolia y otros guerrilleros habían sido también condecorados. Y Acero, Ruiz, Gil, Andrés, Martín, Freix, que no podrían lucir en su guerrera la Orden de la Bandera Roja, tan valientemente ganada con su vida y con su muerte.

– ¿Qué escribe usted, capitán? –preguntó una voz fuerte desde la cama vecina– ¿Sus memorias?

Gullón sonrió:

– No, no son mis memorias. Todavía soy muy joven para pensar en eso. Algunas cosas que me vienen a la cabeza...

El otro, incorporándose sobre un codo, dijo:

– ¿Y no cree usted que la guerra nos ha hecho viejos?

– Yo creo que no –contestó Gullón–. Yo creo que usted y que yo y todos los que hemos vivido estos años tenemos el corazón más joven que nunca.

– ¡Hum! –hizo el vecino de cama–. A mí, el casco de metralla me pasó cerca del corazón.

– Cerca. Pero de ésta saldremos, Dmitri Vasílievich. Usted volverá con su batería, y yo, con mis guerrilleros. . .

– Pero, muchacho, si eso de los guerrilleros se va a acabar pronto. ¿No ves cómo avanzan los nuestros?

Entraron el médico de guardia y la enfermera. El artillero y Gullón se callaron.

– ¿Ya está usted con esos papeles? –medio le regañó el médico.

Gullón se disculpó:

– Ya tengo permiso para sentarme en la cama, doctor. ¿Cuándo me podré levantar? A lo mejor hoy, que es el Primero de Mayo. . .

El médico no decía nada quitando el vendaje.

El artillero estiró un brazo y puso más bajo la radio, en la que seguía sonando la voz de Moscú.

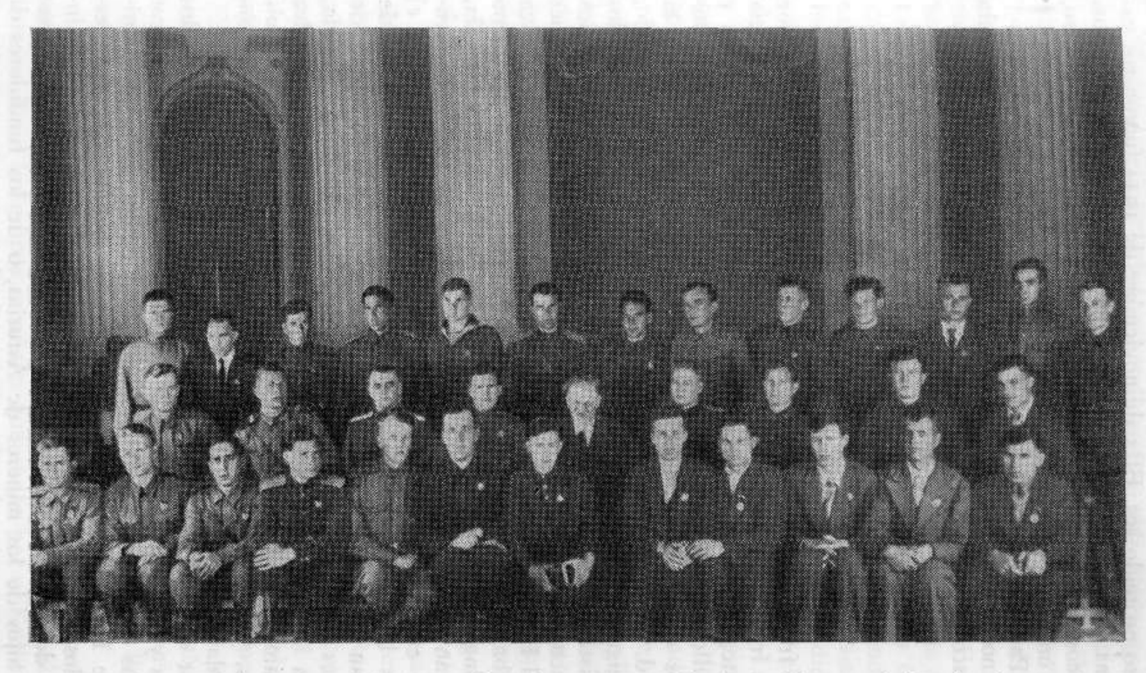
*

Francisco Gullón no pudo terminar su diario. Acaso se hayan perdido algunas hojas en las que apuntase sus recuerdos de los meses que pasó al salir del hospital. No los pasó en el frente o en la retaguardia enemiga, como él anhelaba. Gullón no pudo volver a combatir. La herida del vientre era mortal. El disimulaba, mentía, aseguraba que se sentía bien, maldecía a los médicos. . . Pero, a veces, cuando estaba escribiendo a máquina en la Redacción Española de Radio Moscú, tenía que pararse con un gesto que le desfiguraba el rostro.

– ¿Qué te pasa, Paco? –preguntaba algún compañero.

– No, no me pasa nada. ¿Qué quieres que me pase? –contestaba malhumorado.

Nadie quería que te pasara nada, camarada Francisco Gullón. Todos queríamos que te curases, que el dolor no perturbase tu espléndida sonrisa. Todos queríamos que un día pudiésemos volver todos a tu España, a nuestra España, a tu Madrid, a nuestro Madrid. Tú, con tu Orden de Lenin en el pecho, la primera Orden de Lenin que tenía un español. . .



Las primeras condecoraciones. Un grupo de voluntarios españoles las recibió en el Kremlin de manos del Presidente Kalinin

Pero no pudo ser. El 3 de noviembre de 1944 fueron tus camaradas que estaban en Moscú –muchos españoles y no pocos soviéticos– a velar tu cadáver. Estabas acostado en el féretro, con tu uniforme de capitán. Alguien dijo:

– Parece que está vivo.

Y no es que parecía. Estabas vivo. Estás vivo, camarada Francisco Gullón.

LA BOCA DEL LOBO

El frente sin líneas iba reduciéndose. Eso quería decir que el otro frente, el de la ofensiva del Ejército Rojo, avanzaba hacia el Oeste, pisaba ya los senderos de la victoria. Para cuarenta y seis millones de los noventa y tanto millones de ciudadanos soviéticos que padecieron la ocupación alemana había vuelto la libertad, había vuelto la vida en el socialismo. En Stalingrado, cepo gigantesco de 330.000 soldados y oficiales hitlerianos, los periodistas extranjeros sacaban fotos de las ruinas. La Fábrica de Tractores y la *Octubre Rojo* fundían acero y producían tanques para el Ejército Rojo. Entre los nombres de los héroes del Volga se citaba también a un español: Rubén Ruiz Ibárruri. En torno a Leningrado saltaban rotas las cadenas del cerco. Por Ucrania, la Ucrania que guardaba la huella de valor y de sangre de cientos de españoles, avanzaba el Ejército Rojo. Culminaba con el triunfo la defensa del Cáucaso y del Kubán, esa página de la Gran Guerra Patria en la que están impresos infinidad de nombres españoles: Jacinto López Loisa, Enrique Pineda, Ramón Torrecilla, Rogelio Soler, José Macarro, José González ("Dinamita"), Enrique Fábregas, José, Santos Sevilla, Luis Ramos, José Sánchez y otros de los que todavía habrá ocasión de hablar.

Por estas fechas de principios de 1944, los periódicos de los frentes y los diarios de Moscú habían popularizado ya no pocas hazañas de los españoles de la guerrilla y de los que en las fábricas de Kírov, o de Novosibirsk, o de Cheliábinsk caían desmayados al pie de los tornos. En las escuelas evacuadas al interior del país, los maestros y educadores españoles enseñaban a los hijos de los mineros de Asturias, o de los fundidores de Bilbao, o de los albañiles de Madrid la difícil lección de ser hombres cuando todo conspiraba contra la dignidad humana.

Las campesinas llevaban humildes flores de los campos a las humildes tumbas, a las gloriosas tumbas, de los caídos en el combate y en el martirio. Como aquélla del pueblecito de Kusóchkaya, donde sobre una lápida se leía, escrito a mano: "Caídos por la Patria socialista". Algunas de las viejecitas del pueblo podrían contar cómo cayeron los héroes que yacían bajo aquella tierra del Kubán. Los llevaron a la plaza del pueblo. Eran dos hombres y una mujer, más bien una niña. Las espaldas sangraban aún, pero estaban erguidos. Los habían torturado durante dos días y dos noches. Del cuello, sobre el pecho, pendía una tablilla: *Partizan*. Los arrimaron a la pared de la iglesia. Algo ladraron los alemanes en su lengua, que nadie entendió. Una raya horizontal de fusiles, una descarga que impidió oír el llanto de las mujeres.

Los cadáveres fueron arrojados a la cuneta. Al día siguiente, los alemanes huían: los tiros sonaban ya en las tapias del pueblo. Cuando poco después llegaron a esta aldea el "Madrileño" y Carlos el "Aviador", que regresaban del Frente Sur, se encontraron con una especie de panteón de tierra y ladrillo. Las koljosianas les contaron que ellas habían recogido los cadáveres de los dos guerrilleros –"así, morenos, con los ojos como vosotros"– y de la muchacha rubia y les habían levantado aquel monumento. Y Felipe explicó a las koljosianas que los enterrados allí eran los guerrilleros españoles Coronado y Chacó. La muchacha era Valia, la radiotelegrafista rusa del destacamento.

De otros no quedaban ni tumbas en la tierra liberada. A Ramón Romero y a Agustín García Fajardo los cogieron vivos los alemanes cuando se defendían desesperadamente con el resto del grupo parachutado ese mismo día. Era una presa importante para los hitlerianos. Quisieron hacerles declarar todo lo que supieran –y sabían bastante– del envío de españoles a la retaguardia alemana, de la misión que tenían encomendada. ¿Hace falta decir cómo los torturaron? Cuando eran ya una masa sanguinolenta, cuando nada más que en los ojos había vida y odio y fuerza, los arrojaron a una hoguera. Las llamas devoraron con sus jóvenes cuerpos eso que se llama, y bien llamado, secreto militar.

Por las aldeas del Kubán circulaban durante el invierno de 1943 hojas escritas en ruso por los alemanes: "Los ciudadanos que ayuden a los grupos españoles que andan por el Kubán serán castigados severamente". Pero, de todas formas, les ayudaban. Como aquella vieja que llevó una de estas hojas al español Fran-

cisco, diciéndole: "Ten cuidado, hijo. A mí no me importa que me cojan esos perros porque ya me queda poco que vivir. Pero a ti te queda toda la vida, muchacho". O como aquel viejo cosaco, que cuando los alemanes sorprendieron en su casa a un guerrillero español, dijo, pensando que así lo protegía: "Es mi hijo".

En un campo de concentración alemán en Crimea, todos los presos conocían a Iván Vasílievich. Muy pocos sabían que de verdad se llamaba José Peral. Un día, Iván Vasílievich fue conducido ante el jefe del campo. Le acusaban de propagar noticias falsas sobre las victorias del Ejército Rojo. Delante de todos los presos comenzaron a apalearle. Una hora, dos... Cuando uno de los equipos de apaleadores iba a ser relevado, los verdugos no tenían ya nada que hacer: José Peral estaba muerto.

Habrá muchas muertes así que aún no se saben y que quizá no se sepan nunca. Igual que hay, dentro de lo hazañoso, episodios en los que, además de valor, hay que echar toneladas de ingenio y de astucia. Porque los españoles anduvieron por todos los caminos, recovecos, encrucijadas y entrebastidores de la guerra. Golpes de mano y golpe de vista son dos cosas que van juntas cuando hay que actuar en la misma boca del lobo y salir de ella antes de que el lobo la cierre. De muchos de estos episodios no se ha hablado ni quizá se hablará nunca. Pero de otros algo se podrá decir. Aunque, por ahora, también habrá que callar el nombre del protagonista. En España sigue abierta la boca del lobo.

KAUNAS. HOTEL METROPOL

El hombre abrió la puerta y se quedó mirando al oficial alemán. El hombre no estaba solo. Un muchacho medio ocultaba con su cuerpo a una mujer, también joven, que tenía clavados los ojos en el nazi.

– *Partizan?!* –preguntó el oficial.

– *Nein* –contestó el dueño de la casa.

El oficial apartó al viejo, miró descaradamente a la joven y entró. Le seguía un soldado rubianco como él y con el aire servil del perfecto ordenanza.

Sin decir nada, el oficial fue mirando todos los cuartos de la casa. No vivía mal aquella gente. Muebles sólidos, cortinones caros, alfombras un poco raídas, pero buenas... Todo bastante lujoso para una casa de campo. La mirada del oficial lo recorría

todo. En cualquier sitio puede esconderse un guerrillero, debía pensar. En la parte trasera de la casa había una especie de desván. Allí, sobre un camastro estaba acostada una mujer, que, al ver al alemán, apretó contra sí a dos chicos que dormían con ella. No se sabe por qué, el oficial frunció el ceño. Quizá le pareció sospechosa la mujer. Siempre seguido de su ordenanza, dio la vuelta no sin mirar de reojo a una puerta que, por las trazas, debía dar a la calle.

En el comedor, la mesa estaba servida. Le indicaron un sitio para sentarse, pero él, con malos modos, lo rechazó y escogió otro, desde el que se veía perfectamente el andén de la estación de Pabrade, un pueblo lituano.

Parecía muy poco locuaz aquel oficial hitleriano. A algunas frases que el dueño de la casa dijo en alemán contestó con gruñidos. Unicamente cuando el viejo dijo algo en lituano a la que debía ser su nuera, el oficial dio un puñetazo en la mesa y gritó:

– *Verboten!*

Lo que sí le gustaba al oficial era beber. Bueno, pues que bebiera. Seguramente ni se había dado cuenta de que el joven y la mujer se habían retirado. El oficial empezó a canturrear ininteligiblemente. De pronto, se puso de pie, lanzó una carcajada, intentó dar un paso, pero se apoyó sobre la mesa para no caer. Allí quedó abatido, con la cabeza sobre los brazos.

– Está borracho –murmuró el viejo.

Entre el ordenanza y él lo cogieron por los sobacos y lo sacaron de allí hasta el zaguán. El oficial se enderezó un momento y en seguida cayó como desplomado sobre la cama. La mujer, retirándose, ahogó un grito.

A lo mejor nadie dormía en aquella casa. Ni el dueño, ni la madre con sus hijos –seguramente evacuada allí–, ni el oficial hitleriano, ni su ayudante. La sed, por lo visto, despertó al borracho. La sed o el relinchar de un caballo, que de pronto había vibrado en el silencio. El caso es que el alemán saltó tambaleándose, entró en el comedor y se puso a beber lentamente un vaso de agua. En la semioscuridad, sus ojos descubrieron que en una de las dos alcobas –las dos daban al comedor– parecían dormir el viejo y un joven. En la otra habitación, la cama estaba intacta. Eso no debió gustarle ni un pelín al capitán, porque se alejó de allí, dio con el pie a su ordenanza, acostado en el suelo, y por aquella puerta trasera, en la que él se había fijado al recorrer la casa, desaparecieron los dos. En ese mismo instante, un tren entraba en agujas.

*

Por lo visto, no les dio tiempo a alcanzar uno de los coches que les correspondía por su graduación y subieron al segundo de los de viajeros civiles, en el mismo momento en que arrancaba el tren. Conviene decir que los trenes alemanes se formaban de la siguiente manera: los tres primeros coches, para la gente civil, por si la vía estaba minada. Después venían unos vagones de mercancías y tropa. Luego, en el centro –que es lo mollar–, los destinados a la oficialidad. Y, por último, más vagones de mercancías y soldados.

Al ver los uniformes alemanes, los ocupantes del departamento se estrecharon instintivamente. A grandes gestos, el capitán ordenaba que les hicieran sitio a él y a su asistente.

No habría traqueteado una hora cuando el tren se paró bruscamente. Sin moverse de su sitio, el capitán ojeó por la ventanilla. Debían estar en pleno campo; si acaso, en algún apeadero de mala muerte. Algún farol petuleaba en la sombra. Se oyó forcejear en la portezuela del departamento y asomar una gorra puntiagudamente inconfundible. El vagón, como todos los demás de este tren vetusto, tenía uno de aquellos estribos corridos por los que andaban jugándose el bigote los revisores para entrar a pedir el billete. La portezuela –la que daba al pasillo– se abrió violentamente y la luz blanca de una linterna acuchilló las figuras, sobresaltadas, de los viajeros.

El capitán se puso en pie. Tenía en la mano una cantimplora de la que acababa de largarse un lingotazo de coñac. Quizá fuera que no se encontrase suficientemente borracho o que necesitase parecer lo más borracho posible. La presencia de aquel escandaloso capitán sorprendió al de la linterna, que era un teniente de las SS. En el vagón se oían gritos, pasos apresurados, voces en alemán, llantos. El SS apremiaba:

– *Dokument!*

El capitán rompió a reír, se abrazó a una muchacha que, toda encogida, se acurrucaba en un rincón y de un manotazo le desgarró la blusa. Asomó un pecho, que ella, horrorizada, ni se preocupó de tapar. El capitán seguía abrazado a ella, y con la mano libre señalaba la puerta al SS. El teniente sonrió comprensivamente y cerró la portezuela. El capitán retiró el brazo de los hombros de la muchacha y suspiró echando la cabeza hacia atrás, mientras los demás viajeros miraban fijamente el campo negro,

donde ladraban algunos perros. La muchacha, la cara hundida en las manos abiertas, lloraba.

("Por la boca muere el pez y por los detalles el agente secreto. Esto me lo enseñó a mí en Madrid aquel ruso, que era un águila. En Madrid me tomaron los fachas por un ruso, ahora lo que me hace falta es que me tomen éstos por un alemán. Yo, por lo visto, de lo que no tengo pinta es de español: de algo le tienen que servir a uno este pelo y estas pecas rojas. Le di un buen golpe al moro con la barra de hierro que encontré en la zanja del Pardo; si no, a lo mejor no lo cuento ni me vería ahora vestido de capitán del ejército de Hitler. Para mí que el tío del chalet estaba en combinación con los guerrilleros. La chica del tren era muy bonita, claro que no se la veía, pero yo no podía decirle que no llorase. Lo bueno fue que no nos pidieron los documentos y eso que mis documentos estaban en regla. José Ríos Peñalba, oficial con grado de capitán de la División Azul encuadrada en el invencible Ejército del Tercer Reich. Reich lo digo bastante bien, y algunas otras palabras alemanas, muy pocas; pero no importa, yo lo que soy es un facha español. En la que te ves, Peñita, por tu mala cabeza; quién te lo había de decir cuando le dabas a la lima. Como la cosa salga bien, igual que hemos llegado aquí llegaremos a Kaunas. Allí ya me dirán, pero lo que yo digo es que por la boca muere el pez y por los detalles el. . . Toma, esa V que lleva Rafa en el gorro es la última V que un soldado alemán lleva en el coco".)

El capitán hitleriano hizo una seña a su asistente para que se acercara:

– Ahora mismo vas al retrete y te quitas esa V del gorro. Menos mal que va cosida encima de la tela. . .

José Peña había visto, nada más entrar el tren en la estación de Vilnius, que ningún soldado alemán llevaba ya esa letra en el gorro. Se conoce que en 1944 la inicial de victoria les parecía a los alemanes demasiado optimista.

Nadie sabe cómo –él sí lo sabía, claro– ni en qué momento había aparecido en el brazo izquierdo del capitán el emblema de la División Azul. Porque la orden era no utilizarlo hasta llegar a Vilnius. Ahora donde había que llegar era a Kaunas. Allí. . . ¿Sería allí donde se preparaba el atentado contra un general fascista que, a lo mejor, hablaba el mismo idioma que José?

El tren que debía llevar a José y a Rafa ya estaba entrando en la estación. La gente, con maletas y bultos, se apresuraba. Muchos tomaban los vagones por asalto. José no se precipitó. Esperó a que tocaran la campana y en ese momento trepó con su compañero a uno de los coches de oficiales.

El tipo aquel soltó a la rubia exuberante, a la que estaba besuqueando, y miró a José. Este se señaló el brazal y dijo:

– Español.

– ¡Ah, español!

Era un capitán de la Gestapo.

"A lo mejor este tío ha estado en España", cruzó un segundo por la imaginación de José.

Peñita observó que el capitán lucía las dos barras indicadoras de haber pasado dos años en el frente soviético-alemán. Las mismas exactamente que le habían puesto a él. La camaradería de viejos combatientes de la misma causa se estableció en seguida.

Un comandante con dos soldados apareció en la entrada del departamento. El capitán de la Gestapo le tendió una elegante cartera de piel. Para José había llegado el momento decisivo. Ahora no había manera de rehuir la presentación de documentos. Con la mayor naturalidad, ofreció los suyos al jefe de la patrulla. Este los examinó con una atención que a José le pareció excesiva y, al devolvérselos, dijo algo de muy malos modos.

– El señor comandante preguntar por qué soldado va con oficiales.

"¡Claro, este tío ha estado en España!", pensó José.

– Hospital. . . español –dijo Peñita, dirigiéndose a los dos. El capitán de la Gestapo y el comandante hablaron algo en alemán, y la patrulla se retiró sin molestar a Rafa.

La rubia había sacado de una cesta unas viandas y una botella de coñac francés, y José, no queriendo ser menos, sacó de su cartera un buen pedazo de salchichón. Haciendo un guiño, dijo al capitán:

– Esto es de Moscú.

La palabra Moscú no le hizo mucha gracia al gestapista, pero se pusieron a comer.

Peñita, que no tenía muchas ganas de hablar, dio unas cabezadas, como si el sueño le rindiese. Rafa hasta había empezado a roncar. El gestapista se dedicó a su rubia.

La estación de Kaunas estaba abarrotada de un gentío que al ver llegar el tren se lanzó hacia los vagones. La policía alemana no conseguía poner orden. José y Rafa descendieron

rápidamente, se mezclaron entre la multitud y salieron al bulevar. "Hotel Metropol", leyó José en un rótulo. "Aquí es", pensó.

Enfrente del Hotel Metropol no esperaba nadie. Mala hora para fingir que se paseaba por allí, porque había empezado a llover. Se alejaron un poco, volvieron y enfrente del Hotel Metropol seguía sin haber nadie.

– Aquí no podemos seguir, Rafa, llamaríamos la atención. Hay que arreglárselas para pasar la noche en algún sitio, y eso, antes de que sean las ocho, que es el toque de queda.

Rafa movía la cabeza:

– Pues no sé lo que vamos a hacer. Aquí no conocemos a nadie.

Iban andando por una calle poco transitada. La gente, bajo la lluvia, se apresuraba a sus casas. Un cura se dio de bruces con José y musitó algo, alejándose rápidamente. Una chica –impermeable ceñido, medias botas que dejaban ver un trozo de pierna– hizo volver la cabeza a Rafa.

– Peñita, me parece que nos siguen.

José no dijo nada y siguió andando normalmente. Al pasar ante un escaparate se detuvieron un momento. En efecto, alguien les seguía. Cerca de allí, una bombilla roja indicaba sobre un portal lo que Rafa entendió:

– ¿Y si pasáramos ahí la noche?

– No, en esos sitios siempre se arman broncas. Lo primero que tenemos que hacer es despistar a ese tipo que nos sigue.

Unos pasos más allá, Rafa se detuvo, se agachó como si fuera a atarse una bota y miró con disimulo para atrás. El perseguidor entraba en ese momento en el portal de la bombilla roja.

– ¡Lo que perseguía ese tío era otra cosa! –comentó Rafa, echándose a reír.

Algún sitio habría en aquella ciudad donde los hombres con decisión y talento pudieran meterse. A Peñita no le abandonaba nunca la confianza en su buena estrella. A lo mejor es que vio pintada su buena estrella en una viejecita enlutada que por la misma acera venía hacia ellos.

– *Frau, madame*, hospital... Españoles –dijo José a la anciana.

A la vieja le gustó el aire juvenil de José, tan gallardo en su uniforme. Le dio pena de aquel muchacho, que en una ciudad desconocida para él andaba buscando el hospital. Tendría más o

menos la edad de su hijo, que también estaba luchando contra los impíos en el Frente Oriental.

José miraba a la vieja sonriendo beatíficamente y haciendo gestos de que se helaba bajo la lluvia. La abuela les hizo señas de que la siguieran y, poco después, los tres se encontraban en una casa alejada del centro de la ciudad. Les abrió una muchacha, la nieta o la hija de la vieja. José la saludó militarmente y ella sonrió. En el recibidor había un crucifijo y al pie una lamparilla de aceite. José se quitó la gorra, se persignó y quedó inmóvil ante la imagen con la cabeza baja, musitando una oración.

La anciana contemplaba emocionada a aquel mozo tan respetuoso y tan devoto. José volvió a santiguarse y dejó escapar un suspiro.

La abuela, conmovida por tan edificante ejemplo, se empeñó en que el capitán y su ordenanza descansaran allí hasta que dejara de llover. Trajo un álbum de viejas y no tan viejas fotografías. En una de ellas, una dama vestida a la moda del 900 se había retratado con el brazo apoyado en el respaldo de un sofá. Debía ser la vieja con treinta años menos. Pero la foto sobre la que la dueña de la casa llamó la atención de José fue otra en la que aparecía un muchacho con el uniforme de teniente del ejército alemán.

– Héroe –dijo José, apuntando con el dedo a la cabeza del teniente fascista.

– ¡Ah! –hizo la vieja–. Héroe –y señaló a su vez, con el índice, a Peñita.

José hojeaba muy despaciosamente el álbum, porque lo que él quería era que pasaran las ocho de la noche. A esa hora no se podía circular sin el salvoconducto correspondiente. El no lo tenía porque antes de esa hora debía haber estado en el hospital. Lo más probable es que la vieja se conmoviese y les dejara pasar allí la noche. Claro que tampoco está permitido albergar a nadie sin autorización a partir de la misma hora. Pero la anciana parecía una devota de Hitler y se sentiría honrada con alojar bajo su techo a todo un heroico oficial español que luchaba por la victoria del "nuevo orden".

Y así fue.

A la mañana siguiente, bien dormidos y bien desayunados, con el paso más marcial que nunca, se dirigió Peñita, seguido a la distancia reglamentaria por su asistente, hacia el Hotel Metropol.

*

– Como os podéis figurar, allí, en el lugar de la cita junto al Hotel Metropol, de Kaunas, no estaba el enlace.

Peñita, que nos cuenta todo esto en un rincón del Centro Español en Moscú, veintitantos años después, se ríe cuando le preguntamos:

– Bueno, ¿y cómo te las arreglaste en Kaunas?

– La verdad es que *no* muy bien.

– ¿Y el general?

– Pues eso. Lo del general falló. Claro, otras cosas no fallaron.

– ¿Y cuáles fueron esas cosas?

Peñita, que tampoco se llama Peñita, hace un gesto evasivo. Y promete:

– Mirad, esas cosas os las contaré otro día. . .

Si Peñita nos las cuenta alguna vez, lo cual no parece probable, quizá se las contemos a ustedes.

TERCERA PARTE

CUANDO LA TIERRA SE DEFIENDE DESDE EL AIRE

DE DIEZ QUEDARON CINCO

Hasta mayo de 1942 no consiguieron ser incorporados a la aviación soviética muchos de los jóvenes españoles que ya sabían lo que era defender la tierra –entonces la de España– desde el aire. Y como no todos tuvieron paciencia para esperar a que las gestiones terminaran por sentarles en un avión, algunos se integraron en la 4ª Compañía y con ella guardaron Moscú. Otros salieron de ella y anduvieron por la retaguardia de distintos frentes a bombazo limpio.

De los que en mayo de 1942 se pusieron el uniforme de aviadores podemos recordar ahora –a otros los recordamos después– a Ceferino Muñoz, Leoncio Velasco, Basilio Mesa, Carlos Aguirre, José Rodríguez, Jacinto Gutiérrez, Francisco García, Antonio Peinado, José Crespillo y Francisco Gaspar.

Enviados al 17° Regimiento de Aviación de Reserva, de la ciudad de Penza, la impaciencia y las reclamaciones de estos muchachos no dejaban en paz al Mando de la unidad.

– Camarada comandante: Si seguimos así, no volaremos nunca. Al principio nos dijeron que el entrenamiento duraría un mes –se quejaba respetuosamente Leoncio Velasco.

El comandante procuraba calmarles:

– Por desgracia, tiempo habrá de que vuelen ustedes. De que vuelen y peleen contra el enemigo, quiero decir. Hay que acabar los entrenamientos para que estén en las mejores condiciones. . .

– Nosotros –apoyaba Carlos Aguirre– combatimos ya en España.

El comandante les recordaba:

– La técnica ha cambiado mucho. Además, ustedes llevaban sin volar tres años. Eso lo saben ustedes muy bien.

Sí, Leoncio y sus compañeros sabían eso perfectamente. Porque la verdad es que cuando los probaron en un "Mosca", el

resultado fue poco menos que catastrófico. Y eso que este caza no tenía secretos para los españoles. Muchos de ellos lo habían tripulado en el cielo de Madrid y sobre los campos de Guadalajara y Aragón, habían protegido el avance republicano en Belchite y Teruel y la retirada de la impotencia y de la rabia en Lérida y Figueras.

Ellos ponían el mayor empeño en recuperar la destreza perdida, porque el valor lo conservaban multiplicado por el odio al enemigo que ya una vez les había quitado la patria.

Lo que más les desesperaba era saber que otros compañeros suyos habían peleado –y los periódicos hablaban de ello– en la defensa de Moscú y Leningrado y estaban librando en la gran batalla de Stalingrado la gran batalla del aire contra los "ases" de Goering.

Cuando algún soviético les decía: "Dentro de un mes estaréis derribando "Messers", Gutiérrez o Peinado contestaban algo como esto:

– Si a ustedes, cuando estaban en España, les hubieran dicho un día y otro que tenían que esperar un mes para volar, ¿qué habrían contestado?

El soviético sonreía:

– Ustedes no saben el tiempo que nos tuvieron en la URSS diciéndonos: "Dentro de un mes os dejaremos marchar". Y tampoco saben lo que protestábamos nosotros porque todavía no nos dejaban...

¿Cómo que no lo sabían? ¡Si muchos de estos españoles habían conocido en la Unión Soviética la ansiedad de volver a España convertidos ya en caballeros del aire! Porque esa es otra, otra de las muestras de la solidaridad del Gobierno de la URSS con la España republicana: mientras los pilotos soviéticos llenaban de esperanza el cielo de Madrid, las escuelas de aviación soviéticas se abrían para los jóvenes españoles, casi más bien adolescentes, enviados por el Gobierno de la República. Muchos regresaron a España y allí combatieron con sus "Chatos" y sus "Moscas". Otros no tuvieron tiempo de hacerlo porque la guerra de España había terminado. Ahora, para éstos, llegaba el momento de la lucha. Y para los otros, de continuarla. Para todos, el tiempo de demostrar, como decía Peinado, "quién es cada uno".

Como todo llega en este mundo, llegó el día de demostrarlo. Para aquellos muchachos que se entrenaban en Penza, ese día fue uno de septiembre de 1942. Los componentes del grupo fueron enviados a distintos regimientos: Peinado, Crespillo y Gaspar,

a uno; Aguirre y Francisco García, a otro; Basilio Mesa y José Rodríguez, a otro; y Ceferino, Gutiérrez y Leoncio Velasco, al 989° Regimiento.

Pronto fue cambiado el nombre de este regimiento. Por su participación en la toma de Chernovitsi, se le dio el nombre de esta ciudad. Allí, en el 1er Frente Ucraniano, Ceferino hizo setenta vuelos de combate, cinco de ellos de bombardeo en pleno día. Un día que Leoncio volaba en su "U-2" en una profundidad de treinta kilómetros, lo atacaron los cazas alemanes. El "U-2" –por algo le llamaban "la tortuga aérea"– no era un avión muy rápido: cien kilómetros por hora. Además, se volaba en él sin paracaídas y generalmente de noche. Cuando la "tortuga" tomó tierra contaron en su caparazón hasta treinta impactos. En el "U-2", Leoncio Velasco realizó ochenta y cinco vuelos en el 1er Frente Ucraniano. A él le gustaba mucho más el "IL-2": "la muerte negra", como le llamaban los alemanes. Con él estuvo entrenándose unos días en el 3er Frente Ucraniano. Y con él protegió el paso del Dniéster en agosto de 1944. Fue entonces cuando a Leoncio y a Ceferino les condecoraron con la Orden de la Guerra Patria.

Luego, por los cielos de Europa: Rumania, Bulgaria, Yugoslavia. Durante la liberación de Budapest, el regimiento de Ceferino y Leoncio sufrió el mayor número de bajas. El 9 de marzo de 1945, la artillería antiaérea tocó el avión de Ceferino. Tenía que asaltar una base de tanques entre el lago Balatón y Belintse. Con el avión en llamas, aún tuvo tiempo de lanzarlo sobre el objetivo. La condecoración por esta hazaña no pudo recibirla.

A Jacinto se le dio por muerto durante mucho tiempo. Había sido derribado en un combate sobre las líneas alemanas. Hecho prisionero con una pierna agujereada, fue encerrado en un campo de concentración en Polonia. De su calvario allí se averiguó más tarde que resistió a todas las torturas, que estuvo amenazado de ser devuelto a España y que cuando ya su pierna iba curando –unos médicos soviéticos prisioneros en el campo lo estaban atendiendo a escondidas–, fue llevado a la enfermería. Ya estaba cerca el Ejército Soviético, ya el miedo tenía enloquecidos a los verdugos del campo, y, por lo visto, a alguno de ellos se le ocurrió vengarse en el joven piloto español. Gutiérrez salió de la enfermería sin una pierna.

De los diez amigos, uno de los que más vuelos de combate puntuó fue Carlos Aguirre: 271. En tal cantidad de vuelos, como es natural, hubo de todo. Más bueno que malo. Porque, de

le contrario, Aguirre no habría llegado, como llegó, hasta la toma de Berlín. Una vez por poco no lo cuenta. Tocado por la artillería enemiga cuando bombardeaba en Polonia un empalme ferroviario, se las arregló para aterrizar entre las dos líneas, a unos metros de un campo minado. Acaso los paquetes de provisiones que desde su avión arrojaba a la tierra guerrillera fuesen a parar, alguna vez, a los españoles que hacían allí abajo lo mismo que Carlos arriba.



Cuando el piloto Aguirre fue derribado había tomado parte en 271 vuelos de combate

Aguirre era también uno de los más jóvenes del primitivo grupo de los diez...

El 14 de abril de 1931 se asomó a la puerta de la tienda y empezó a gritar:

– ¡Atiza! ¡Se armó la gorda!

– Chico, quítate de ahí –le ordenó, con bastante malhumor, el dueño de la tienda.

De bastante malhumor también, Carlitos obedeció.

La tienda era una juguetería en la calle madrileña de Serrano, una calle que no estaba para las alegrías de la inmensa alegría de Madrid en aquella hermosa primavera. En la juguetería entraban a comprar damas elegantes, con niños tan elegantes como las mamás –porque esa calle era el cogollo del aristocrático barrio de Salamanca–, y Carlitos, que tenía pocos más años que esos niños, se separaba con pena –una pena hecha de muchas tristezas de niño pobre, de niño que ya se gana el pan– de los

juguetes que él nunca había tenido en su infancia. A lo mejor, todo eso que estaba pasando en Madrid –las banderas de tres colores, el gentío bajando por la calle de Alcalá, los camiones con racimos de muchachas y muchachos de aire obrero– era también para que los niños como Carlos tuvieran juguetes.

Con sus catorce años de entonces, Aguirre comprendía muchas cosas. Tantas, que en el verano de 1936 estaba disputándoselas



Los jóvenes españoles también pelearon en la aviación soviética

a tiros a los señoritos de la calle de Serrano en Somosierra, en Guadarrama y, más tarde, en Brunete.

– ¿Qué te parece, Carlos, si vas a la Unión Soviética para hacerte aviador? –le dijo un día el instructor de la Juventud Socialista Unificada en su unidad.

A Carlos le pareció verse ya segando "Junkers" y "Capronis" con la ametralladora de su "Chato". Pero no llegó a verlo. En marzo de 1939, cuando Carlos y otros muchachos españoles acababan el curso de pilotos en la Unión Soviética, en España ellos no tenían ya nada que hacer.

No puede extrañar, por eso, que Carlos Aguirre, cuando se cargaba en combate a un bombardero alemán, o cuando hacía saltar los puentes del Vístula, o destrozaba desde el aire una concentración de tropas enemigas, se dijese:

– Por Madrid, por Guernica, por Nules. . .

De aquellos diez españoles que un día de septiembre de 1942 salieron a distintos regimientos de aviación, solamente Carlos Aguirre y otros cuatro pueden recordar aquellos años de difícil, de imposible olvido.

UN AÑO ANTES

El 25 de julio de 1941, Antonio Arizona se presentó al jefe soviético del cuartel en el que se encontraba la 4ª Compañía:

– Camarada coronel: En nuestra unidad y en Moscú hay muchos españoles que hemos sido aviadores en España. A mí me parece que podríamos ser más útiles en el arma de aviación.

Al coronel le pareció que sí, y unos días después, Antonio había reunido ya a Fernando, Bonilla, Carbonell, Beltrán, Landa, Duarte, Meroño y otros. Todos ellos, con Antonio, fueron incluidos en la 1ª Brigada Aérea de la región militar de Moscú. Sobrarían los dedos de una mano para contar los días que en el mes de octubre de 1941 dejaran de despegar del aeródromo de Bykovo los aviones de Antonio y sus compañeros. En la geografía de la titánica batalla del aire contra las escuadras de la svástica, ufanas de guerniquizar y coventrizar, los principales puntos de protección de Moscú eran Podolsk, Narofominsk y Maloyaroslavets, entre otros.

De noche, todas las ciudades se parecen. Todas las ciuda-

des bombardeadas se parecen más. ¿Se parecía Moscú a Madrid esas noches del otoño terrible del 41? Sí, se parecía. También era otoño. También estaba la ciudad a oscuras. También la cinta del río era un punto de orientación. ¿Cuántos eran ahora? ¿Diez contra uno? En 1936, en Madrid, la desproporción era mucho mayor. Lo que era igual –por lo menos el suyo, pensaba Antonio– era el coraje.

Para Antonio, la cosa en España comenzó en la tierra. La toma de Campamento, el Alto del León, la primera herida, Carabanchel, la Casa de Campo... (*Por la Casa de Campo y el Manzanares –quieren pasar los moros– no pasa nadie,* jaleaba la letrilla en el noviembre madrileño.) En ese noviembre de 1936 pidió Antonio que le enviasen a unos cursos de aviación organizados por el Gobierno de la República. Cerca de doscientos jóvenes fueron seleccionados en la base cartagenera de Los Alcázares para ir a la Unión Soviética a aprender a volar. En condiciones normales, un piloto se hace en cuatro o cinco años. Para Antonio y sus compañeros, esos cinco años se redujeron a cinco meses. Esto fue posible porque si los españoles pusieron mucha voluntad en aprender, los instructores soviéticos no pusieron menos en enseñarles.

El jefe de la primera escuadrilla en que combatió Antonio Arizona era el aviador soviético Smirnov, más tarde Héroe de la Unión Soviética, con mayúscula de título, y héroe de España, sin título, pero también con mayúscula. Contar dónde no combatió Antonio en esos años sería más fácil, y más corto, que enumerar algunos de los lugares donde lo hizo. En la epopeya del Norte, un "fregao" con 120 "Fiats" y 50 "Messer-109" que protegían a una formación de "Junkers". Veintidós "Fiats" y cuatro "Junkers" fueron la cosecha de aquel combate, en el que todavía Antonio no pudo meter mucho su hoz. En el frente de Aragón, seis escuadrillas de caza –tres de "Chatos" y tres de "Moscas"– abatieron al enemigo más de sesenta aviones el 15 de octubre de 1937. En uno de los "Moscas" iba Antonio. Defensa de Valencia. Esta vez, Antonio pilota un "Katiusha". Las heridas en la cabeza empezaron a abrirse. A lo mejor había hecho mal en escaparse del hospital para tomar parte en aquella operación. El pasamontañas que se había hecho forrado de algodón parecía bueno. Fue tan bueno que Antonio voló con él hasta las operaciones del Ebro. En el aeródromo de Sarrión, los "Chatos" hicieron una escabechina: 25 "Fiats" incendiados.

Al lado de Antonio luchaban entonces –como luchaban ahora–

Zarauza, José Luis Barco, Meroño, José Pascual (al que todos llamaban "Popeye"), Pallarés, Díaz Nájera, Francisco Blanco. . .

*

Antonio estaba ya un poco cansado de "hacer de niñera". Así es cómo llamaba él a la tarea necesaria, sin duda, pero engorrosa también, de instruir a los jovenzuelos recién salidos de los aeroclubs. Si no hubiera sido porque en el cielo soviético estaba, como en la tierra soviética, la llave de la libertad, esto de formar un regimiento de aviación le habría parecido a Antonio lo más importante del mundo. Aunque, si bien se mira –y, en los momentos en que la impaciencia le dejaba, Antonio miraba las cosas con serenidad–, este regimiento que salía de sus manos ilusionado, ansioso, con alas en el corazón, iría a despejar de enemigo el aire de la patria y de otros pueblos.

Vólogda, donde estaba el aeródromo de entrenamiento, es una vieja ciudad rusa que el manotazo de la guerra había transformado también. El fuego no había llegado hasta ella, pero tenía aire de campamento, transitada por los muchachos de mono gris y el gorrillo con la insignia de aviación. El teniente Antonio Arizona era muy querido por los futuros pilotos. En las horas de descanso le pedían que les contase episodios de la lucha en España. No faltaba quien le dijera:

– Camarada teniente: llegará el día en que usted volverá a Madrid y se paseará dichoso con esa novia de que nos habla.

Antonio sonreía, pensando en las dulces, en las valientes, en las fieles novias que estarían esperando, esperando con los ojos del alma puestos aquí, en la lejana Rusia, en la cercana Rusia soviética.

El recuerdo de España torturó y alentó, quizá como nunca, al teniente Arizona el día en que se vio en el frente de Vóljov. ¡Ay, si él se tropezara con la escuadrilla de la División Azul! ¡Cómo le iba a cantar el corazón en el pecho, en los pulsos, en cada bala de sus ametralladoras! Antonio no sabía si en los "Messer-109" que entonces tumbó iban fascistas españoles o fascistas alemanes. Para el caso era igual: todos eran fascistas. Barrerlos de allí era barrerlos o, por lo menos, hacerlos temblar en España.

Ese año de 1943, al regimiento de Antonio se incorporaron otros tres pilotos españoles: Gisbert, Julián y José Gómez. Después de operar en la parte de Leningrado, Antonio combatió en Lituania y en Bielorrusia. Allí se encontró con Cirujeda, Trillo y Ruiz,



José Crespillo, piloto del 153° Regimiento de Caza de la Guardia, cayó el 26 de agosto de 1944 en un combate aéreo

que formaban parte del 439° Regimiento. Hacía tiempo que Antonio quería saber cómo había muerto Pascual, el famoso "Popeye". Famoso no sólo por sus ocurrencias, por aquel parecido que alguien le sacó con el Popeye de las películas de dibujos de los años 30. Era famoso, sobre todo, por su bondad, por su compañerismo, por su alegre valor, por su desprecio a la muerte, él, que tanto amaba la vida. Un piloto ruso del 439° Regimiento, que había combatido en Stalingrado, le contó a Antonio la muerte de "Popeye".

Fue el 23 de agosto de 1942, un día señalado en el martirio de Stalingrado por uno de los bombardeos más terribles entre los terribles que sufrió la ciudad inexpugnable. La aviación soviética se lanzó contra la oleada de "Junkers". Los combates se libraban principalmente sobre el centro de la ciudad, la fábrica de tractores y la estación de ferrocarril. En la lucha de estrellas rojas contra svásticas negras, treinta cruces gamadas fueron hechas añicos. Guiaba una de las estrellas rojas José María Pascual. Se vio cabecear, tocado, un "YAK" soviético. Entre el huracán de fuego se abrió la corola blanca de un paracaídas. Los cazas alemanes se precipitaron sobre aquella figurilla indefensa,

que descendía suavemente hacia la tierra. Un avión soviético picó para proteger al camarada.

El paracaídas llegó al suelo y allí lo rodearon los obreros de la fábrica de tractores. El piloto soviético estaba salvado. Era el instructor político Bashkírov.

– El que no se salvó fue el piloto español –dijo el ruso al teniente Arizona–. Vimos cómo su aparato se incendiaba en el aire y se perdía quién sabe dónde.

Antonio se quedó pensativo. Cavilando que el avión de "Popeye" se había perdido en ese sitio donde los nombres de los héroes no se pierden. José María Pascual, "Popeye", había caído defendiendo la vida de un camarada soviético, defendiendo la fábrica de tractores de Stalingrado, defendiendo desde el cielo la tierra de Stalingrado.

Después de todo, esto no haría más que redoblar la furia combativa de Antonio y sus compañeros, la célebre furia nunca mejor llamada española.

Ascendido a capitán en 1943, Antonio combatió hasta el fin de la guerra, y siguió en el arma de aviación hasta 1948, en que fue desmovilizado.

Sin que Antonio lleve una estadística rigurosa, él calcula que se enfrentó con aviadores fascistas, pardos, negros y azules, más de 150 veces, y en esta cifra no entran más que los combates.

LOS INSEPARABLES

Siempre se les veía juntos. Ya en la casa de niños de Odesa comenzaron a llamar a los dos pequeños vascos "los inseparables". Ezequiel Pikondo y Antonio Uribe habían venido juntos de España en 1937 a la Unión Soviética y, además del paisanaje, les unían muchas cosas. A los dos les gustaba reírse, apostar y reñir, que son cosas bastante frecuentes en las aficiones de los vascos. ¡Ah!, y cantar. Cantar muy mal, según los demás compañeros; regular, según Uribe, y mejor que el Orfeón Donostiarra, según Ezequiel.

Cuando Valentina Vasílievna Peuglo los conoció, también empezó a llamarlos "los inseparables". Eso fue en tiempos que Valentina no puede olvidar. Y que gusta de evocar, si es que alguien la anima a despertar sus recuerdos.

El 3er Batallón de Caza de Rostov del Don tenía su base en el aeródromo de Novomoskovsk.

– ¿Sabes? En el regimiento hay dos extranjeros –le dijo a Valentina una de las muchachas que servían en el aeródromo.

Valentina no se extrañó demasiado. Sabía que con los pilotos soviéticos peleaban patriotas de otros países sojuzgados por el fascismo. Preguntó:

– ¿Extranjeros? ¿De dónde?

La muchacha abrió unos grandes ojos y bajando la voz, seguramente para darle más emoción a la confidencia, explicó:

– De España.

A Valentina le dio un vuelco el corazón. España era toda su infancia, toda su primera juventud. España era para ella la bravura de un pueblo orgulloso, la divina locura de unos quijotes que no estaban locos, sino en lo más sereno de su juicio y en lo más hermoso de su dignidad. Para Valentina, España eran las mujeres madrileñas corriendo bajo las bombas, era Pasionaria rodeada de milicianos en cualquiera de los frentes donde empezó a jugarse el destino del mundo. Para Valentina, España eran los piquetes de ejecución, eran las cárceles, eran los miles y miles de familias rotas, eran los niños que habían venido a la Patria Soviética, eran esos dos españoles de que hablaba su amiga.

En seguida quiso conocerlos. No le costó identificarlos un día a la salida del baile. Y más que por el aspecto, pues con el uniforme de pilotos podían parecer georgianos o armenios, por la manera que tenían de reír. Se paraban de pronto, se miraban a los ojos y estallaban en carcajadas recordando no se sabía qué. Pasó una chica. Uno de ellos le dijo algo, y la chica también se echó a reír. Valentina no se daba cuenta, pero también ella estaba sonriendo. Daba gusto ver a aquellos dos muchachos llenos de vida, llenos de fuerza, llenos de optimismo, llenos de esperanza. Se reunieron con otros pilotos que, como ellos, bajaban hacia el aeródromo y Valentina se quedó mirándoles, recordando una linda leyenda que le había contado su padre.

– Papá, ¿por qué las palmas de Ucrania no dan flores? –preguntó un día la pequeña Valia.

– Por la sencilla razón –explicó el padre– de que no son de Ucrania. Las han traído aquí de su tierra natal y ellas no quieren dar flores mientras no las acaricie el sol de su patria.

– ¡Pues yo quiero que se lleven esas palmas a su tierra, que les dé el sol de su patria, que se llenen de flores!

El padre se reía. Pero Valia lloraba. Como estaba casi a punto de llorar cuando veía a los dos pilotos españoles y pen-

saba: "¡Que puedan volver a su tierra, que vuelvan a sentir el hermoso sol de su patria, que España toda se cubra de flores!"

Una tarde, Valentina encontró a Pikondo y Uribe cuando ella volvía del trabajo a casa.

– ¿Cómo hasta tan tarde en el Estado Mayor? –preguntó Uribe.

– Siempre hay algo que hacer –contestó Valentina–. Y vosotros, ¿también habéis terminado la jornada?

– Para nosotros, Valentina Vasílievna, esto es un balneario –se quejó bromeando Uribe–. Y estamos deseando que acaben las vacaciones.

Valentina sonrió y siguió andando en medio de los dos.

– Permítame –dijo Uribe, y galantemente ("como un caballero español", pensó Valentina) le tomó el impermeable, que chorreaba de la reciente lluvia, y se lo echó al brazo.

No se sabía por qué, quizá por la nobleza que había en los ojos de aquellos muchachos, por la generosidad de su juventud o por lo que fuera, el caso es que Valentina les contó cosas de su vida que no había contado a nadie. Los dos muchachos se quedaron pensativos, sobre todo Uribe, que disimulaba mal su emoción:

– No se apure usted, Valentina Vasílievna, en la vida todo tiene arreglo. Ya verá qué bien vamos a estar todos cuando acabemos con los fascistas.

– Hace falta ser valiente –dijo Ezequiel– para trabajar en el Estado Mayor de un regimiento como éste, que continuamente va de un sitio para otro y cada vez a un sitio de mayor peligro.

Valentina no dijo nada. Pero pensó que para lo que hacía falta valor era para aceptar voluntariamente todos los riesgos que estos dos muchachos habían buscado sin que nadie se lo pidiera, incluso venciendo la resistencia de los que les recomendaban que esperaran tranquilamente a que la guerra terminase.

Andando, andando llegaron a una casa, una de las pocas casas que habían quedado en pie después del último bombardeo. Valentina se detuvo y dijo a los muchachos:

– Bueno, yo vivo aquí.

– Pues si se descuida, la dejan sin casa –observó Ezequiel.

– Si quiere, yo le ofrezco un rinconcito debajo del ala de mi avión –chanceó Uribe.

Valentina se rió:

– Yo soy ya muy vieja para esos nidos.

Antonio Uribe protestó:

– Valentina Vasílievna, se lo digo sin malicia. Y eso de vieja, no es para tanto. . .

Ezequiel, ahogando la risa que le había producido la dudosa galantería de Antonio, dijo:

– Valentina Vasílievna, mi amigo es un animal. Y usted es. . .

Valentina no esperó a que Ezequiel le dijese lo que ella era y, abriendo la puerta de la casa, les invitó:

– Pasad, muchachos. Descansaréis un rato y veréis cómo vivo.

Lo que vio Uribe nada más entrar fue una habitación sembrada de ropa de mujer.

– ¡Esos diablos de chicos de la dueña han revuelto toda mi maleta! ¡Cómo han puesto esto!

– ¡No se apure, Valentina Vasílievna! –exclamó Uribe–. Nosotros le pondremos una habitación preciosa. ¿Le gustan a usted las flores?

Valentina, que estaba recogiendo sus cosas, levantó la cabeza y miró a Antonio:

– ¿Quién piensa ahora en flores?

Uribe se llevó cómicamente la mano al pecho:

– ¡Nosotros! ¿Usted no sabe que los españoles no pensamos más que en las flores? En mi pueblo plantamos una encina y en vez de dar bellotas dio claveles. Entonces, la dueña del jardín le regaló un manojo de claveles al alcalde, y él se lo puso de collar. Y se presentó así en la reunión del concejo. Entonces, Chiquito de Eibar, que era un pelotari casi tan bruto como Ezequiel, le dijo al alcalde que los claveles se los iba a comer. Luego resultó que el alcalde era descendiente de chinos y, efectivamente, se los comió diciendo que aquél era el plato predilecto del gran mandarín Mao Cheng Astigarrebusteguimendikochineri.

Valentina no podía más. Lloraba de risa, mientras Uribe permanecía muy serio y Ezequiel, no menos serio que su amigo, asentía con la cabeza a aquella sarta de disparates.

Antonio, imperturbable, se inclinó para recoger un paquete y entregárselo a Valentina. Al cogerlo se abrió. Era una blusa, una blusa de seda de alegres colores, una blusa que Valentina habría llevado coquetonamente en los días de paz. Antonio la tomó con todo cuidado, gentilmente, y a un gesto de la mujer la puso en la maleta. Iba Uribe a tirar por la ventana el papel en que estaba envuelta la blusa, pero de pronto se detuvo. Algo le había llamado la atención. Desdobló la hoja del periódico y gritó:

– ¡Valentina, Ezequiel, miren!

En la hoja de papel había una foto. Cuatro o cinco muchachos, de la misma edad que tenían ahora Antonio y Ezequiel, vestidos con monos de milicianos y el fusil al hombro, saludaban con el puño en alto. Los tres callaron. Ya nadie tenía ganas de bromas. Un pliegue vertical cosía los labios, siempre un poco burlones, de Uribe.

Valentina rodeó con los brazos a los dos amigos y dijo, mirando a Uribe:

– En la vida todo tiene arreglo. Ya verás, Antonio, qué bien será también en tu patria cuando acabemos con los fascistas.

Uribe levantó la cabeza y preguntó:

– ¿Usted es rusa?

– Soy ucraniana.

– Pues Ezequiel y yo somos vascos. Para que usted se entere, en nuestra lengua el País Vasco se llama Euzkadi. Porque es un país, como Ucrania. Y para que se entere mejor, los vascos somos todavía algo así como eran los ucranianos antes de la revolución. Yo le prometo, Valentina Vasílievna, que pelearemos por Ucrania sabiendo que peleamos por toda la Unión Soviética. Y que al luchar por la Unión Soviética, lucharemos por España y por Euzkadi.

Ezequiel le contemplaba asombrado y elogió:

– ¡Buen discurso te has hecho, o así! Mejor que el alcalde de los claveles. . .

Otra vez había que reírse. Porque con estos chicos no había manera de tomar en serio las cosas más serias de la vida.

A Uribe no debió hacerle mucha gracia la interrupción de su amigo, porque replicó:

– Un poco zopenco siempre has estado. Pero como está delante Valentina Vasílievna, te perdono.

Cómicamente, o quizá no tan cómicamente, los dos amigos se abrazaron.

– Bueno –dijo Ezequiel–, tenemos que marcharnos. Muchas gracias por todo, Valentina Vasílievna. ¿Sabe lo que le digo? Que la verdadera familia, la verdadera amistad es ésta: este macorro y yo, los compañeros del regimiento, y usted, que podría ser nuestra novia, si no fuera nuestra hermana.

– Vamos, vamos –sonrió Valentina para que no viesen que los ojos se le estaban llenando de agua.

Ya en la puerta, Antonio Uribe se volvió para decir:

– Antes hablaba en broma de las flores de España. Pero

las flores no son ninguna broma en ninguna parte. Las flores, ya no me acuerdo dónde lo he leído, son lo más hermoso de la vida. Y de la muerte, eso lo digo yo. Si ocurre que a uno allá, en el cielo, le pasa algo, yo quisiera, Valentina, que sobre el montoncito de tierra rusa, de tierra ucraniana, de tierra soviética, en que me tocase dormir para siempre, plantasen semillas de flores españolas. ¿Me promete usted no olvidarse de ello?

La tumba de Antonio Uribe está en un lugar ignorado de la tierra de Ucrania. Por liberarla cayó un día, cuando con su avión atacaba una columna de tanques alemanes. La metralla que lo derribó le alcanzó por la espalda, como si sólo así, por la espalda, pudieran paralizar aquel valiente corazón de veinte años. Era el 15 de diciembre de 1943, un día poco propicio para las flores.

Valentina Peuglo no ha podido saber dónde está el montoncito de tierra soviética bajo el que duerme el joven piloto vasco. Si lo supiera, lo llenaría de flores, sino de España, del Cáucaso o de Crimea. Porque las flores son iguales en todas partes.

"LAV-5", VALOR Y FANTASIA

Siempre se había batido como un león o, quizá mejor, como un cóndor. Pero aquellos días de finales del 43, Ezequiel Pikondo tenía asombrados a los pilotos que peleaban con él, gente que se asombraba de pocas cosas. Muchos sabían la razón de aquella furia desatada, de aquel coraje ciego. Y lo respetaban. Nadie delante de él decía el nombre de Antonio Uribe, un nombre que bramaba en los motores, que se hacía acero en los proyectiles y explosión en las bombas.

Una vez, llamó a Ezequiel el jefe del regimiento, general Lótsev. El general conocía bien a los españoles. Los había tenido ala con ala, cuando él no era general, sobre los techos de Barcelona.

– Ezequiel –le dijo–, la vida de un soldado no es solamente suya. Es de su patria o de la patria de su causa. Por eso, no se debe arriesgar alocadamente, como tú lo haces.

Ezequiel intentó protestar:

– Camarada general, ¿usted sabe que han matado a Antonio?

– Claro que lo sé, muchacho –contestó el general–. Y com-

prendo lo que te pasa, que es algo de lo que nos pasa a todos. Tú sabes cómo queríamos a tu amigo en el regimiento y cómo te queremos a ti. De manera que a pelear con valor, pero sin temeridades. De los suicidas nunca se han hecho héroes.

Poco después de aquella conversación, los compañeros de Ezequiel estuvieron esperando largas horas a que regresara de un servicio. Los pilotos que habían salido con él dijeron que Ezequiel se había alejado perseguido por el enemigo y que, cuando ellos acudieron en su auxilio, vieron un avión que caía y luego les pareció distinguir un paracaídas.

– Debía ser Ezequiel –explicaba uno de los pilotos–. Si era él, cayó en las filas enemigas.

Era difícil acostumbrarse a la pérdida del muchachito vasco que siempre alegraba al regimiento con sus bromas y sus cuentos, divertidamente inverosímiles.

Diez días después de la desaparición de Ezequiel, uno de los soldados que vigilaban el campo se presentó en el puesto de guardia preguntando por el teniente Gerkov. Cuando éste salió, vio a una especie de espantapájaros que se puso a gritar medio en español medio en ruso:

– ¡Gerkov, tú no dirás que no me conoces! Di a este memo de soldado quién soy yo. Ya estoy harto de todos vosotros.

El teniente Gerkov no sabía si reírse o asustarse. ¡Cualquiera reconocía a Ezequiel Pikondo con aquel traje que le colgaba por todas partes, la cara sucia, desgreñado, y los labios tumefactos!

– ¡Ezequiel! ¿Tú? Pero ¿qué te ha acurrido? ¿De dónde sales?

– Salgo del otro mundo. Pero eso no es lo importante ahora. Lo importante es que aviséis al general o me llevéis a su presencia y que inmediatamente salgamos a bombardear un sitio que yo os diré. ¿Qué me estás mirando? –se excitaba Ezequiel–. ¿Por qué no avisas al general? ¿Es que todos os habéis vuelto tontos o idiotas?

A las voces de Ezequiel habían salido pilotos que le conocían, aunque les costó trabajo reconocerlo, y algunos que no le habían visto nunca. Entre estos últimos estaba el jefe del servicio de seguridad del campo, que se encaró con Ezequiel:

– Tendrá usted que explicar dónde ha estado, porque todo es muy extraño.

A Ezequiel se lo llevaban los demonios. Y no se lo llevaron porque en esto apareció el general Lótsev y dijo:

– Vuelvan cada uno de ustedes a su sitio. Del teniente Ezequiel Pikondo, héroe de nuestro regimiento, respondo yo.

*

Estaba saliendo Ezequiel de la maraña de cuerdas del paracaídas cuando vio correr hacia él a una mujer. Sin duda, era una rusa que acudía a ayudarle. La mujer se acercó. Era ya vieja, y con gesto de susto en la cara le dijo:

– Escóndete como puedas, hijo, que por ahí andan los alemanes. Aquélla es mi casa, por si te hace falta.

Y señalando una *jata* entre los árboles, la vieja echó a correr. Lo mismo hizo Ezequiel, aunque en dirección contraria. Buscó el abrigo del bosque, abrió un hoyo y allí metió el carnet del Partido y la cartilla militar.

– En esto vi venir una banda de alemanes –seguía contando Ezequiel al teniente Gerkov y a otros compañeros del regimiento–. "De ésta no sales, Ezequiel", me dije, y me puse a cavilar cómo podría salir. ¿Pegarme un tiro? Eso, además de no ser una salida, no podía hacerlo porque no tenía pistola. ¿Echar a correr? Pues te cazarían los alemanes por mucho que corrieras. El caso es que me quedé como estaba, poniendo más cara de bobo que la de costumbre, y en seguida me vi rodeado de fascistas. Uno altote, que hablaba algo de ruso, me preguntó quién era yo. Le contesté que era un piloto. Y cuando tradujo la respuesta al que parecía el jefe, me largaron un sopapo. "Mal se te pone la cosa, Ezequiel", pensé, y entonces me fijé en que algunos de aquellos alemanes llevaban distintivos de aviación. El jefe me cogió del mono, me lo desgarró y me arrancó la orden que llevaba puesta. ¡Ay, qué tonto eres, Ezequiel, que no escondiste también la orden! Yo entonces, dirigiéndome al altote, grité que ellos no me habían dado la orden y, por tanto, no podían quitármela. Segundo sopapo, seguido de otro. Y el altote me dio otra orden: la de callar.

Los compañeros de Ezequiel no podían contener la risa. El vasco era –y que lo siga siendo por muchos años– uno de esos hombres que le saben dar un regate a la tragedia y con la broma quieren quitarle importancia a las cosas más importantes que pueden ocurrirle a uno. Algo muy en el carácter de los vascos y, en general, de los hombres que le dan al orgullo ese tinte humorístico que, en el fondo, es la cumbre de la altivez.

Ezequiel Pikondo aguantó todos los interrogatorios que durante dos días consecutivos le llenaron el cuerpo de golpes

y el alma de rabia. Hasta en su escapatoria, la casualidad y el ingenio del vasco pusieron una nota cómica.

A Ezequiel se le descompuso el vientre, cosa que con la alimentación que le daban no tenía nada de particular. Continuamente tenía que ir a la garita que servía de letrina. Al principio, lo escoltaban dos soldados. Luego, por lo visto, se cansaron y decidieron que con uno bastaba. Uno de esos días, Ezequiel tenía un aspecto malísimo. Se quejaba de terribles dolores, tan fuertes, al parecer, que el soldado alemán casi le daba pena escucharle gemir desde el retrete.

– Así me estuve pegando gritos un buen rato y de pronto me callé –explicó Ezequiel al corro de amigos, cada vez más interesados en su pintoresco relato–. Yo ya me había hecho mi plan. Estarme callado hasta que el fritz se cansara de esperar o se alarmase y viniese a mi puesto de mando a ver qué pasaba.

Entre carcajadas, el teniente Gerkov apremió a Ezequiel, que de reojo observaba el efecto de su narración:

– Bueno, ¿y qué sucedió?

– En cuanto asomó la jeta –continuó Ezequiel– me lancé en picado sobre él y le hice morder no precisamente el polvo, porque le obligué a capotar en el agujero. Le quité el capote, me lo eché sobre los hombros y salí de allí como si no hubiera pasado nada. Y por si pasaba algo, me metí en una cuadra.

Oculto bajo el heno, Ezequiel oyó cómo los fritzes gritaban, registraban todo e incluso reconoció la voz del alemán al que él llamaba "mi ángel de la guarda". Como había calculado el vasco, a nadie se le ocurrió que él estaba allí mismo, pues lo que hubiese hecho cualquiera es haber puesto la mayor tierra posible de por medio. Dos días estuvo Ezequiel escondido en el pajar de la cuadra. Al tercero decidió salir, porque tampoco era nada halagüeño morirse allí de hambre. La suerte para Ezequiel era que el lugar al que le habían llevado no era ningún puesto de la Gestapo, sino un retén de un aeródromo de campaña. Esto significaba que la vigilancia no sería nunca tan temible como si hubiera caído en manos de la policía militar.

Aprovechó las cercas que bordeaban un riachuelo para ocultarse mejor. El caso era llegar a la *jata* de la vieja a quien conoció el día del salto.

Al cuarto golpe quedo, con algo como de señal convenida, la puerta se abrió. La abuela, al verlo con aquella facha, dio un paso atrás, pero Ezequiel la tranquilizó, diciéndole en voz baja:

– No se asuste, abuela, soy yo, el del paracaídas. ¿No hay por aquí alemanes?

La abuela contestó:

– Pasa, pasa, hijito. ¡Dios mío, cómo te han puesto! –suspiró la anciana, cerrando la puerta tras de los dos.

– La abuela me dio de comer hasta hartarme, me llevó al granero y allí, al lado de la vaca, que me miraba como si me conociese, me quedé dormido y soñé que la vaca se parecía muchísimo al general Franco.

Estaba visto que con Ezequiel no se podía tomar nada en serio. A lo mejor, por eso, la suerte se enamoraba de él, porque a la suerte –está demostrado– le gustan los hombres decididos, pues la suerte, al fin y al cabo, tiene nombre de mujer.

Ella acompañó a Ezequiel en toda esta peripecia. Hasta cuando, ya pasada la línea del frente, se encontró en el dispositivo de una unidad soviética. No le quisieron creer. El cuento de su fuga les pareció eso, un cuento, que si la suerte se hubiera descuidado, Ezequiel no habría podido, quizá, contarlo más.

– *Yo les decía que era un piloto soviético, teniente, ruso* –relataba Pikondo–, pero al oírme hablar me decían que estaba mintiendo, que yo no era ruso. Entonces dije que era español. Uno se empeñó en que yo debía ser de la División Azul, otro aseguraba que yo era paisano de Mussolini, otro decía que de lo que yo tenía pinta era de un fascista francés. Luego me enteré de que por allí operaba un batallón de la Legión Extranjera formado por los peores hijos de vecino de toda Europa. Me pedían los documentos y yo les explicaba que los había enterrado. Me hacían repetir una y mil veces la historia del retrete y siempre había alguno que creía cogerme en contradicción.

– Es que todo se ponía contra ti, Ezequiel –observó el teniente Gerkov–. En guerra, esas cosas pueden costar muy caras.

– A mí estuvo a punto de costarme el coco. Porque los nuestros estaban furiosos con aquellos bandidos fascistas que habían hecho horrores con las koljosianas. Yo oí a uno decir que había que hacer un escarmiento. Otro vacilaba y, por fin, llegó un brigada y me dijo que echase para adelante que me iba a ajustar las cuentas. A lo mejor lo hacían para ver si cantaba. Pero yo lo había contado todo y no tenía ninguna gana de cantar. Me sacaron a un campo. Yo pensé: "Ezequiel, te llegó la

tuya y, además, te la van a dar los tuyos". Y eso no debe ser. Y no fue...

La suerte se vistió esta vez de tanquista, se metió en un tanque y fue a ver lo que le pasaba a Ezequiel. Este oyó una gran voz que gritaba:

– *Stoitie! Podozhditie!* ("¡Deteneos!" "¡Esperad!")

Inmediatamente, Ezequiel escuchó su nombre:

– ¡Ezequiel, Ezequiel!

El tanquista le había reconocido. Y a quien gritaba ahora era al brigada soviético:

– Pero, ¿qué ibais a hacer, animales? ¿Tú sabes quién es éste? Pues es un piloto nuestro, es un hombre más valiente que todos vosotros juntos, que se la ha jugado muchas veces mientras vosotros, por lo visto, os dedicáis a tomar la justicia por vuestra mano.

El brigada se disculpaba:

– Camarada teniente, lo que queríamos era asustarle...

– ¿A éste? –se indignó el tanquista–. A éste no le asusta ni toda la Gestapo junta. Y, además, ¿qué procedimientos son ésos? Nosotros somos soldados soviéticos, no verdugos fascistas. Tendrá usted que explicar todo esto donde corresponda.

Y volviéndose a Ezequiel, lo cogió de un brazo y se lo echó entre los suyos, diciéndole:

– Bueno, ahora me explicarás tú lo que te ha pasado. Y estoy seguro de que me voy a reír un rato.

Ezequiel se lo explicó poco después, entre trago y trago de vodka. Hicieron más: evocaron los lejanos tiempos en que se conocieron. Fue en una ciudad de la región de Gorki, donde aviadores y tanquistas esperaban la llegada de sus respectivas máquinas. El piloto Ezequiel Pikondo y el tanquista Iván Pánev se hicieron muy amigos en las dos semanas que pasaron juntos. Luego, la guerra los separó y la guerra volvió a juntarlos.

– Y lo demás –terminó Ezequiel–, ya lo sabéis. Que me preparen mi uniforme de piloto, pues yo no estoy dispuesto a seguir vestido de esta birria ni cinco minutos más. Hay que salir ahora mismo y bombardear el sitio que yo os diré.

– Esto tiene que disponerlo el general –objetó alguien.

El general dispuso "no bombardear ahora mismo", sino al día siguiente. Una escuadrilla de seis "LAV-5" se cobró con creces en el aeródromo alemán los golpes que aún desfiguraban el rostro del joven vasco.

*

Con muchos combates en su haber de piloto, Ezequiel fue enviado a la Escuela Superior de Aviación. Cuando volvió a su regimiento, éste ya estaba en Cracovia. Faltaban de él no pocos de sus buenos amigos. Por ejemplo, Serguéi Máikov, a quien él enseñaba el español e incluso algunas palabras de vasco. Serguéi le preguntaba a veces: "Oye, ¿tú crees que el vasco le hace falta a un diplomático?" Ezequiel le contestaba: "El vasco es el idioma del futuro". Serguéi no discutía. El gran amigo del teniente eibarrés no pudo ver logrado su sueño de ser diplomático. El que sí estaba en el regimiento era Alexandr Gerkov. Con él protegió a un sexteto de "jorobados", como llamaban por su forma los pilotos soviéticos a los "IL-2", encargados de machacar una columna de tanques alemana.

– ¡Pégales fuerte! –gritó Ezequiel por radio a su amigo, el capitán Serguéi–. No los dejaremos acercarse.

Los "IL" se lanzaron en picado. Ezequiel quedó arriba, vigilando a la escuadrilla.

– Voy a dar una pasada a los antiaéreos –le comunicó el capitán–. Cúbreme.

– Estáte tranquilo.

Primero, las pequeñas bombas de los "IL" acallaron la defensa antiaérea del enemigo. En seguida se precipitaron sobre los tanques. Ezequiel gritaba viendo cómo los proyectiles hacían impacto en el blindaje de las "panzer". Serguéi volaba cada vez más bajo, ametrallando la columna y a los tanquistas que saltaban despavoridos por las escotillas.

Ezequiel, que volaba en pareja con Alexandr, gritaba como un loco:

– *Béi, béi!* ¡Zúmbales! Ill ik!

Pikondo se entusiasmaba en ruso, en español y en vasco, abalanzándose a proteger el avión de Serguéi. Metióse en el mismo fuego de una batería alemana, que disparaba sin cesar; pero así, desde tan cerca, era seguro el blanco. . . o la muerte del piloto. Fue lo primero. Alexandr le decía que había que volver, que la escuadrilla regresaba victoriosa. Ezequiel no debió oírle, pues barrenó sobre la estación de radio-automóvil y la dejó muda para siempre.

De regreso en la base, ya aplacada la excitación del combate, la cara de Ezequiel tenía la expresión de un chico travieso. El, muchas veces, al salir para algún servicio, decía:

– Vamos a hacer travesuras.

Las travesuras terminaron para Ezequiel Pikondo el 12 de mayo de 1945, en Checoslovaquia, cuando ya Keitel había firmado el acta de capitulación incondicional.

Sólo una cosa empañaba la alegría de Ezequiel. La victoria no había llegado a Euzkadi, el fascismo seguía haciendo de las suyas en España. Claro, el buen humor y el optimismo del joven vasco eran difíciles de abatir. El había sido siempre así. De chico en Eibar, de un poco menos chico en la casa de niños españoles de Odesa y de un poco mayor en la guerra. Algún tiempo después, estando ya casado, reunió a sus viejos amigos del regimiento para celebrar el Año Nuevo.

Caridad, su mujer, se disculpaba:

– Perdonen ustedes que no hayamos puesto un árbol. Ezequiel no ha querido.

Alexandr protestaba:

– ¿Cómo es eso, Ezequiel? ¿Cómo puede celebrarse el Año Nuevo sin un buen árbol?

Ezequiel tranquilizaba a todos:

– El árbol estará a su tiempo. Cuando den las doce. Ahora vamos a cantar. Sacó la guitarra y con su voz cálida, bien timbrada, empezó a cantar las canciones del regimiento:

Cuando el "Messer" colimado está
Una tras otra las ráfagas le dan.

Y todos coreaban:

Una tras otra las ráfagas le dan.

Ezequiel proseguía:

Los "LAV" se vuelven para casa
Y en ella está esperando Masha.

Todos se echaron a reír, porque aquella Masha era la primera vez que salía en la canción.

Inmutable, Ezequiel anunció que iba a cantar un villancico aero-vasco. Todos se pusieron a escuchar:

¡Qué bien sabe que te besen
Cuando vuelves del combate,
En el pecho de mi novia
No falla el aterrizaje!

Sonaron las carcajadas. Ezequiel seguía dándole a la guitarra y, en esto, un grito de Caridad:

– ¡Las doce!

En efecto, en la radio se oyó la primera campanada del cuarto de las doce. Ezequiel tiró la guitarra y salió disparado. Alexandr quiso detenerle: "Pero, ¿dónde vas? ¡Si están dando las doce!" Vania descorchaba el champaña. Y cuando se escuchó el taponazo de la botella, Ezequiel apareció en el umbral del cuarto... ¿Qué era aquello? ¿Una escoba? ¿Un árbol? Sí, fijándose bien, debía haber sido un árbol. Entre las mugrientas ramas se veía sonreír a Ezequiel:

– ¿Qué? ¿Cumplí mi promesa? ¿A que no habéis visto un árbol así en vuestra vida?

No quisieron decirle que, en efecto, jamás habían visto un árbol como aquél. La verdad es que a Alexandr le pareció el árbol más hermoso del mundo.

*

Es muy probable que Ezequiel Pikondo, con su mujer y sus hijos, con otros amigos y camaradas, hayan festejado muy lejos de la URSS más de un Año Nuevo, recordando las canciones de su regimiento, la amistad de sus compañeros de lucha, de trabajo y de ideal.

LA CULEBRA

"Pongamos en tensión todas nuestras fuerzas, utilicemos toda nuestra experiencia de combate y batamos en todas partes al enemigo como lo hacen los pilotos de asalto del capitán Alexandr Guerásimov". Esto lo escribía el 8 de enero de 1943 el periódico *Zashítnik Otéchestva* ("El Defensor de la Patria").

No era ésta la primera ni sería la última vez que los periódicos del frente y la prensa de Moscú citasen, para el elogio y el ejemplo, el nombre del capitán aviador Alexandr Guerásimov. Tal era el nombre que figuraba en la documentación oficial del piloto. En algún Registro Civil de Madrid tenía otro: Alfonso García Martín. Pero cuando se encontraba con aviadores españoles le llamaban simplemente el "Madrileño".

En Madrid estaba el verano de 1936, el día en que se despidió del Café Molinero, donde trabajaba, para presentarse en el 5° Regimiento. Allí, claro, no había arma de aviación, todavía

se iba a la guerra con un mono azul y un fusil y, a veces, sin fusil. Por eso, los primeros fascistas que Alfonso tumbó fueron, como decía él, de infantería. Una vez presenció una batalla aérea. "*Eso sí que debe ser bonito* –pensaba–, *eso sí que debe ser* emocionante. Y a lo mejor no tan difícil como parece".

Difícil sí era. Y Alfonso tuvo ocasión de comprobarlo un año más tarde. Después de un curso de seis meses en la Unión Soviética, Alfonso supo lo que era atacar desde el aire y en el aire a los fascistas. Con su "Katiusha", formando parte de una escuadrilla de bombarderos, el joven piloto machacó todo lo que había que machacar: las concentraciones enemigas, los transportes del enemigo y los aeródromos de España puestos al servicio de Hitler.

Barcelona y Valencia eran martilleadas días y días y noches y noches por la Legión Cóndor, que despegaba, en lo fundamental, de Palma de Mallorca. Para los fascistas era un paseo sobre el mar azul hasta las ciudades a las que querían desmoralizar con el terror aéreo. Los niños, las madres, los obreros de Barcelona fueron vengados más de una vez por las bombas de Alfonso García Martín. Y en más de una ocasión se libró por tablas –tablas de su serenidad y su destreza– de los "Messer-109". Pero aquel día no pudo escapar indemne. Lo derribó durante un vuelo de reconocimiento sobre tierra catalana un "Messer-109". Alfonso tuvo tiempo de ver que el caza alemán llevaba pintada en el fuselaje una culebra. Recogido por sus compañeros, Alfonso maldecía:

– ¡Y yo que había dicho siempre que el que me derribara a mí no había nacido!

Un compañero intentaba consolarle en broma:

– ¡Pero, hombre, no te quejes! Si, como has contado, llevaba pintada una culebra, eso quiere decir que es un "as". Parece ser que el ensuciar con ciertos bicharracos sus aviones es entre los hitlerianos privilegio de los mejores.

Alfonso no quedó muy convencido, pero aquella culebra se le clavó en el alma.

Con muchas horas de vuelo, en el sentido literal, el joven piloto español fue enviado de nuevo a la URSS en agosto de 1938. Su grupo, en el que estaban los tenientes Sepúlveda, Orozco, Díaz Llorente, Negrín, hijo del jefe del Gobierno de la República, y el capitán Morquilla, estaba terminando el curso en la Escuela Superior de Oficiales de Aviación cuando llegó la terrible noticia: la guerra de España había terminado. Entre

la intervención de los unos y la "No-Intervención" de los otros, habían logrado asesinar a la República Española.

Menos Negrín, que marchó a México para reunirse con su padre, los demás pilotos españoles decidieron quedarse en la Unión Soviética.

Alfonso amaba la aviación. Su experiencia profesional también podía valer aunque no hubiera guerra, y mejor que no la hubiese. Se incorporó a la aviación civil soviética para instruir a los pilotos que llevaban en sus aviones a descansar a las playas de Crimea a los trabajadores soviéticos o cubrían las rutas aéreas internacionales, pacíficas aún.

Aún. . .

Porque el aire de Europa a lo que olía era a pólvora. Los aviones italianos habían hecho ya su alarde de guerra sobre Albania. Los de Hitler se paseaban tranquilamente sobre Polonia, y Goering había dicho en una concentración de camisas pardas: "La próxima guerra será una guerra de tanques y aviación".

Los tanques alemanes avanzaban por la tierra soviética. Los aviones con la svástica cubrían el cielo soviético. Alfonso no tenía más que una idea: combatir, encontrarse con los mismos aviones que habían destruido las ciudades españolas. Seguía instruyendo a jóvenes soviéticos, que ahora partían a las rutas de la guerra. Hasta que en febrero de 1942 vio, al fin, cumplido su afán. En unión de Sepúlveda pasó a formar parte del 208° Regimiento de Aviación de Asalto.

Frente de Vorónezh. El primero en que los aviones alemanes conocieron el ímpetu del "IL-2" del capitán soviético Guerásimov, del español Alfonso García Martín. Allí fue donde un día aterrizó con el avión en llamas a tres kilómetros de las líneas.

Frente de Stalingrado. En el aire, otra vez la presencia española para ayudar a resistir y a ganar la gran batalla del Volga. Los vuelos de asalto de Alfonso se cuentan ya por decenas. Los pilotos le tienen por maestro, y de él escribe un periódico: "Cuando el grupo de asalto lo conduce Alexandr Guerásimov, el éxito es seguro".

Si no siempre el éxito, lo que sí era seguro es que en el combate pondría todo el ardor juvenil de su sangre y toda la eficacia de su veteranía.

Cualquiera sabe que la batalla de Oriol-Kursk fue una de las señaladas victorias de las armas soviéticas después de Stalin-

grado. Tanto, que para festejarla, y con ella la liberación de Oriol y Bélgorod, los cañones de Moscú dispararon por vez primera salvas triunfales. Esa batalla le dejó a Alfonso un recuerdo imborrable, o mejor, le avivó un recuerdo que no le había abandonado nunca.



Alfonso García Martín (capitán Alexandr Guerásimov) era llamado por el periódico militar *Alas de la Victoria* "héroe de la ofensiva"

¿Qué había visto Alfonso para atacar con aquella saña a un "Messer", exponiéndose a ser abatido por la maniobrabilidad y rapidez del caza? Esto es, sin duda, lo que se preguntó el teniente Kámenski, lanzándose a proteger a su amigo.

– ¡Déjamelo a mí! –gritaba Alfonso por la radio.

El teniente Kámenski no le dejó solo. Entre los dos rodearon al "Messer", que no pudo escapar de las tenazas de fuego. Y en ellas ardió: una antorcha que se hundió lejos en la tierra.

– ¡Ya me las pagó! –decía Alfonso regresando a la base.

En ella, Alfonso explicaba a todo el que quería oírle, y no eran pocos los que tenían ese gusto:

– Era el mismo, lo reconocí en seguida.

– ¿Cómo que era el mismo y lo reconociste en seguida? –se extrañaba el teniente.

– El mismo, el que me derribó en España, el de la culebra, os lo he contado mil veces.

El teniente Kámenski asintió con la cabeza:

– Sí, nos lo has contado muchas veces. Y es verdad que el "Messer" ese llevaba una culebra pintada en el fuselaje. Yo también la vi.

– Pues, entonces... ¿No está claro que era el mismo de España y de otros cielos de Europa? Ahora las ha pagado todas juntas.

Alguno de los que escuchaban volvía la cabeza, como si no estuviera muy cierto de que aquella culebra, aquel avión y aquel piloto alemán fuesen los mismos que aseguraba Alfonso. Cierto que el mundo da muchas vueltas, y cuando hay guerra da muchas más todavía, y todo podía ser. Además, lo importante no era que el avión contra el que había combatido el piloto español fuese precisamente el de la culebra. Culebras pueden llevar o no pintadas en el fuselaje muchos aviones hitlerianos. Lo que está probado es que todos los pilotos fascistas llevan una víbora en el corazón.

Muchas víboras de éstas abatió Alfonso García Martín, que en 1944 tenía ya más de cien vuelos de asalto en su haber y las insignias de comandante en su uniforme militar. Ya había quedado atrás la tierra soviética, limpia de enemigo, y las alas con la estrella roja volaban sobre Polonia, sobre las ruinas de Varsovia, sobre las montañas y las ciudades de Checoslovaquia, sobre Praga, protegiendo el avance del Ejército Rojo, que acudía en ayuda del pueblo sublevado contra la ocupación nazi. Era el 8 de mayo de 1945. Ese día, el comandante Alexandr Guerásimov hizo su último vuelo de combate. Al día siguiente, los cañones de Moscú anunciaban, con la última salva de la guerra, la victoria sobre la Alemania hitleriana.

EL CAPITAN ZARAUZA NO TUVO SUERTE

No tuvo suerte el capitán español que tantas veces a la suerte había desafiado. Sería imposible enumerarlas, porque en la flor de su juventud empezó ya a retarla en un sitio tan incierto como es el aire palpitante de aviones. Lo que sí se puede contar es el número de aparatos que Manuel Zarauza derribó en España: 36. En la cuenta de su heroísmo, el general Hidalgo de

Cisneros, jefe de la Aviación Republicana, apuntó el valor de todos los pilotos españoles forjados en la Unión Soviética para combatir en España. En sus memorias *Cambio de rumbo* escribe:

"Ante la imposibilidad de rendirles individualmente el homenaje que merecen, me permito simbolizarlos en uno de ellos, el capitán Zarauza, cuya actuación quedará como ejemplo de heroísmo en la historia de la aviación española".

La cuenta de ese heroísmo, reanudada en la Unión Soviética, la cortó un día de octubre de 1942 la suerte, la mala suerte, que en el cielo del Cáucaso se le atravesó.

Ese día, el jefe del 481° Regimiento de Aviación, destacado en Bakú, llamó a su puesto de mando a Joaquín Díaz Santos.

– Tengo que darle una mala noticia –le dijo–. Sé que era usted amigo del capitán Manuel Zarauza.

El "era" puso en vilo el corazón de Joaquín:

– ¿Le ha pasado algo a Zarauza, camarada comandante? No es posible. Si el regimiento ahora no combate. . .

El jefe puso una mano en el hombro del piloto español:

– No ha sido en un combate. El accidente se ha producido durante un vuelo de entrenamiento. Mi coche le llevará a Bakú, a la Casa del Ejército, donde está expuesto el cadáver.

La presión de la mano del comandante se hizo un poco más fuerte sobre el hombro del muchacho. Y cuando éste iba a cuadrarse para retirarse, el comandante lo abrazó.

"¡En un simulacro de combate! –iba pensando Joaquín, mientras el auto corría hacia Bakú–. ¡Con la de combates de verdad en los que se la había jugado Manolo!. . . ¡Es una desgracia para todos nosotros, una gran desgracia!. . ."

Le costó trabajo a Joaquín abrirse paso entre la multitud que rodeaba el edificio de la Casa del Ejército y llenaba las calles adyacentes. La mala noticia de la muerte del joven piloto español era también muy mala para la gente soviética, que veía en él y en sus camaradas a hijos suyos, a hermanos de lucha y de esperanza.

Junto al féretro de su compañero de patrulla estaba el del capitán Zarauza, en medio de la enorme sala de la Casa del Ejército. Carbonell detuvo por un brazo a Joaquín. En ese momento se cambiaba la guardia de honor.

Ese mismo día fue el entierro. La muletilla "el sepelio constituyó una imponente manifestación de duelo" valdría para resumir en una frase aquella demostración de dolor y de cariño. Toda la guarnición, con sus oficiales al frente, acompañó el cadá-

ver. En la comitiva –trabajadores del petróleo, cargadores del puerto, marinos de los barcos surtos en la rada– se oía decir:

– Era un piloto español. Parece que se estrelló con su avión en nuestro aeródromo.

Carbonell y Joaquín iban comentando:

– Es que da más rabia que haya sido así, con tan mala suerte.

A los aviadores soviéticos y españoles que iban en el entierro seguramente que les pasaba por la cabeza la idea de que la mala suerte del capitán Zarauza tenían que hacérsela pagar a los fascistas.

CAZA NOCTURNA

Si laborioso ha sido seguir la huella de la participación española en la lucha guerrillera del pueblo soviético, más difícil resulta rastrear esa participación en la guerra del aire. Entre otras razones, porque los españoles en la guerrilla formaban grupos más o menos considerables –a veces era una unidad casi toda española–, y a la hora de evocar el pasado los protagonistas pueden contar lo suyo y lo de los demás. En la aviación, los españoles andaban dispersos por distintos regimientos y rara vez coincidían más de tres en una misma unidad. Al principio se pensó formar una escuadrilla e incluso un regimiento exclusivamente de españoles, algo como lo que fue en el frente soviético-alemán el regimiento francés Normandia-Niemen. Pero no se hizo por diversos motivos –la escasez de aviones soviéticos al comienzo de la guerra, la imposibilidad de que todos estuviesen preparados al mismo tiempo, la misma disparidad de opiniones entre los interesados–; en fin, lo que fuera, el caso es que no se formó. Por eso, cuando coincidían en alguna base, en algún curso de recapacitación o en algún frente, empezaban a contarse sus peripecias, a preguntarse por los amigos comunes, a recordar los combates de la primera hora de la lucha contra el fascismo y compararlos con los actuales, los de la última hora: la última hora del fascismo.

Manuel Orozco Rovira era el único español del 785° Regimiento de Caza. Llevaba un nombre ruso: Piotr Manuílovich Orlov. Piotr, porque le debía gustar ese nombre; Manuílovich, porque Manuel era el suyo de pila y seguramente el de su padre, y Orlov, porque suena algo parecido a Orozco.

El jefe del regimiento se había fijado en las magníficas condiciones que el muchacho español demostraba en los entrenamientos. Estando en Gómel, Orozco fue nombrado inspector de técnica de pilotaje y combate aéreo de la 36ª División. Un título que había conquistado después de dar la cara muchas veces a la aviación enemiga en combates en los que ni la cara se veía. Piotr Orlov era un "as" en la lucha de caza nocturna. Salía con la escuadrilla de la que era jefe a buscar a la aviación de bombardeo fascista. Estaba preparándose la contraofensiva de Kursk y al Regimiento 785° le encargaron proteger el traslado de las fuerzas del mariscal Rokosovski. En esa tarea libró Orozco uno de los combates más difíciles de su vida. A seis mil metros de altura atacó a un avión de reconocimiento fascista, que con el plomo literalmente en el ala se estrelló ya lejos de la vista de Manuel. ¿Y dónde caería el avión de Orozco? Porque la gasolina estaba agotándose y la base propia no se hallaba cerca. Vio una estación de ferrocarril y, cerca, un campo que le pareció a propósito para aterrizar. Lo malo era, aunque eso no lo sabía el piloto, que el campo estaba minado.

– Eso no le puede ocurrir a nadie más que a ti –decían los compañeros de Orozco ya en el aeródromo–. Aterrizar en un campo minado y como si lo hubieras hecho en una pista de hormigón.

Orozco se encogía de hombros, porque eso de aterrizar de la manera más inverosímil no era nuevo para él. Comparado con lo que le ocurrió en España. . .

(– ¿Has cargado ya, Manolo? Y tú, ¿Ladislao? Pues en marcha –dijo Recalde, subiendo a la carlinga de su "Chato". Y los tres volvieron a tomar vuelo hacia Teruel.

Era el segundo o tercer servicio de ese día. Los pilotos salían de un combate, repostaban en el aeródromo de campaña y otra vez en el aire.

Nueve "Messer" se pusieron encima de los tres "Chatos". Ladislao ordenó:

– ¡La pescadilla!

El caso era no separarse, porque el que lo hiciera sería fatalmente derribado. Girando juntos en círculo, si algún "Messer" se lanzaba sobre cualquiera de ellos, el de atrás le guardaría la cola. Pero así tampoco podía estarse mucho tiempo. Ladislao decidió salir en picado y alejarse de allí en vuelo rasante. Detrás de Ladislao picó Recalde, perse-

guido por un "Messer". Al verle la panza, Orozco no pudo aguantar la tentación y se lanzó en picado, disparándole sus cuatro ametralladoras. Orozco se quedó solo entre ocho "Messer" que le rodeaban por arriba, por abajo y por los dos lados. "De ésta no salgo. Y tengo que salir. Hay que romper el cerco como sea". Para ello no había más que una manera: la que practicó Orozco y que los aviadores conocen con el nombre de "espolonazo". Aprovechando la superior maniobrabilidad del "Chato" respecto al "Messer", Orozco dio un brusco tirón de su aparato, le hizo virar en redondo y chocó contra el caza fascista que le mordía la cola. Los dos cayeron en barrena hacia la tierra.

Los mandos no le obedecían. La tierra se acercaba como un abismo. Orozco dio todo el gas y notó que, a unos cuatrocientos metros del suelo, el "Chato" salía de la barrena y se colocaba en vuelo horizontal.

"Mientras me responda el motor, hay esperanza", pensaba Orozco. El avión había perdido una parte del plano inferior, la quilla estaba rota y sólo le quedaba un trozo insignificante del timón de dirección y del timón de profundidad. Tirarse en paracaídas era imposible, porque el fuselaje, deformado, le impedía abrir la portezuela. "Lo importante es que el motor no falle", era la única preocupación de Manuel. Y el motor, resoplando difícilmente, parecía animarle: "Tú no te apures, confía en mí".

¿Cómo aterrizó? Eso es cosa que no pudieron explicarse los compañeros que desde el aeródromo contemplaban aquel vuelo inverosímil de un montón de chatarra. Las ambulancias salieron disparadas hacia el avión para recoger al piloto herido o, lo más probable, muerto. Pero Orozco no estaba ni herido ni muerto. Desde la carlinga hacía señas con la mano para que le ayudasen a salir de allí.

Le tocaban, le abrazaban; otros miraban y remiraban los restos del avión y hacían un gesto de "no lo entiendo".

– Pero ¿cómo has podido aterrizar con ese inválido? –se extrañaba uno.

– Es el primer caso en que se sale con vida del "espolonazo".

Eso era verdad. Los pocos que lo habían practicado alguna vez hasta entonces habían sucumbido junto con el enemigo.

Manuel decía a unos y a otros:

– Bueno, eso ya pasó. Lo que hace falta es que me den otro avión, porque aún tengo que realizar hoy otro vuelo.

Cuarenta minutos después, Manuel Orozco estaba volando de nuevo.

Aquella noche se presentó en el aeródromo el general Hidalgo de Cisneros con su Estado Mayor. El jefe de la Aviación Republicana quería ver con sus propios ojos el milagro. Porque técnicamente, y eso lo corroboró el ingeniero que examinó el aparato, aquello era un verdadero milagro. Un milagro de la serenidad, del valor y de la pericia del piloto, como explicó el general Hidalgo de Cisneros.

Y allí mismo, ante el Estado Mayor, ante todos los pilotos formados, el general felicitó al sargento Manuel Orozco, diciéndole:

– ¡Enhorabuena, teniente Orozco!

La hazaña de Manuel llegó a Tarragona, su ciudad natal, donde el Consejo Municipal le nombró Hijo Predilecto de Tarragona.)

De las expertas manos de Manuel Orozco salieron en la URSS, durante la guerra, pilotos suficientes para formar un regimiento de caza nocturna. Muchas veces iba con ellos su maestro, el inspector Piotr Orlov. Ya estaban lejos los tiempos de Gómel. Ahora, las fuerzas aéreas soviéticas tenían sus aeródromos en Lublin y en Varsovia. Eran ya los aeródromos de la ofensiva hacia el cubil de la fiera, los aeródromos de la victoria.

Al terminar la guerra, Orozco fue nombrado Inspector del 20° Ejército de Aviación, que tenía su Estado Mayor en Vilnius. Más tarde fue disuelto este ejército y designado Orozco Inspector de la 106ª División de Caza, en Riga. Hace ya muchos años que Orozco está desmovilizado. Cuando tiene que escribir algún documento oficial, suele firmar así: Manuel Orozco Rovira (Piotr Manuílovich Orlov), comandante de aviación retirado.

SU DIVISA ERA UNA ESTRELLA

Esa, o mejor, esas estrellas rojas que llevaban en las alas los aviones soviéticos brillaban en el cielo de la guerra con algo o con mucho de estrella polar. Portadores de esas estrellas anduvieron bajo el sol de Europa, que parecía nublado para siempre,

decenas de pilotos españoles. No todos, ni mucho menos, vieron el lucero de la mañana, pero lo acercaron para los demás. Bajo la tierra celeste donde deben yacer los héroes del aire están José Luis Larrañaga, Miguel Roy, Adolfo Torres, José Crespillo, Antonio Peinado... Por desgracia, no son los únicos.

Alfredo Fernández Villalón, el teniente aviador que el 28 de junio de 1941 se ofreció voluntario para luchar en la filas del Ejército Rojo, cayó en febrero de 1942 vistiendo el glorioso uniforme de sus sueños. Derribado en territorio enemigo fue hecho prisionero. Los que ese día pelearon a su lado –Ladislao Duarte, Burgueño y algún otro más– recuerdan la valentía con que Villalón se batió hasta el último momento. Como se supo más tarde, los alemanes lo fusilaron en la región de Zhitómir.

De los ocho muchachos que se presentaron en julio de 1943 al jefe del Regimiento de Aviación de Caza de Tallinn, el que más llamó la atención del comandante Pokrishev fue Benito Ignacio Aguirre. Quizá fuese que por su pelo retinto y rizado, los ojos negrísimos y cierta altanería de toda su figura respondía al tipo novelesco español. La historia del joven era también romántica. El fascismo le había arrojado de su país cuando él era todavía un niño. Y un niño le pareció al comandante. Benito había pasado de la casa de jóvenes españoles de Kíev a la Escuela de Aviación el 22 de junio de 1941. El quería luchar en la URSS por todo lo que no había tenido tiempo de luchar en su patria.

– Camarada comandante, ¿volaremos pronto? –preguntaba Benito.

El comandante sonrió:

– ¿Por qué tienes tantas ganas de volar?

– Para vengar a mi padre, a mi hermano, a mi pueblo.

La cuenta de la venganza del joven piloto español la cortó la muerte. Ya había ganado la Orden de la Estrella Roja por su lucha sobre Estonia cuando el 9 de marzo de 1944 fue abatido a orillas del lago Peipus. Su compañero de pareja, Alexandr Pristupa, lo vio precipitarse con el avión ardiendo.

Cuando la escuadrilla regresó, el piloto soviético Páschenko, dijo:

– El me salvó la vida derribando el avión que me atacaba a mí. Yo vengaré su muerte.

A veces la vida se salva, pero no la vida de combatiente, que un mal día queda rota. Infinidad de veces la salvó Ignacio

Aguilera en los trances más duros de los duros trances de España: toda la defensa del Norte, cuando por veinte aviones fascistas había uno republicano, bombardeos de la retaguardia. . . Y luego en la URSS. El no era ya un muchacho. Su madurez de hombre y de piloto le valió el respeto que todos siguen profesándole hoy. Impresiona ver a Ignacio, que nació para tener alas, conduciendo su cochecito de inválido.

En el verano de 1941, en un encuentro con la aviación hitleriana sobre Smolensk, el capitán Ignacio Aguilera tuvo que tirarse en paracaídas a sesenta metros de altura. La ambulancia lo recogió con las dos piernas rotas. Pero en su corazón –sobre él suele prenderse la Orden de la Guerra Patria–, Ignacio sigue teniendo alas.

Otros, como Santos Sevil, como Ladislao Duarte, como Andrés Acero, como José Luis Barco, como Julián Izquierdo, como todos los supervivientes que hemos nombrado y los que queden por nombrar, trabajan en la paz y para la paz. Ellos ayudaron a ganarla, pilotos de la estrella roja.

CUARTA PARTE

EN TODAS LAS BATALLAS

"NUESTRO JEFE SE LLAMA RUBEN"

En julio de 1942, el batallón de instrucción del 100° Regimiento de la Guardia se encontraba en la pequeña ciudad de Schólkovo, cerca de Moscú. El jefe del batallón, capitán Lustin, mandó formar a la compañía de ametralladoras para presentarle al teniente mayor que iba a mandarla. Los soldados miraban a aquel muchacho alto, moreno, con la Orden de la Bandera Roja en el pecho. Desde luego, no era ruso. Quizá georgiano, quién sabe si armenio o. . .

El capitán Lustin dijo el nombre del teniente:

– Teniente mayor Rubén Ruiz Ibárruri. . .

¡Luego era verdad! Porque, como ocurre siempre en el ejército, desde días antes los ametralladores comentaban quién sería su jefe. Ese que hay siempre más enterado de las cosas aseguraba que un español. Hay que advertir que esta compañía de ametralladoras estaba formada por antiguos paracaidistas de la 17° Brigada de Aerodesembarco, por gente muy fogueada en lo militar y en lo político. Por eso, el que fuese a mandarla un español no sorprendió demasiado. Al contrario, el que más y el que menos había seguido con ansiedad en su reciente adolescencia la lucha contra el fascismo en tierra española y sabía que muchos combatientes del Ejército Republicano español estaban ahora como voluntarios en el Ejército Rojo. Lo que sí impresionó un poco, y hasta un mucho, fue el nombre del joven teniente español: Rubén Ruiz Ibárruri. ¿Por ser hijo de Pasionaria? Claro, también por eso. Pero no solamente por eso. La de Rubén había sido la primera sangre española vertida en los campos de la Gran Guerra Patria. A toda la juventud soviética –en el frente, en las máquinas, en los pupitres escolares– habían llegado las palabras de Rubén en septiembre de 1941, llamando a los jóvenes del mundo a participar con su presencia o con su solidaridad en la batalla para rechazar al fascismo. Y más de

un ametrallador de los que ese día de julio de 1942 estaba formado ante Rubén, sabía que este joven español había comenzado su vida de soldado en el Ebro.

Lo sabía, por ejemplo, Piotr Shubin, que combatió en la compañía de ametralladoras al mando de Rubén. El antiguo soldado recordaba muchos años después:

"En cuanto empezó a hablar con nosotros nuestro Rubén, comprendimos que era un jefe inteligente, inflexible, experto. ¡Con qué odio habló de los fascistas! Un odio que a todos nos enardecía. Nos habló también de las dificultades de la vida de campaña, de la disciplina, del conocimiento de nuestras armas y de la fidelidad al pueblo, a la patria del comunismo".

La carta, como todas las cartas del frente, no llevaba ningún marbete indicativo. La madre, como todas las madres, la abrió con impaciencia:

"Querida madre: No te he escrito antes hasta no saber a dónde me destinan. Hoy puedo decirte: me encuentro en un lugar que me es muy querido. En la ciudad en que estudié para aviador... Ardo en deseos de entrar en combate. Puedes estar segura de que cumpliré con mi deber de komsomol y de soldado".

La madre conocía bien esa ciudad en la que su hijo había estudiado para aviador, esa ciudad que ahora su hijo iba a defender al frente de una compañía de ametralladoras...

(–¿Has leído lo que dice hoy *Komsomólskaya Pravda*, Rubén?

Rubén levantó los ojos de la máquina en la que trabajaba para mirar a su compañero, y contestó:

– No. ¿Qué trae de particular?

El otro explicó:

– Dice que en Marruecos se ha sublevado el general Franco.

Rubén siguió trabajando y, con la mayor seriedad del mundo, opinó:

– Sí, eso lo he oído anoche por la radio. Me parece que algo muy serio ha empezado en mi patria. Estoy esperando a ver si me escribe mi madre. Ella sí que estará enterada.

Al día siguiente, estaba enterada toda la Fábrica de Automóviles Stalin, de Moscú, donde Rubén trabajaba de apren-



Poco antes del 22 de junio de 1941, Rubén Ruiz Ibárruri estuvo a ver a su madre en las afueras de Moscú

diz; estaba enterada toda la Unión Soviética y estaba enterado todo el mundo: en España había estallado la guerra civil.

La alegría de Rubén, aquella alegría contagiosa, irresistible, desapareció como por encanto. Un encanto malo que le hacía fruncir les cejas, apretar los puños y decir:

– Yo no quiero seguir aprendiendo a hacer automóviles. Yo quiero ir allí, a España, a luchar contra los fascistas.

Rubén vivía en Moscú en el hogar de los viejos revolucionarios bolcheviques Pantaleimón y Olga Lepeshinski. Si Rubén le decía al viejo comunista que quería marcharse a combatir, Pantaleimón le aconsejaba:

– Aún eres un chico, Rubén. No tienes más que dieciséis años. Yo creo que como mejor ayudas a tu pueblo es preparándote aquí, donde no sólo aprendes a hacer automóviles, muchacho. . .

Todo esto estaba bien y Rubén lo comprendía con la cabeza, pero no con el corazón. Y el corazón le llevó a solicitar el ingreso en una Escuela de Aviación. La escuela estaba en una ciudad donde entonces se construían los tractores del segundo plan quinquenal: Stalingrado.

Lo mismo que en la fábrica de automóviles entre los obreros y contramaestres, Rubén se hizo muy popular entre sus condiscípulos y maestros de la Escuela de Aviación de Stalingrado. También le pedían que cantara canciones españolas, pero estas canciones no eran ya las de la mina y la romería vascas. En un reportaje de *Mundo Obrero* había leído la letra de una que entonces se cantaba en Madrid:

El Partido Comunista,
que es en la lucha el primero,
para defender a España
formó el Quinto Regimiento.

Rubén no sabía la música y simplemente recitaba los versos con una cadencia evocativa, que dejaba a todos sus compañeros pensando en aquel 5° Regimiento que estaba defendiendo la patria de Rubén.

– Háblanos de España, Rubén –le decían sus amigos–. Háblanos de tu madre. . .

Y Rubén, que a pesar de sus pocos años tenía muchas cosas que contar, recordaba. . .)

Lo de las pedreas, lo de jugar al marro, lo de hacer barrabasadas en Somorrostro era para Rubén lo de todos los demás chicos. El gesto agrio del padre cuando volvía de la mina, el hambre de cada día y el pan de algunos era también lo propio de la mayoría de los hogares mineros. La cara de la vida que Rubén vio desde su infancia era una cara oscura y fea y triste e injusta. Muchas cosas no comprendía el niño. Otras, sí. Cuando venían los amigos de la casa y se ponían a discutir con el padre y oía palabras cuyo sentido ignoraba: "huelga", "esquiroles", "represión"...

Rubén sentía una pena y una rabia que aún no podía explicarse. Le gustaba ir con otros chicos mayores que él a la Casa del Pueblo. Muchas veces le llevaba la madre. Al fin y al cabo, él era el mayor de los hermanos. Como que tenía tres años más que Amaya. Además, ella era una chica, y él era un hombre. Por algo, uno de los mineros que iban por su casa le había dicho, golpeándole el cogote:

– Rubén, un hombre o así ya te eres.

Y como un hombre, como un hombrecito, se estaba quieto, escuchando a unos hombres a los que llamaban de un modo misterioso: "oradores". El conocía a casi todos y nunca hubiera creído que, además de mineros, fuesen oradores. Mejor le sonaba otro nombre: revolucionarios.

Una vez, el niño se olvidó de que era un hombrecito y se quedó dormido, como se quedan dormidos los niños, en un banco en el salón de actos de la Casa del Pueblo. Lo despertaron unos gritos y unos apretujones y una humedad que le mojaba la cara.

La madre le decía:

– ¡Qué susto me has dado, hijo mío! Eres el mismo diablo.

– No le regañes, Dolores –terció uno de los compañeros–. El chico no tiene la culpa.

La madre abrazaba a su hijo, que le parecía más indefenso que nunca, e intentó echar a andar. Le fallaron las fuerzas. Uno de los camaradas le quitó el chico de los brazos y se lo puso sobre el hombro.

Rubén experimentó muy pronto lo que significaba en la vida la palabra "huelga". El padre no salía al amanecer para ir a la mina. Rubén no sabía bien si es que era fiesta o si el padre estaba enfermo. Luego, en la calle, oía la explicación:

– Los mineros están en huelga.

En seguida vio que la palabra quería decir más hambre en la casa, más silencio en las calles o, al revés, voces, carreras, pedradas y un grito de mujer:

– ¡La Guardia Civil!

Guardia Civil y policía se anclarían para siempre en la memoria de Rubén. Los vio entrar en su casa en más de una ocasión, registrarlo todo, destrozarlo todo, ante la mirada acusadora de la madre, que les increpaba. Los vio un día llevarse al padre y no se olvidaría jamás lo que oyó a un polizonte:

– ¡Ya te ajustarán las cuentas!

Poco a poco fue descubriendo Rubén qué cuentas sin zanjar existían entre los trabajadores y los que no trabajan, entre los que en los mítines llamaban explotados y explotadores. Poco a poco fue despejándose ante él el camino que había de seguir. El camino de los mineros de Somorrostro, el camino de los revolucionarios, de los comunistas, que llamaban a su madre Pasionaria.

Tenía Rubén siete años cuando, un día, la madre le dijo:

– Amaya y tú vais a venir conmigo. Vamos a pedir que pongan al padre en libertad.

¡Libertad!, ésa sí que era una palabra bonita. A él le gustaba tener libertad para jugar, para correr por los campos, para acercarse a las minas y saltar entre las vagonetas. La vida enseña mucho cuando se crece en medio de la maldad y la injusticia de la vida. La vida enseña más cuando se educa uno en el ambiente de los que saben que no es ésa la verdadera vida, que hay que luchar para arrancarle lo que ella debe dar de justicia, de bien y de libertad. Esa vida fue la maestra del pequeño Rubén. Por eso, cuando la madre los llevó a él y a su hermana a Bilbao para exigir la libertad del padre y de otros presos, el corazón de Rubén no tenía siete años.

Su madre iba al frente de otras muchas mujeres. Llegaron ante un caserón que a Rubén le pareció enorme y que, sin duda, no era pequeño. A duras penas pudo deletrear: "Go-bi-er-no Ci-vil". A la puerta había unos guardias con un uniforme distinto a los que él viera en Somorrostro. Intentaron contener a las mujeres, pero ellas, llevando a sus hijos de la mano, no hicieron caso. Rubén se sintió arrastrado a la primera fila. ¡Qué alta le parecía su madre! Subieron por unas escaleras. "¡Jolín, qué alfombras!" –se asombraba Rubén–. "¡Y qué pasillos! ¡Y qué tío más feo!"

El tío feo era el secretario del gobernador, que todo apresurado salía a ver qué pasaba. Cuando Rubén le oyó hablar con su madre, no le pareció tan feo. Al contrario, hasta parecía un hombre bueno. Sonreía a los niños, hizo sentar a las mujeres. Rubén observó que el hombre hablaba mucho con su madre. Ella se inclinó un poco para decir a sus hijos:

– Vosotros quedaros aquí. Ahora vuelvo.

La madre y otras dos mujeres desaparecieron tras una puerta. Sin tener en cuenta los siete años de Rubén, una de las mujeres que quedaron aguardando le dijo:

– Es una delegación que va a hablar con el gobernador civil.

Poco después salió la delegación. Rubén oyó que su madre decía a las otras mujeres:

– Vamos a gritar hasta que nos oigan las piedras. A ver si el gobernador puede o no puede hacer nada.

Bajaron las escaleras casi corriendo. Rubén se sentía tironeado por la mano de la madre. Amaya apenas podía seguirles. A la salida, los guardias se apartaron para dejarlas pasar. Los transeúntes se detenían al ver aquel grupo de mujeres, casi todas de negro, que, rodeadas de sus hijos, avanzaban gritando. Rubén no sabía si las piedras oirían las voces, como había dicho la madre. Pero él sí oía, y, sobre todo, esa palabra que tanto le gustaba: libertad.

Cuando Rubén se sentía más hombrecito era las tardes en que le encargaban que vigilara y avisase en cuanto notara algo extraño cerca de la casa. Eso quería decir que en la casa había alguna reunión importante. Así fue familiarizándose Rubén con los revolucionarios más conocidos de Somorrostro, con dirigentes comunistas de toda la provincia. Un día en que él y Amaya acompañaban a la madre, que salía de viaje, fue Rubén el que en seguida reconoció a un hombre que desde una altura del camino les hacía señas:

– Es Mariano –dijo.

El viejo obrero se acercaba presuroso a Dolores.

– Han pasado un camión de guardias civiles y dos coches de policía en dirección a tu casa –avisó Mariano, todo nervioso.

En la casa se ocultaba el dirigente comunista Arrarás.

Rubén echó a correr. Sus ágiles piernas –poco más de cinco años en cada una– le llevaron a ella por atajos un poco antes de que llegasen los coches de la policía.

– Salte usted por ahí –dijo Rubén, trancando la puerta y señalando a Arrarás una ventana que daba al monte.

Las culatas de pistolas y fusiles golpeaban la puerta. Rubén abrió. ("Si tiene buenas piernas, ya debe estar lejos", pensó el chico.) La policía se desparramó por la casa, buscó en todas partes y, encarándose con Rubén, uno de los sabuesos le amenazó:

– Dinos ahora mismo por dónde ha escapado ese que estaba aquí.

Rubén no dijo nada. Tenía once años y sabía ya que a la policía no debe decírsele nunca nada. Lo único que anhelaba Rubén era que Arrarás tuviese buenas piernas.

No tardó Rubén en separarse del paisaje de su infancia. Iba a Madrid. En Madrid estaba su madre, y las dos cosas, reunirse con ella y ver la gran ciudad, tenían emocionado al muchacho.

¡Qué grande era Madrid! Pero en las ciudades grandes es donde más indefensos y perdidos se sienten los niños como Rubén. Empezó a ir de casa en casa de los camaradas de su madre. Porque la madre estaba en un sitio donde a los hijos no les dejan entrar: la cárcel. A Rubén no le gustaba que le tuviesen pena. Y cuando oía frases de conmiseración, se atrevía a decir:

– ¡Yo soy un pionero! También soy comunista.

De las ruidosas, de las ajetreadas calles de Madrid, las que mejor conocía Rubén eran las de San Bernardo, la Glorieta de Quevedo, la calle del Noviciado, las calles y plazas por las que se iba a la de Quiñones. El chico se estaba horas y horas contemplando los viejos muros de la cárcel de mujeres, las rejas en lo alto, tras las que él esperaba inútilmente ver asomarse el rostro de la madre. ¿Le estaría ella mirando también? Por si era a sí, Rubén se pasaba rápidamente la manga por los ojos. No, él no lloraba. La angustia le quemaba el pecho y le subía hasta la garganta, pero él no lloraría. Los hombres no lloran. Los hombres se rebelan y luchan. Por las dos cosas estaba su madre allí. El preguntaba todos los días en la puerta de la cárcel:

– ¿Le han dicho a mi madre que estoy aquí?

Aquel día, por lo visto, sí se lo dijeron, porque una oficiala de prisiones se acercó al chico, y, entregándole un paquete, le anunció:

– Toma, esto te lo manda tu madre.

Eran unas frutas y unos dulces que una familia amiga de Dolores Ibárruri le había llevado a ella a la cárcel. A pesar de que Rubén no quería llorar, los dulces y las frutas le supieron un poco salados.

En el paquete había una nota. Era la dirección de un camarada. Allí debía esperar hasta que pudiese volver a Vizcaya.

Madrid empezó a parecerle más risueño al pequeño Rubén. Tenía amigos pioneros, hijos de trabajadores, como él; pero lo que más le gustaba era correr por las calles, llevando bajo el brazo el manojo de periódicos acabaditos de salir del horno. Como el pan huele a tahona, los periódicos olían a tinta de imprenta.

– *¡Mundo Obrero!* ¡Ha salido *Mundo Obrero!* –voceaba Rubén, saltando al estribo de un tranvía en marcha, esquivando con un regate los automóviles y metiéndose en las tabernas y en los bares de Cuatro Caminos.

A veces, para tentar al comprador, le decía como argumento convincente:

– Trae un artículo bomba de Pasionaria.

Y ninguno de los compradores de *Mundo Obrero* podía sospechar que el chaval que lo vendía era el hijo de Dolores Ibárruri.

Al fin, se arregló la vuelta de Rubén a Somorrostro. Un comisionista del pueblo se lo llevó en su camión.

Los amigos decían al verle:

– ¡Cuánto has crecido, Rubén!

Los chicos no sabían, de verdad, lo que Rubén Ruiz Ibárruri había crecido.

Aún volvió Rubén a pasar en Madrid otra temporada, esta vez con su hermana Amaya. En esa época, un nombre lo nubla –o lo ilumina– todo en los recuerdos de Rubén: Asturias. El no sabe dónde está la madre. El sabe que donde esté, estará vinculada a lo que sucede en la cuenca minera –¡qué palabras tan entrañables para Rubén!– de Asturias. Todas las minas se parecen y es la misma la suerte de todos los mineros. El chico no podía ya vender *Mundo Obrero,* porque *Mundo Obrero* no salía. Los únicos periódicos que aparecían en Madrid no decían más que mentiras y canalladas. En uno de ellos leyó Rubén el nombre de su madre. Eso significaba que ella estaba en alguna parte, que no había vuelto a caer en manos de la policía, que vivía en eso que Rubén había escuchado decir en muchas ocasiones: la clandestinidad. Se le antojaba algo misterioso y heroico, algo más fuerte que todos los guardias civiles y todos los jueces y todas las cárceles.

De la insurrección de Asturias recordaría siempre Rubén los días en que iba recogiendo, entre las familias trabajadoras de

Madrid, "donativos para los hijos de los mineros". A él le parecía que ya estaba haciendo algo por la revolución. Y sin que supiera explicarlo, lo que le pasaba a Rubén es que toda su adolescencia ardía en el fuego que desde su cuna le iluminó: el fuego revolucionario. Era un chicarrón alto, con la estatura de palma de la madre, ancho de huesos –la contextura de los vascos–, ocurrente y decidido, que es también condición de la gente vizcaína.

Por fin pudo ver a la madre. Cuando ella le dijo que se había portado bien, como deben portarse los hijos de los revolucionarios, al chico se le llenó el pecho de calor. La madre los tenía abrazados fuertemente a los dos, a Amaya y a él, como si su corazón quisiera desquitarse de tantas horas, de tantos días de soledad y nostalgia maternales.

Fue en mayo de 1935 cuando a Rubén le dijeron:

– Tú y Amaya vais a ir a Rusia.

Rusia –eso lo sabía Rubén– era la Unión Soviética, el país adonde los trabajadores iban como a su casa. Y la gran casa abrió sus puertas para Amaya y para Rubén un maravilloso día de primavera.

En España resurgía el movimiento obrero, alentado por el Partido Comunista. En esa lucha tenía mucho que hacer la madre de Rubén y de Amaya.

SOLDADO DE LA REPUBLICA

Los recuerdos que Rubén evocaba en la Escuela de Aviación de Stalingrado terminaban ahí. España en ese tiempo ya no era un recuerdo para Rubén. Era una obsesión, una realidad palpitante, una angustia física que no le dejaba vivir. Porque España tiraba de toda su vida. Volver a ella, fundirse con ella, pelear con ella, vencer con ella o con ella morir. Las noticias eran malas. Las cartas de la madre mantenían viva la esperanza, la seguridad en la victoria.

Pero Rubén quería acudir cuanto antes a un combate para el que, quizá, aún no tuviese años; como si para eso, para luchar por la patria, por el pueblo, por los trabajadores, contasen los años. Eso es lo que pensaba Rubén. Cuando intentaban disuadirle y le aconsejaban que terminase los estudios en la Escuela de Aviación, él contestaba que su escuela estaba en los frentes



El teniente Rubén Ruiz Ibárruri estaba muy contento de recibir su primera condecoración, y no menos lo estaba el Presidente Kalinin al entregársela

de la República Española. El no quería ni podía esperar. Y no esperó.

En 1938, en una compañía de montaña del Ejército del Ebro había un soldado que se llamaba Rubén Ruiz Ibárruri. Como un soldado raso se batió en las batallas sostenidas a orillas del río que inmortalizaron la canción popular y la pluma de Antonio Machado. Luchó en la hora más aciaga y más heroica. Cuando detrás ya no hay más que la frontera. Cuando detrás ya no está España.

La compañía de montaña en la que Rubén se había ganado a pulso el grado de sargento iba en vanguardia, reconociendo el terreno. Con sus contraataques protegía a las tropas republicanas que se retiraban cediendo ahincadamente, desesperadamente, cada palmo de la tierra de Cataluña. Lo principal era mantener el orden, conservar el mayor número de fuerzas, porque a España le quedaba aún tierra libre para desde ella rescatar toda su tierra. Como muchos soldados de la República, Rubén pensaba: "Pasaremos la frontera y desde Francia volveré".

En Francia esperaba a los demócratas españoles la inicua frontera de los campos de concentración. Rubén fue internado en el de Argelès. El alambre espinoso que le separa de su patria y del mundo se le clava en las venas, pero no araña su firmeza. A fuerza de audacia y de astucia logra evadirse del campo.

Ya le han quitado a España el último pedazo de tierra. Rubén está seguro de que algún día volverá a ella, y en esa hora de la patria perdida, piensa en otra patria, la de su adolescencia. La gran casa, la Unión Soviética, ha abierto sus brazos a los defensores españoles de la libertad.

MORIR EN STALINGRADO

El 23 de agosto de 1942, los invasores alemanes consiguieron cruzar el Don y acercarse a Stalingrado. Un grupo de tanques enemigos se apoderó del apartadero ferroviario 564, no lejos de la estación de Kotlubán. Las comunicaciones con Stalingrado corrían el riesgo de ser cortadas. La 35ª División de Tiradores de la Guardia recibió la orden de detener al enemigo en el sector Samojválovka-Kotlubán. Los batallones de la división estaban aún en camino y en la línea de dislocación se decidió adelantar un destacamento de vanguardia. La compañía de ametralladoras al mando del teniente Rubén Ruiz Ibárruri formaba parte de esa unidad.

Todo el día marcharon por la estepa, bajo el calcinante sol de agosto, al encuentro del enemigo. Llegaron de noche a Kotlubán. Y sobre la marcha, entraron en combate. Un combate terrible, el mayor que hasta entonces había presenciado y vivido Rubén. Las cinco veces que los fascistas se lanzaron al ataque tuvieron que retroceder, dejándose en el campo sus muertos y sus heridos. Las ametralladoras de la compañía del teniente Rubén Ruiz Ibárruri segaban a los atacantes.

– ¡No pasarán! –gritaba Rubén, repitiendo el grito heroico de Madrid.

Murió el jefe del batallón. El teniente Rubén Ruiz Ibárruri se hizo cargo del mando del destacamento de vanguardia. De él dependía la suerte de toda la división. El permitió que el grueso de las fuerzas ocupase la línea de defensa. Entonces, el destacamento de Rubén recibió una nueva orden: cubrir el flanco derecho junto al caserío de Vlásovka. La batalla rugía tenaz.

Los proyectiles alemanes atronaban el aire y volteaban la tierra. El fuego huracanado de las ametralladoras envolvía por todos lados a los hombres de Rubén. Nadie se movía. Nadie daría un paso atrás. Y en cuanto los fascistas alemanes intentaban dar un paso adelante, los combatientes de la Guardia se lo cortaban con fuego mortífero.

– ¡Adelante, tiradores de la Guardia! ¡Por la Patria, por el Partido! –gritaba Rubén.

Y los tiradores de la Guardia iban adelante. Un contraataque arrollador, que, en efecto, lo arrolló todo: los tanques alemanes que volvían grupas, las ametralladoras, los cañones abandonados por el enemigo. Rubén iba al frente de sus hombres, como si una fuerza titánica lo impulsara, como si una furia invencible e incontenible lo enardeciera. Quizá el dolor de Guernica, la rabia del Ebro, la tragedia de Cataluña; quizá, más lejos aún, el hambre de Somorrostro, la cárcel de la calle de Quiñones, todo ello quemándole, levantándole el corazón. Todo ello se vengaba aquí, en la tierra proletaria de Stalingrado, en la tierra sagrada de la Unión Soviética.

– ¡Adelante, tiradores de la Guardia! –arengó Rubén.

Y los tiradores de la Guardia entraron en Vlásovka. Allí estaban los cadáveres de decenas de alemanes que no pudieron llegar a Stalingrado. Allí había montones de armas: ametralladoras, cañones antitanque, morteros, fusiles, camiones rotos e infinidad de proyectiles y cartuchos que no dispararían jamás contra Stalingrado.

Pero la batalla no había concluido. Siguió con redoblado ímpetu. El enemigo lanzaba nuevas y nuevas fuerzas al combate. Había que aguantar, aguantar a toda costa: con la ametralladora, con la bomba de mano, al arma blanca.

De pronto, se le vio caer. Sí, era él, el teniente. Era Rubén. Rubén, con su arrogante cuerpo juvenil roto, ensangrentado, que sus compañeros sacaban del campo de batalla.

Comenzó la lucha de los médicos por salvar la vida del joven héroe español y soviético. Una vida que se escapaba lenta, inexorablemente, mientras no lejos resonaba el fragor de la gran batalla. Ahora Rubén no se podría escapar del hospital, como en octubre de 1941, cuando se marchó a Moscú con las heridas abiertas para golpear con el grito de su sangre en la conciencia del mundo.

Al amanecer del 3 de septiembre de 1942, murió, en un hospital militar, el teniente de la Guardia Rubén Ruiz Ibárruri.



La tumba de Rubén Ruiz Ibárruri, Héroe de la Unión Soviética, en Stalingrado

*

La defensa de Stalingrado –el viento del Volga dobló una nueva página de la historia– continuaba. En realidad, no hacía más que empezar. La seguía sin Rubén, pero por Rubén, la 35ª División de Tiradores de la Guardia. La continuaban también camaradas españoles de Rubén, que en otras unidades luchaban por lo mismo que había muerto Rubén. En la parte Suroeste de Stalingrado se batía la 43ª Brigada de Ingenieros, en la que figuraban Petosa y José el "Francés". El grupo dirigido por ellos voló un puente en los accesos de la ciudad, impidiendo el transporte enemigo durante largo tiempo. La misma condecoración premió la hazaña de los dos amigos: la Orden de la Estrella Roja.

En el cielo de Stalingrado asaltaban a los bombarderos fascistas los pilotos José Luis Barco, "Popeye", Alfonso García, Bonilla... Sobre la tierra de Stalingrado cayó con su avión envuelto en llamas José María Pascual, que fue propuesto para ser condecorado con la Orden de Lenin.

Los hitlerianos, como había querido Rubén, como había afirmado Rubén, no pasaron en Stalingrado. La 35ª División de la

Guardia sí pasó. Hasta Berlín. Los capitanes con sus pistolas y los soldados con sus fusiles dispararon al aire ante el Reichstag las primeras salvas en honor de la victoria, en honor de los caídos, en honor de Rubén. La bandera de la 35ª División, la bandera bajo la que luchó y murió Rubén Ruiz Ibárruri, se guarda sagradamente en el Museo Central del Ejército Soviético, en Moscú. Al lado de ella, un carnet del Komsomol, una carta firmada "Dolores", recortes de periódicos en los que se lee: "Murió como un héroe"... "Su gloria es inmortal"... "Nuestro Rubén"... Y fotos. Fotos en las que un muchacho moreno sonríe con los labios y con los ojos. Una sonrisa que no sabemos si la muerte se atrevió a apagar. En un retrato está con el uniforme de teniente del Ejército Soviético. Su nombre, al pie: Rubén Ruiz Ibárruri, Héroe de la Unión Soviética.

Este nombre aparece con letras de oro en una tumba que hay en la Avenida de los Caídos en la heroica ciudad del Volga. Cerca, en el *cenotafio*, arde la llama eterna. Eterna como la memoria de Rubén.

JUSTO LOPEZ DE LA FUENTE

El presidente del tribunal, dirigiéndose a un hombre ya castigado por los años que con otros y una mujer se sentaba en el banquillo de los acusados, preguntó:

– ¿Reconoce el acusado Justo López de la Fuente haber servido en un ejército extranjero, el Ejército Rojo de Rusia?

Al oírse nombrar, Justo se puso en pie. Con voz serena y firme respondió:

– Lo reconozco y me siento orgulloso de haber combatido en las filas del Ejército Soviético, que liberó a Europa del fascismo.

Un largo rumor corrió por la sala. El presidente, agitando la campanilla, gritaba:

– ¡Silencio!

Y, encarándose con Justo, le advirtió:

– Aquí no está usted en un mitin. Puede sentarse el acusado.

Con la misma tranquilidad, Justo se sentó. José Sandoval, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España y el primero en la lista de los cargos de este proceso que en 1964 estremeció al mundo, miró a su compañero, quizá recor-

dando los tiempos en que los dos se batían por la misma causa y bajo la misma bandera veinte años atrás.

¿Dónde estaba hacía veinte años Justo López de la Fuente? Ya en territorio alemán, ya cerca de la última batalla. Pero eso fue después.

*

En el destacamento del teniente coronel Orlovski, Justo López de la Fuente era el único español. No tenía nada de particular que el jefe se hubiera encariñado con este español que no hacía ahora sus primeras armas de soldado, sino que venía de los combates de España y, concretamente, de la gloria de Madrid.

El teniente coronel le aleccionaba:

– El arte del guerrillero es muy especial. Tú sabrás mucho de resistir al enemigo cuando viene de cara. Pero eres un novato, y yo quiero que seas un maestro, en hacer la vida imposible al enemigo en su misma casa. Bueno, en su misma casa, no, en la que nos ha robado.

Justo estaba de acuerdo:

– Yo prometí al jefe de la 4ª Compañía, donde yo estaba, que sabría cumplir con mi deber. Usted va a tener ocasión de verlo.

No es que el teniente coronel Orlovski fuera desconfiado, pero el caso es que se empeñó en comprobar cómo había puesto Justo su primera mina.

– *Otlichno!* –dijo el jefe.

El tren que voló en ella corroboró el elogio del teniente coronel. A ese tren, como se comprenderá, siguieron otros, siguieron puentes, camiones y cientos de fascistas y traidores destruidos o aniquilados por el destacamento de Orlovski.

Se ha dicho mil veces, y porque es verdad se ha dicho tanto, que en la guerra se hacen las más fuertes amistades. La del teniente coronel soviético y la del ex comandante del Ejército Republicano español era de ésas. Incluso Orlovski, en los escasos momentos de tregua, le decía a su subordinado:

– Justo, vamos a estudiar el español.

Y los dos se ponían bajo un árbol, el uno a dictar y el otro a escribir en un cuaderno. Por unas cosas o por otras, a los dos se les veía siempre juntos. Una vez le llamaron a Orlovski a Moscú y en seguida avisó al español:

– Justo, prepárate, que salimos para Moscú.

El ruso y el español iban tan campantes, calle de Gorki abajo, cuando oyeron gritar:

– ¡López! ¿No saludas a la gente?

Eran unos españoles de uniforme que se extrañaron de ver a su amigo vestido de paisano.

– Oye, ¿dónde te has hecho ese traje? –le preguntó uno, riéndose–. Con esas mangas no necesitarás guantes.

– Menos cachondeo con el traje –replicó Justo–. Desde luego, no está hecho a mi medida, pero sí a la del teniente coronel.

Y les presentó a Orlovski, que también iba de paisano y algo debía haber entendido, porque no podía disimular la risa. Incluso explicó:

– Justo quería ir a buscar su ropa, pero yo le dije que para el tiempo que íbamos a estar en Moscú no merecía la pena.

Orlovski repartió cigarrillos, palmoteó a los amigos de Justo como si fueran viejos conocidos y se despidieron con un "¡Salud!" del ruso y un *Do svidania* de los españoles.

La amistad de los dos guerrilleros había pasado ya por muchas pruebas. Pero a esa amistad le esperaba la prueba decisiva.

En febrero de 1943 tenían ya el campamento en algún punto de Bielorrusia Occidental. Si algo estaba bien organizado –y muchas cosas lo estaban perfectamente en el destacamento de Orlovski–, era el servicio de Información. Por eso, el jefe guerrillero no se extrañó mucho, aunque se alegró bastante, al ver entrar en su puesto de mando a Masha.

– ¿Qué te trae por aquí, gran cocinera? ¿Preparas algún buen plato? –le preguntó Orlovski, mirándola significativamente.

Masha explicó que en el pueblo cercano, donde ella había logrado colocarse de cocinera en el Estado Mayor de la guarnición alemana, le habían dicho que preparase una buena comida porque iban a tener visita.

– A mí me parece –deducía Masha– que deben esperar a algún pez gordo.

Orlovski decidió pescar aquel pez.

La noticia de la cocinera la corroboró otro enlace del destacamento. Esta mujer precisó el día en que se esperaba al invitado o a los invitados. Lo malo era que todo esto coincidía con la ausencia del grueso del destacamento, que había salido en grupos a cumplir distintas misiones.

El teniente coronel llamó a Justo y le dijo:

– Contando tú y yo, quedamos doce disponibles en el campamento. Me parece que somos bastantes para ir de pesca.

A Justo le pareció lo mismo y se puso a preparar la salida. Todo se ponía en contra. La mecha no ardía como debía arder. Justo se lo advirtió al jefe y éste replicó:

– Eso no importa. Se trata de una ocasión que no podemos desaprovechar.

Camuflados con sus batas blancas, los doce hombres salieron hacia el lugar convenido de la carretera. Tumbados sobre la nieve, y confundidos con ella, se dispusieron a aguardar. La espera fue larga. Pasó toda la mañana. Ya estaba yéndose el pálido sol de febrero y Justo pensaba seguramente lo mismo que Orlovski: "Esos no vienen".

Pero ésos llegaron.

La hilera de trineos se divisó en seguida. La nieve de la emboscada se movió un poco. Detrás de los trineos venían tres coches, separados uno de otro algunos metros.

Orlovski tocó con el codo a Justo y le dijo:

– Ahora, contra el coche del centro.

Chisporrotearon las metralletas y Orlovski ordenó:

– ¡Los explosivos!

El lanzó la primera carga. Justo no tuvo tiempo de lanzar la suya. Al lado mismo oyó una explosión y al volver la cabeza vio a Orlovski en el suelo con la bata manchada de sangre en un hombro. Acudió en su ayuda, desgarró la bata y vio que el brazo le colgaba casi seccionado. Justo no pensó más que en contener la hemorragia y, como pudo, hizo una ligadura.

Los alemanes habían saltado a tierra y disparaban contra los doce hombres. Estos, parapetados tras los árboles, segaban a los fascistas desconcertados. Ardía el coche del centro, contra el que Orlovski lanzara la primera carga explosiva. El combate no podía prolongarse mucho tiempo. Había que salir de allí y salvar la vida del jefe. Los guerrilleros empezaron a retirarse combatiendo, que es la mejor manera de retirarse. Justo cargaba con el cuerpo del jefe, protegiéndole con el suyo del acoso alemán. Con la mano libre seguía disparando su metralleta. Lograron adentrarse en el bosque. El tiroteo alemán iba espaciándose. Bastante tenían los hitlerianos con recoger sus muertos y heridos.

Cincuenta kilómetros anduvo Justo, ayudado por otros compañeros, llevando a Orlovski desvanecido. Cerca ya del campamento, Justo le dijo a uno de los guerrilleros:

– Corre a avisar al médico.

Tendieron a Orlovski sobre un petate. Justo le miró el brazo y vio que ya no sangraba. Hasta ese momento no se dio cuenta de que aún no había soltado la metralleta. Se la tendió a un compañero y éste le dijo:

– Tiene dos impactos en la culata.

El médico no tardó en llegar, aunque a los hombres de Orlovski les pareció que nadie había tardado tanto en el mundo en llegar a alguna parte.

El que había ido a avisarle, contó a Justo:

– Resulta que uno de los peces gordos era el comandante alemán de Baranovichi. Nos han pagado la herida del jefe.

Justo no quiso contestar lo que pensaba: que ningún comandante fascista valía una gota de sangre de un hombre como Orlovski.

El parvo botiquín de campaña no contenía anestésicos. Después de examinar el brazo herido, el médico anunció:

– Hay que cortar ahora mismo.

Orlovski escuchaba con los ojos fijos en el techo.

– Pues si hay que cortar, corte –dijo.

El médico cortó.

Estaba lavándose las manos cuando preguntó:

– ¿Y quién le hizo la ligadura? Gracias a ella, el jefe no se os quedó desangrado en el camino.

Orlovski volvió la cabeza para decir:

– ¿Quién me hizo la ligadura? Este –y miró a Justo.

*

– Con un brazo menos se puede servir a la patria y a nuestra causa –le dijo muchas veces Orlovski a Justo–. Lo que hay que conservar es ésta y éste.

Y el teniente coronel se señalaba la cabeza y el lado izquierdo del pecho. Ni a él ni a su amigo y camarada español –hijo, le llamaba algunas veces– le fallaron ni la una ni el otro en los muchos combates que juntos sostuvieron más tarde.

El teniente coronel Orlovski, Héroe de la Unión Soviética, y Justo López de la Fuente, condecorado con la Orden de la Bandera Roja, se separaron después de la victoria.

– Ahora –dijo Orlovski a su amigo uno de los últimos días que se vieron–, a trabajar para levantar nuestra patria de las ruinas. A mí no sé dónde me mandará el Partido, a algún tra-

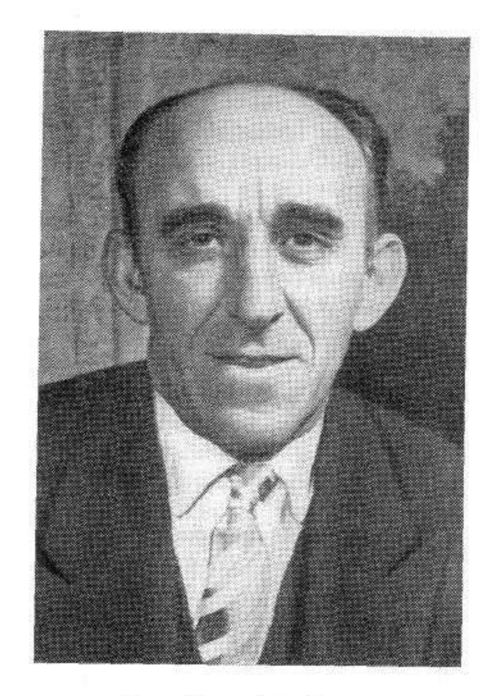
bajo pacífico, que es lo que hace falta. Y tú, ¿qué vas a hacer, Justo?

Justo contestó en el mismo tono, sencillo y natural:

– Pues yo también haré lo que me mande el Partido. Para mí, la lucha no ha terminado. Y yo soy un hombre de lucha.

Orlovski puso la mano, su única mano, sobre la espalda de Justo y también sin dar importancia a sus palabras, dijo:

– Dondequiera que estés, tú sabes que el viejo Orlovski no te olvidará. Mi pueblo tampoco olvidará al tuyo.



Justo López de la Fuente murió en 1967 en una cárcel franquista

*

Los periódicos soviéticos y de todo el mundo se ocupaban del intento de revisar la causa de Justo López de la Fuente, condenado ya a veinte años de cárcel. Le amenazaba la pena de muerte. Esta noticia, que levantó a millones de hombres en la Unión Soviética y en todos los países, posiblemente donde más ira despertó fue en el koljós *Rassviet* ("Amanecer"). Su presidente, Kiril Orlovski, Héroe de la Unión Soviética y Héroe del Trabajo Socialista, se lo decía a todo el que quería oírle:

– Este Justo López es mi amigo, mi hermano, mi hijo. El me salvó la vida. Y ahora, los canallas fascistas lo quieren asesinar.

En voz alta leía Orlovski a su familia la información de *Pravda:* "Heroico defensor de Madrid..., comandante de la 72ª Brigada, que detuvo a los fascistas en el barrio madrileño de Usera... Justo López luchó también valientemente en la Guerra Patria... ¡Hay que salvar la vida del heroico patriota espa-

ñol y de sus camaradas! ¡Hay que exigir la libertad de éstos y de todos los demócratas españoles presos en las mazmorras franquistas!"

Algunas fechas después, *Pravda* publicaba una carta en la que Kiril Orlovski contaba cómo debía la vida al guerrillero Justo López de la Fuente y llamaba con todo su corazón enardecido a impedir que el fascismo se cobrara con veinticinco años de retraso la hermosa vida del comunista español.

No sería aventurado asegurar que de todas las voces que se alzaron entonces en la tierra para defenderlo, pocas conmoverían tanto a Justo López como la de su lejano amigo Kiril Orlovski. El viejo soldado cumplía su palabra: no se había olvidado de él. Ni del pueblo español.

EL HABITO NO HACE AL SOLDADO

La zamarra del guerrillero, el mono del aviador y la guerrera del soldado fueron prendas que vistieron unos setecientos de los españoles que en 1941 se encontraban en la URSS. Muchos usaron, por lo menos, dos de ellas, y bastantes las tres. Porque, en realidad, podría decirse que eran tres piezas distintas de un solo uniforme verdadero: el de combatiente del Ejército Rojo.

Desde la 4ª Compañía, que en octubre de 1941 participó en la defensa de Moscú, hasta las divisiones que entraron en Berlín recorrieron estos hombres, como hemos visto, todos los frentes y pelearon en todas las batallas importantes. Sabemos cuántos se quedaron en el camino y aún habremos de ver cuántos tampoco pudieron llegar.

Ahora vamos a encontrar a los que se acercaban a la victoria y venían forjándola desde muy lejos.

*

Manuel Alberdi arrancó de Kírov. En esta ciudad, ya al pie de los Urales, no había ni hubo en toda la guerra ningún frente militar. Hubo, sí, uno de los frentes del trabajo más duros y más heroicos. En él estuvo combatiendo Alberdi hasta junio de 1942. Allí cayó herido por una bala, que no hace menos estragos que las de fusil: el hambre. Todo había que enviarlo entonces –tanques y trigo– a Leningrado. Kírov era el único sitio de paso

para la ciudad bloqueada. Alguna vez, al ver a este madrileño, para quien los cincuenta grados bajo cero equivalían a quinientos, demacrado, los pies bailándole en las botas de fieltro, los ojos invisibles en la cara hinchada, el guarda de la fábrica le decía:

– Manuel, es difícil de aguantar, ¿eh?

– Donde es difícil de aguantar es allí –contestaba Alberdi, refiriéndose a Leningrado.

Un día no pudo aguantar. Había salido de la fábrica y notó que no tendría fuerzas para llegar a casa. Todo era campo helado alrededor. Quiso agarrarse a un árbol y se cayó. Una mujer que pasaba por allí le ayudó a levantarse y lo llevó a su casa. Allí lo tuvo tres días sin más alimento que *té sin té*. Era lo único que tenía aquella pobre gente. Mal que bien, Alberdi se repuso y con el buen tiempo volvió a trabajar. Las cosas iban mejorando en la ciudad y ya podía verse a Alberdi con otros españoles –Aurorita, María López, Melones–, que iban a los hospitales a visitar a los heridos e incluso a improvisar para ellos una función de canciones y bailes españoles.

Desde los días de la fábrica de Kolomna, Alberdi estaba esperando ingresar en el Ejército Rojo. Su deseo se cumplió, al fin, en julio de 1942. Con Freixas, Ruiz, Jiménez y Justo Melones salió para el frente de Rzhev. A ninguno de sus compañeros volvió a ver. Más tarde, o más temprano, quedaron en el camino. Manuel Alberdi, no. Llegó hasta las puertas –y más allá– de Berlín.

Después de la operación de Novorossiisk, Manuel Alberdi fue enviado con un grupo a la Escuela de Ingenieros Militares de Leningrado, que, naturalmente, no estaba entonces en Leningrado, sino evacuada en el interior del país. Tiempos difíciles de olvidar, y que Alberdi no olvida, porque allí se formó como un maestro en el arte de la destrucción y de la construcción. Y porque allí conoció a hombres como el general Ivanov y el teniente Andréiev, que tanto hicieron como maestros y como amigos por él y sus camaradas.

Cuando Alberdi salió de esa escuela, era ya para despejar la ruta liberadora del Ejército Soviético, que empezaba a dejar atrás las fronteras de la patria. Lo de Novorossiisk quedaba lejos en el tiempo y en el espacio, pero no en el recuerdo. Quizá porque fuera una de sus primeras operaciones –sin contar las de España, claro está–, Manolo la evocaba, como aquel día en el 1er Frente Bielorruso:

– Era un hueso muy duro de roer y al que no habían conseguido hincarle el diente otros que lo intentaron en muchas ocasiones. Nuestro grupo tenía que localizar en la costa ocupada por el enemigo unas baterías que nos tenían fritos. ¿Cómo llegar allí sin caer bajo su fuego, no ya de día, sino incluso por la noche? Porque los reflectores barrían el mar. . .

Uno de los que escuchaba preguntó no sin cierta ironía:

– ¿Desembarcasteis en helicóptero?

Manolo, que tenía las pulgas madrileñas, se las sacudió entre bromas y veras:

– Desembarcamos por radio.

Todos se echaron a reír y Manolo siguió:

– Pues para que ese chalao se entere, Guantero, Ortega, Víctor Gómez, Frías y yo salimos en una lancha motora dispuestos a no volver como no fuese con los datos de las baterías.

El que había interrumpido repitió la faena:

– Y, claro, esa noche no funcionaron los reflectores. . .

Las madrileñas pulgas volvieron a picar a Manolo:

– Los reflectores funcionaron como si aquello fuese una revista del Teatro Martín. Y nosotros, de vedettes. Hasta hubo fuegos artificiales, que hacían muy bonitos en el mar. Sobre todo, cuando el agua subía en surtidores y la traca sonaba que era un gusto.

– ¡Vaya juergazo, Manolo!

– ¡No lo sabes tú bien! Luego hubo cucañas: un pedazo de costa que era como gatear por una pared.

– Y, claro, como tú eres gato. . .

Otro de los que escuchaban se enfadó:

– ¡Cállate ya, bocazas! Sigue, Alberdi.

– Bueno, si a lo mejor lo sabéis ya. . . Y, además, no voy a descubriros nada nuevo. Porque aquí, el que más y el que menos, ha tenido sus fuegos artificiales y sus cucañas. Total: localizamos las baterías, estaban en una altura llamada Sájarnaya Golová, Cabeza de Azúcar, que diríamos en español. Volvimos como habíamos llegado: como pudimos. Y desde entonces, esas baterías no han vuelto a disparar ni un tiro. Nuestros datos permitieron aplastarlas y que dejasen libre aquella zona al movimiento de nuestras fuerzas por tierra y por mar.

El "bocazas" se acercó a Alberdi y le dijo:

– Oye, Manolo, no te habrás cabreado.

Alberdi se rió:

– No, hombre, yo no me cabreo más que con ésos. Todos sabían que "ésos" eran los fascistas alemanes.

MISION CUMPLIDA

El 79 Cuerpo del 3er Ejército de Choque estaba operando ya en territorio de Polonia. Una compañía del batallón de zapadores minadores de dicho Cuerpo la mandaba Manuel Alberdi. Tan pronto tenían que minar como desminar, tender un puente para facilitar el avance soviético o destruirlo para que no pudieran escapar los alemanes, o construir los puestos de mando, algunas veces entre las dos líneas, para continuar la ofensiva.

Esta vez se trataba precisamente de lo último. Alberdi marchaba con sus hombres por el bosque cuando avisaron de la avanzadilla:

– Enemigo a la vista.

Alberdi mandó desplegar a la sección de exploradores. Era raro que hubiese enemigo importante por allí. Lo más probable sería que algunos alemanes se hubieran quedado extraviados en la retirada. A la primera voz de *Halt!*, seis hombres de aspecto no muy guerrero levantaron los brazos.

– Las armas –ordenó Alberdi.

Los soldados entregaron inmediatamente las metralletas, pero uno de los apresados –un oficial– se llevó la pistola a la sien. Uno de los soldados soviéticos le dio un manotazo en el momento en que disparaba y la bala se perdió. Pero aquel tiro había roto el silencio necesario para el servicio y Alberdi barruntaba que podrían presentarse complicaciones.

Los prisioneros caminaban delante, advertidos de que no hicieran el menor ruido. Pero el oficial no hacía caso y de pronto se ponía a gritar como un loco. Alberdi se acercó a él con la pistola en la mano.

– ¡Basta de gritos! Si dices una palabra más, te meto todo el cargador en la cabeza –le dijo Alberdi, sin pensar que el alemán no le entendería una palabra. Pero la pistola en sus mismas narices no necesitaba intérpretes.

El oficial hizo un gesto nada heroico y siguió caminando sin despegar los labios. Llegaron al lugar previsto. No lejos llameaba un incendio. Todo lo demás era noche y campo y silencio. Un sargento ordenó por señas a los prisioneros que le dieran

también a la pala. Lo hicieron sin protestar. Alberdi no perdía de vista al oficial hitleriano. Al cabo más o menos de una hora, el nazi pareció cansarse y se sentó al pie de un árbol. Dejó la pala a un lado, sacó un pitillo y. . . ¡zas!, la manaza del sargento Mijáilov se lo quitó de la boca.

"Esto se pone feo –pensaba Alberdi–. El tipo este quiere buscar la forma de descubrir al enemigo nuestra presencia. Como siga así, no habrá más remedio que fusilarlo, aunque esa no es nuestra costumbre".

Alberdi se aproximó al oficial prisionero y, moviendo la pistola ante su cara, le amenazó:

– ¿Quieres que te. . . pum-pum?

El oficial no se asustó esta vez y por señas, repitiendo el pum-pum, dio a entender a Alberdi que a ellos no les convenía hacer ruido.

Desde luego, eso no le convenía al teniente Alberdi. Mandó que alejaran un poco de allí al prisionero bajo la vigilancia de un soldado.

Por lo visto, el nazi se habia envalentonado, pues se puso a dar gritos, señalando los galones de su guerrera, dando a entender que no le trataban conforme a su rango. Manuel Alberdi estaba ya cansándose y de buena gana le hubiese mandado al Estado Mayor de la división, pero no podía desprenderse de ningún soldado. Todos hacían falta allí. No tardaría en amanecer y antes de que el sol alumbrase debía estar listo el puesto de mando. Ya iba muy avanzado. No quedaba más que reforzar el techo con sacos terreros. En esto, una granada estalló a unos cincuenta metros de allí. Era el anuncio de un combate en regla. Alberdi dispuso a sus hombres para resistir. Las bengalas rasgaron la noche. Todo era cuestión de aguantar, porque el avance soviético no se haría esperar mucho. Al mismo tiempo, urgía techar el puesto de mando. Y por Oriente empezaba ya a clarear.

– No disparad más que sobre seguro –ordenó Alberdi a sus hombres, apostados en las zanjas.

Con sus propias manos amordazó y ató al oficial alemán. A los otros prisioneros los metió en el puesto de mando con un centinela a la entrada.

Quizá aún estuvieran lejos, pero el fragor de los tanques sonaba como si todo el bosque a la espalda se hubiese hecho estruendo. Reptaban por la tierra los exploradores, los manojos de bombas preparados. Parpadeaban los fogonazos de los caño-

nes de los tanques; las metralletas de los hombres de Alberdi disparaban por si detrás de los carros iba infantería. Una explosión tremenda se sobrepuso a todo. El primer tanque alemán ardía como un pequeño bosque. Vióse a otros dos girar a la izquierda, alejándose hacia la carretera.

– ¡Bravo, muchachos! –dijo Alberdi–. Los habéis hecho cisco.

– Nosotros no hemos hecho nada –contestó el jefe de la sección–. A esa distancia no acostumbramos a tirar las bombas. No comprendo lo que ha podido pasar.

Alberdi tampoco lo comprendía. En fin, aprovecharía la tregua para enterrar a los muertos y poner a salvo a los heridos. En la compañía había ya treinta y siete hombres menos. Ordenó también que fueran minados los accesos... por si los tanques...

La batalla –aquello sí era una batalla– estalló de repente. Y la batalla lo explicaba todo. Los tanques soviéticos venían por la carretera, mientras los carros enemigos intentaban cerrarles el único paso al llano. Los que habían atacado a la compañía de Alberdi debieron acudir en ayuda de los blindados alemanes.

El teniente y sus soldados seguían anhelantes el duelo de aquellos mastodontes. En las lentes de los prismáticos lo veía Alberdi como en el cine. Volvió la cabeza al sentir pasos a sus espaldas. Un soldado venía corriendo hacia él:

– Camarada teniente: el jefe de la división le espera.

– Vamos.

Unos minutos después, Manuel Alberdi estaba ante el jefe de la división y, cuadrándose, anunciaba:

– Camarada teniente coronel: la misión está cumplida.

El teniente coronel le tendió la mano:

– Vamos a verlo.

Echaron a andar hacia el puesto de mando. El jefe de la división miraba en torno suyo.

– Hemos oído el combate cuando veníamos hacia aquí –dijo–. ¿Muchas bajas?

– Treinta y siete –contestó Alberdi–: seis muertos y treinta y un heridos, algunos muy graves.

– Serán evacuados inmediatamente. ¿Cuánto duró el combate? –preguntó el teniente coronel, parándose un momento.

– Alrededor de media hora. Todavía se sigue luchando allá, en la carretera.

– Sí. Pero pronto se dejará de luchar allí también.

Lo primero que hizo el jefe de la división en el puesto de mando fue dirigirse a los heridos.

– Proponga a todos para ser condecorados –dijo, volviéndose hacia el teniente Alberdi.

Entonces se fijó en los alemanes:

– Y ésos ¿qué hacen aquí?

– Son prisioneros, camarada teniente coronel: cinco soldados y un oficial.

– La verdad es que no lo entiendo –seguía extrañándose el teniente coronel.

– Los capturamos por la noche. Se habían extraviado en el bosque. ¿Quiere usted hablar con el oficial?

– No, no hace falta, camarada Alberdi.

Al teniente le sorprendió oírse llamar de aquella manera tan poco oficial. Tampoco era nada oficial el abrazo con que el jefe de la división apretó contra su pecho al teniente español.

DEL ODER A LA CALLE DE JOSE DIAZ

Se llamaba Kustrin: una pequeña cabeza de puente sobre el Oder. Allí estuvieron los hombres de Alberdi dos noches desminando. A unos ochocientos metros del enemigo acondicionaron el puesto de mando de la división. La primavera de 1945 se anunciaba con tormentas de fuego, a las que les cuadraba muy bien el calificativo de purificadoras.

Los soldados del teniente Alberdi y todos los soldados de la coalición antihitleriana hablaban de ofensiva. Esa ofensiva que debía devolver la primavera a toda Europa. *La primavera ha venido –del brazo de un capitán,* recordaba Manuel Alberdi los versos de Machado. La primavera venía del brazo de los capitanes del Ejército Soviético.

Estaba el teniente contemplando el minúsculo ejército de las hormigas discurrir hacia su cuartel subterráneo y no se atrevía a romper la correcta formación con la ramita que tenía en la mano. La verdad es que Alberdi nunca hubiera querido matar ni una mosca ni una hormiga y le tocó quitar de en medio a muchas fieras. Se metieron en su casa dos veces –porque la Unión Soviética era también su casa– y de las dos había que echarlas. Lo terrible era que en España aún estaban allí. Las de aquí ya durarían poco.

– ¿Qué, teniente, cavilando? –le preguntó un sargento.
– Pues sí, cavilando.
El sargento se sentó a su lado. Y bajando la voz, le dijo:
– ¿En España?
– Pues sí, en España.
El sargento paseó la mirada por el campo, lleno de sol, lleno de paz, una extraña paz en mitad de la guerra. Quizá por eso se le ocurrió decir:
– Esta guerra, camarada teniente, es mucho más terrible que la de España.
– Según y como se mire, muchacho –replicó Alberdi–. Yo, claro, no voy a comparar las proporciones ni la importancia de la Guerra Patria, porque eso no tiene comparación con nada. Pero lo que yo te digo es que en España fui a pelear sin más armas que un palo –y Alberdi agitaba la rama–. Ahora, sobre todo desde hace un par de años, nuestro ejército tiene armas de lo mejor. Y como sus hombres siempre han sido de lo mejorcísimo, pues ahí tienes, sargento.
Alberdi se levantó, mientras el otro se quedó rascándose el cogote.
El silencio no era más que engañoso y la calma no era ninguna tregua. El 16 de abril, a las seis en punto de la mañana, cuando la compañía del teniente Alberdi se retiraba de la línea hacia Kustrin, estalló el trueno más ensordecedor que jamás sonara. Había comenzado la preparación artillera más grande que conoce la historia de las guerras.
– ¡A los tanques! –ordenó Alberdi.
La compañía del teniente español había recibido orden de desminar un campo a unos diez kilómetros de la línea propia y acompañar a un regimiento blindado. Esto decirlo, se dice fácilmente. Hacerlo, y sobre todo bajo un chaparrón de metralla, no es ya tan fácil. Siete bajas le costó a la compañía esta operación.
Cuando se va en tren, uno suele componer con el traqueteo de las ruedas alguna frase que rima con él. "Vamos a Berlín, vamos a Berlín, vamos a Berlín", parecía decir con su latir el corazón de Alberdi, al compás de la inmensa ofensiva.
Hasta ahora, en el avance por tierra alemana sólo habían visto ciudades desoladas y pueblos vacíos. La población huía hacia el Oeste, aterrorizada por la propaganda hitleriana. Pero cada vez era mayor el número de refugiados y también mayor el de ciudades y pueblos conquistados por las tropas soviéticas.

La pequeña ciudad donde había hecho alto la compañía de Manuel Alberdi parecía menos despoblada que otras. El vestido negro de una mujer tras una puerta que se cerraba en seguida, las banderas blancas en las ventanas, un muchacho que corría en bicicleta por una calle. . .

Olía aún a quemado. Por la parte de las afueras se veían aún columnas de humo. Pero el olorcillo que dominaba y el humo que prevalecía eran los de las cocinas de campaña. Alberdi miró al reloj y ordenó que dieran el desayuno a los soldados. La tropa se puso en fila, cada cual con su escudilla en la mano. Desde el alféizar de la ventana donde estaba medio sentado, Alberdi observó unas caras que asomaban cautelosas y desaparecían en seguida por la esquina de enfrente.

– Espera –dijo Alberdi al saltar a la calle, dirigiéndose al cocinero.

El teniente se detuvo al ver que uno tras otro iban apareciendo unos niños sucios, esqueléticos, los ojos enormes en las caritas exangües. No había miedo en aquellas miradas angustiosas: había hambre. Algo más lejos, Alberdi vio a unas mujeres o, mejor, a unas sombras de mujeres. El apetitoso tufillo de los peroles era un imán más poderoso que todos los recelos y todos los temores.

Alberdi se sentó procurando aparentar indiferencia. Los soldados miraban a los niños, a las mujeres, que se acercaban paso a paso, como si no se atreviesen a pisar. El cocinero estaba con el cazo a mitad del camino, mirando a un niño que era un manojito de huesos y de piel. ¿Por qué sonrió el cocinero? ¿Dónde estaría su pequeño Misha que tendría más o menos la misma edad de este chiquillo alemán? Alemán. . . El pequeño Misha no estaba en ninguna parte, ni en el pueblo ucraniano del cocinero quedaba ninguna casa. Pero los niños, ¿qué culpa tienen los niños?, se preguntaba, quizá, aquel hombre al que la desgracia y la guerra le habían endurecido todo, menos el alma.

– ¿Qué haces que no repartes ya el desayuno? –preguntó Alberdi al cocinero.

El cocinero aún vaciló un instante, metió en el perol el cazo y lo volcó en la primera escudilla, después en la segunda, en la tercera. . . En el aire no olía ya más que a comida.

Uno de los soldados no lo pensó más. Se acercó a un chiquillo, lo sentó en el suelo y le puso sobre las piernas la escudilla y la cuchara. Al chico le temblaba la mano. Miraba al soldado, que se alejaba, y al plato humeante. El soldado esta-

ba allí otra vez. Y ahora era un pedazo de pan lo que colocaba al lado del pequeño.

– Come, come –le dijo.

Como si esto hubiese sido una señal, los demás soldados empezaron a hacer señas a los pequeños alemanes para que se acercaran. Ya no había ningún miedo en los ojos infantiles. Las manitas, confiadas, se tendían hacia las escudillas y el pan.

Los soldados fueron sentándose en la acera y, sacando sus bolsitas de tabaco, se pusieron a liar un pitillo. Uno de los chicos devolvió la escudilla, en la que hubiera podido mirarse como en un espejo. El soldado se rió:

– ¿No hace falta lavarlo, verdad? Bueno, hombre, que te aproveche.

El chico no entendió, pero saludó muy respetuoso y echó a correr hacia una mujer que lo esperaba inmóvil.

Con sus hijos de la mano, las madres alemanas se apartaron en silencio, con la cabeza baja, y al doblar la esquina, alguna se volvió para mirar a los soldados. A aquellos hombres sencillos, toscos, a aquellos soldados rusos que habían dado de comer a su hijo.

*

Muchos puentes había tendido la compañía del teniente Alberdi en su vida de combate, pero ninguno con tanta alegría como éste. Porque éste era sobre el Spree. El Reichstag estaba a unos cuatrocientos metros de allí. Se trataba de un puente de asalto, el último puente, y el enemigo batía toda la parte del canal donde trabajaban los hombres de Alberdi.

– ¡Al agua! –ordenó el teniente.

Todos se quitaron el uniforme y las botas, arrojándose al canal. Nadando aguas abajo y protegidos por el muro del río, al llegar al lugar adecuado, tiraron de las cuerdas que colgaban de un extremo del puente y lograron apoyarlo en su sitio. Los hitlerianos disparaban desde las dos orillas. Era imposible salir del agua. Siguieron nadando para alejarse del fuego. Pero ¿cómo salir?, pensaba Alberdi. Al primero que lo intente le vuelan la azotea. El teniente hizo la prueba. Se quitó la camisa y la tiró al aire. Una lluvia de balas acribilló el agua. Hasta las cuatro de la tarde no pudieron cruzar el canal y salir de él.

Esto ocurría el 30 de abril de 1945. Parecía increíble, parecía un sueño, un largo sueño, cuya realidad muchos no verían.

En eso meditaba Manuel Alberdi cuando contemplaba los restos de sus compañeros.

El 2 de mayo estaban reparando un puente destruido. Las granadas de mortero caían sobre las casas próximas al canal. Un grupo artillero esperaba para pasar a la otra orilla. El combate por la parte del Reichstag amainaba. Dejaron de sonar los morterazos. Algún tiro no se sabía dónde. Y de pronto, el silencio. Un silencio que sólo alteraban los martillazos de los reparadores del puente.

Alberdi vio venir al jefe de la división.

– Camarada coronel –pronunció el teniente–: la misión ha sido cumplida. El puente está reparado.

– Gracias, teniente –contestó el coronel–. Vayan ustedes a descansar. En Berlín, la guerra ha terminado.

¡Quién se iba a descansar con esa noticia!

– ¡Muchachos, Berlín ha caído! –gritó Alberdi, con un alborozo tan grande que le estaba pinchando las pestañas.

Gorros por el aire, abrazos, gritos. Y un hombretón como una torre, que, abrazado a otro, lloraba como un niño.

La compañía de Alberdi se reunió con el batallón en un barrio de Berlín. Al pasar por una calle, Alberdi se extrañó de que en ella las casas estuvieran casi intactas. Al mirar se fijó en un rótulo: "Stefanstrasse". Sin pensarlo mucho –con el corazón las cosas no se piensan: se hacen–, trepó a una ventana, arrancó un pedazo de yeso y escribió en español "Calle de José Díaz".

EL ESPAÑOL, UN IDIOMA SIN FRONTERAS

El español es lengua que, como todos saben, siempre viajó mucho. La llevaron, como todo el mundo sabe también, los navegantes de hace cinco siglos al otro lado del Atlántico y a las islas del Pacífico. Cierto que entonces tenía un acento imperial y que mientras fray Bartolomé de las Casas enseñaba a los niños indios la vieja lengua de Gonzalo de Berceo, los guerreros aztecas maldecían en su lengua, mucho más vieja aún, a los soldados de Cortés.

Es el español idioma que pasearon en sus banderas por casi toda Europa los conquistadores de Carlos V, los tercios del duque de Alba y las naves de la Armada Invencible.

El español que trescientos años después sonó en no pocas ciudades de Europa no tenía el menor eco imperialista. Y eso que en Madrid, fallida capital de un fallido "imperio azul", el Caudillo quiso desempolvar el testamento de Isabel la Católica y armó, para cumplirlo, a los desventurados aventureros de la División Azul.

Fue otro el español que sonó en Europa en labios de españoles, también soldados, cuya primera palabra era: libertad. Lo escucharon los viñadores de Francia y los koljosianos de Ucrania y Bielorrusia, los pastores de Yugoslavia y los petroleros de Rumania, los montañeses de los Cárpatos y los estudiantes de Viena. Lo escucharon las madres de Varsovia y los niños de Berlín. Modesta y viril voz de mineros y albañiles, de metalúrgicos y segadores, voz juvenil de estudiantes, eco vivo de la gran voz, la voz del pueblo que lanzó en la tierra el primer grito de lucha armada contra el fascismo.

*

Da mucha pena escribir cosas como ésta: a Manuel Martínez, el "Gallego", lo mataron en una calle de Poznan. Cuando Manuel era miliciano, seguro que no sabía que en el mundo existiera una ciudad que se llamase Poznan. A muchas ciudades y aldeas, cuya existencia ignoraba también, le llevó su difícil destino de comunista español. Por una geografía de tiros y voladuras llegó hasta Polonia. Se oyó llamar liberador por multitudes que salían a recibir delirantes a su batallón, se oyó llamar hijo por ancianas y hermano por hombres a los que no había visto nunca.

Había que minar una de las calles de Poznan por la que se temía un contraataque enemigo. Martínez se ofreció para hacerlo al frente de un pelotón. Era una de esas tareas a las que hay que ir, pero de las que casi nunca se puede volver.

El jefe del batallón le dijo a Martínez:

– No sabemos en qué casas está parapetado el enemigo. Lo más probable es que no haya un sector de la calle a salvo de su fuego. Yo le recomiendo que mande un grupo de soldados con un jefe de sección.

El "Gallego" miró fijamente al jefe:

– Si usted me permite, iré yo.

El jefe miró, a su vez, a Martínez y pareció vacilar:

– Bueno, como usted quiera. Pero no olvide que la misión



Enrique Escudero cayó heroicamente cuando ya se acercaba la victoria

es de la máxima importancia y que hay que cumplirla cueste lo que cueste.

Al "Gallego" le revolvió algo muy hondo eso de "cueste lo que cueste" y respondió, quizá con demasiada altivez:

– Y usted no olvide, camarada comandante, que está hablando con un comunista español. ¿Puedo retirarme?

La calle fue minada. Pero a Manuel Martínez el "Gallego" le costó lo más y lo menos que le podía costar: la vida.

*

Ya estaban cerca las puertas de Berlín. ("Berlín, ¿sabéis lo que es eso? –decía Enrique Escudero a sus camaradas–. Berlín es Madrid, volver yo a Cuatro Caminos, ver a mi novia y jugarme un mus en la primera ocasión".)

La carretera por la que no deberían pasar los tanques alemanes estaba entre dos terraplenes. La cosa, según dijo Escudero, no ofrecía grandes dificultades. ¡Pues no había minado él carreteras en su vida! ¡Vamos hombre, si esto se hace como el que se toma una caña!

Al principio todo fue bien. Tan bien, que ya no faltaba más que tapar la última mina. Pero entonces el enemigo comenzó a disparar. Enrique ordenó a los soldados que se retiraran, aseguró bien la carga que faltaba y empezó a correr, zigzagueando, cuando una ráfaga de ametralladora le cosió contra el polvo.

Ni Berlín, ni Madrid, ni la cara bonita de la novia, ni los

rentoy del órdago a la grande habría jamás para Enrique Escudero. Para siempre callada la voz de trueno y para siempre inmóvil el corazón de niño del comandante de la 33ª Brigada del Ejército de la República y teniente de zapadores minadores del Ejército Soviético.


José María Guerrero murió también para liberar a Europa del fascismo

*

Stettin no está muy lejos de Berlín. Pero cuando se llega a ella venciendo la resistencia de un ejército que se bate a la desesperada, como se batía el hitleriano, los metros se tornan kilómetros. Así fue cómo llegó a esta ciudad, que los alemanes habían robado a Polonia, José María Guerrero. En el paso del Oder se había visto pelear a este español como un león, que es lo que unos dijeron, o como un jabato, que es lo que opinaban otros.

Habrá quien piense que el apellido de Guerrero le iba bien. Sus compañeros creían que le cuadraba mejor el diminutivo de "Guerrerín". Porque era corto de estatura, ágil de movimientos e inquieto como el azogue.

– Como soy tan chico –decía a veces "Guerrerín"– las balas no me encuentran.

Parecía que "Guerrerín" tenía razón. Porque ¡mira que las balas alemanas le buscaron veces, y como si no!

Siempre se elige para la descubierta a los más avispados y valientes. Seguramente por eso, para aquella descubierta fue elegido, con otros, José María Guerrero. Después del reconocimiento debía atacar la unidad a la que pertenecía "Guerrerín".

Y su unidad atacó. Pero sin él. Al día siguiente, cuando su regimiento había vencido ya las fortificaciones de Stettin y los camilleros recogían a nuestros heridos, fue descubierto el cadáver de "Guerrerín" entre un montón de muertos quemados por los alemanes. En la cara renegrida destacaban los ojos abiertos. (El cielo era azul, mucho menos azul que el cielo de Murcia, y el Oder corría diciéndole al Segura: "Yo conozco a un soldado español que vino a morir en mis orillas. Tus aguas y las mías recordarán su nombre".)

*

Vivía Yugoslavia las jornadas culminantes de su tenaz batallar patriótico. Montenegrinos y croatas, servios y eslovenos, macedonios y dálmatas, bosnios y herzegovinos olvidaban sus querellas nacionales para formar el ejército de la guerrilla y luchar por una patria libre para todos.

Américo Brizuela y Facundo López fueron agregados a la unidad de guerrilleros yugoslavos Laskovo, que operaba en la margen derecha del río Drave, cerca de la frontera con Austria. El grupo, con los dos españoles, debía pasar la frontera –y la pasó– para operar en territorio austríaco. No tuvieron suerte los guerrilleros. La población, asustada por los fascistas, no les prestaba apoyo. Tuvieron que repasar al territorio yugoslavo y emprender largas marchas para evitar verse envueltos por los alemanes, que en la retirada trataban por todos los medios de asegurarse la retaguardia.

El día estaba hecho para esconderse y la noche para caminar. Al amanecer del 7 de marzo de 1945, el Mando de la unidad decidió hacer alto en la falda de un monte cerca de Pernice. Américo y Facundo eran los únicos españoles del destacamento. Había también en él un italiano, Antonio Farquieri, y algunos austríacos, todos muy amigos de los españoles. Américo le dijo un día a Farquieri:

– Nuestro grupo me recuerda las Brigadas Internacionales. También el camarada austríaco que nos mataron al pasar la frontera peleó en ellas. Y ya ves los yugoslavos. . .

– Sí –terció López–, cuántos camaradas yugoslavos que hoy están batiéndose aquí para liberar a su patria estuvieron en España ayudándonos a no perder la nuestra.

– Amor con amor se paga, dice el refrán –meditó Américo.

Los dos amigos pagaron con su vida esta noble deuda de amor revolucionario. Serían las doce y media del día. Una

hora mala para los guerrilleros. Se vieron cercados de pronto, cuando no era posible salir de las casas en que quizá tuvieron la imprudencia de meterse. Desde una ventana, López tenía a raya a los fascistas. Hasta que se le vio caer segado por una ráfaga. Américo no pensó nada. No pensó más que en el cuerpo tronchado de su amigo. No pensó más que en luchar mientras le quedasen una bala y una gota de sangre. Fue un combate desesperado, increíble, a muerte. En la metralleta de Américo no quedaba un proyectil. Y la sangre, toda su sangre, se le escapaba por diez heridas.



Facundo López, héroe de la liberación de Yugoslavia

Los pocos que quedaron del grupo lograron retirarse hacia la montaña. Esperaron a la noche. Amparándose en ella, bajó una patrulla al lugar del combate a buscar los cadáveres de los dos españoles. Estaban terriblemente desfigurados. Los alemanes, al marcharse, debieron ensañarse en ellos.

En el cementerio yugoslavo de Pernice están enterrados Américo Brizuela y Facundo López. Los campesinos del lugar cuidan la tumba de sus liberadores.

*

La radio de campaña de Segundo Moreno ya no transmitiría nada más. Sus cables, sus finos cables, que eran como venillas conectadas con la sangre del radista, estaban rotos y quemados. Su tictac, que tantas veces había palpitado al ritmo del corazón de Segundo, tampoco volvería a latir. ¿Cuántas noticias, malas y buenas, dormían en la mica de los auriculares? Hacía algunos



Américo Brizuela murió también en la liberación de Yugoslavia

meses que la radio de campaña casi no facilitaba más que datos alegres. Segundo Moreno comunicaba con los puestos de mando del Ejército Soviético en ofensiva. Cada día más lejos de la URSS. Cada día más cerca de las fronteras de la victoria.

Los Cárpatos son unos montes poderosos y bellos. El destacamento, con los radistas Segundo Moreno y Angel Ferrer, los atravesaba para entrar en Checoslovaquia. El jefe ordenó al joven Moreno:

– Tú te quedas aquí con la radio. No hay que perder el contacto con el Estado Mayor.

Segundo Moreno preguntó:

– ¿Y Angel?

– Angel viene con nosotros. Con un radista hay suficiente. Será cosa de nada. Los alemanes no son muchos y están encajonados allí –y el jefe señaló un collado que no se veía.

El muchacho instaló su estación entre los árboles y se caló los auriculares.

Todo sucedió en unos minutos. La aviación enemiga apareció sobre aquel collado que no se veía, pero que, en realidad, no estaba tan lejos. La radio de Moreno comunicaba: "La aviación nos ataca, la aviación nos ataca. . ." Rugieron los motores. Allí mismo, sobre la cabeza del radista, que seguía comunicando. El eco del monte alargaba el estruendo de las explosiones. Moreno, agachado, protegía con los brazos el aparato. Una bomba cayó muy cerca y Morenó pensó: "Han localizado el puesto". Segundo vio acercarse a uno de los compañeros de guardia. Sin saber si el radista le oiría, dijo:

– Los nuestros deben de estar ya al otro lado. Porque la aviación empieza a alejarse.

Era verdad. Y fue precisamente al alejarse cuando un avión dejó caer aquella bomba que acalló para siempre el doble corazón del radista y de su radio.

Los compañeros de Moreno habían tomado la loma y seguían su avance, ya por tierras de Eslovaquia. Un muchacho soviético sustituía a Segundo Moreno. Angel no decía nada. Estaba cada vez más taciturno y todos respetaban su dolor. Porque era dolor, un dolor que le amargaba, incluso, la alegría de las victorias. "¡Si Segundo viera esto! ¡El sólo vivía con la esperanza de verlo!", meditaba Angel.

La noticia de la liberación de Brno fue una gran noticia. Al grupo de Angel se la anunciaron los cañones del Ejército Soviético.

Los guerrilleros eslovacos y soviéticos estaban a quince kilómetros de la ciudad y vieron a los tanques reptar por las estribaciones de las montañas.

– ¡Tú, radista! –le dijo uno a Angel–. ¡Vaya noticia para dar por tu radio!

Angel no contestó. Seguramente estaba pensando que esta noticia sería mucho más emocionante si la pudiese transmitir su amigo, Segundo Moreno.

*

Las "katiushas" no dejaban de disparar. Los proyectiles volaban como golondrinas de fuego. Desde su "jeep" de mando, el teniente Santiago de Paúl Nelken dirigía el bombardeo. Los célebres morteros de la Guardia, precursores de los cohetes de guerra modernos, arrasaban las posiciones alemanas en los accesos de Kustrin. Esta ciudad era la primera del territorio alemán desde Polonia. Las "katiushas", como siempre, se estaban portando. Hasta el gracioso nombre que los soldados y el pueblo soviético habían dado a esta arma se la hacía más simpática al teniente español. Si no fuera exagerado, se diría que estaba enamorado de ella.

En la Escuela de Artillería del Ejército Soviético se especializó en este tipo de mortero, llamado a revolucionar la técnica artillera. En el 1er Frente Bielorruso empezó a combatir con ellos y con ellos había atravesado parte de Polonia y estaba aquí, en el umbral de Alemania. Este bombardeo era el prólogo del que unos días después anunciaría el comienzo de la operación de Berlín. ¿Llegarían a Berlín las "katiushas" del teniente Nelken? Desde luego, romperían todo lo que se les pusiera por delante.

Y lo que por delante estaba viendo ya Santiago era el Reichstag. Además, el coronel se lo había dicho, señalando a la batería de "katiushas":

– Con estas tres, teniente, a Berlín.

Claro que el enemigo tampoco era manco. Los cañones alemanes llevaban ya un buen rato intentando localizar los morteros de la Guardia. Varias veces había rectificado Nelken la posición para ponerse a salvo del huracanado cañoneo alemán. El duelo arreciaba, sin que fuera posible cambiar ya el emplazamiento de las "katiushas". Había que seguir disparando mientras los morteros quisieran hacerlo. De ellos dependía, en buena parte, que los tanques y la infantería liberasen Kustrin.

El teniente Nelken continuaba dirigiendo el fuego de sus tres "katiushas". Después de cada descarga, su "jeep" quedaba envuelto en humo. Y entre el humo saltó hecho añicos. Un proyectil alemán le había dado de lleno.

La noticia voló en seguida a otros españoles que combatían en el mismo frente. No tuvieron tiempo de ver a su compañero. Cuando llegaron, lo habían enterrado ya. El jefe soviético le dijo a Alberto Rejas:

– Era un español digno y valiente. Murió como había luchado: como un héroe. Nosotros no le olvidaremos nunca.

– Todos nosotros le queríamos como a un buen compañero y tampoco le olvidaremos –respondió emocionado Alberto Rejas.

Tampoco olvidará el pueblo español al teniente de morteros de la Guardia del Ejército Soviético Santiago de Paúl Nelken, muerto liberando a Europa del fascismo.

*

A orillas del Elba, en mayo de 1945 se hablaba en ruso y en inglés. Los soldados soviéticos y los soldados norteamericanos que coincidieron allí en sitio que ya tiene marcada la historia, no necesitaban de muchas palabras para entenderse. Buenos tiempos de buenos muchachos que no pensaban más que en volver a casa, en el trabajo y en la paz. Allí se brindaba con vodka y se fumaba cigarrillos "Philip Morris" y "Kasbek". Los negros se sentían a sus anchas. Los negros allí no se sentían negros.

A orillas del Elba no podía faltar, y no faltó, el rotundo español, entreverado, a veces, de ruso e incluso de inglés. Como que, en ocasiones, cuando uno de Tula y otro de San Francisco estaban tratando de entenderse, el ruso decía:

– Que venga el teniente Rejas, si puede, para que traduzca.

Alberto Rejas Ibárruri andaba por la tierra rescatada al fascismo, con su ancho paso de veterano y su optimismo de joven comunista o de comunista joven. De ríos, por ejemplo, para qué contar lo que sabía. Bueno, aunque contarlo, quizá mereciese la pena: el Kubán el Don, el Oder, el Spree y, por fin, el Elba. Y de montañas, también sabía un rato largo. Porque en el Cáucaso fue donde para Rejas, como para otros muchos españoles, comenzó –o siguió– todo.



Indalecio, el "Eibarreta",
murió en la liberación de Checoslovaquia

– ¿Te acuerdas, Alberto, de Bascuñana, de Daniel, de Damián? De hombres así no es fácil olvidarse.

Damián Fernández no era un muchacho como tú, Alberto, que tenías diecisiete años cuando de tu Bilbao viniste a la Unión Soviética. Damián Fernández tenía muchos años de bregar revolucionario, de cárceles, de ganar y perder y de empezar de nuevo. Octubre del 34, julio del 36; la dinamita y el fusil, la insurrección y la querra; la tenacísima defensa del Norte y, al frente de su brigada, el comandante Damián Fernández.

Cada soldado tiene en sus recuerdos las operaciones predilectas. Aquellas en que le pintó mejor la fortuna o le envolvió con más calor la victoria.

La colocación de un puente en la noche, bajo el acecho del enemigo, es uno de los episodios que Alberto tiene más fijos en la memoria. El sólo sabe –aunque cualquiera puede comprenderlo– el riesgo de ganar la orilla necesaria, buscar el sitio mejor y en la oscuridad, con el telégrafo de las linternas, orientar a los pontoneros. Es lo que se llama "el eje del puente". Y podría añadirse que es el eje de toda una operación tan importante como es siempre en la guerra el paso de un río.

A su primera condecoración, Alberto Rejas la llama "la condecoración del puente". La otra fue por la ruptura del frente alemán en Berlín.

Tenía derecho a sonar fuerte y alegre a orillas del Elba la voz española de Alberto Rejas.

El español, un idioma sin fronteras, que cientos de miles de españoles esperaban volverlo a hablar y a cantar en su patria. La victoria sobre el fascismo les daba ese derecho.

*

EN EL MUNDO HABIA YA PAZ

"En el transcurso de la guerra contra el hitlerismo, el movimiento guerrillero desempeñó un papel muy importante como impulsor de la resistencia popular a la dictadura franquista.

El movimiento guerrillero se había formado espontáneamente en diversas regiones de España, al ser éstas ocupadas por las tropas fascistas; lo integraron grupos de demócratas obligados a huir para salvarse de la muerte y que no pudieron pasar a la zona republicana. Al producirse la derrota de la República, el movimiento guerrillero se vio nutrido con nuevos grupos de fugitivos"*.

Eran hombres acosados por todas partes, que en la desesperación no perdieron la esperanza. Hasta sus radios llegaban las noticias de todos los frentes de la guerra. También llegó la noticia de la victoria. No era posible que la libertad y la paz se quedasen a las puertas del país, que no había dejado de creer en ellas y de luchar por ellas. Los riscos, las quebradas, los alcores de los montes de España daban fe de que la hoguera no estaba apagada, a pesar de toda la sangre con que el franquismo había

---

* *Historia del Partido Comunista de España,* ediciones "Polonia", Varsovia, 1960, pág. 219.

querido sofocarla. Había que mantener ese rescoldo de la lucha, que podría convertirse en llama en aquella hora propicia para la democracia en el mundo. Así lo entendió el Partido Comunista de España, que, como se dice en su historia, "apoyó con todas las fuerzas al movimiento guerrillero que mantenía encendido, en el suelo de España, el fuego sagrado de la libertad y conservaba viva la esperanza de las masas en un futuro democrático".



El capitán Peregrín Pérez, jefe de la 4ª Compañía en la Unión Soviética, murió de guerrillero en los montes de España

A avivar ese fuego, el Partido envió a hombres que en él se habían templado. Entre los nombres que la historia del PCE menciona figuran los de Peregrín Pérez Galarza, Felipe Ortuño y Valentín Fernández.

Para Peregrín, pocos secretos debían tener las encrucijadas guerrilleras. Las de España tampoco eran nuevas para él. Capitán Peregrín, ¿reconociste esos barrancos de tu patria al volver a ella cuando en el mundo ya había paz? Probablemente no serían los mismos que sintieron los pasos de Peregrín en julio de 1938 cuando el Ejército Republicano cruzó el Ebro. Peregrín lo había pasado antes. Un día en que nadie se enteró, y menos que nadie, los fascistas. Eso de andar por la retaguardia enemiga era la especialidad de este jefe militar. Por algo dirigía la 75ª División de Guerrilleros, hombres de la cual le acompañaron en las emboscadas para aniquilar las columnas motorizadas de los franquistas, minar las carreteras, destrozar sus comunica-



Valentín Fernández terminó su camino de combatiente antifascista de dos guerras luchando como guerrillero en España

ciones téléfónicas y telegráficas, descubrir sus planes para facilitarlos al Estado Mayor republicano y cooperar a la victoria en un sitio difícil e ignorado.

La verdad es que tenía títulos suficientes para ser, como fue en la Unión Soviética, jefe de la 4ª Compañía de Servicios Especiales.

Bajo las estrellas descansaba un día cualquiera el destacamento de Peregrín. Eran las estrellas de España. Las que él había visto en el cielo de Moscú, en el cielo del Cáucaso. Aunque las estrellas no brillan igual para todos. Podía ocurrir que un guerrillero le preguntara:

– ¿No duermes, camarada?

– Los guerrilleros, decíamos allí, no duermen de noche –recordó Peregrin–. De noche es cuando para ellos alumbra el sol.

Bajando instintivamente la voz, el guerrillero seguía preguntando:

– ¿Piensa en la Unión Soviética?

– Sí. Ya ves, en la Unión Soviética pensaba en España. Y en España, pienso en la Unión Soviética.

– Camarada, cuéntame algo de la Unión Soviética.

Y Peregrín contaba. De lo que menos quería hablar era de la defensa de Moscú, de las luchas por la tierra soviética ocupada, de lo que él y tantos españoles habían hecho en la guerra todavía reciente, aunque ya parecía lejana. Peregrín prefería hablar de la paz, de cómo vivían los obreros soviéticos, de cómo los campesinos no tenían amo, cultivaban juntos y juntos recogían las cosechas, sembraban el trigo y repartían el pan.

El guerrillero escuchaba, anhelante, y en voz alta pensaba:
– ¿Viviremos así alguna vez en España, camarada?
Peregrín afirmaba, siempre mirando a las estrellas:
– Vivirán así. Para eso seguimos luchando.
El guerrillero se entusiasmaba:
– ¿Cuándo, camarada, cuándo?
Peregrín respondía, como si también pensara en voz alta:
– A los comunistas no nos preocupa tanto el cuándo como el cómo. Y cómo no hay más que uno, camarada: hoy, éste –y apretaba el naranjero–. Un compañero de nuestra guerrilla en la Unión Soviética solía recordar en los momentos más difíciles unos versos de un poeta español que se llamaba Antonio Machado: *El hoy es malo, pero el mañana es nuestro.* Para los comunistas, para los revolucionarios, el mañana puede tardar, pero llegará sin falta.
El guerrillero golpeaba también su metralleta:
– Ya he comprendido, camarada. De ésta depende que no tarde mucho.
El capitán Peregrín Pérez Galarza murió en un combate de las guerrillas españolas contra las fuerzas especiales de la lucha antiguerrillera del general Franco. Murió por acercar a su pueblo ese mañana que llegará sin falta.
El destino de los comunistas es lógico que se parezca. Más aún si en su quehacer revolucionario les toca compartir el mismo frente. Por eso, tampoco se diferencia apenas la suerte de Felipe Ortuño de la del capitán Peregrín. Como él, volvió a España con meses y años de experiencia guerrillera en la Unión Soviética. Y como a él, un día, las balas fascistas, que tanto tiempo habían estado buscándole, encontraron su corazón. Sobre él había llevado en Moscú la Orden de la Bandera Roja.
El mosquetón de Valentín Fernández no erraba una. Se lo había quitado a un Guardia Civil y presumía de saber tirar. Motivos tenía para ello. Donde Valentín ponía el ojo, ponía la bala y caía. . . el avión. Porque a un avión fascista lo tumbó de un tiro en los días de la batalla del Ebro. De su puntería podrían hablar, si los muertos hablasen, más de uno y más de diez hitlerianos cazados como conejos por las balas de Valentín Fernández en los bosques de Rusia.
Por los castañares de Galicia andaba Valentín en 1947. ¡Qué bien huele el campo gallego a heno y a borona! A los olores de su infancia. Galicia había tenido mala suerte. No conoció ni una hora de libertad en los años en que a la libertad se abrieron otras

tierras de España. Los obreros, los republicanos de Galicia tuvieron que echarse al monte para escapar a una represión bestial y defender ocultándose lo que a pecho descubierto defendían sus hermanos de España. Algunos de los hombres que Valentín conoció en los montes gallegos al volver de la URSS llevaban en ellos desde julio de 1936.

No mucho más lejos de esas fechas, Valentín estaba al frente de una brigada de la 11ª División.

De la vida de Valentín Fernández se sabe lo mejor de ella: lo que tuvo de dedicación al pueblo, lo que tuvo de heroísmo y de firmeza. De su muerte se sabe menos. Pero se conoce lo más importante: que murió en su puesto de soldado de la revolución.

EL DERECHO DE VOLVER

A más de veinte años vista, la presencia española en la diversa y única trinchera antifascista puede parecer a alguien cosa ya pasada. Nosotros creemos que no. La historia, es bien sabido, puede falsificarse. Lo que no es posible es anularla. Menos aún cuando el ahínco español de sacar a su país de una sombra de siglos está vivo y operante.

Ya no hay guerrilleros en España. No porque Franco los aplastase, sino porque la lucha guerrillera no era ya la adecuada para demoler la dictadura. Cada hora tiene su afán y cada época su forma de lucha. No es misión de estas páginas ocuparse de la que está removiendo toda España. Pero tampoco pueden pasarla por alto, pues los hombres que en ella se han movido ofrendaron al triunfo de mañana su juventud, los mejores años de su vida, e incluso la vida misma. Ninguno ha renunciado a eso que en la emigración se llama nostálgicamente, dramáticamente, irrenunciablemente: volver. Y volver con la conciencia limpia, con la conciencia del deber cumplido. Y para cumplir con su deber.

Nadie abriga rencores, y menos que nadie, los que más motivos tendrían para ello: los comunistas, los más calumniados y los más perseguidos. Su cuenta de sangre y de agravios es la más larga de todas. Pero los comunistas –su Partido lo ha dicho– no piensan en pasar ninguna factura personal ni política. Lo que les importa, lo que les ha importado siempre, para lo que han vivido y viven, por lo que han muerto y, si hace falta, morirán, es el bien de su clase, de su pueblo, de su patria. Por eso, los comunistas creemos que no se trata de borrón y cuenta nueva.

Cuentas, ni nuevas ni viejas. En España está en marcha lo mejor que puede ponerse a andar en un país: su juventud. Una juventud que no quiere que se repita la tragedia de sus mayores. Una juventud que mira adelante y va adelante. No sabemos si por eso, precisamente, es por lo que ella se encuentra con el Partido Comunista o por lo que el Partido Comunista la encuentra a ella. El futuro libre de España lo harán los hombres de hoy, lo están haciendo ya. Pero el futuro arranca también del pasado. Y en ese pasado, el pueblo español no tiene que avergonzarse de nada y sí enorgullecerse de mucho. Uno de los timbres más legítimos de ese orgullo es la participación de cientos de miles de sus hijos en todas las batallas de la lucha por la libertad del hombre. Nadie va a negar que en el mundo cambiado y cambiante de hoy lo decisivo fue la victoria en la guerra mundial contra el fascismo. Esa victoria no llegó a España, y no por culpa de su pueblo. No hace falta nombrar a los culpables de entonces, porque son los mismos de ahora. Los que todavía, con su apoyo interesado al régimen franquista, dificultan y retardan el triunfo de la democracia española. Cierto que ese régimen no es el que era cuando las bayonetas de Hitler y Mussolini –lo dicen las actas de Potsdam y todavía nadie lo ha podido tachar– lo impusieron a España. No es el mismo de 1939, ni de 1945, ni de 1965. Es, lo que es ya hoy, con sus estructuras fascistas rotas, con todas las fuerzas políticas en movimiento, no gracias a Franco, sino a pesar de Franco. Y contra Franco. Porque los tintes de liberalización no son, ni mucho menos, la libertad. Porque si de las cárceles salen algunos presos políticos, entran otros nuevos. Porque las fronteras de la patria siguen cerradas para decenas de miles de españoles.

Hace muchos años, los guerrilleros españoles, lejos de España y luchando también por España, decían que para ellos el sol salía de noche. Es que ellos, en la noche, estaban acelerando el amanecer. La mayoría de ellos no lo vieron. Y ahora, que hay más luz sobre el mundo y despuntó el alba para todos los pueblos, también en la larga noche de España ha empezado a salir el sol.

*

En la calle de Zhdánov, de Moscú, esquina a la de Kuznetski Most, está el Centro Español. Tiene una vecindad de librerías, salas de exposición, establecimientos de filatelia, muy grata para los habituales del Centro. A pesar de su intenso tráfico, y



Obelisco erigido en una aldea de Krasnodar en memoria de los españoles que cayeron defendiendo aquella tierra

de sus escaparates modernos, toda esa parte de Moscú tiene un aire, más que viejo, antiguo, que le da carácter y sabor muy rusos.

Si es día de conferencia, de exposición artística u otro acto cultural, de recibir a un compatriota viajero o a cualquier visitante ilustre o de celebrar alguna pequeña fiesta, los salones del Centro Español siempre son insuficientes. Los otros días está más despejada la barra del bar, donde la botella de jerez y el pincho de aceituna le dan cierto aire de casino español. En torno a las mesitas siempre hay unos cuantos tertulianos devanando la madeja de la nostalgia o tejiendo la de los planes. Otros hojean las revistas o leen un libro o se detienen ante la vitrina que tiene un nombre hondamente sugeridor: "Ventana de España". Allí están recortadas fotos del país, escenas de sus costumbres y momentos de su lucha.

Las voces de "José, enchufa la cafetera" o "A ver si compras mejor coñac" se suceden con frecuencia, interrumpiendo la inevitable discusión.

Aquí podríamos encontrar –y, efectivamente, encontramos a veces– a personajes de estas páginas. Ya no son jóvenes. En ocasiones vienen con sus hijos. Y muchas veces han llegado de otras ciudades de la Unión Soviética, donde el Centro Español tiene sucursales. Pero en Moscú, como es natural, confluyen todos sus caminos, dando a este hogar de los emigrados de España en la Unión Soviética algo del umbral de la patria. Buen sitio para recordarla, para soñarla y casi para vivirla. Alguien trae el *Noticiero,* un boletín que hace el Centro con las noticias frescas de "allá".

– Esto de las Comisiones Obreras va que arde –dice uno, leyendo la información de cualquiera de las grandes y las pequeñas huelgas que agitan la vieja piel de toro.

– Los estudiantes son unos jabatos –comenta otro, y lee en voz alta un telegrama de las últimas acciones estudiantiles.

Entonces, alguien se pone a evocar las huelgas en que él participó hace una tira de años. La conversación, ya por el cauce exaltante de la lucha, lleva muy lejos. Y aunque nadie quiere vivir de recuerdos, estos brincan a flor de labio y, a veces, no se les puede retener. Si hay algún joven –y no suelen faltar–, siempre pide a los "viejos" que cuenten algo de su azarosa vida. Aquel combate contra los fascistas alemanes en las cercanías de Smolensk, la voladura de un tren en tierras de Bielorrusia, la entrada en Berlín. . .

– ¿Te acuerdas? –pregunta uno.
– ¿Tú no estuviste con Gullón? –dice otro.
– ¿Y lo del "León Rojo"? ¡Qué cosas nos han pasado! –exclama otro.
– Pero, hombre –interrumpe alguien, acercándose–. ¿Quién se acuerda ya de todo eso?

De todo eso hay que acordarse. De todo eso hay que hablar para que se acuerden España y el mundo. Nada de eso puede ser olvidado. Y nada ni nadie lo será.

Moscú, junio de 1966.

FICHERO FINAL

VOLUNTARIOS ESPAÑOLES EN LA GRAN GUERRA PATRIA del pueblo soviético (1941-1945) 700

CONDECORADOS:

- Héroe de la Unión Soviética 1
- Orden de Lenin 2

OTRAS ORDENES:

- Bandera Roja, Estrella Roja, Guerra Patria, Guerrillero de 1er Grado, Guerrillero de 2° grado 70

MEDALLAS:

- Defensa de Moscú, Defensa de Leningrado, Defensa del Cáucaso, Liberación de Varsovia, Liberación de Praga, Toma de Berlín, XX Aniversario de la Victoria y otras 650

CAIDOS Y DESAPARECIDOS 200

INDICE

TERCERA PARTE

CUANDO LA TIERRA SE DEFIENDE DESDE EL AIRE 242

CUARTA PARTE

EN TODAS LAS BATALLAS 276





Escanear 16-11-2017 (Nuri).

